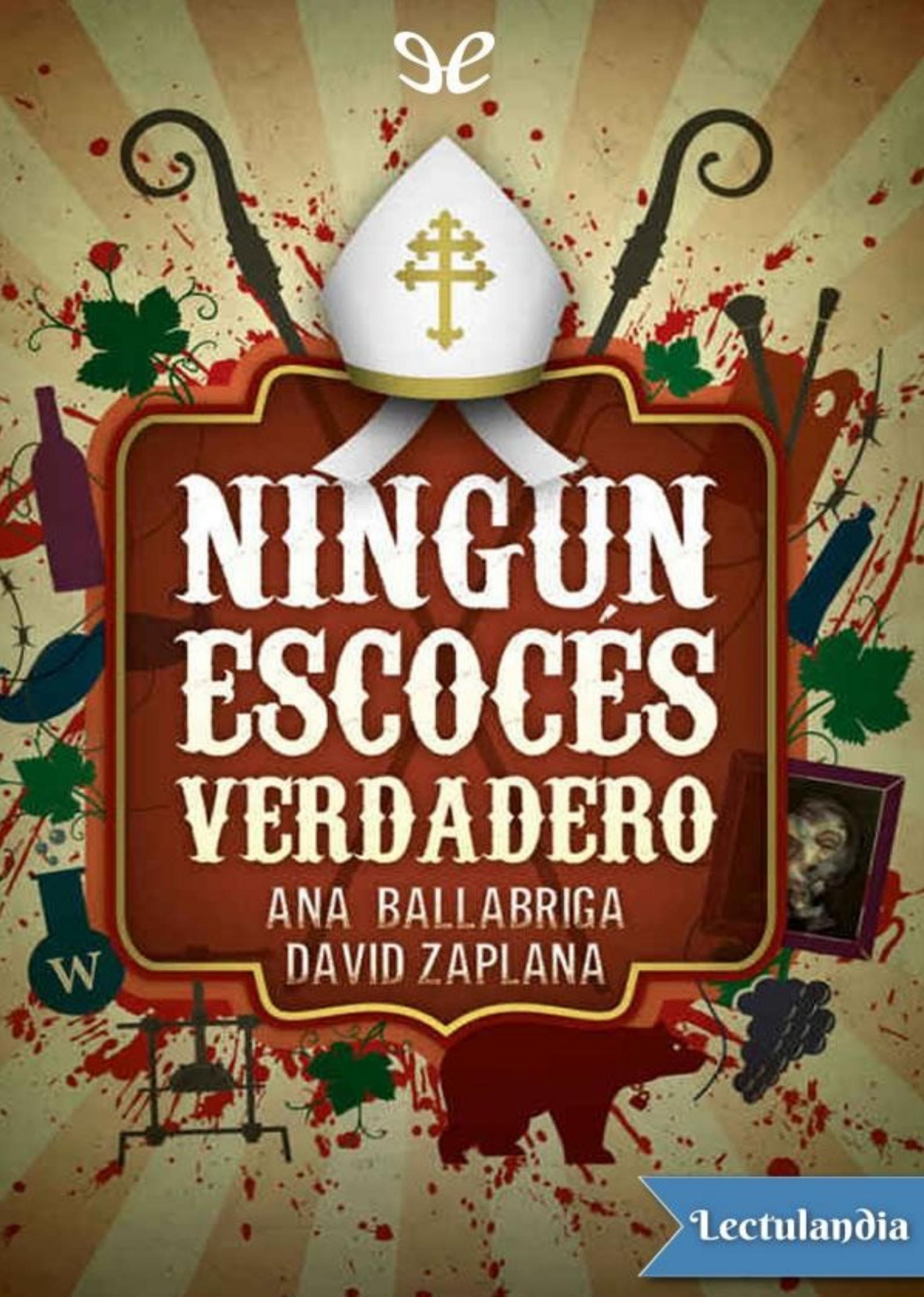


se



NINGUN ESCOCE'S VERDADERO

ANA BALLABRIGA
DAVID ZAPLANA

Lectulandia

Elías recibe el encargo de la Iglesia para investigar el robo de la Cruz de Caravaca, que fue robada en el año 1934.

El obispo de Murcia pretende hacer coincidir la reaparición de la Cruz con la visita papal, prevista a los pocos meses por el año jubilar. Al mismo tiempo le encargan que viaje a Madrid para comprar un misterioso cuadro, que es robado minutos después de que él gane la subasta. Este robo le conducirá al encuentro de una enigmática y bellísima mujer que le obligará a recorrer un peligroso camino hacia la verdad.

Lectulandia

Ana Ballabriga & David Zaplana

Ningún escocés verdadero

ePub r1.0

Titivillus 10-11-2017

Título original: *Ningún escocés verdadero*
Ana Ballabriga & David Zaplana, 2016
Ilustraciones: Carlos Pueyo Mariñoso

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi padre,
la primera de nuestras novelas que ya no podrá leer.

AGRADECIMIENTOS

A Serafín Zaplana, Pilar García Rivas, Blanca Eulogio Blázquez, Paco Contreras, Natalia Carbajosa, Antonio Gómez Ribelles, Antonio Parra Sanz, Flori Celdrán Martínez y Alfredo García García que leyeron los manuscritos y nos ayudaron a mejorar con sus críticas y comentarios.

A Paco Contreras por sus orientaciones sobre arte contemporáneo.

A Aitor Zubizarreta Iztueta (y seis apellidos más, todos vascos), por la información sobre su reloj y sobre los agotes.

A Emilio Hernández Molina, por sus contactos y por algunos consejos sobre cómo tomar el cava.

A Marga Estrada, Águeda Maldonado, Manuel R. Llamas y Javier Villalba, por aportarnos su visión sobre la religión católica.

A Fuensanta del Río Baeza, por su orientación sobre el trabajo de un detective privado.

A Francisca Hernández Blázquez, por sus orientaciones sobre la Administración.

A Rodrigo Fernández, por su información sobre el archivo de la catedral de Murcia.

A Antonio A. Martínez, por algunas conversaciones.

*El hombre, en su orgullo,
creó a Dios a su imagen y semejanza.*

F. Nietzsche.

*Confía en aquellos que buscan la verdad,
desconfía de los que afirman haberla encontrado.*

André Gide.

XXI. EL MUNDO



1

Atravesó el aparcamiento al galope sobre un corcel blanco. No había amanecido aún. Al bajarse pisó algo viscoso que parecía un vómito y siguió caminando sin mirar al suelo. Vestía un camisón ajustado, sin sujetador, sin bragas, sin zapatillas, solo un camisón que dibujaba las formas redondeadas de su cuerpo. El día anterior había sido la asamblea y todos sus amigos, todas las personas a las que quería le habían dado la espalda. Esa noche no había pegado ojo. Cansada ya de dar vueltas en la cama, había tomado la decisión.

Cruzó la puerta de entrada y se detuvo ante la recepción. La sala olía a meados. La gente se quedó mirándola. Cuchicheaban entre ellos, riéndose de su aspecto, los que aún podían reír. Un anciano de mirada ausente simplemente babeaba. Una joven salió cojeando del baño. Un hombre de bata verde empujaba a un muchacho ensangrentado en una silla de ruedas.

—Su tarjeta sanitaria. —La voz le llegó tras el mostrador. Miró hacia él y durante unos segundos observó su propia imagen en el cristal. Su pelo negro con reflejos cobrizos aparecía ahora totalmente despeinado, confiriéndole aspecto de loca. Eso era bueno, al menos, acorde con sus sentimientos.

—Sáquenmela, por favor —pidió con calma.

—¿Cómo dice? —Se fijó ahora en la persona que le hablaba. Pelo cardado, tinte rubio y gafas de pasta con cordoncillo. No vio cerebro por ningún sitio, así que intentó buscar una buena dosis de paciencia.

—Avisé a un médico, por favor.

—¿Tiene su tarjeta sanitaria? —La mujer la miró con desconfianza.

—No, no tengo tarjeta sanitaria. —Se paró y respiró—. Avise a un médico, por favor.

—Sin la tarjeta... —Pelo cardado y tintado. ¿Qué esperaba?

—¡Sáquemela, por favor! —Se echó a llorar y continuó entre sollozos—. Ella no puede morir.

—¿Tiene tarjeta sanitaria? —Insistió.

Dejó de llorar. Miró fijamente a las gafas de pasta y le habló con rabia, vomitando sobre ella todo su dolor.

—¿Es que no me has oído, puta de mierda? —Comenzó a golpear el cristal—. ¡He dicho que me la saques!

—¿Se encuentra bien? —La descerebrada reculó, asustada.

—¡Sacádmela de una puta vez!

La mujer cogió el teléfono y marcó un número corto, habló brevemente y colgó.

—He avisado a un médico, viene enseguida.

Ella se detuvo en mitad de la sala, mirando a su alrededor, asustada, indignada,

enfadada con el mundo. Un guardia de seguridad se presentó en la puerta. Se detuvo al verla. Ella se encaró con él. Sacó un cuchillo de la manga del camión y le amenazó.

—¡He dicho que me la saquéis ahora mismo! —Avanzó con pasos cortos hacia el guardia, moviendo el cuchillo arriba y abajo con todas sus fuerzas. El otro retrocedió, preparado para actuar.

—Tranquilícese, señora. El médico está de camino.

Y por casualidad apareció uno en ese preciso instante. Empujó al guardia para que se hiciera a un lado.

—¿Qué sucede? —El doctor levantó las manos en señal de paz—. ¿Qué necesita?

—¡Que me la saquéis ahora mismo! ¿Es que no me habéis oído? —Se golpeó la barriga, aún ambigua, con el mango del cuchillo—. ¡Quiero que me hagáis una puta cesárea!

—¿Está embarazada?

—¡Sí! —Le apuntó con el cuchillo—. ¿Eres médico?

—Sí. —Se acercó al guardia—. ¿De cuánto tiempo está?

—¡De veintidós semanas!

—¡Señora! No podemos practicarle un aborto, se encuentra fuera de plazo.

—No quiero un aborto, quiero una cesárea.

—Pero está de muy poco tiempo, el bebé no sobreviviría.

Se detuvo mirando al médico con un odio feroz. Elevó el cuchillo hacia él y le habló con una rabia que le cambió la cara.

—¿Y tú qué sabes? No tienes ni idea.

—Señora, soy médico, le aseguro...

—El bebé no va a morir hoy, ¿entiendes? Ella tiene una misión que cumplir.

—Entonces, ¿por qué quiere una cesárea?

Rompió a llorar. Entre sollozos, con los ojos anegados, continuó.

—Porque yo no puedo seguir viviendo.

Se llevó el cuchillo al cuello. El médico y el guardia de seguridad saltaron a la vez sobre ella. Se desplomó en sus brazos, convertida en un surtidor de sangre, con el pescuezo rebanado de lado a lado.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida. Padre, perdóneme porque he pecado.

—Que el Señor habite en tu corazón para que puedas confesar humildemente tus pecados. Dime, hija, ¿ha sucedido algo en la última semana de lo que te arrepientas especialmente?

—Sí, padre, ha sucedido algo horrible.

—Adelante, aplaca tu angustia lo antes posible.

—Un hombre vino a verme. Era alto, bien parecido, de mediana edad, no llegaría a los cincuenta. Vestía traje y corbata y su aspecto era cuidado y pulcro...

—Al contrario que sus intenciones, me temo.

—Sí, padre, nada tenían que ver.

—¿Qué ha ocurrido esta vez? Permíteme que te ayude a limpiar tu conciencia y tu alma.

—Como usted sabe, yo soy muy cuidadosa con mi higiene. Me había duchado, embadurnado mi cuerpo con aceites aromáticos, maquillado y me había puesto un vestido corto de escote pronunciado. Sin embargo, lo primero que me dijo fue que no soportaba mi olor. Lo segundo que detestaba mi ropa. Me entregó un chándal de invierno que traía en una mochila y unas calcetas de lana y me obligó a correr a toda velocidad en la cinta estática del gimnasio del hotel. De vez en cuando se acercaba para comprobar si mi olor comenzaba a ser de su agrado. Pasó más de media hora antes de que se sintiera satisfecho y volvimos a la habitación. Yo sudaba como una auténtica cerda, me sentía agobiada de calor y creía que me iba a dar una lipotimia, pero a él no le importaba. El maquillaje se me había diluido con el sudor. Empecé a quitarme el chándal y me detuve al descubrir la rabia en sus ojos. Quería que siguiera sudando, produciendo feromonas que atravesaban su nariz para alcanzar su cerebro enfermo.

—Oh, hija, qué poca suerte te ha concedido Dios en esta vida, siempre topas con los seres más miserables y depravados. Continúa, por favor.

—Me obligó a sentarme en una silla y se arrodilló ante mí. Me remangó los pantalones hasta la rodilla, por lo visto no le interesaba nada más allá de aquel punto, y con ambas manos elevó mi pierna izquierda hasta su boca. Sujetó la punta de la calceta con los dientes para quitármela lentamente. Después, sin más explicaciones, comenzó a lamer mi pie de arriba abajo y a chupar cada uno de los dedos como si fueran un manojito de pollas.

—Ay, hija, no sé a dónde vamos a llegar. Continúa.

—Al cabo de un rato repitió la operación con el otro pie, sin prisa, deleitándose con el sabor salado del sudor, mientras yo intentaba contener la risa y las ganas de

soltarle una patada en la boca. Al fin se dio por satisfecho y comenzó a desnudarse. Se sentó en el suelo, frente a mí, su pene erecto, de considerables proporciones, y me pidió que lo masajeara suavemente con los pies. Yo no tenía experiencia en tales prácticas, por lo que al principio se me escapaba continuamente. A él, de todas formas, no parecía importarle. Al fin conseguí retenerlo entre ambas plantas y comencé a mover las piernas arriba y abajo, arriba y abajo, arrancándole gemidos de placer.

—Continúa, hija, no pares.

—Sí, padre. El tipo se tumbó en el suelo, mientras yo seguía apretando y masajeando su polla. Cuando la lubricación comenzaba a escasear se incorporaba para volver a lamer y chupar mis pies, convirtiendo mis caricias en las más suaves posibles. Poco a poco fui adquiriendo pericia y bajé un poco más los talones, de forma que le golpearan los huevos cada vez que descendían. Su polla comenzó a generar su propia lubricación que mezclada con la saliva servía de aceite a aquel pistón que embestía cada vez con más ímpetu. Sus gemidos retumbaron en la estancia a la vez que yo aceleraba el ritmo, subiendo y bajando cada vez más rápido, masajeando sus testículos con movimientos certeros.

—Sigue, no pares.

—Subía y bajaba, padre, recorría cada centímetro de su enorme polla con mis pies, notando cada músculo, acariciando suavemente el glande, aplastando sus testículos repletos de leche que ya no podían esperar más para explotar.

—Sigue.

—Arriba y abajo, arriba y abajo, mis pies masajeban su polla. Arriba y abajo, cada vez con más fuerza...

—Ya... ya... ya...

—Hasta que al fin desparramó todo su fruto sobre mis piernas.

—Yaaaaaaa.

La habitación no era muy grande, el espacio justo para una cama de matrimonio y un pequeño escritorio sobre el que se enmarcaba una lámina abstracta. Con decoración minimalista, los colores pastel creaban un ambiente impersonal mediante combinaciones como el gris y el caqui, que dibujaban sobre la cortina el logo de la cadena hotelera. Acomodado en la silla se encontraba él. Ella, enfrente, se arrodillaba en el suelo, completamente desnuda. Él se puso en pie con un vaso en la mano, mientras se subía los calzoncillos y los pantalones.

—¿Te arrepientes de todos tus pecados?

—Sí, padre, me arrepiento.

—Entonces humedece tus dedos en este líquido bendito que nos ha proporcionado Dios y santíguate para librarte de ellos.

Ella obedeció y sonrió con actitud sumisa al hombre de aspecto bonachón que la observaba con benevolencia.

—*Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

Amen. Puedes vestirte.

Ella se puso en pie y se dirigió al baño para asearse. Al poco, volvió a la habitación y con movimientos sensuales y precisos deslizó las medias a lo largo de sus piernas antes que las bragas y el liguero.

—Padre, quería hacerle una consulta, si no le importa.

—Claro, dime.

—Verá, una amiga ha comprado una talla a un anticuario que le aseguraba que era obra de Salzillo. Ella es toda una experta en arte, ya sabe, hasta hizo una colección por fascículos de pintores del siglo veinte. Lo que pasa es que como Salzillo no era pintor ni es precisamente de ese siglo, pues ahora le han surgido las dudas acerca de la autenticidad de la obra.

—Entiendo.

—Y había pensado que como Salzillo se dedicó en exclusiva a la temática religiosa, quizás usted fuese buen conocedor de su obra y supiera distinguir si le han tomado el pelo a mi amiga.

—Bueno, bueno, eso no es tan sencillo. Yo no soy experto en arte y, aunque me halaga tu confianza, no creo que sea la persona más indicada.

—Ya.

—Sin embargo, podría recomendarte a alguien —sacó una tarjeta de la cartera y se la entregó a ella. *Elías Segado, investigador y tasador de arte*—. Dile que vas de mi parte.

IV. EL EMPERADOR



Jubileo in perpetuum.

Al principio su nombre fue Caravaca. A secas. Eso ocurrió mucho antes de proclamarse ciudad santa, de convertirse en lugar de peregrinación, de ser enclave fronterizo cristiano frente a Al-Andalus. Mucho antes de que el *Lignum Crucis* apareciera ante los ojos del moro Abu Ceyt y de un humilde clérigo cristiano.

Elías bajó de su BMW aparcado en la Gran Vía, el eje principal de la parte baja y moderna del pueblo. Se ajustó su gabardina camel y miró la hora en el Casio Wrist Remote Controller de 1994. Se lo regaló su hermana cuando cumplió los dieciocho y había disfrutado como un niño en su época universitaria cambiando el canal de televisión de los bares ante la sorpresa y el enojo de los fanáticos del fútbol.

Eran las nueve y veinte, así que disponía de diez minutos para llegar a lo alto de la fortaleza. Se le había hecho tarde y no le daría tiempo de acercarse a la iglesia del santuario para rezar. Quizás podría hacerlo después de la reunión si no se alargaba mucho.

Decidió no ponerse el sombrero al comprobar el viento que hacía. Echó a andar notando con agrado la suave amortiguación de sus zapatillas Oli13 de color amarillo y beis. Se alegraba de poder estirar un poco las piernas; a sus veintiséis años pasaba demasiado tiempo sentado.

Jubileo in perpetuum. El Lignum Crucis.

La primera vez que oyó hablar del robo de la reliquia fue cuando aún estaba en el instituto. Pilar María, una amiga de su hermana había venido a merendar y les contó la historia que comenzaba la Noche del Reventón de 1934. Pilar María veraneaba en Caravaca, en la casa de sus abuelos paternos.

—Toda la gente joven estaba celebrando la noche de Carnaval, allí la llaman del Reventón, comiendo tortas fritas con chocolate a la taza; los más privilegiados en el casino y los que no, como mi abuelo, en Los Yelmas. Pero nadie se enteró del robo hasta el día siguiente.

Pilar María hablaba despacio, pensando bien las palabras. No habían vuelto a verse desde aquellos días en los que coincidía con su hermana en las clases de piano del conservatorio. Pilar María y él se enrollaron varias veces. La primera fue una que vino buscando a Delia y él estaba solo en casa. La invitó a pasar y ella aceptó. Nunca llegaron más allá de unos besos y nunca formalizaron su relación. Cuando su hermana dejó de verla, él también lo hizo y más de una vez la echó de menos.

—A mitad de la misa de Miércoles de Ceniza, entró en la Iglesia de El Salvador la hermana del capellán muy nerviosa. Pidió permiso para hablar con el cura que inmediatamente salió corriendo en dirección al santuario. Habían robado la Cruz.

Ahora sabía que el capellán era Ildfonso Ramírez Alonso, un cura de cincuenta

años del que algunas malas lenguas afirmaban que había sido suspendido *a divinis* en Caravaca.

—La Guardia Civil enseguida se dio cuenta de que algo no cuadraba. Las puertas de la muralla se cerraban todos los días sobre las ocho y media de la tarde y no se volvían a abrir hasta las seis de la mañana. Los ladrones supuestamente habían trepado por la muralla con una cuerda demasiado fina y corta.

—O sea, que no podían haber trepado por ella.

—Era corta y fina, imbécil, se habrían despeñado.

—¡Elías! —Su madre gritó desde la cocina—. ¡Habla bien a tu hermana!

—Y encima para entrar en el santuario hicieron un agujero en la puerta —Pilar María bajó la voz.

—Un butrón —apuntó Delia, animada.

—Eso sería si fuera en una pared, nena —le recriminó Elías.

—De todas formas —continuó Pilar María—, un agujero demasiado pequeño para que alguien se colara por él. Y además, dejaron por todos sitios herramientas que no servían para nada.

—Entonces, ¿cómo lo hicieron? —Delia estaba asombrada con la historia.

—Eran pistas falsas, tuvo que ser alguien desde dentro. El capellán, seguro —aventuró Elías.

—Eso es lo que pensó la gente del pueblo, porque se fueron al santuario, pillaron al cura y se lo llevaron a la plaza para darle una paliza.

—¿Lo mataron? —Se alarmó Delia.

—No, porque el alcalde lo defendió con una pistola. Pero le tiraron piedras y todo.

—¿Y quién robó la Cruz? —Su hermana permanecía expectante.

—Es un misterio sin resolver. Un juez dijo que lo había descubierto y el hermano del alcalde lo mató al día siguiente, antes de que pudiera revelarlo. Lo metieron en la cárcel, pero nunca se demostró que este crimen tuviera nada que ver con la Cruz.

—¿De verdad? —Su hermana estaba muy sorprendida—. Y entonces, ¿no hay Cruz ahora?

—Otro Papa dio una astilla nueva.

—Pero la original, ¿no ha aparecido?

La muchacha se encogió de hombros. Delia parecía desilusionada, ella prefería las historias con un final cerrado, donde los malos iban a la cárcel y los buenos disfrutaban de las perdices.

Elías supo después que la Vera Cruz, la que se materializó ante el rey moro milagrosamente, la que fue venerada desde el siglo XIII, la que dio lugar a las leyendas, a los peregrinajes e incluso a la identidad de un pueblo, fue robada en el año 1934 y no volvió a aparecer jamás. En 1945, tras la insistencia del obispo y las fuerzas vivas de la ciudad, el papa Pío XII tuvo a bien arrebatar un pedazo a alguna otra reliquia del *Lignum Crucis* para entregarlo a Caravaca. No era más que una

astilla del tamaño de una cerilla, nada que ver con la Cruz original de doble brazo, que tenía unas dimensiones de nueve por seis centímetros.

Notaba el viento seco soplando con fuerza en su rostro mientras ascendía por las calles que se habían tornado sinuosas. Aquella parte de Caravaca ya no parecía una ciudad sino un pequeño pueblo de fachadas blancas salpicadas con macetas de colores. Saludó a algunas mujeres mayores que descendían hacia el centro para hacer sus compras matinales.

Elías no volvió a oír hablar del robo de la Cruz hasta que su tío, el obispo de Cartagena, le propuso el caso. Trabajaba mucho para él, catalogando muebles y joyas provenientes de donaciones particulares o de herencias, investigando reliquias robadas o verificando la autenticidad de algunas piezas.

—¿Quién cometió el sacrilegio?

Estaban sentados en el sofá de la casa de su madre, después de una abundante comida de domingo. Ambos sostenían rotundas copas en las que bailaba el coñac francés con ritmo hipnótico.

—Quiero que lo averigües.

Elías se quedó perplejo; le hacía un encargo imposible. Había pasado casi un siglo ya, seguramente se habrían destruido todas las pruebas y los implicados habrían muerto. Además, aquel era un caso extraño y complejo, abierto y cerrado en distintas ocasiones, pasando por las manos de diferentes jueces.

—Es primordial que recuperes la Cruz antes de la llegada del Papa. Confío en ti.

Creía comprender las intenciones de su tío. Primordial. Y absolutamente secreto, por supuesto. Si finalmente aparecía, podrían presentarlo como un milagro.

Faltaba un mes y algo para la visita papal, poco tiempo para resolver un caso tan difícil. Al día siguiente comenzó su investigación, dejando a un lado otros trabajos que tenía pendientes. Se desplazó a los archivos de Caravaca, Murcia y Cartagena; analizó todos los sumarios que se habían instruido a lo largo de los años; leyó los periódicos de la época y consultó artículos y publicaciones de autores coetáneos. Se iba incluso a la cama con sus anotaciones, cosa que molestaba a Caridad pues le costaba dormir con la luz de la lamparita. Pero el tiempo corría en su contra.

De todas estas lecturas sacó dos conclusiones: que la historia que Pilar María les había contado hacía años, la misma que corría por el pueblo, era bastante fiel a la realidad; y que alguien se había preocupado de ocultar información relevante, pues en el sumario de quinientos noventa y siete folios habían desaparecido nueve.

Ante este significativo hecho, Elías decidió consultar con Alfredo, el vicario del obispo. La mayoría de las cuestiones relacionadas con las investigaciones las trataba directamente con él. Quedaron en un restaurante perdido en la agonizante huerta murciana, un lugar íntimo que les permitía hablar con discreción sobre legajos, piezas y reliquias alrededor de un buen Jumilla y un chuletón a la brasa. Alfredo le sugirió examinar el archivo de la parroquia de El Salvador, la iglesia más importante de Caravaca después de la Basílica de la Vera Cruz. Casi todos los fondos habían sido

absorbidos por el archivo municipal pero aún quedaban algunos legajos y documentos extraviados en las desvencijadas estanterías de la sacristía. Le parecía una posibilidad muy remota, pero ya había agotado casi todas sus bazas, así que se animó a comprobarla.

Al día siguiente fue a la iglesia. Se detuvo ante el altar para rezar y aunque creyó sentir que Dios lo escuchaba, cuando examinó el contenido de las estanterías no halló nada de interés. Sin embargo, el sacristán resultó una persona afable y habladora y Elías aprovechó para establecer un interrogatorio encubierto que concluyó con una gran sorpresa. Tras conocer que lo enviaba el obispo, el sacristán le habló de un baúl que llevaba décadas cerrado con candado y que se custodiaba tras el enrejado de la capilla de los Mora. Cuando Elías mostró interés en examinarlo, el hombre abrió la reja y le indicó que se encontraba a la derecha del altar, aunque él no disponía de la llave para abrirlo. *¿Puedo forzarlo?* Preguntó Elías. *Si lo ordena el obispo...* Se encogió de hombros mostrando una amplia sonrisa que delataba su curiosidad. Elías utilizó su navaja multiusos y tras levantar la tapa, apartó unos trapos viejos y descubrió una bolsa de tela llena de monedas de oro. Se la entregó al sacristán, *Para los gastos de la iglesia*, le dijo. Debajo había varios documentos enrollados y atados con cintas rojas, algunos relativos a herencias, contratos y escrituras. Gracias a Dios halló otro constituido exactamente por nueve folios, los nueve folios que habían desaparecido del primer sumario del caso de la Cruz.

Miró su Casio, apenas le restaban unos minutos para la cita con su tío. Atravesó la entrada de la muralla, el aire le golpeaba la cara y el frío le calaba los huesos. Se santiguó al pasar frente a la Basílica y se dirigió a la sala de cabildos, situada junto al claustro, en el primer piso. Ganó las escaleras ajustándose el cuello de la gabardina, casi hacía más frío allí que fuera. Un hombre alto, con cara de simio, le impidió el paso con tono amenazante. Elías lo había visto más de una vez durante la investigación de las últimas semanas, trabajaba en tareas de mantenimiento y de chico de los recados del capellán.

—Su excelencia está reunido.

Ni dijo más, ni se podía esperar más de aquel gorila. Se acomodó en uno de los bancos, encogido por el frío. Al poco, un murmullo de voces llegó hasta él, acompañado del ruido de sillas que se arrastraban. Pronto se abrieron las puertas y salieron una media docena de hombres y dos o tres mujeres, todos contaban más de cincuenta y todos vestían ropas de calidad, clásicas y desfasadas. Parecían contentos y se alejaron ruidosamente. Bajo la atenta mirada del Gorila, Elías entró en la sala que presentaba un ambiente agradable gracias a varios calefactores. Se detuvo junto a la puerta. Su tío se encontraba al fondo, presidiendo una larga mesa de madera oscura, sentado en una silla de corte señorial. Alfredo ocupaba uno de los laterales junto a él y ambos charlaban con un anciano de larga barba cana y gafas de moldura

redonda que le otorgaban aspecto de sabio. Su tío levantó la mirada hacia Elías y le indicó con la mano que se acercara. El Sabio se despidió y pasó frente a él saludando con un movimiento de cabeza.

—Buenos días —lo acogió su tío animadamente—. Siéntate.

Le ofreció la silla que quedaba frente a Alfredo. El obispo era un hombre alto y de complexión fuerte, casi atlética. Todavía conservaba su cabellera, que se había tornado entrecana, pero era lo único que delataba su edad porque sus ojos seguían brillando con agudeza y su boca se mantenía presta a la sonrisa.

—Sí que comienzan temprano las reuniones.

—Esta noche hemos dormido en Caravaca, invitados por el arcipreste. Hay mucho que hacer. ¿Quieres tomar un café?

—Sí, claro.

Alfredo salió un momento fuera y volvió a sentarse. Al cabo de unos minutos, el Gorila les servía dócilmente una bandeja con tazas, cucharillas, azúcar, pastas de té y sendos termos de café y leche. Al salir tuvo la deferencia de cerrar la puerta.

—Sírvete —su tío le acercó una taza—. Bueno, cuéntame qué tal va todo. Alfredo ya me ha ido poniendo al día de tus pasos pero no sé nada de tus conclusiones.

—Todavía no tengo ninguna.

—¿Sin novedad, entonces? —Parecía algo contrariado.

—No exactamente —se sirvió una buena dosis de café antes de contestar—. En realidad he encontrado algo.

—*Great!* —Exclamó Alfredo—. Elías aún no se había acostumbrado a sus expresiones en inglés. Al principio había creído que lo usaba para hacerse el interesante, pero con el tiempo descubrió que su madre era una auténtica inglesa nacida en Londres y que Alfredo casi hablaba mejor el inglés que el castellano. Aunque algunas veces podía parecer un poco pedante, Caridad había hecho muy buenas migas con él, lo que había ayudado a que Elías también lo apreciara.

—He encontrado los nueve folios que faltaban en el sumario del año treinta y cuatro.

El café estaba ardiendo y con él entró en calor. Se quitó la gabardina y la dejó sobre una silla libre a su lado.

—Nos tienes en ascuas —le apremió su tío.

—Los nueve folios desaparecidos coinciden con parte de la declaración del capellán.

—Don Ildefonso Ramírez Alonso, un nombre muy cantarín —afirmó el obispo.

—A lo largo de estos años se han barajado varias teorías sobre el robo de la Cruz. Las primeras en lanzarse fueron las ideológicas. Los de derechas acusaban a los de izquierdas de haber querido destruir un signo cristiano y los de izquierdas decían que habían sido los de derechas para cargarles el muerto a ellos, disculpad la expresión. También se especuló sobre los fines económicos del robo, pero esto queda descartado porque los ladrones no se llevaron la arqueta de plata del S. XIV que albergaba la

Cruz y el relicario, ni otros objetos de considerable valor.

Llamaron a la puerta y entró de nuevo el Gorila.

—Excelencia.

El obispo asintió con la cabeza y el hombre avanzó hasta situarse a su lado para cuchichearle al oído. Elías se fijó en él, tenía una mandíbula prominente, ojos claros y cabello castaño; parecía polaco o rumano.

—No puedo hablar con él ahora, estoy en una reunión importante —la voz de su tío sonó rotunda.

El Gorila se alejó a grandes zancadas, con la misma cara inexpresiva que había traído.

—Disculpa, hijo, tenemos mucho trabajo con la llegada de su Santidad y la gente me molesta con estupideces. No podemos organizar una visita de su Beatísimo Padre a la casa de un político para que bendiga a su madre impedida. No es posible. —Su tío hizo una pausa—. Que Dios me ayude. ¿Dónde estábamos?

—Por la última hipótesis.

—¿Qué es? —Intervino Alfredo.

—Que se trató de un robo para proteger el Santo Madero y que se hizo desde dentro, con el consentimiento del capellán.

—¿Y tienes pruebas de ello?

Elías apuró su café que ya comenzaba a estar tibio y se sirvió un poco más.

—La parte sustraída del sumario coincide con un fragmento de la declaración del capellán, un fragmento donde el hombre se viene abajo y confiesa que fue él quien dejó pasar a los ladrones.

—¿El capellán? —Alfredo parecía sorprendido.

—Si te he entendido bien —continuó su tío— no admite haber robado la Cruz sino haber permitido que alguien lo hiciera. ¿Quién?

—No lo dice.

Los tres hombres permanecieron en silencio unos segundos. Fue Alfredo quien lo rompió.

—*But...* ¿Qué importancia tienen esos nueve folios desaparecidos?

—En principio podrían parecer banales —continuó Elías—, pero es llamativo que alguien se tomara la molestia de ocultar aquellas páginas. Y lo más curioso es que lo hiciera en la parroquia de El Salvador.

Los hombres volvieron a sumergirse en el silencio.

—Don Ildefonso no fue a la cárcel —concretó Elías al fin.

—¿Qué quieres decir con eso? —Alfredo parecía nervioso.

—Con la presión llegó a admitir que dejó entrar a alguien, aunque no se sabe a quién. Mi teoría es que él abrió la puerta y permitió el robo. Y después preparó la cuerda, hizo el agujero y dispuso las herramientas para despistar. Si no pisó la cárcel es porque alguien desde una posición de poder se preocupó de poner trabas a la investigación para que esta se cerrara sin más. El capellán murió apenas dos años

después y se llevó el secreto con él.

—Interesante —su tío parecía reflexionar—. Y si se trataba de un robo para proteger la Cruz, ¿por qué no apareció después, cuando terminó la Guerra?

—Eso es lo que tenemos que averiguar, pero necesitaría algo más de tiempo. Creo que nos estamos acercando.

—¿Sabes lo que me ha costado convencer al Papa para que venga? —Su tono fue tajante. Elías sabía que su tío conocía al Santo Padre desde hacía muchos años, mucho antes de que abandonara España en dirección al Vaticano, y que aún mantenían una relación muy estrecha. Lo sabía por su madre, porque su tío nunca hablaba de ello—. No vale con acercarse, tienes que recuperarla, si no, el esfuerzo invertido habrá sido en vano —hizo una pausa para respirar y su expresión se relajó—. ¿Cómo vas de trabajo para los próximos días?

—Tengo un par de asuntos que he dejado aparcados hasta resolver este.

—Pues tendrás que lidiar con la adversidad y sacar tiempo de debajo de las piedras porque tengo otro encargo para ti.

—¿Cómo? —Elías estaba sorprendido—. Faltan dos semanas para la visita de su Santidad —protestó.

—Necesito que vayas a Madrid pasado mañana. Hay una subasta en la que quiero que participes.

—¿Una subasta? —Elías intentaba disimular su desconcierto.

—Un Bacon.

Él no era experto en las vanguardias, de hecho no le interesaba nada posterior al Siglo de Oro. Y sabía que su tío directamente las despreciaba. Aun así, de vez en cuando, muy de vez en cuando, lo mandaba a revisar alguna herencia, a asistir a alguna subasta, a negociar con algún particular de la otra punta de España para conseguir uno de aquellos cuadros que después almacenaba en una habitación privada del sótano del obispado. Lo que aún no entendía era para qué quería aquellas pinturas y las pocas veces que se había atrevido a preguntárselo su tío le había recordado que la curiosidad debía ser encauzada hacia el conocimiento de las Sagradas Escrituras y la palabra de Cristo.

—De acuerdo, organizaré la agenda.

—Perfecto. Alfredo te dará los detalles.

Estaba decepcionado, pensaba seguir avanzando en la investigación para ofrecer a su tío el *Lignum Crucis* en su relicario original. Y no le interesaba en absoluto viajar a Madrid para participar en la subasta de una obra de un autor que no sabía lo que era la estética.

Alfredo cogió un maletín que guardaba al lado de la silla y sacó un sobre grande. Se lo acercó a Elías.

—Aquí tienes toda la información que te hace falta. No lo abras aquí, *please*, tenemos ahora otra reunión importante. Si tienes alguna duda, llámame. Mañana tengo que ir a Cartagena, podemos aprovechar para vernos si lo crees conveniente.

Bye.

Elías se levantó de la silla con el sobre marrón en la mano y se dirigió a la puerta.

—Elías.

Se giró, su tío le miraba con una ligera sonrisa en la cara mientras los rayos de sol perfilaban su figura y resplandecían sobre su pelo plateado.

—Buen trabajo.

En Madrid resultaba difícil aparcar en la calle y sabía por experiencia que hacerlo con un coche de alta gama era como poner un maletín de dinero en la puerta del Congreso, así que se dejó guiar por el GPS hasta la entrada del aparcamiento público, donde su BMW quedaría a buen recaudo.

La casa de subastas se encontraba justo al lado, entre la entrada del *parking* y una frutería.

Eran casi las once cuando se detuvo frente al escaparate pequeño y discreto, que mostraba el nombre del negocio sobre el propio cristal. Entró y preguntó para ver la exposición de la subasta de esa tarde. Una muchacha simpática, uniformada de verde, le indicó la sala a la que debía dirigirse. Había bastante gente en ese momento. Paseó entre los muebles antiguos, mesas, biombos, sillas, aparadores, camas, cómodas y espejos; entre los elementos decorativos, jarrones, cajas, relojes, lámparas, figuras y candelabros, algunos de plata, marfil o auténtica porcelana china; entre joyas, esculturas, láminas, grabados y, por supuesto, los cuadros, de tamaños, épocas y estilos variados, colgados a distintas alturas a lo largo de las cuatro paredes.

Encontró al fondo el que a él le interesaba. Se situó junto a dos tipos de negro, pantalón de cuero, camisa y americana. Uno de ellos le dio un codazo al otro y se apartaron a un lado. Elías los siguió por el rabillo del ojo mientras se dirigían a la salida, dedicándole alguna que otra mirada a él y al resto de la sala, como si buscaran algo o a alguien.

Almacenó el dato y se centró en el estudio de la pintura. Representaba a un obispo de espaldas, identificado por una casulla blanca y la mitra en la cabeza, tumbado en un sofá gris oscuro, ovalado, que recordaba a una bandeja, como si lo hubieran servido para la cena. Esta sensación era reafirmada por una botella de vino gigante situada frente a él, de color negro, con una etiqueta a modo de espejo que reflejaba su rostro difuminado, reducido a una boca descarnada, abierta de par en par para exhibir una afilada dentadura. La botella, algo inclinada hacia la izquierda, se apoyaba sobre un trozo de carne, un costillar sanguinolento, los restos de una ternera abierta en canal. El suelo era naranja, plano, sin matices, y al fondo se levantaba una pared del mismo color más oscuro, de forma semicircular, sobre la que destacaba una gran W negra.

Aunque no aparecía firma, los símbolos que conformaban el universo de Bacon eran evidentes. El costillar, el obispo, el grito, la habitación circular, la escasa paleta de colores que se reducía a rojo, naranja, negro y blanco, la evidente alusión a la Venus del Espejo. Bacon sentía verdadera devoción por la obra de Velázquez, por la perfección de su pintura, por sus detalles, sus brillos y sus colores. Sus repetidos estudios del retrato del Papa Inocencio X le llevaron a realizar versiones

desgarradoras que mostraban el horror de la mente humana, el dolor y la desesperación que se ocultaban tras la apariencia serena del papa retratado en el Siglo de Oro. Otro de los cuadros que obsesionaron a Bacon, y frente al que se pasaba horas y horas en la National Gallery, era *La Venus del Espejo*. Esta había inspirado muchos de sus retratos en los que aparecían sus modelos reflejados con caras partidas o distorsionadas, sin embargo, hasta ahora no se conocía una versión tan explícita. Aunque no tenía título, uno bueno habría sido *Estudio de la Venus del Espejo*. Al fin y al cabo había sustituido a Cupido por un trozo de carne, haciendo alusión al amor carnal, al sexo, para Bacon el único amor verdadero. La permuta de Venus, madre de Cupido, por un obispo haría alusión a la promiscuidad de algunos miembros de la Iglesia, siendo el trozo de carne el fruto de esa relación, como un castigo sanguinolento por no cumplir sus votos.

El tema, los colores y los símbolos eran muy claros, tan solo la botella de vino y la gran W del fondo se apartaban del universo de Bacon. De todas formas, no sería extraño que el artista hubiera ilustrado la grandeza del líquido dionisiaco en una de sus obras, su pasión por él era notoria, incluso había declarado que utilizaba la resaca como un potenciador de la creatividad. La única forma de estar seguro de su autoría era aplicar el Método Morelli, que consistía en seguir las pistas de los detalles menos obvios pero característicos del estilo. La pincelada de un pintor es comparable a la grafía, es única porque acaba por desarrollar fórmulas automáticas para resolver distintos problemas, como la forma de la oreja de un personaje secundario o manías que le pueden llevar a repasar tres o cuatro veces una pupila o una ceja. Elías examinó la longitud y la dirección de los trazos que había usado para componer el fondo plano. Después se centró en el trozo de carne, en la forma redondeada y difuminada del contorno que recordaba a un Cristo de Cimabue boca abajo, en los detalles de la columna vertebral, desde la que partían las costillas que daban un mínimo de volumen al dibujo. Las coincidencias con *Tres estudios para una Crucifixión* eran asombrosas. Pasó al obispo, primero la mano que se apoyaba sobre su cadera, con los dedos doblados y poco definidos, casi un muñón, después la oreja, las particularidades de la mitra y los pliegues de la casulla. Todos los detalles coincidían con su estilo.

Por último, analizó la cara parcialmente reflejada en el espejo. El grito era un elemento muy característico de la obra de Bacon, basado en el rostro perturbador que muestra la enfermera de *El Acorazado Potemkin* después de perder un ojo. Una boca de labios finos, con forma de corazón, dientes rectos arriba e irregulares abajo, sobre un fondo negro, sin lengua. En este caso las diferencias eran evidentes. En primer lugar, los dientes no eran rectos, sino puntiagudos, como una ristra de colmillos manchados y chorreantes de sangre. La forma de la boca era cuadrada y se abría con intención de intimidar, mostrando los colmillos, casi escupiéndolos, como si en lugar de gritar, amenazara con saltar y morder en cualquier momento. Sí, aquella boca abierta, aquel grito que no era tal, se alejaba mucho del estilo de Bacon, rompía sus

reglas básicas, pues lo que él buscaba en sus pinturas era transmitir una sensación, abandonando todo carácter narrativo. No le interesaba contar nada, simplemente buscaba atacar a los sentimientos; que cuando alguien se plantara frente a uno de sus cuadros se le removieran las entrañas. Sin embargo, esta obra en concreto, ese grito que no transmitía dolor o desgarró, sino amenaza, sí parecía contar algo, como si fuera una advertencia: ¡*Cuidado con este obispo!* Seguramente habría sido ese detalle, junto a los elementos extraños a su universo (la botella de vino y la gran W), los que habían hecho que la galería de arte lo descartara como un Bacon original. Elías habría hecho lo mismo, no creía que fuera obra del autor, aunque su tío se empeñara en asegurar que lo era y le hubiera ordenado expresamente que lo comprara.

La subasta comenzaba a las seis de la tarde, así que tenía tiempo para dar un paseo y comer algo. Se dio una vuelta por Serrano antes de acercarse a comer al Hotel Único. Tras darse un homenaje con el más caro de los menús de Ramón Freixa, salió al jardín para tomar un café irlandés, disfrutando aún de la agradable sensación que le había dejado el salmonete asado y el cochinitillo confitado. Aunque hacía frío, no corría una gota de aire y las mesas estaban situadas al sol, que junto al café caliente proporcionaban una sensación agradable, acentuada al respirar el aire fresco y aparentemente puro de aquel oasis en el corazón de la ciudad. Al poco se sentó una chica en la mesa de al lado. Era rubia, delgada y con mucho estilo, joyas caras, maquillaje discreto y vestido ceñido que apretaba sus pechos. La chica pidió un *Gin Tonic* y saludó a Elías con un movimiento de cabeza. Él respondió con el mismo gesto y bajó los ojos para leer la prensa. Conocía a ese tipo de mujeres sin moral, la mayoría prostitutas que ofrecían sus servicios en hoteles de clase alta, otras simplemente busconas a la caza y captura de un marido rico. Ninguno de los dos tipos le interesaba, él estaba felizmente casado y no tenía la más mínima intención de entablar conversación ni ofrecer esperanza alguna a una mujer de esa calaña. Era una lástima que desperdiciaran su vida de aquella manera. Seguramente, si sus padres se hubieran preocupado de ofrecerles una educación religiosa todo sería distinto.

Tras leer el periódico revisó alguna información que había anotado. El precio de salida del cuadro era de treinta mil euros, una miseria si se trataba realmente de un Bacon. Las obras del artista habían batido todos los récords de ventas, llegando a superar el *Retrato de George Dyer hablando* los cincuenta millones de euros o el tríptico de Lucian Freud los ciento cuarenta y dos millones.

Terminó el café y regresó a la casa de subastas. Se registró y con su número en la mano accedió a la sala. Tenía un aforo de unas cincuenta personas y se encontraba a media capacidad. Observó a los dos tipos uniformados de negro sentados en un sofá de un lateral. Él se situó en una silla de la última fila, desde donde podía controlar toda la estancia. Poco a poco se fueron ocupando las localidades y algunas personas se quedaron de pie, varios con el móvil en la mano. En la parte de delante había una mesa cuadrada con seis mujeres situadas cada una frente a un teléfono que en ese

momento descolgaron para marcar un número. Tras explicar algunas reglas básicas, el subastador dio comienzo al espectáculo con puntualidad británica. Los muebles, los objetos de plata y los motivos religiosos se vendieron bien, la mayoría por un precio algo inferior al de tasación pero suficiente para que la casa obtuviera un beneficio. Era curioso, porque las piezas más llamativas casi siempre se adjudicaban por teléfono, a través de una de las mujeres de la mesa cuadrada. Las esculturas y los cuadros de alta época se vendieron aún mejor, mientras que los del S. XX no parecían despertar demasiado interés, quedando sin adjudicar o haciéndolo por precios muy inferiores a los esperados. En principio, iba a ser una subasta sencilla, pero la presencia de los tipos de negro le causaba una gran inquietud. Volvió a observarlos de reojo cuando al fin le tocó el turno al cuadro que le interesaba.

—El siguiente lote es un cuadro de un seguidor de Francis Bacon, S.XX. El precio de salida es de treinta mil euros.

Observó que dos mujeres de la mesa cuadrada habían descolgado el teléfono y hablaban con algún cliente. Comenzó la subasta. Elías esperó a ver si alguien pujaba. Observó a las telefonistas, a los tipos de negro, a todo el público de la sala. Nadie parecía mover un músculo. Silencio absoluto, tensión. *Treinta mil euros, ¿alguien me da treinta mil euros?* El subastador comenzó a ensalzar las virtudes del cuadro. *¿Alguna puja?*, concluyó, levantando el mazo para retirar el lote. En ese momento, una de las telefonistas elevó la mano. *Primera puja por treinta mil euros, ¿alguien ofrece treinta y tres mil?* Elías mostró la paleta con su número. La guerra había comenzado. Las pujas se alternaron hasta superar los cincuenta mil. Entonces el cliente telefónico se retiró, observó cómo la chica colgaba el teléfono. Elías se sintió aliviado. El subastador dio el último aviso. Entonces entró en el juego la otra telefonista. *Nueva puja telefónica por cincuenta y cuatro mil euros.* Elías volvió a pujar emprendiendo otra batalla que no sabía si podría ganar. La adrenalina recorría ya todo su cuerpo, cargándolo de nervios y emoción. Su tío le había puesto el límite en ciento cincuenta mil euros. El precio continuó subiendo hasta alcanzar los ciento cinco mil. En ese momento la muchacha titubeó, hablaba con su cliente, parecía un poco nerviosa. Al poco colgó el teléfono. *Ciento cinco mil euros a la una, a las dos, adjudicado.* El golpe seco del martillo confirmó su victoria y le regaló una sensación placentera, similar a un pequeño orgasmo. Los dos tipos de negro clavaron los ojos en él, se pusieron de pie y abandonaron la sala sin quitarle la vista de encima.

Después de la subasta, Elías se acercó con su paleta al mostrador de pagos para emitir un cheque y firmar el contrato de compra-venta. Pidió que le trajeran el cuadro para observarlo de cerca. Ahora que lo tenía en las manos le seguía pareciendo horrible, aunque de alguna forma le impresionaba. Era un cuadro que podía llegar a obsesionar, capaz de revolver las entrañas. Solicitó que le gestionaran un seguro de transporte y lo embalaran para llevárselo él mismo en el coche. Se acercó una azafata. A Elías le dio un vuelco el corazón. Nunca le había pasado algo parecido; fue como si acabara de recibir un certero disparo de Cupido. Su cara era blanca, como una obra de

arte esculpida en mármol de Carrara, enmarcada por una melena pelirroja recogida en una cola. Su cuerpo se perfilaba bajo el uniforme verde de la casa, invitando a recorrer montañas y valles de lo que parecía una reserva salvaje. La chica le dedicó una sonrisa pícaro y enigmática mientras le entregaba el cuadro y se giraba para abandonar la estancia. Elías se quedó hipnotizado por la redondez y la perfección de su trasero, por el llamativo color de su pelo, por la gracia y la elegancia de los movimientos de su cimbreante cuerpo. De repente, comprendió la diferencia entre lo mundano y lo divino, lo perfecto y lo sublime, entre Caridad y una diosa del Olimpo. En ese momento, se arrepintió por primera vez de haberse casado.

Terminó de arreglar los papeles y esperó pacientemente a que volviera aquella diosa a entregarle el cuadro. Sin embargo, su decepción fue mayúscula cuando vio aparecer la caja en manos de una rubia de bote de pelo estropajoso, tan delgada que parecía que hubieran colgado el uniforme en un palo de fregona. Miró alrededor buscando desesperadamente a la pelirroja, aunque ya comenzaba a aceptar que tendría que marcharse sin volver a verla.

Recogió todas sus cosas y se dirigió a la salida. Nada más cruzar la puerta reparó en los dos tipos de negro, que vigilaban desde el interior de un Mercedes al otro lado de la calle. Entró en su aparcamiento y esperó unos minutos junto a la puerta para ver si lo seguían. Los tipos no se bajaron del coche, así que se dirigió al suyo, dispuesto a volver a Murcia y hacer la entrega lo antes posible. Aquel cuadro empezaba a quemarle en las manos. Tuvo que echar hacia delante los sillones traseros para meter la caja en el maletero. Se subió al coche y se dispuso a arrancar, pero se detuvo antes de hacerlo. Había estado tan obsesionado con la pelirroja que ni siquiera se había preocupado de confirmar que le habían entregado la mercancía. Suponía que estaría todo correcto, era una casa de subastas seria; sin embargo, sabía por experiencia que nunca había que dar nada por supuesto. Sacó su navaja multiusos, se bajó y abrió la caja. En el interior no había más que un marco vacío. *Mierda*. Echó a correr con la caja en las manos y volvió a entrar en la casa de subastas. Rápidamente llegó al mostrador de pagos, donde le explicó a la chica lo que le había sucedido. Esta se mostró muy nerviosa y un poco incrédula. Llamó al director de la casa. Le explicó el suceso. Colgó y volvió a marcar un número. Esta vez era la policía. Denunció el robo por teléfono.

—La policía está de camino —le explicó—. No se preocupe, el seguro cubrirá el robo.

—Ya, pero yo no quiero el dinero, quiero el cuadro.

Elías estaba desconcertado. Se sentó en una de las sillas que se exhibían, nadie le llamó la atención a pesar de los numerosos carteles que indicaban la prohibición de tocar los objetos, quedando implícitamente claro que tampoco se podía posar el culo sobre ellos. Sacó su cubo de los espejos y comenzó a manipularlo rápidamente. Un amigo le regaló su primer cubo de Rubik cuando cumplió los ocho años. La madre de este se acercó a hablar con la suya. *Mi hijo ya lo ha resuelto, solo le costó un par de*

semanas, dijo con una sonrisa de oreja a oreja. *Elías es muy listo, no creo que le cueste más de un par de días*, sentenció su madre, y a la otra se le congeló la sonrisa en la boca. *Bueno, ya lo veremos*. Después de la fiesta de cumpleaños su madre se sentó con él y comenzaron a estudiar el cubo. *¿Sabes hacerlo?* Elías se encogió de hombros. No tenía ni idea, pero pondría todo su empeño. Se pasó dos días moviendo las piezas de un lado a otro, consiguiendo completar una o dos caras, pero en ningún momento las seis. La segunda noche su madre se sentó con él mientras su hermana veía los dibujos. *¿Lo has terminado?* Elías negó con la cabeza. *Está bien, no te preocupes, mañana lo llevarás hecho a la escuela y se lo enseñarás a Román. Mamá, pero...* Elías, *no me discutas*, le cortó ella, *eres demasiado joven para entender algunas cosas*. Su madre se puso en pie y calentó un cazo de agua. Con el vapor retiró las pegatinas una a una y después, con sumo cuidado, volvió a pegarlas. Elías se sintió mal. Aquello era mentir, ¿no los castigaría Dios por hacerlo? *Mamá, si se entera el tío... Este será nuestro secreto, ¿de acuerdo?* *No se debe mentir, Elías, pero algunas veces Dios permite hacerlo para darle una lección a aquellos que son vanidosos. La vanidad es el peor de los pecados, hijo, los vanidosos solo piensan en ellos mismos y no tienen tiempo para Dios*. Aquello tenía sentido, así que a la mañana siguiente Elías llevó el cubo a la escuela. Al salir de clase, se lo enseñó a Román, que se alegró al ver que lo había resuelto. La madre, sin embargo, frunció el ceño y echó a caminar asegurando que su hijo ya estaba a punto de resolver la versión de tres por tres.

Después de eso los cubos de Rubik no volvieron a ser tema de conversación entre ellos, pero Elías no lo olvidó. Aunque hubiera sido por una buena causa, habían mentido y necesitaba enmendar ese error. Así que continuó dedicándole todo el tiempo que podía y lo resolvió antes de un mes. Al año siguiente pidió por su cumpleaños la versión más conocida, la de tres por tres, la que supuestamente Román había estado a punto de descifrar en unos pocos días. Elías tardó casi seis meses. Después perdió todo el interés hasta que pasados varios años se enteró de que existía una versión de cuatro por cuatro. Se hizo con ella y aunque sabía que un algoritmo publicado en Internet explicaba cómo resolverlo, prefirió hacerlo sin ayuda. Le costó dos años hallar la solución y automatizarla. Así que se podría decir que era casi un profesional cuando se compró la versión de los espejos. Esta era aún más difícil, porque no tenía colores. Una vez deshecho presentaba un aspecto amorfo y había que recolocar las piezas para devolverle su forma de cubo. Aún no había conseguido resolverlo, así que lo llevaba siempre encima. Le ayudaba a relajarse.

Una vez que se hubo tranquilizado, se cubrió con su gabardina y sombrero y salió a la calle con el móvil en la mano. Observó de reojo que los tipos de negro permanecían aún vigilando la entrada, así que echó a caminar mirando el móvil y cuando pasó junto al coche hizo una foto disimuladamente y giró en la primera esquina. Mientras daba una vuelta a la manzana envió un Whatsapp a un amigo de la Guardia Civil, que al igual que él formaba parte de la Orden de Santa María de

Cartagena. Esta era una orden religiosa creada por Alfonso X el Sabio para la defensa naval de la Corona de Castilla. Aunque duró muy pocos años porque fue absorbida por la Orden de Santiago, en el 2008 unos cuantos idealistas de la ciudad se animaron a recuperarla. Cuando Elías se enteró se unió a ellos sin pensarlo. Algunos los tildaban de *frikis*, pero él tenía la sensación de estar haciendo algo importante. Eran caballeros de Dios y así lo declaraban al realizar su juramento, comprometiéndose a velar por la fe, la justicia y el honor. Eran solo quince y quedaban dos veces a la semana para practicar el esgrima y las artes marciales, organizar competiciones y batirse en torneos. Algunas veces se sentía como una especie de superhéroe, caminando por las calles de la ciudad bajo el anonimato de su gabardina y su sombrero, dispuesto siempre a ayudar a aquel que pudiera necesitarlo.

Regresó por el otro lado de la calle, escondiéndose entre los coches para acercarse por la parte de atrás, sin que pudieran verlo. Reparó en que no tenían el seguro puesto. Se santiguó. *Señor, guía mis pasos para hacer justicia*. Estaba nervioso. Una cosa era entrenar con sus amigos y otra un enfrentamiento real. Se situó con sigilo junto a la puerta del acompañante y la abrió de un tirón. El primer instinto de los matones fue coger la pistola que llevaban en una cartuchera en el sobaco, pero Elías le asestó un rápido golpe en la tráquea al que tenía más cerca que lo dejó sin respiración y le pegó una patada en la cara que lanzó su cabeza hacia el lado, golpeando con fuerza a su compañero y reventándole la nariz que comenzó a sangrar abundantemente. Con un par de certeros movimientos los desarmó, se guardó una pistola en el bolsillo y empuñando la otra se sentó en el asiento trasero.

—¿Qué hacéis aquí?

—¿Y a ti qué te importa? —Contestó el conductor con voz gangosa, taponándose la nariz con un pañuelo para cortar la hemorragia. El otro aún boqueaba, intentando recuperar la respiración.

—Me acaban de robar el cuadro que tanto os gustaba.

—¿Han robado el cuadro? —Se sorprendió el matón.

—Sí, y ahora mismo vosotros sois mis principales sospechosos, así que o me dais una explicación convincente de lo que hacéis aquí o le diré a la policía, que está a punto de llegar, que os someta a un intenso interrogatorio en comisaría.

—Nos gusta el arte —respondió el tipo con la voz gangosa. Se retiró el pañuelo y Elías observó su cara ensangrentada en el retrovisor. Aunque se había cortado la hemorragia, solo podía respirar por la boca—. Queríamos saber quién compraba el cuadro.

—Para robarlo después.

—Si lo hubiéramos robado nosotros, ¿por qué íbamos a seguir aquí?

Buena pregunta, aunque al instante se le ocurrió una buena respuesta.

—¿Porque tenéis un cómplice y estáis esperando a que os lo entregue?

—Sería un poco extraño hacer la entrega en la misma puerta, ¿no crees?

En ese momento le llegó un Whatsapp. Elías miró el móvil sin dejar de

encañonarlos. Su amigo era extremadamente eficiente, por suerte lo habría pillado en la oficina. *El coche está a nombre de la Fundación Midas*. Midas era un famoso escultor murciano que había tenido su época de gloria hacía unos años y ahora se encontraba en decadencia. Administraba una fundación que se encargaba de la gestión de galerías de arte y de un conocido piano-bar en el centro de Murcia. En realidad no era más que una tapadera para sus verdaderos negocios relacionados con prostitución, drogas, tráfico de arte y asuntos aún más turbios. Un mafioso en toda regla tras la apariencia de un artista comprometido.

—Pues si no lo habéis robado vosotros, creo que Midas —los dos tipos se pusieron nerviosos cuando mencionó el nombre— cogerá un buen cabreo al enterarse de que alguien se os ha adelantado.

—¿De qué estás hablando?

—Vuestro jefe es un traficante de arte, entre otras cosas. ¿Me vais a decir que no habéis robado el cuadro, que no teníais, al menos, intención de hacerlo?

—Midas nunca se metería en los asuntos del obispado —contestó con rabia el gorila del asiento del acompañante. Elías se sorprendió de que supieran quién era y para quién trabajaba. Recibió la estocada con deportividad.

—¿Y por qué no? ¿Es que el señor Midas nos ha salido escrupuloso? ¿O creyente? ¿Me vais a decir que siente un profundo respeto por los asuntos de Dios? —No contestaron—. La policía está a punto de llegar y aún no he oído una explicación convincente.

Los tipos se miraron. Al final contestó el de la nariz rota.

—Teníamos orden de vigilar por si aparecía la dueña del cuadro.

—¿La dueña del cuadro? —Por fin algo de información útil—. ¿Quién es?

Le mostró una foto de una pelirroja explosiva en un bar, luciendo un vestido de fiesta.

—Ha estado hoy aquí —a Elías le dieron un vuelco las entrañas al volver a verla—. Ella se llevó el cuadro para embalarlo y otra chica me trajo una caja vacía.

—Pues ya tienes a tu ladrona —confirmó el matón—. ¿Hay alguna otra puerta aparte de la principal?

—Hay una puerta de servicio que da a la calle de atrás.

—Entonces, me temo que ya estará muy lejos de aquí.

—¿Y por qué buscáis a la dueña del cuadro?

El tipo se encogió de hombros, no iban a colaborar más. Elías se bajó del coche y tiró las dos pistolas en un contenedor. Suponía que las recuperarían, pero para cuando lo hicieran él ya estaría fuera de su alcance. Volvió al interior de la casa de subastas y al poco llegó la policía. En primer lugar le tomaron declaración a él en presencia del director de la casa. Les explicó paso por paso cómo se había producido la entrega, en la que habían intervenido dos personas, la Diosa del Olimpo que se lo había llevado y el Palo de Fregona que había vuelto con el paquete. Pidieron al director que convocara en la sala a todas sus azafatas para que Elías pudiera identificarlas. Como

ya esperaba, la Diosa del Olimpo no se presentó con sus compañeras.

—Falta la pelirroja —dijo Elías— una chica muy guapa, con el pelo recogido en una cola de caballo.

—Sí —confirmó la mujer del mostrador—. Yo también la recuerdo, ella se llevó el cuadro. A mí no me sonaba de nada, pero aquí las azafatas van cambiando cada cierto tiempo sin previo aviso. Pensé que era nueva y no le di mayor importancia. Llevaba el uniforme de la casa —la mujer se excusaba como podía ante la mirada cada vez más incisiva del director.

—Ella me entregó la caja cerrada —confirmó el Palo de Fregona—. Yo tampoco la conocía, le pregunté si era nueva y me contestó que sí, que era su primer día.

—¿Sabe usted de quién hablan? —El policía se dirigió al director.

—Ni idea —se encogió de hombros. Había un par de pelirrojas en la sala, ni tan guapas ni tan espectaculares. Él las señaló con la mano—. Supongo que no es ninguna de estas. Aquí están todas las azafatas que a día de hoy tengo contratadas.

—Pues parece que tenemos una principal sospechosa. Ahora necesitaremos un retrato robot, una declaración de cada una de las personas de la sala y buscar huellas en la caja —el policía, un chico demasiado joven, repasó en voz alta todo el trabajo que se le venía encima.

Mientras tomaban declaración uno a uno, Elías abandonó la estancia donde esperaban y se dirigió a la entrada para llamar por teléfono.

—Elías, ¿qué tal ha ido todo? —La voz del obispo sonó alegre y simpática.

—Pues mal, la verdad.

—¿No has conseguido el cuadro? —El tono se volvió seco de repente, casi amenazante.

—He ganado la subasta, pero el cuadro ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —Su tío comenzaba a irritarse. Elías conocía bien ese tono, asumir frustraciones no era uno de sus fuertes—. ¿Qué quieres decir con de-sa-pa-re-ci-do?

—Lo han robado. Pedí que me entregaran el cuadro para transportarlo yo mismo y cuando abrí la caja, solo contenía el marco. La policía está investigando, pero no me dan mucha confianza.

—Está bien, está bien —su tío puso en marcha sus técnicas de autocontrol. La sonrisa telefónica volvió a aparecer al otro lado de la línea—. No nos pongamos nerviosos, ¿de acuerdo? Habías hecho un seguro.

—Sí, claro.

—Perfecto. Déjalo en manos de la policía. Ellos se encargarán de todo.

—He empezado a investigar por mi cuenta, creo que...

—Elías, no te preocupes, no quiero que le des más vueltas, ¿entendido?

—Pero...

—Ni peros ni peras. —La voz amable cambió de repente para mostrar su autoridad—. Ya has terminado tu trabajo en Madrid. Vuelve a casa, te necesitamos

aquí lo antes posible.

—Está bien.

—La Cruz de Caravaca te espera, no lo olvides. —Y colgó.

Elías observó el teléfono con resignación y se dispuso a marcharse, pero la imagen de la Diosa del Olimpo volvió a su mente. Nunca le había sucedido algo parecido con una mujer. Si obedecía a su tío y se olvidaba del caso lo más probable era que jamás volviera a verla. Intentó apartar esos pensamientos de su mente, pero no pudo. Él estaba casado, felizmente casado, ¿de verdad quería volver a encontrarse con ella? Sabía que era mejor evitar la tentación aunque por otro lado era bueno enfrentarse a ella y rechazarla, era un buen ejercicio para el espíritu, como hizo Jesús en el desierto.

No, él jamás caería en la tentación, pero necesitaba volver a verla.

Además, su trabajo consistía en algo más que levantar la mano en una subasta. Miró a ambos lados, estaba solo, los trabajadores permanecían aún en una de las salas esperando para ofrecer su declaración. Con sigilo cruzó el pasillo hasta el despacho de administración. Estaba desierto, así que rápidamente pinchó un lápiz usb que instaló un pequeño programa, un virus que le permitiría el acceso remoto al ordenador. Después sacó fotos del registro de pujas y volvió a la entrada. Se despidió y se marchó, alegando que aún tenía un largo viaje por delante.

Elías respiró profundamente y se asomó a la ventana de su despacho mientras jugueteaba con su cubo de los espejos. Un reguero de turistas extranjeros, escapados de algún crucero que acababa de atracar, atravesaba la Puerta de Murcia en busca del Barrio Romano. Aquella horda de piel desteñida, pantalón corto y gorra con bandera inglesa se mezclaba con los trajeados oficinistas que avanzaban en busca de un café.

Se dio la vuelta y se topó de bruces con el cuadro de Artemisia Gentileschi que ocupaba la pared lateral de su despacho. En realidad era una reproducción que le había regalado un amigo, el original se exhibía en la Galería de los Uffizi de Florencia. A Caridad le había parecido grotesco y no le dio la oportunidad de proponer colgarlo en casa. A él, sin embargo, le gustaba. Artemisia había adoptado los claroscuros puestos de moda por Caravaggio, imprimiendo a su obra un espectacular realismo dramático. Llegó a convertirse en una de las artistas más importantes del S. XVII, a pesar de que las mujeres tenían que enfrentarse a serias dificultades para abrirse paso en el mundo de la pintura. Sin embargo, ella no se doblegó, no dejó de pelear y defender sus derechos para ejercer su profesión. Elías la admiraba por ello, además de por su obra. Siendo tan solo una adolescente comenzó a destacar gracias a la influencia de su padre, también pintor, así que este la puso bajo la tutela de un amigo para que se encargara de su educación. Sin embargo, Agostino Tassi resultó ser un malvado que la violó en repetidas ocasiones, obligándole a guardar silencio con la promesa del matrimonio. Cuando Artemisia se dio cuenta de que aquella promesa nunca se materializaría, denunció lo sucedido a su padre, quien lo llevó a juicio. Poco después se demostró que Tassi había asesinado a su mujer por haberlo abandonado y había cometido incesto con su cuñada. A pesar de todo, no llegó a estar ni un año en la cárcel y cuando salió comenzó a recibir los encargos más importantes de su carrera. Artemisia, mientras tanto, se corroía por dentro al ver que no iba a obtener justicia.

Elías examinó el cuadro con detenimiento. Los detalles, los colores, los trazos de pintura. Era una reproducción bastante buena. Solo un experto como él sería capaz de encontrar las diferencias con el original. Representaba un pasaje de la Biblia con el que se había topado en varias ocasiones a lo largo de su vida y que de alguna forma le había marcado. Las historias del Antiguo Testamento no tenían nada que ver con las del Nuevo. Mientras que en este último se predicaba el amor, el primero contenía relatos protagonizados por un Dios amenazante y vengativo, un Dios que elegía a sus favoritos, convirtiéndolos en héroes y heroínas que se enfrentaban a los opresores, dispuestos a asesinar o a sacrificarse para liberar a su pueblo. Judith de Bethulia fue una de las elegidas.

Judith atravesó las callejuelas de la ciudad escoltada por su criada. Lucía un vestido de fiesta que había reemplazado por primera vez las ropas de luto que la acompañaban desde la muerte de su marido. Collares, brazaletes, anillos, aros y pendientes acentuaban su atractivo. Se detuvo junto a la puerta, donde la esperaban el jefe de la ciudad, Ozías, hijo de Miqueas, y los ancianos Cabri y Carmis, que quedaron maravillados por su aspecto. Con las bendiciones de los hombres, abandonaron las murallas de Bethulia para sumergirse en la oscuridad de la noche e iniciar el escarpado descenso hasta el valle donde se asentaba el campamento enemigo.

No tardó en salir a su paso una avanzada de asirios y Judith les pidió que la condujeran ante su jefe. Los otros se rieron al principio, pero no tardaron en cambiar de opinión cuando ella les explicó que traía información relevante para la toma de la ciudad y que solo la compartiría con él. Alcanzaron el campamento, una vasta extensión del valle ocupada por ciento setenta mil soldados de infantería y doce mil arqueros a caballo, sin contar con el personal de servicio y los portadores, además de camellos, asnos, mulas, ovejas, bueyes y cabras.

Los soldados las escoltaron hasta la carpa de Holofernes, el general en jefe del ejército de Nabucodonosor, que descansaba en un diván bajo un dosel purpúreo, recamado en oro, esmeraldas y piedras preciosas. Cuando se levantó para recibirlas con el torso desnudo, los sirvientes se acercaron para derramar sobre ellas la suave luz de las lámparas de plata. Él las estudió con interés. Era un hombre alto y fuerte, con barba y pelo largo, de piel oscura, nariz aguileña y ojos negros y penetrantes. Aquel era el responsable de mantener la ciudad sitiada desde hacía más de treinta días, de tomar el control de todos los manantiales y conseguir que Bethulia agonizara de sed. Siguiendo las órdenes de su rey, pretendía borrar de la faz de la tierra a cualquier pueblo que no se hubiera aliado con los babilonios. Y así había sucedido hasta ahora, dejando a su paso casas saqueadas, hombres, mujeres y niños asesinados, cosechas quemadas y santuarios profanados. Judith se había metido en la boca del lobo con la esperanza de que Dios guiara sus pasos para ayudar a su pueblo, evitando a la vez que las huestes babilónicas alcanzaran Jerusalén y destruyeran el Templo de Dios.

Holofernes la recibió con interés y le dio su palabra de que nada malo le sucedería si sus propósitos eran los de servir a Nabucodonosor, rey de toda la tierra. Ella le respondió que el pueblo de Bethulia había enloquecido, pues para sobrevivir pretendían sustentarse con aquello que Dios había prohibido en sus leyes. Solo necesitaban el permiso de los ancianos de Jerusalén para profanar los alimentos sagrados, como el vino y el aceite, que ya se habían consagrado a los sacerdotes. Cuando lo hicieran el fin sería inminente, pues la ira de Dios caería sobre ellos. Holofernes escuchó atento, embelesado por el encanto de la mujer. Ella prometió ayudar al ejército babilónico con la única condición de que le permitieran salir cada

noche a orar. Cuando los judíos incurrieran en pecado, Dios se lo haría saber y ella les informaría para que pudieran atacar con la victoria asegurada.

Judith fue conducida junto a su sirvienta a la tienda donde se alojarían. Por la mañana, se levantó para ir a la oración. Comieron los víveres que habían traído de Bethulia y evitaron el contacto con el resto de la tropa, quienes andaban inquietos por su cautivadora presencia. Así pasaron tres días y al cuarto, al no recibir noticias, Holofernes organizó un banquete. Judith aceptó la invitación y se preparó con sus mejores galas, acompañándolas de perfume y alhajas. Bagoas, el mayordomo de Holofernes, la condujo ante él. Todos contuvieron la respiración al verla. Tomó asiento al lado del general, que parecía haber olvidado el motivo real por el que ella se encontraba allí, ahora simplemente ardía en deseos de poseerla. Judith comió lo que su sirvienta le había preparado, mientras que Holofernes y su séquito engullían como auténticas bestias. Los invitados se retiraron a descansar y Bagoas cerró la carpa, dejándola sola a ella con Holofernes. A pesar de su ímpetu, el general pronto cayó dormido por los efectos del alcohol. Judith comenzó a orar junto a la cama, en busca de una respuesta, de una señal que le indicara lo que debía hacer. Entonces elevó sus ojos almendrados y descubrió que del dosel de la cama pendía una espada. La descolgó, se acercó a Holofernes con decisión y sujetándolo por el pelo descargó dos golpes secos que le cortaron la cabeza de cuajo.

Judith decapitando a Holofernes.

Este momento exacto fue el que pintó Artemisia Gentileschi allá por 1620. La Biblia contaba que después de haber completado el sacrificio, Judith arrancó las cortinas de las columnas y en ellas envolvió la cabeza, que sacó del campamento con la ayuda de su criada, camino del lugar de oración. Sin detenerse, continuaron hasta alcanzar las murallas de Bethulia, donde la hija de Merarí entregó a su pueblo el trofeo de la victoria.

Elías permanecía embelesado con el cuadro, estudiando los trazos de su pintura, la composición triangular que la autora había logrado situando a los tres personajes en escena, la criada de Judith incluida, aunque el relato bíblico dejaba bien claro que esta había abandonado la tienda. Los elementos impares funcionaban mejor en el arte. El número tres era arte.

Judith no parecía demasiado hermosa, con la cara congestionada por la fuerza ejercida sobre la espada que desgarraba el cuello, liberando los chorros de sangre que saltaban a diestro y siniestro, ante la cara de sorpresa e indefensión del ajusticiado.

Algunos críticos decían que la autora había descargado en esta obra todo su odio hacia Tassi, el maestro que la violó.

—¡Mi Elías! —La voz grave lo apartó de sus cavilaciones—. ¡Mi efebo!

No le hacía mucha gracia que lo llamara así pero se había tenido que acostumbrar. Había cosas que no tenían remedio.

—¡Mi Lolita!

Lola tenía y aparentaba algo más de cincuenta años. Su agilidad compensaba los

kilos que le sobraban, así como su alegría y su entusiasmo contrarrestaban lo cargante que era algunas veces. Se abrazaron, tal y como ella le había enseñado (y obligado) a hacer. Seis segundos, corazón con corazón, que al principio se le habían hecho eternos, pero ahora ya se le pasaban en un suspiro. Lola abandonó la habitación para volver rauda con una infusión humeante. Elías devolvió el cubo de los espejos a su bolsillo y tomó la taza.

—No te he oído entrar —comentó Lola—, estaba en el archivo. Canela y miel, el mejor remedio para todo. Siéntate y cuéntame cómo te ha ido por Madrid, pensaba que llegarías ayer.

—Ha habido imprevistos.

—La vida es un continuo imprevisto. —Lola se sentó en la silla frente a la mesa que presidía la estancia y se ajustó el pañuelo verde que llevaba al cuello, verde como su camisa, sus zapatos y sus pendientes.

—Tengo que aclarar las ideas, a ver si Dios me ilumina.

En ese momento sonó el timbre de la oficina y Lola se levantó para encaminarse a la recepción.

—Por cierto —vociferó desde la entrada—, ha llamado Caridad para recordarte que a medio día tenéis la comida y que tu teléfono está apagado.

Elías dejó la taza sobre un posavasos primorosamente grabado con un dibujo de un capitel corintio, tomó su móvil y confirmó que, efectivamente, estaba apagado. Qué despiste, Caridad estaría echando chispas.

—Pase por aquí.

Apareció Alfredo y Lola cerró la puerta. Elías le indicó al hombre que tomara asiento.

—Lo cierto y verdad es que me gusta tu despacho. Es muy luminoso. Y tienes una buena librería —señaló una de las paredes laterales, cuajada de libros.

—Gracias, es una oficina pequeña pero muy funcional.

—Y luminosa, no te olvides de lo más importante. Dios es luz y en él no hay ninguna oscuridad —recitó.

Alfredo rondaba los cuarenta pero aparentaba bastantes más, quizá por la calva, quizás por el traje y la camisa oscuros, tal vez por el alzacuello.

—¿Quieres tomar algo? —Elías indicó una mesa auxiliar donde descansaban una tetera japonesa y varias tazas de porcelana.

—No, *thanks*. No tomo nada hasta la hora de comer. Hay que ser disciplinado. Por cierto, ¿viste ayer el partido?

—No, llegué tarde al hotel.

—Vaya partidazo, sufriendo hasta el último momento. Yo disfruto mucho con el fútbol. A pesar de que pueda parecer blasfemia, me siento cerca del Señor cuando veo un partido de La Real, la tierra tira mucho. El ambiente es de fiesta, la gente se apasiona, a veces de más, claro. Ojalá pudiéramos conseguir ese estado en las iglesias.

—Ya sabes que no soy muy aficionado al fútbol. —Aunque se llevaban bien, era evidente que nunca llegarían a ser grandes amigos. Caridad, sin embargo, había establecido lazos más estrechos con él y entre los dos habían creado una asociación religiosa con el apoyo del obispado, que se encargaba de enviar voluntarios a diversos países de África.

—*Bad, very bad!* Yo siempre he dicho que desconfío de los hombres a los que no les gusta el fútbol. En fin, tengo que ver al párroco de Santo Domingo y he decidido pasarme a hacerte una visita.

—Envié el informe sobre lo ocurrido en Madrid desde el hotel.

—Sí, sí, no te preocupes, hemos recibido el *report*.

—Tengo que meditar un poco para poder sacar conclusiones.

—No importa, en realidad fue una tontería enviarte a Madrid, he oído que esa casa de subastas no es demasiado seria y esto no va a hacer que mejore su reputación, desde luego. Por nuestra parte, el tema está zanjado, *off*. Ahora lo que nos interesa es la investigación del *Lignum Crucis*. Solo faltan dos semanas. Lo de Madrid, quizás algún día nos enteremos de lo que ha pasado, habrá que confiar en el Señor. La curiosidad no es un pecado capital pero puede ser un *firebrand*, algo que nos puede desviar del camino correcto.

—Hay mucha gente interesada en el cuadro... —Elías quería sacar el tema de la presencia de los secuaces de Midas, pero Alfredo levantó la mano antes de que pudiera continuar.

—Recuerda, la curiosidad no siempre es buena. Hay que aprender a acatar órdenes —mostraba un tono excesivamente seco—. Si quieres hablar de algo, hazlo con tu tío. *The family is the family*. Pero mi recomendación es que pases página.

Alfredo se levantó, recuperando su mejor sonrisa, y salió de la oficina tras despedirse cariñosamente de Lola. Se giró hacia Elías antes de desaparecer por las escaleras.

—Mantenme informado, *please*.

Elías se acercó a la puerta y observó la maceta con una planta agonizante que Lola había colocado en el rellano.

—Lola, por Dios, esta planta da lástima, quítala de aquí.

—No, imposible, si está así por algo será.

—Está agonizando.

—Es rúcula, absorbe las malas energías.

Elías estaba cansado, dejó para otro día el tema. Cerró la puerta y entró en su despacho. Sacó el cubo de los espejos o *mirror cube*, como diría Alfredo, y se puso a trastearlo. Las aristas no encajaban aún, quizás no lo consiguiera nunca.

Tenía que volver a casa, miró la bolsa de viaje que había dejado junto a la entrada. El cubo giraba mientras su mente volvía a activarse, no podía olvidar lo ocurrido en Madrid, demasiadas cosas extrañas para dejarlas sin resolver.

Se sentó en su escritorio y abrió su cuenta de Gmail. Eliminó varios correos de

spam hasta que encontró el que le interesaba, el que le indicaba la dirección IP del ordenador de administración de la casa de subastas junto al usuario y contraseña para acceder. Aún no eran las dos, así que seguramente estarían trabajando y el ordenador encendido. Se conectó a la dirección IP a través del virus que había instalado, que le daba acceso a todos los archivos locales sin que el usuario lo notara. Abrió el registro de compra-ventas. Allí descubrió su nombre como ganador del cuadro sin título de un seguidor de Bacon. Buscó la referencia de la obra y enseguida apareció que la casa de subastas la había adquirido dos meses atrás a una mujer, Alicia Silva Mataró, por 15 000 euros, justo la mitad del precio de salida y la sexta parte del precio final. Menudo negocio tenían montado. Entonces examinó en su móvil las fotos que había hecho del registro de pujas. El primer envite telefónico había sido realizado por un hombre y el segundo, que le había obligado a subir el precio hasta superar los 100 000 euros, por una mujer, Alicia Silva Mataró. Había sido la misma dueña del cuadro la que había pujado por él. Aquello habría tenido sentido si lo hubiera dejado en depósito, pero habiéndolo vendido ella ya no se llevaba nada de lo que sacaran en la subasta. ¿Qué interés podía tener entonces en obligarle a subir el precio? No lo sabía. Abrió el registro de clientes, buscó el nombre de la mujer y apareció junto a una dirección. Curiosamente era de Cartagena. Elías se desconectó del ordenador de la casa de subastas y se quedó pensando. Su tío le había ordenado expresamente que abandonara la investigación para que se centrara en la de la Cruz. Y el *Lignum Crucis* iba a ser su prioridad, pero eso no tenía por qué impedir que continuara con el caso del cuadro. Si por algo se había hecho investigador, era porque no le gustaban los misterios sin resolver.

I. EL MAGO



—Damas y caballeros, prepárense para presenciar el truco más novedoso e impactante que jamás se haya realizado. —El mago se giró y mostró al público una sierra mecánica—. Hoy esta será mi varita mágica. —Tiró de la cuerda y la sierra se puso en marcha, lanzando rugidos que oscilaban continuamente en intensidad por encima de la música que marcaba un ritmo rápido al espectáculo.

L asomaba la cabeza entre los pliegues de un telón granate situado al fondo de la pista del circo. Cuando escuchó el sonido de la sierra, el estómago le dio un vuelco y le temblaron las piernas. Aunque ya habían efectuado el número infinidad de veces, aquella máquina siempre la intimidaba. Al fin y al cabo, el truco consistía en burlar a la muerte con una artimaña que no fuera detectable por el público, pero ¿qué pasaría si algo fallaba?

Su tío se acercó a los espectadores amenazando con decapitarlos, mientras padres e hijos dejaban de hacer palmas al ritmo de la música para acurrucarse en sus sillas con muecas de sorpresa y terror, sin poder evitar la sonrisa y las carcajadas. Retrocedió y abandonó la sierra en el suelo, sin detenerla. Entonces presentó a su ayudante y ella entró en el escenario empujando una caja de madera, similar a un ataúd. Era una niña de ocho años, pelirroja y de piel pecosa que recubría un esqueleto desprovisto de carne. L situó la caja en el centro del escenario y tras saludar con una reverencia, su tío le ayudó a meterse dentro. La cerró lentamente, dejando a la vista tan solo los pies, las manos y la cabeza que brotaban de la madera a modo de ramas. El mago empujó el cofre desde uno de los extremos para hacerlo girar y que el público pudiera observarlo desde todos los ángulos, intentando convencerles de que allí no había truco ni artificio. Se detuvo y se acercó a la sierra que parecía quejarse por haber sido abandonada. Cuando se encontró en las manos de su dueño retomó de nuevo el brío que la caracterizaba, imprimiendo su terror al público que se apartaba ante sus pasadas. Para despejar toda duda sobre su capacidad destructiva, el tío de L se giró de repente y partió por la mitad una silla que había dispuesto para tal fin. Después volvió a intimidar al público, arrancándoles unas cuantas carcajadas nerviosas antes de volver a centrarse en el baúl que albergaba a su sobrina. En ese momento, la música abandonó su ritmo estresante para adoptar uno más lento, compuesto básicamente por trompetas, violines y percusión que afilaban los nervios y erizaban la piel. Elevó la sierra sobre su cabeza y descendió despacio sobre la mitad del cofre, más o menos donde debía de estar su cintura. L cerró los ojos y contrajo todos los músculos mientras la madera se despedazaba y los espectadores contenían el aliento sumidos en un intenso silencio, un nerviosismo acentuado por la estridencia de los violines y el ritmo de los tambores. La cadena dentada continuó bajando hasta tocar la mesa y su tío la retiró con un movimiento rápido. L abrió los ojos y sonrió a

los asistentes moviendo las manos y los pies de forma animada. El público respiró al fin, liberando la tensión acumulada en forma de aplausos y silbidos. La música dio un respiro hasta que su tío se movió a la derecha para situarse justo detrás de la cabeza de la niña. De nuevo elevó la máquina diabólica para dejarla caer a la altura del cuello, mientras ella volvía a cerrar los ojos y a contener la respiración. Otra vez sonaron las trompetas, chirriaron los violines y redoblaron los tambores. La sierra atravesó la madera lentamente, desprendiendo astillas que se adherían a la ropa y al pelo. Entonces se escuchó un sonido viscoso y un chorro de sangre salpicó el suelo y la cara del mago. Con mueca de asombro y de terror, detuvo la sierra y la tiró a un lado. La música también se detuvo de repente. Varios hombres corrieron desde detrás del telón para acercarse a la caja convertida en féretro. Entre el público comenzó a extenderse un rumor de incredulidad que dio paso a la histeria y los gritos de pánico. Cuando la cosa comenzaba a irse de las manos, el tío de L se acercó al público y llamó su atención con un estridente silbido.

—Damas y caballeros, por favor, siéntense. —Su cara y sus manos ensangrentadas no consiguieron apaciguar precisamente a la gente—. Es evidente que hoy hemos cometido un error imperdonable que nos ha costado la vida de una niña inocente, pero no deben preocuparse. ¿Es que ya se han olvidado de que soy mago?

Al escuchar esta pregunta se instauró de repente un denso silencio entre la multitud, que permaneció inmóvil durante un par de segundos, asimilando la situación.

—Vamos, tienen que darme la oportunidad de enmendar mi error. Tendré que evocar a la magia verdadera, solo con ella se puede devolver la vida a esta criatura.

La música alegre y de ritmo rápido volvió a inundar el ambiente ayudando a relajar los ánimos. De repente estalló un nuevo rumor. *Nos han tomado el pelo. ¡Qué mal gusto! Era parte del espectáculo. ¡Qué pasada!* Y sin más, padres e hijos volvieron a ocupar sus asientos ávidos por presenciar el desenlace de aquel inesperado truco. El mago sacó una sábana violeta y la extendió sobre el improvisado ataúd. Después se acercó a los espectadores.

—La verdadera magia necesita la colaboración de todos los presentes para hacerse realidad, así que tienen que recitar conmigo las palabras mágicas.

—¿Y cuáles son las palabras mágicas? —Gritó con emoción un niño del público.

—Curita sana, si no te curas hoy te curarás mañana.

La carcajada fue tremenda al escuchar aquella fórmula tan familiar y todos los asistentes comenzaron a recitarla al unísono.

—Aún no, cuando yo diga —les indicó el mago, que se situó detrás de la caja y elevó los brazos en alto—. Ahora. —De nuevo comenzó la letanía, *Curita sana, si no te curas hoy te curarás mañana*, que ganaba intensidad bajo las instrucciones del director de orquesta y el ritmo cada vez más rápido de la música—. Más fuerte, necesito más energía.

El público se puso en pie para imprimir más poder a aquellas palabras mágicas.

Curita sana, si no te curas hoy te curarás mañana. Curita sana, si no te curas hoy te curarás mañana. Curita sana, si no te curas hoy te curarás mañana.

Y de repente el mago retiró la sábana. La música se detuvo justo cuando la caja de madera se abría de par en par, desplomándose a los lados de la mesa y dejando al descubierto el cuerpo inmóvil de la niña. Se instauró el silencio, un segundo, dos, tres, cinco. Nadie se movió, nadie respiró, hasta que L abrió los ojos y se puso en pie. Las carcajadas estallaron de nuevo a la vez que la música volvía a alegrar el ambiente, acompañada de gritos y vítores. ¡Bravo! Siguieron los aplausos mientras el mago cogía a L y se la subía sobre los hombros para acercarse al público a saludar. ¡Bravo! En ese momento L ya no sentía miedo, se sentía feliz de ver las risas y la emoción de la gente. Aquella era la verdadera magia.

La puerta de la caravana se abrió de repente pegando un fuerte golpe contra la pared. L se sobresaltó cuando su tío entró hecho una furia y volvió a cerrar con el mismo ímpetu.

—Quiere que cambiemos el truco, ¿te lo puedes creer? —Se sentó en la cama de enfrente y alzó una botella de vino que vació por la mitad de un solo trago.

—¿Quién? —L se incorporó y se sentó en su cama, quedando frente a su tío. Se acaba de duchar para liberar su pelo de los últimos restos del sirope de fresa.

—Pues quién va a ser, Sifo. —Él le pasó la botella y ella bebió unos sorbos.

—Pero si a la gente le ha encantado.

—Ha perdido el norte —su tío se acercó de un salto y le arrebató la botella. Se remojó de nuevo el gaznate, de pie, en medio de la caravana—. Dice que cada vez viene menos gente al circo, que estamos perdiendo dinero y en gran parte le echa la culpa a nuestro espectáculo. Dice que está muy visto y que ya nadie se traga lo del accidente.

—El público ha alucinado, tío. —L se acercó a él—. Sifo no puede hablar en serio. ¿Es que hay un truco más impactante que resucitar a los muertos?

—¡Y yo qué cojones sé! —En otro trago apuró la botella, acercó el ojo a la boca de esta para verificar que estaba vacía y la lanzó contra la otra punta de la caravana. Después se apretó el pelo, tambaleándose y lentamente volvió a sentarse en su cama. L se puso a su lado. Le había visto beber muchas veces y no pocas había tenido que llevárselo a rastras de la barra de un bar o de los brazos de una mujer de alquiler. Ella misma le había acompañado alguna que otra vez y habían despertado con los primeros rayos de sol, tirados en un parque y con un terrible dolor de cabeza. No era nada nuevo. Lo que sí había cambiado era su humor. No estaba acostumbrada a que su tío tirara las cosas o gritara en lugar de hablar.

—¿Vamos a hacer una asamblea para discutirlo? Estoy segura de que los otros nos darán la razón.

—No has entendido nada. —Su tío levantó la cabeza para mirarla. Sus pupilas

azules apenas brillaban en un mar de sangre—. Sifo se ha dejado embaucar por Mammon, ha perdido el juicio.

—Y ahora, de repente, ¿se ha vuelto avaro y codicioso? —L se mostró muy sorprendida. Sifo siempre había sido una persona amable y generosa. Fue él quien contactó con un primo que acababa de cerrar el circo, se lo compró y lo puso a disposición de la gente del pueblo cuando lo habían perdido todo y estuvieron a punto de morir de hambre. Entonces L solo era un bebé, pero su tío le había contado muchas veces cómo Sifo convenció a su primo para que les enseñara el arte y los trucos de aquel mundillo, cómo les hizo pruebas a cada uno para descubrir sus habilidades y asignarles el papel que mejor pudieran desempeñar. Fue Sifo quien prometió respetar las normas del pueblo, tomar en asamblea todas las decisiones importantes y repartir los beneficios a partes iguales.

—No creo que haya sido tan de repente. En el fondo ya lo sospechaba, aunque me resistía a creerlo. Ahora estoy casi seguro de que lleva mucho tiempo quedándose con una buena parte de los beneficios.

—¿Qué dices?

—A mí no me importa que se lleve un pellizco de vez en cuando, mientras tengamos para comer y beber, ¿qué más necesitamos? El problema es que esa conducta lleva a otras peores. Cuando rompes tu código moral, ya no hay límites, Mammon se apodera de ti, ya no hay vuelta atrás.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Necesito pensar con claridad —su tío sacó un pequeño tubo de plástico que contenía un líquido negro. Le ofreció otro a L y ambos retiraron el tapón y engulleron el contenido de un trago.

—Gracias —L notó el efecto de la droga de inmediato, podía percibir cómo algo cambiaba en su cerebro, como si se hubieran roto todas las conexiones entre las neuronas para volver a crearse de una forma completamente distinta.

—Me ha exigido que cambie el truco por algo más espectacular, algo que llene la boca de los espectadores hasta el punto de que no puedan dejar de hablar del espectáculo tan increíble que presenciaron en el... —elevó la voz y dibujó el cartel con las manos— ¡Gran Circo Escocia! —Después se mostró abatido de nuevo—. Y me ha amenazado.

—¿Amenazado?

—Sí, con expulsarnos. Me ha recordado que él es el dueño del circo y que está dispuesto a tomar decisiones drásticas si no ponemos todo lo necesario para salir de este bache.

—¿De qué bache? No llenamos el circo, pero nos da para vivir bien.

—Ya te lo he dicho, solo le importa el dinero y quiere más. Ha olvidado el verdadero sentido de la vida, el motivo por el cual nos unimos a esta compañía. Lo único importante es la risa, es hacer feliz a la gente durante un par de horas. Si esto encima nos da para vivir, qué más podemos desear, no necesitamos grandes lujos ni

riquezas.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Vamos a cambiar el truco?

—Mira, L, tú eres solo una niña, una niña muy especial, pero ya tienes edad para comprender que hay ciertas normas, ciertas reglas que son fundamentales para la convivencia y que nunca se deben romper. Nunca le permitas a nadie decir o insinuar que es más importante que tú, nunca le permitas a nadie pisotearte u obligarte a hacer algo que no quieras hacer. Nunca le permitas a nadie mirarte por encima del hombro o con desprecio, porque en este mundo todos somos iguales.

—Ya lo sé, tío.

—Ya sé que lo sabes, pero es muy importante que no lo olvides, porque encontrarás a mucha gente por el camino que intentará hacerte olvidarlo, que intentará convencerte de que ellos están por encima de ti.

—¿Cómo Sifo?

—Sí, como Sifo, ahora. Y cuando alguien intenta violar un principio fundamental hay que tomar medidas extraordinarias.

—¿Qué quieres decir?

—Sifo quiere un truco más espectacular, un truco que haga que se corra la voz y traiga colas kilométricas al circo. Me ha llegado a insinuar que en vez de simular un accidente deje que ocurra de verdad...

—¿Qué? ¿Y tú qué le has dicho?

—Pues que sí, que tiene razón. Tenemos que hacer algo realmente espectacular. Voy a cambiar la caja de madera por una urna de cristal.

XIX. EL SOL



Elías avanzó por la plaza de San Sebastián para dirigirse a su casa. El sol se reflejaba en el suelo de baldosas claras, era un día luminoso de temperatura agradable. Observó su Casio, las dos en punto. Un grupo de militares con vistoso e impecable uniforme azul, tocado con el cordón rojo de los cadetes, avanzaba por la estrecha calle Mayor. Elías dobló la esquina por la calle del Aire y se sorprendió al ver a Sandra sentada en una de las múltiples terrazas que se diseminaban por la calle y que estaban atestadas de jóvenes. El corazón le dio un vuelco. Otras dos mujeres charlaban animadamente con ella. Cuando estaban juntos Sandra solía tomar zumo de naranja natural, sin embargo, ahora parecía haber pedido un café y una tostada. No habían coincidido desde que ella rompió la relación, hacía ya cuatro años. La observó a distancia, parapetado tras una de las plantas que ocupaban los pesados maceteros que adornaban la calle. Había dejado de teñirse de rubio y se había cortado la melena, había ganado unos diez kilos y vestía ropa de alguna franquicia barata. Elías sonrió, se sintió aliviado al ver que la distancia que había puesto entre ellos no le había sentado precisamente bien. Aun así, optó por sortear el encuentro.

El día que él hincó la rodilla en el suelo en uno de los restaurantes más estilosos de la ciudad, rodeado por lámparas de diseño, mesas y sillas de diseño, comida de diseño y hasta camareros de diseño, para levantar la mirada acompañada por una cajita que custodiaba un precioso anillo de oro rosa con diamantes, ella, en respuesta, cogió su bolso de Prada y se fue. Y se fue de verdad. Elías no la volvió a ver. Preguntó a sus amigos, que hasta entonces habían sido comunes, pero nadie sabía por qué Sandra había tomado aquella decisión. Cada día Elías agachaba las orejas y se humillaba para llamarla a su casa y cada día obtenía la misma respuesta, que no podía ponerse al teléfono. No consiguió hablar con ella. Primero vino el desconcierto, después la rabia y, por último, la desazón. Todo el mundo, y sobre todo su hermana, le decía que pasara de ella, que la olvidara, que Sandra estaba loca; pero él no podía. Durante un mes fue todos los días en peregrinación a su casa, esperando poder verla. No lo consiguió, su familia había formado una muralla en torno a ella. Después entró en una depresión, estuvo a punto de dejar sus estudios del máster de métodos y técnicas avanzadas de investigación artística. Lo último que supo de Sandra era que había viajado a Escocia.

Jamás nadie lo había dejado. Tuvo dos novias antes que Sandra y fue él quien dio el paso. En algún momento, desde las profundidades de un pozo oscuro, lo alcanzó un rayo de luz que le hizo comprender que sin Sandra y con el orgullo herido también se podía vivir. Comenzó a quedar con sus amigos de la carrera para salir y una noche apareció Caridad, que también era rubia, elegante y discreta. Poco a poco descubrió que difuminaba sus pequeñas imperfecciones bajo una estudiada capa de maquillaje,

que compraba su ropa en tiendas con dependientes aristocráticos, que su lencería siempre combinaba, que sus alhajas eran joyas, que su pelo y sus uñas brillaban con luz propia gracias a una sesión semanal de peluquería y estética, que sus zapatos y su bolso iban a juego y que su cuerpo estaba perfectamente hidratado, perfumado y depilado. Al cabo de un año, Elías pensó que había llegado el momento. Así que compró dos billetes para un viaje en globo por la costa de Alicante. El día elegido tuvieron que madrugar mucho y cuando llegaron al punto de encuentro, aún de noche, Elías preparó un exquisito desayuno con canapés y champán a la luz de una vela, bajo un palmeral. El vuelo comenzó al amanecer. Las vistas del mar eran espectaculares, los rayos rosados se reflejaban en las nubes creando una imagen de ensueño, mientras un gigantesco sol anaranjado se despertaba lentamente. Elías estaba nervioso y eufórico a la vez. Ni en sus mejores sueños hubiera imaginado un ambiente tan romántico. Sacó un pequeño cofre y lo abrió ante la mirada incrédula de Caridad, que saltó sobre él y lo besó apasionadamente. Tras la petición de mano no hubo sexo, como él habría querido. Después vinieron los preparativos de la boda. Su tío se encargó de concertar la iglesia, que no podía ser otra que la de la patrona de Cartagena, la misma que le daba nombre a su mujer. Reservaron el restaurante, compraron los trajes, consultaron los viajes en el Corte Inglés y se decidieron por quince días en Nueva York. Fue Caridad la que encontró el piso. Un amigo de su padre lo había heredado y lo vendía muy barato. Elías se enamoró de él nada más verlo. Necesitaba una reforma completa, pero la situación y las vistas eran inmejorables. Una vez arreglado y faltando pocos días para la boda, ella accedió a estrenar la cama, aunque evitando el coito a toda costa, que era el premio mayor para la noche de bodas.

Se detuvo ante la puerta de su casa, tres metros de madera maciza de color verde oliva, situada privilegiadamente frente al Teatro Romano, regado de turistas desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde. A partir de esa hora, una vista espectacular se abría paso a través del ventanal de su salón. Subió por las escaleras hasta la tercera planta y entró. Cuando dejó las llaves en el platillo del recibidor, escuchó la voz de Caridad.

—¿Vienes solo?

—Sí —gritó.

Abandonó la bolsa de viaje junto al mueble de estilo inglés comprado en una almoneda. Se quitó la gabardina y el sombrero y los colgó en la percha. Al momento apareció su mujer.

—Vamos.

Notó una erección. Caridad llevaba puesto un camisón lencero de color morado con transparencias e iba descalza. Él la siguió por instinto mientras se desabrochaba la camisa. La casa olía a guiso. Recorrió con la mirada el cuerpo delgado y menudo, proporcionado y firme de ella. Llegaron a la habitación, la cama estaba deshecha. Caridad se volvió y le besó apasionadamente, él la acarició y bajó el tirante para

liberar un pecho.

—No hay tiempo —le apremió ella, mientras le desabrochaba el botón de los vaqueros.

Después se tumbó en la cama y separó las piernas. Elías dócilmente la penetró y comenzó a moverse. Ella gimoteaba mientras miraba por el rabillo del ojo el despertador de la mesilla, al ver la hora, aumentó la intensidad de sus gemidos.

—Así no puedo, cariño —se quejó Elías.

—Te esperaba hace una hora.

Elías se resignó y volvió a embestirla. Entonces la imagen difusa de la pelirroja apareció ante él y se imaginó que hacía el amor con ella. Aumentó el ritmo mientras oía de lejos los gemidos de Caridad. Se excitó mucho con la imagen de aquella mujer que le recordaba a una diosa griega. Llegó al orgasmo. Un segundo después se sintió como si le hubiera sido infiel. Se desplomó sobre su mujer y miró alrededor buscando algo. Caridad, previsora, le pasó la caja de pañuelos de papel. Con cuidado salió de ella y se fue al baño para darse una ducha rápida. Desnudo volvió a la habitación. Caridad aún estaba boca arriba, con las piernas encogidas y rezando en voz baja. No interrumpió su ritual. Se dirigió al vestidor, donde eligió una camisa azul con motivos marrones y un pantalón vaquero. Se vistió con calma mientras oía a Caridad ducharse. Se calzó unas zapatillas de lona marrón y se ajustó su Casio. Por último se perfumó con una colonia que recordaba a madera y frutas exóticas, como rezaba la publicidad que le había incitado a probarla.

—Tu familia estará a punto de llegar. ¿Qué tal en Madrid?

—No lo sé, ha sido raro.

Ella no le preguntó más, Elías no sabía si es que no había escuchado su respuesta o que, simplemente, no le interesaba. No le molestó, entendía que sus mundos a veces transitaban en paralelo. Eso le daba cierta libertad.

Caridad apareció vestida y tan perfecta como siempre. La blusa rosa iluminaba su rostro y los vaqueros de talle alto se ajustaban a su redondeada cadera. Con paso diligente se perdió por el pasillo camino de la cocina. Elías se dirigió al salón y encontró la mesa ya preparada. Tres copas de filo de oro por comensal, cubiertos a juego con ellas, plato plano para el principal y pequeño para los entrantes sobre un tapete de rafia y una decoración dominada por velas y flores blancas. Sonó el timbre.

—¿Puedes abrir? —Gritó ella desde la cocina.

Su madre esperaba en la puerta.

—Hola, hijo. —Y como siempre, le cogió la cabeza con ambas manos y poniéndose de puntillas le besó en los mofletes. Olía a Chanel, aunque las modas cambiaran ella seguía usando el empalagoso Número 5. Se dirigieron hacia el salón acompañados por los tintineos de sus pulseras.

—¿Dónde dejó esto?

Su madre le tendía una americana con motivos florales en tonos beis y coral. Poseía una figura estilizada y le gustaba presumir de ella perfilándola con pantalones

y suéteres ligeramente ajustados. Elías colgó la chaqueta en la percha de la entrada.

—¿Y Caridad?

—Terminando de preparar la comida, se nos ha hecho un poco tarde.

—Tranquilos, no tengo planes.

Se acomodaron en el pesado sofá estilo Chester, de color blanco y respaldo abotonado.

—¿Ha hablado tu hermana contigo? ¿Te ha comentado la locura que quiere hacer?

—Hola, Fuensanta —Caridad entró en el salón y se saludaron cariñosamente—. ¿Queréis tomar algo?

—Por supuesto.

Caridad se dirigió al mueble bar, donde abrió una pequeña nevera camuflada tras una puerta. Le entregó una botella de Dom Pérignon a Elías para que la descorchara.

—Dos partes de *champagne* y una de Martini rosado. —Se volvió con dos vasos en la mano y se los entregó—. ¿Qué le pasa ahora a Delia?

La madre de Elías miró para otro lado, como si buscara las palabras apropiadas.

—Quiere tener un hijo.

—¿Cómo? —Caridad parecía incrédula.

—¡Ay, Dios! —Elías no se lo esperaba.

—Hijo, no tomes el nombre del Señor en vano. Ella a mí no me ha dicho nada, lo sé porque la oí comentar algo por teléfono.

—Pero si tiene veintiséis años —apuntó Caridad.

—Querrá irse a un sitio de esos de fecundación. Una barbaridad. A tu tío ni se te ocurra mencionarle una palabra —el dedo de su madre le pareció más amenazador que el filo de una espada—. Por cierto, me ha llamado, vendrá a los postres, tiene muchos líos y no llega a tiempo para la comida.

—Lo que tiene que hacer Delia es buscarse un buen hombre y formar una familia. —Caridad parecía aún más indignada que su suegra mientras recogía el cubierto que presidía la mesa—. Así es como se hacen las cosas —finalizó con un cuchillo en la mano.

—¿Qué dirá la gente? —Su madre agredió al cóctel con un trago nervioso.

—No sabes si al final se atreverá a hacerlo, o a lo mejor sacaste sus palabras de contexto.

—Puede ser —su madre apoyó la espalda contra el respaldo del sofá, como si aquella explicación fuera justo el consuelo que esperaba—. Espero que Dios te oiga. Sería una vergüenza muy grande y un pecado. Tendría que ir dando explicaciones. Elías, hijo, tantéala y convéncela de que no haga esa estupidez, va a arruinar su vida. ¿Con qué hombre podría casarse después? ¿Quién querría cargarse con el hijo de otro? Por cierto, ¿y vosotros qué? ¿Cuándo me vais a dar mi primer nieto?

Sonó de nuevo el timbre de la puerta. Caridad guardó los cubiertos en un cajón y se dirigió al pasillo para abrir. Al poco las dos cuñadas aparecieron en la puerta del

salón.

—Bueno, gente, ¿qué tal va todo?

Delia tenía un físico casi irreal, con una piel blanca y perfecta, labios carnosos, ojos verdes rasgados, pelo rubio y una complexión alta y delgada. Era la versión femenina de Elías. De niños todo el mundo les decía que se parecían muchísimo, aunque su madre siempre había utilizado la ropa y el pelo para dejar bien claro el sexo de cada uno. Cada vez que se ponían enfermos o iban a una revisión, el pediatra hacía bromas al respecto, preguntándoles si se habían cambiado la ropa alguna vez para confundir a los maestros y cosas por el estilo. A su madre no le hacían ninguna gracia, pero sonreía sin intervenir. Elías recordaba con especial cariño aquella ocasión en que, con once años, Delia cogió una gastroenteritis de caballo y el médico, asombrado por el parecido que aún mantenían, insinuó que podían ser gemelos semiidénticos. Ante la cara de incredulidad de su madre, el médico le explicó que era posible que un óvulo se hubiera dividido en dos, siendo cada uno fecundado por un espermatozoide distinto. Así, el material genético de la madre sería el mismo para ambos, pero el del padre no. A su madre le incomodó mucho tocar aquel tema delante de sus hijos. Elías se dio cuenta perfectamente, y aunque por aquel entonces ya sabía lo que eran los espermatozoides, no tenía ni idea de quién era su padre. A su madre no le gustaba hablar de él. Solo sabía que procedía de Pamplona, que había venido a Cartagena para hacer la mili y que había muerto en un accidente durante unas maniobras en una fragata, después de dejar a su madre embarazada y antes de poder casarse con ella. Ese fue el motivo de que su tío pidiera el traslado a Cartagena, para ocupar la figura de padre que su hermano había dejado vacante.

—¿Qué llevas puesto? ¿Es que no sabías que veníamos a comer a casa de tu hermano?

—¿Qué le pasa a mi ropa?

—Que parece que vienes del gimnasio.

—Es que vengo del gimnasio.

—Te habrás duchado, al menos —inquirió su madre.

—Podemos sentarnos a la mesa —sugirió Elías.

—¿Y el tío?

—Vendrá más tarde —atajó su madre.

Caridad y él se dirigieron a la cocina para servir los entrantes. Las discusiones de las dos mujeres continuaban en la otra sala.

—Tu hermana lleva unas pintas muy raras.

—Ya sabes cómo es.

—Toma —Caridad le tendió una fuente con canapés—. Sí, ya lo sé, espero que le gusten. Me vuelve loca con sus tonterías de no probar la carne, me estoy volviendo experta en cocina vegetariana.

Su hermana había decidido que no iba a alimentarse ni a vestirse gracias al sufrimiento de ningún animal. Fue un par de años antes de acabar sus estudios de

veterinaria.

Regresaron al salón. Delia ya se había servido un poco de vino y daba ligeros sorbos a su copa perfilada en oro. Los cuatro se sentaron a la mesa.

—Bendícenos, Señor —comenzó su madre—, y bendice estos alimentos que vamos a tomar. Bendice a quien los ha preparado, da pan a los que no lo tienen y cuida de todos los enfermos y los necesitados. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

—Amén.

—Por cierto —comentó Delia—, felicidades, cuñada.

—Gracias —respondió Caridad sin mucho entusiasmo.

—Te he traído un regalo.

Delia le tendió un paquete pequeño. Caridad parecía sorprendida. Lo abrió. En su interior había un broche de fieltro que representaba a una maestra de pelo rubio y babi. Elías pestañeó, un regalo demasiado *hippie* para los gustos de su mujer. Caridad, sin embargo, se mantuvo impassible, no mostró contrariedad y forzó una sonrisa.

—Qué bonito, Delia, muchas gracias.

Y se levantó para darle un par de besos.

—De nada. Lo compré en una feria de artesanía. Bueno, ¿y dónde te han dado la plaza?

—En Los Mateos.

Su hermana casi se atraganta.

—¿En serio?

En serio, pensó Elías. Era una celebración a medias. Caridad había aprobado el examen para el cuerpo de maestros cuatro años atrás. Y hacía dos años también. Y por último, ahora, en una convocatoria extraordinaria. Lo había aprobado todas las veces que se había presentado, compaginando incluso el trabajo de interina de las mañanas con el estudio por las tardes. Por fin, a la tercera, el aprobado conllevaba una plaza. Y el problema ahora era dónde se la habían asignado. Los Mateos era un barrio humilde de casas bajas que se extendían sobre una colina. La parte alta, cercana al Castillo de los Moros, estaba habitada por familias desestructuradas, hombres sin trabajo conocido y mujeres cargadas de hijos desde la adolescencia. Un barrio dominado por la pobreza, el analfabetismo y en muchos casos el tráfico de drogas.

—Más adelante podrás pedir un traslado, ¿no? —Preguntó su madre mientras probaba con cierto recelo una tostada de paté vegetal hecho a base de puré de patata y especias.

—¿Y por qué va a cambiar? A lo mejor le gusta, al menos es un barrio con idiosincrasia —su hermana no parecía tener hambre.

—No creo que Caridad quiera estar en ese colegio. —El paté debía de estar bueno porque se comió la tostada y comenzó a prepararse otra—. Ojo, yo no soy racista pero cada uno debe saber cuál es el sitio que le corresponde.

—Eso es ser clasista, mamá.

—No me gusta el barrio —intervino Caridad—, pero al fin y al cabo, estaré con niños.

—Allí hay mucho evangelista —apuntó Delia.

—Pues peor me lo pones, ese no es colegio para ella —sentenció su madre—. ¿Qué pensará la gente? ¿Lo habéis tenido en cuenta? Llevad cuidado porque esto os puede costar unas cuantas amistades.

—Mamá, no digas tonterías.

—Pues no sería la primera vez. Si se pasa el día trabajando con delincuentes, ¿crees que no se le pegará algo? —Dirigió la mirada hacia Caridad—. O sales de ahí pronto o te marcarán como a una apestada y os quedaréis solos en poco tiempo. A la gente de bien le gusta relacionarse con gente de bien y que sus amigos se relacionen con gente de bien, ¿es que no lo entendéis?

—Pues yo me relaciono con todo el mundo —discutió Delia.

—He dicho a la gente de bien —respondió su madre con cierta rabia. Y al instante bajó la mirada al plato.

—Bueno, no vayamos a estropear la celebración. —Elías sabía que su madre los quería mucho a ambos, sin embargo, no soportaba la conducta y las ideas liberales de su hermana—. Brindemos por la plaza, al menos no tendrás que estudiar ya nunca más, ¿verdad, cariño?

—Tendré que seguir estudiando, amor. Hay que hacer cursos para actualizarse, pero mucho más relajada.

Todos se pusieron de pie y alzaron la copa.

—Por Caridad, porque Dios la guíe y le dé lo mejor.

El cielo se entreveía por el amplio ventanal del salón, una tarde limpia sobre el majestuoso Teatro Romano. El ir y venir de turistas se había reducido a aquella hora y el lugar adquiría un toque mágico, como si el pasado se hubiera adueñado de la ciudad, como si en cualquier momento fuera a dar inicio la representación de *Las Troyanas*.

Cuando llegó a su oficina, se sentía nervioso, decaído, furioso y desmotivado. Más o menos como un drogadicto con el mono. Así que a pesar de haberse tomado ya uno, se dirigió a la estrecha cocina para prepararse otro café. Había dormido mal.

El día anterior su tío había llegado a los postres y a la media hora se había marchado. Su madre lo disculpó, como siempre, con la excusa de que estaba muy ocupado con los líos del obispado y con la visita papal. Pero a Elías le molestó que prestara escasa atención a algo tan importante para Caridad. Y además, aún estaba enfadado con su tío por haberlo apartado de la investigación del robo. Sabía que era una paradoja, que lo embargaban sentimientos contradictorios, pues primero le había resultado un engorro encargarse de la subasta del cuadro, para pasar a interesarle cuando la Diosa del Olimpo lo robó. Y de pronto se habían desvanecido todas las lecciones inculcadas durante años, toda la insistencia de su tío para que aprendiera a reprimir su curiosidad, a obedecer órdenes sin cuestionarlas. *Dios manda y nosotros obedecemos, ¿lo entiendes? ¿Quiénes somos nosotros para juzgar sus designios?*

Era fácil decirlo cuando Dios hablaba a través de él.

Elías agitó la cabeza. No quería tener sentimientos negativos hacia su tío.

Abrió la cafetera y metió una de aquellas cápsulas metálicas antes de apretar el botón. Mientras el líquido negro llenaba la taza, se quedó observando los cuencos de cristal que descansaban sobre la encimera de mármol. Los tres estaban llenos de agua en la que flotaban unos trocitos de tela de color negro, blanco, amarillo y rojo. A Elías no le hacían mucha gracia aquellas supercherías pero Lola le había pedido por favor el uso de ese espacio para cortar el mal de ojo y el aliacán. Elías entendió perfectamente las razones. Allí no la molestaban los niños como en su casa, no miraban los cuencos con curiosidad, no metían los dedos intentando rescatar los trocitos de tela, no los volcaban, desparramando el agua, las telas y los supuestos efectos que pretendía conseguir con ellas. Por otra parte, en la pequeña cocina tampoco entraban clientes ni nadie más aparte de ellos dos, incluso Elías en raras ocasiones, pues normalmente era ella quien le preparaba el café, el té o alguna infusión exótica. Así que le pasó lo que siempre le pasaba con Lola, que no encontraba argumentos para decirle que no.

Con el tiempo se había acostumbrado a los cuencos y hasta habían mantenido alguna conversación en la que Lola le había explicado muy someramente cómo interpretarlos. Elías observó tres trocitos de tela de cada color que flotaban o se hundían en el agua como confeti alargado. Uno rojo en el fondo, el corazón de la persona que representaba andaba regular, al igual que el ánimo, porque dos blancos seguían el mismo camino. Lo peor era el negro, que se había hundido a la derecha del cuenco. La persona tenía aliacán.

Elías siempre había creído que el mal de ojo era una maldición de origen gitano, pero Lola le había quitado esa idea de la cabeza. El mal de ojo era un daño provocado por personas que tenían fuerza en la vista, en la mayor parte de los casos, inconscientemente. Si una de estas se quedaba prendada de un niño, un animal, incluso un adulto o una planta, y permanecía mirándolo durante un rato, de alguna forma le robaba la energía y le hacía enfermar, pudiendo provocarle fiebre, cansancio, malestar general e incluso mala suerte. A Elías le resultaba difícil aceptar estas supersticiones, pero Lola le había contado casos que había presenciado con sus propios ojos, como la vez que una mujer vino a su casa y se deshizo en halagos hacia una planta que tenía en la entrada. Durante toda la conversación no paró de mirarla y cuando se marchó, la planta, de repente, se había secado. *Se llevó su energía con ella*, sentenció. De ahí que en Cartagena fuera muy habitual encontrarse carritos de bebé adornados con un gran lazo rojo en un intento de desviar la atención de aquellas personas que podían dañar sin proponérselo. La fuerza de la mirada junto con la envidia o el deseo eran capaces de destruir.

Todo lo que Lola sabía lo había aprendido de su abuela. Para cortar el mal de ojo había que echar agua en un tarro de cristal y después unas gotas de aceite. Si estas se diluían, la persona estaba aojada y había que repetir el ritual junto con una oración secreta, tantas veces como fuera necesario hasta que el aceite quedara en el centro, formando una única y redonda gota. El proceso podía durar días. Si se trataba de aliacán, había que poner dentro del agua trocitos de fieltro de colores y orar hasta que estos flotaran, consiguiendo que el sujeto recuperara las ganas de vivir y dejara atrás su melancolía.

Cogió la taza y el platillo con el humeante café Dharkan y se dirigió a su despacho, los dejó sobre la mesa y conectó su tocadiscos, comprado en un rastro cuando aún era estudiante. La voz de Billie Holiday desgarró el silencio desde su último LP. Elías se acomodó en su sillón, frente a la mesa de corte clásico que hacía las veces de escritorio, y degustó el café, en su punto.

Los amuletos contra el mal de ojo se habían extendido desde Egipto, Grecia y Turquía por todo el Mar Mediterráneo. En Cartagena, por ejemplo, la Cruz de Caravaca se había convertido en una particular adaptación que aparecía colgada en casi todos los carritos de bebé junto al enorme lazo rojo. Era además el símbolo más deseado entre la población para colgar de sus cadenas de oro o plata, a pesar de que no se podía comprar directamente, pues la tradición decía que su protección solo era efectiva si alguien te lo había regalado. La Iglesia, por su parte, desmentía todos estos mitos, esforzándose por aclarar que la Cruz no era un talismán, sino un símbolo de Jesucristo que en ningún caso podía ser asociado a supersticiones o brujería.

Abrió el archivador que atesoraba toda la información recogida hasta el momento sobre el robo del *Lignum Crucis*. La copia de los nueve folios encontrados en el archivo se presentaba en primer lugar. La declaración atemorizada del capellán. Él había abierto las puertas de la muralla, pero ¿quiénes eran sus cómplices?

Billie Holiday le transmitía tranquilidad, ayudándole a pensar, potenciando los efectos del café.

Sonó el timbre de la puerta y Elías casi derramó el exótico Dharkan. No esperaba visita. Abrió.

—Hola, nene.

Su hermana había liberado su pelo rubio y se había maquillado ligeramente en tonos dorados. Lucía un vestido verde, ajustado, que combinaba con el color de sus ojos.

—Menudo bellezón. ¿A dónde vas tan guapa?

—¿Me vas a controlar ahora tú también? —Sonrió Delia—. Tengo una cita en el banco pero he llegado pronto.

—¿Una cita en el banco? Debe de ser algo importante.

—Voy a pedir un préstamo para ampliar la clínica. Queremos funcionar también como hotel y hospital de animales domésticos.

—Suenan bien. —Elías se hizo a un lado—. Pasa, ¿te apetece un café?

—¿Nespresso? —Elías asintió—. No, gracias. Solo comercio justo, ya sabes, nada de explotación animal ni de personas. —Terminaron la frase a la vez y se echaron a reír.

—Eres una fanática.

—Soy comprometida, que es distinto. Y tú eres un convencionalista. —Se dirigieron al despacho de Elías, donde Billie Holiday echaba de menos a un amante al que decía haber olvidado—. Ya no tienes remedio, te has acomodado al sistema para ser absorbido por el lumpen. Me debieron de cambiar al nacer.

Desde pequeños habían sido diferentes. Delia era impetuosa, cabezota y alegre, mientras que él era paciente, cariñoso y reservado. A pesar de sus diferencias, compartían sus sueños y preocupaciones. Fue su tío el que les contó que su padre había muerto durante unas maniobras en el mar. Sin embargo, Delia y él no terminaban de creérselo y les gustaba pensar que cualquier día aparecería en alguno de aquellos barcos militares que atracaban en el muelle. Muchas veces se escapaban al paseo marítimo y se sentaban en un banco para mirar al mar y fantasear con que quizás en ese momento su padre estaría embarcando en Sicilia, Nueva York o Esmirna para llegar a Cartagena, abrazar a sus hijos y disculparse por todo el tiempo perdido, relatándoles todas las batallas en las que había participado para salvar miles de vidas y que le habían valido un buen puñado de medallas que adornaban el pecho de su uniforme. Aquel barco jamás llegó. Y conforme crecían comenzaron a surgir las dudas. ¿Dónde estaba la tumba de su padre? ¿Por qué nunca habían ido a visitarla? ¿Por qué su madre nunca hablaba de él? Y cuando Elías entró en la universidad decidió indagar por su cuenta. Fue al registro civil para pedir un certificado de defunción. Sin embargo, le explicaron que, si había fallecido como soldado, el certificado tendría que solicitarlo en la administración militar. Se acercó al Arsenal para preguntar a dónde tenía que dirigirse. Le explicaron que para acceder a esa

información tenía que demostrar legitimación y él alegó que la persona por la que se interesaba era su padre, que había fallecido antes de casarse con su madre y de que él naciera. La única prueba que tenía era el año de su fecha de nacimiento. Al final, debido a su insistencia, el cabo aceptó realizar el trámite. Cuando volvió al día siguiente le entregó un papel en el que destacaban dos palabras. *No consta. ¿Cómo que no consta? No tenemos ningún expediente de defunción con ese nombre.*

Elías se lo contó a Delia que inmediatamente lanzó una hipótesis que siempre había rondado su cabeza. *No me extrañaría que nuestro padre no hubiera muerto sino que se hubiera ido de casa porque no soportaba a mamá.* A Elías aquello le parecía cruel, al fin y al cabo, era ella quien los había criado. Claro que Delia afirmaba que lo había hecho porque le habría dado vergüenza dejarlos en un orfanato.

Elías decidió hablar con su madre y, cuando le planteó lo que había descubierto, se puso hecha una furia. *¿Sabes lo dolorosa que fue la muerte de tu padre para mí? No tienes ni idea de lo que significa perder a tu pareja cuando estás embarazada y, encima, de gemelos. ¿Por qué tienes que remover el pasado? ¿Disfrutas haciendo daño? Solo quiero saber quién era mi padre. El hermano de tu tío, ¿no te basta con eso? No, no me basta. Quiero ver una foto, quiero conocer dónde vivía, quiero saber cómo murió, quiero llevar flores a su tumba. ¡Quiero, quiero, quiero, quiero!,* gritó su madre de repente. *¡Ya basta! ¡Tu padre tenía diecinueve años cuando murió, éramos unos niños! ¡Ni siquiera yo lo conocía! ¿Qué te crees? Solo llevábamos unos meses saliendo.* Elías bajó la cabeza, avergonzado, y su madre se marchó, zanjando la conversación.

Esa noche, sin embargo, vino su tío a cenar a casa y después se sentó en el sofá para hablar con él. *Tu madre está muy disgustada contigo, Elías. ¿Por qué? ¿Por querer saber quién era mi padre? Debes entender que para ella es un asunto muy doloroso. Eso lo entiendo. Y para mí también,* continuó su tío. *Perdí a mi hermano pequeño y tuve que abandonarlo todo en Navarra para venir aquí a hacerme cargo de vosotros. Y te lo agradezco mucho.* Su tío lo miró con intensidad. *Está bien, ¿qué quieres saber? ¿Cómo murió? Fue un accidente. Por lo que yo sé, un día de tormenta se soltó el cabo de una grúa y le golpeó en la cabeza. Cayó al agua y nunca encontraron su cuerpo. Tu padre ya no está. Ahora debemos preocuparnos por los que siguen aquí, por los que nos rodean, para que sufran lo menos posible a lo largo de la dura prueba que es la vida.* Elías asintió.

Su tío se acercó y se sentó a su lado en el sofá. *Debes aprender a controlar tu curiosidad, Elías. La curiosidad es buena si la empleas para conocer la Palabra del Señor, para descifrar los misterios de tu propia alma. Pero hay otro tipo de curiosidad muy nociva, destructiva, que solo produce dolor al que la padece y sufrimiento a los que le rodean. ¿Tú quieres ser feliz, Elías? Claro, tío. ¿Quieres que las personas a las que amas sean felices? Sí. Entonces aprende a obedecer a tus mayores, a rezar cuando surja la duda, a evitar la tentación y a no cuestionar la verdad.* Elías permaneció en silencio. Su tío se recostó en el sofá satisfecho con su

discurso. *Anda, ponme un coñac*, le pidió, golpeándole suavemente la pierna. Elías se levantó y se dirigió al mueble bar. Él no quería hacer sufrir a su madre. Solo quería respuestas, y su tío aún no le había explicado por qué en el registro militar no tenían un certificado de defunción de su padre. Volvió al sofá y le entregó la copa. *Tío, pero si mi padre murió en un accidente, no entiendo...* Su tío levantó la mano para hacerlo callar. *Confiaba en que no haría falta*. Del bolsillo de su pantalón sacó una especie de cadena de metal decorada con unos pequeños pinchos. *¿Qué es eso?*, preguntó Elías. *Un árbol que crece torcido necesita que le pongan un tutor para enderezarse. No escuchas mis palabras, Elías, no las meditas, no eres capaz de interiorizarlas. Tu alma se está desviando del camino del Señor. Me temo que necesitas un tutor. ¿Un tutor?* Elías no entendía nada. *Eso es un cilicio. Sí, Elías, quiero que te lo pongas un par de horas al día, al menos durante un mes. El dolor te ayudará a mantener tu mente limpia, a centrarte en lo importante. Debes aprender a rezar a Dios cuando necesites algo, a pedirle respuestas cuando te surjan dudas*. Elías se puso de pie. Su tío se había vuelto loco si pensaba que iba a martirizarse. *Dios no me ayudará a descubrir lo que le sucedió a mi padre*, masculló con rabia. Era la primera vez que se atrevía a responderle así. Su tío se levantó y le soltó un guantazo. *Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abre*. Elías apretó los puños y miró a su tío desafiante. Este sacó un sobre del bolsillo y se lo alargó. Elías lo abrió y leyó el papel que contenía. Era un certificado de desaparición en acto militar. El nombre de la persona en cuestión era el de su padre. Elías rompió a llorar como un niño pequeño. *¿Cómo lo has conseguido?*, sollozó. *Dios habita en todas partes*, fue su única respuesta. Se sentía como un estúpido por haber desconfiado de su tío, por haber dudado de Dios. Alargó la otra mano y cogió el cilicio.

—¿Qué estás investigando ahora? —Su hermana se sentó con las piernas cruzadas en uno de los sillones verdes situados junto al mirador.

—En realidad no puedo decírtelo.

—¿Es para el tío? —Le lanzó su mirada penetrante y su media sonrisa de complicidad, ensayada durante años para hacer con él lo que quería—. Venga...

Elías asintió. Delia era una auténtica encantadora de serpientes.

—La Cruz de Caravaca. —Dejó la taza en la mesita que separaba los sillones y se sentó a su lado.

—¿Qué le pasa?

—La robaron.

—¿Sí? ¿Cuándo? No me he enterado.

—En el año 1934.

—Ah, bueno, creía que era la de ahora. —Se recostó un poco como si hubiera perdido interés—. ¿Y a quién le importa eso ya? —Se mantuvo el silencio durante

unos segundos—. ¿Te acuerdas de Pilar María? —Se echó a reír—. Ella fue la que nos contó la historia del robo mientras tú te hacías el gallito.

—¿El gallito?

—Sí y te funcionó. Estaba colada por ti. Habríais sido la pareja perfecta, pero claro, tú no quisiste ir más allá. ¿Cómo ibas a salir con una chica más alta que tú?

—Eso no tuvo nada que ver.

—Ya, seguro. La verdad es que todas estaban coladas por ti.

—¿Estaban? —Bromeó Elías—. ¿Ya no me desea nadie?

—Ahora también, pero es distinto. Estás casado y tú no eres de los que van poniendo cuernos por ahí. Una lástima porque tengo una amiga ideal para ti.

—¿Es que Caridad no es ideal para mí?

—Nunca entenderé que teniendo tanto para elegir...

—Dejemos el tema.

—Dime, ¿qué te pasa? —Retomó Delia.

—¿Disculpa?

—Conmigo no te hagas el tonto que te conozco muy bien. Estabas muy raro en la comida de ayer.

—Eh, no me líes. Soy yo el que te tiene que preguntar.

—Ah, ¿sí? ¿Qué necesita saber mamá ahora?

—No seas borde. ¿Es verdad que quieres tener un hijo?

—Casi todas las mujeres quieren.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Ah, eso, ya ha tardado. Pues sí, me lo estoy planteando.

—¿Estás loca? ¿Por qué te ha dado por ahí ahora?

—No me ha dado por ningún sitio y esto ni se te ocurra comentarlo con ella, ¿palabrita?

—Palabrita del Niño Jesús. —Elías se sentía un poco estúpido siguiendo aún los rituales implantados desde la infancia.

—Vale, tengo veintiséis años y no quiero esperar más. Fin.

—Eres muy joven y puedes encontrar a alguien.

—No quiero encontrar a nadie, los tengo a patadas, no eres el único con atractivo en la familia. Pero no me gustan, los hombres sois complicados y simples, las dos cosas, y en el peor sentido de cada una.

—Ya estamos con tus acertijos.

—Eh, que yo solo soy veterinaria, no investigadora. Mis óvulos son caros, están contados y son caros. No se los puedo regalar al primero que pase por ahí sin demostrar que se los merece. Aún no he encontrado a nadie capaz de razonar por sí mismo, capaz de hacer un juicio crítico, de separarse de las tradiciones, no digo de rechazarlas sistemáticamente, sino simplemente de preguntarse por qué las cosas son así y no aceptarlas por el simple hecho de que siempre hayan sido así. Todos los hombres que conozco forman parte del lumpen y yo no quiero que mis hijos lo sean.

Por lo tanto, no los quiero como padres de mis hijos.

—¿Como yo?

—Sí, Elías, como tú. A pesar de ser una persona inteligente, crítica en muchos aspectos, has asumido las creencias de mamá y del tío sin ni siquiera preguntarte si tienen algún sentido.

—Entonces, tampoco me quieres como tío. —Elías lo dijo medio en broma, pero estaba dolido.

—Pues claro que sí, no seas tonto. —Delia sonrió y le cogió la mano—. Siempre que no intentes adoctrinarlo.

—Hay ateos que niegan a Dios con más vehemencia de la que algunos católicos manifiestan para creer en Él.

—Hablas igual que el tío.

—¿De verdad lo has pensado bien? ¿Has pensado en tu hijo, en lo que va a sufrir sin saber quién es su padre?

—Ah, no, Elías, no vayas por ahí. Todavía no he tomado una decisión en firme pero si tengo un hijo o una hija, sabrá desde el principio que decidí ser madre soltera.

Se produjo un silencio entre ambos. Elías se levantó. *The end of a love affair* agonizó en el aire con sus últimas notas. Cambió el disco. *Run Joe* comenzó a sonar con ritmo hipnótico y tribal. Permaneció de pie junto a la máquina.

—Maya Angelou —acertó Delia, moviendo la mano al ritmo de la canción—. Cuánto tiempo sin escuchar sus temas. Desde que te fuiste de casa. —Miró a su hermano con cierta nostalgia—. Fue activista a favor de los derechos de los negros y la tía va y se casa con un chulazo griego.

—¿Y?

—Pues que ella hizo lo que le dio la gana en cuanto pudo. Y yo aspiro a lo mismo. Lo siento, Elías, pero no quiero ser como tú.

—Eh, ¿a qué viene eso?

—A que el matrimonio, la religión y el arte son tres grandes mentiras. Y tú vives a tiempo completo dentro de ellas.

—Si nos vamos a poner a filosofar te argumentaría que la verdad no existe, que todo son interpretaciones, en este caso del amor, la espiritualidad y la belleza.

—Por supuesto que todo son interpretaciones, pero a ti precisamente no te pega nada decir eso. Aquellos que creéis en un Dios único y Todopoderoso no tenéis margen para la interpretación. Estáis obligados a creer en una verdad absoluta que os han servido en bandeja de plata, para que cerréis los ojos y los oídos y os la traguéis sin ni siquiera saborearla, sin posibilidad de preguntar cuáles son sus ingredientes.

—Eso es un poco cruel.

—Es la realidad, aunque entiendo que te cueste aceptarla. El resto, una minoría muy minoritaria, somos conscientes de lo relativo de la verdad y nos dedicamos a pensar, a razonar y a valorar las diferentes opciones para quedarnos con la menos mala.

—Resultas pedante. Además, si tanto quieres vivir tu vida y hacer lo que te da la gana, ¿qué haces aún viviendo en casa de tu madre, de la que no paras de quejarte porque es una entrometida y no te deja en paz?

—¿Sabes por qué no me voy? —Elías se encogió de hombros con una sonrisa triunfal—. Porque está sola. —La sonrisa se le congeló en los labios y bajó la cabeza—. Sí, me preocupo por la gente que me rodea, sobre todo por aquellos a quien quiero, aunque piensen de forma distinta o no tengamos nada en común. —Hubo un silencio—. Te sorprende, ¿verdad? Soy atea, me rebelo contra muchas de las tradiciones y aun así tengo mi propia ética, una moral comprometida, que nada tiene que ver con la cristiana.

Sonó la alarma del teléfono de Delia, lo sacó del bolso y la desconectó. Se acercó a su hermano y le dio un beso en la mejilla.

—Me tengo que ir. Te quiero, nene.

Y se fue. *Run Joe* escupía sus últimas notas desde el tocadiscos, que en ese momento comenzaron a repetirse una y otra vez. Estaba rallado. Elías se levantó y cambió la aguja a la siguiente canción. Se acomodó en el sillón que había ocupado su hermana, notando aún el calor y la silueta de su cuerpo. Era extraño, aunque tenían formas de pensar completamente opuestas, sentía una gran fascinación por ella, por su fuerte personalidad, por su actitud rebelde y comprometida al mismo tiempo. En el fondo, aunque le costara aceptarlo, sabía que había algo de verdad en sus palabras. Pero, ¿de qué le servía? ¿Para convertirse en una amargada? Ni ella ni nadie iba a cambiar el mundo, así que ¿no sería mejor acomodarse al sistema, dejarse llevar y ser feliz? Nadie podía vivir toda la vida remando contra corriente. Si Delia finalmente llegaba a tener hijos, querría que estuvieran integrados, que se echaran amigos y fueran felices, no que se convirtieran en unos marginados. Eso la llevaría a renunciar a sus principios en muchos casos. Al final, tarde o temprano, su voluntad se doblegaría y terminaría acomodándose al sistema. Como todos.

Tomó la taza y dio un sorbo. El Dharkan se había quedado helado. Se dirigió de nuevo a la cocina y lo tiró en el fregadero. Se preparó otro café en una taza limpia y volvió a su escritorio. Lola había salido a hacer unas gestiones.

Tenía que volver a concentrarse, el tiempo apremiaba. Miró de nuevo los papeles sobre el archivador abierto. Estaba seguro de que el capellán había dejado pasar a los ladrones, convencido de que venían a proteger la reliquia. No podía ser de otra manera. Unos días antes del robo, varias personas del pueblo organizaron una merienda junto al santuario, durante la que estuvieron renegando de la Cruz y de todo lo que simbolizaba. Eran tiempos complicados, convulsos, en los que se gestaba un cambio que sumiría al país en la miseria durante décadas. En la primera instrucción del caso, todos los supuestos participantes en la comida negaron haber asistido a la misma ni haber hablado de hacer desaparecer la Cruz. Sin embargo, en el año treinta y nueve, un juzgado militar abrió de nuevo el caso determinando que había pruebas suficientes para acusarlos del robo. Una conspiración, según este sumario, que

terminó con la Cruz en algún lugar allende los mares. Una salida fácil, sin pruebas que la apoyaran. El capellán había muerto y ya no podía desmentirlo. El resto habían sido encarcelados, exiliados o fusilados. Aquella instrucción fue una pantomima que terminó inhibiéndose a la instrucción ordinaria.

¿Quiénes fueron realmente los cómplices del capellán?

El robo en sí había sido una rotunda y burda farsa. Los ladrones abandonaron sus herramientas de trabajo, demasiado abundantes e inútiles para aquella tarea, utilizaron una cuerda corta y fina, insuficiente para escalar la muralla, y profanaron la puerta del santuario con un agujero por el que a duras penas cabía un niño desnudo. Toda una puesta en escena, chapucera y poco creíble.

Dio un sorbo al café esperando que aclarara sus ideas.

¿Quién fue el cómplice del capellán? Esa era la gran pregunta, que no encontraba respuesta en todos los papeles que había estudiado. ¿Quién podía ser? ¿Quién tenía una relación especial con él y con la Cruz? Además de los sacristanes, coadjutores, presbíteros y el resto de miembros del clero... El hermano mayor de la Real e Ilustre Cofradía de la Santísima Cruz de Caravaca era quizás la persona que mejor encajaba en el perfil. La cofradía estaba compuesta por gente del pueblo, cuyo compromiso consistía en proteger la Cruz. No sería descabellado que hubieran trazado juntos un plan para fingir el robo y esconderla, protegiéndola de los peligros que la amenazaban durante aquellos tiempos convulsos. De hecho, era consciente de que entre la gente de a pie corría el rumor, o la sospecha, de que la Cruz estaba en poder de la actual hermana mayor. Quizás sería buena idea tener una entrevista con ella. ¿Por qué no? De repente, le parecía que había tardado demasiado en planteárselo. ¿Estaba perdiendo agilidad en sus deducciones?

Elevó la mano para coger la cadenita que rodeaba su cuello, de la que colgaba una Cruz de Caravaca de plata que le había regalado su madre cuando era adolescente. Su hermana tenía otra igual que no se ponía nunca y que guardaba en un cofre relegado a un cajón de su dormitorio.

Oyó la puerta de la entrada, Lola había llegado. Elías se levantó de la mesa y se dirigió a su encuentro. Vestía completamente de verde.

—¿Ahora te vistes con lo mismo que comes? —Bromeó él, haciendo alusión a su dieta vegetariana.

Lola sonrió mientras dejaba el abrigo en la percha.

—Lo hago por ti, para que puedas explotarme. Así no tengo que parar ni para comer.

—Necesito que me consigas un número de teléfono.

—Claro, dame los datos. Por cierto, he dejado una rúcula nueva en el rellano.

—Y también que me hagas un favor. —Elías nunca le había pedido a Lola que pusiera sus sortilegios en práctica con él. Sin embargo, con la racha que llevaba desde la subasta en Madrid, quizás no estaría de más insinuárselo—. Necesito que me des suerte.

—Puedo mirarte el mal de ojo.

—Me refiero a algo más contundente, a un conjuro o algo así.

Lola se echó a reír mientras se giraba.

—No soy una bruja, ¿sabes? Si tienes algún problema, coméntalo con gente de confianza. Y si te encuentras decaído, yo tomo unas gotitas que me recetaron en el herbolario. —Las sacó de su bolso, pero Elías las rechazó con la mano—. Ahora, si el problema es más grave, lo mejor es que te compres una figurita de San Pancrancio y le pongas perejil.

A continuación Lola le abrazó, seis segundos, corazón con corazón.

Aunque hacía pocos días que había visitado Caravaca, le parecía que hubieran pasado años. Tras más de una hora de camino, aparcó de nuevo en la Gran Vía, un ampuloso nombre para una calle ni tan larga ni tan ancha como se podía interpretar. Al bajarse del coche le azotó el viento helado que recorría toda la avenida. Observó el cartel luminoso de una farmacia que indicaba dos grados de temperatura. Se subió el cuello de la gabardina y comenzó a caminar, echando de menos el invierno templado de Cartagena, donde, gracias a su cercanía al mar Mediterráneo, rara vez se bajaba de los diez grados. Atravesó la plaza del Arco para acceder al casco antiguo de la ciudad y se escurrió por las estrechas calles hasta la Iglesia de El Salvador, aquella donde había encontrado los nueve folios desaparecidos del sumario, la misma donde el capellán Don Ildefonso Ramírez Alonso celebró la misa el Miércoles de Ceniza del año 1934. Justo enfrente, al inicio de la calle Mayor, se situaba la cafetería donde había quedado. Al entrar sintió el abrazo que le brindaron la agradable temperatura y el tentador olor del pan y los dulces recién hechos. Se acomodó en una mesa junto a la ventana, dejando el sombrero y la gabardina en una silla vacía. La decoración era acogedora. El suelo despedía colores alegres desde los dibujos formados por el mosaico hidráulico, mientras que la madera que revestía las paredes y modelaba las estanterías le confería un aire rústico. Las vitrinas, distribuidas por toda la estancia, presentaban pasteles de nata, bombones de chocolate blanco, magdalenas decoradas con virutas de caramelo, tartas de galleta, cruasanes, yemas y empanadas. Todos ellos aliñados con un toque de sofisticación. Aquel lugar representaba el paraíso de un goloso o el infierno de un diabético. Elías no era ninguna de las dos cosas, y como había desayunado bien consiguió resistirse a la tentación. Escrutó su Casio. Las diez y treinta y cinco. Cuando la camarera vestida de negro se acercó a él, pidió un café doble. La señora se retrasaba ya cinco minutos, y eso que era ella quien había elegido el sitio. En ese momento se abrió la puerta, dando paso a una mujer de unos cincuenta años, con aspecto clásico, marcado por joyas discretas de buena calidad y ropa recatada, comprada en alguna *boutique* local. Elías se levantó. Era la segunda vez que la veía, tras su coincidencia en la sala de cabildos del Santuario, en la que no fueron presentados.

—¿Adriana?

—Elías, supongo.

Se dieron la mano y ella tomó asiento frente a él. No se disculpó por el retraso. La camarera se acercó inmediatamente.

—Un café con leche, descafeinado de máquina, con leche natural y sacarina, servido en un vaso alto.

Lucía media melena oscura y a pesar de su aspecto modoso, podría haber

resultado atractiva de no ser por las tupidas cejas rectas que masculinizaban su rostro. Era incomprensible que llevara el pelo teñido en la peluquería, la manicura recién hecha en la esteticista y que, sin embargo, nadie le hubiera prestado atención a aquella superpoblación de pelo que destacaba como un borrón sobre la discreta pintura de ojos.

—Usted dirá. —Adriana acomodó el enorme bolso sobre sus piernas enfundadas en medias de nylon negro.

—Como ya le dije, estoy escribiendo un libro sobre la historia de Caravaca.

—Ya se ha escrito mucho sobre la ciudad —se mostraba un poco hostil, era evidente que no había accedido a la entrevista de buen grado—. Lo tiene difícil si quiere ser original.

—En eso coincido con usted. Sobre todo estoy interesado en la historia de la Vera Cruz...

—Eso es precisamente sobre lo que más se ha escrito.

—Cierto, muchas teorías que no han conseguido concretar nada. La diferencia es que yo no quiero especular, sino contar la verdad. Por eso necesito su testimonio.

La camarera se acercó para servirles y Adriana comprobó que estaba todo exactamente como lo había pedido. Se produjo un tenso silencio, que aprovecharon para echar el azúcar y la sacarina en los respectivos cafés mientras se estudiaban mutuamente. Elías pensó que si las teorías de Lola sobre la fuerza en la mirada hubieran sido ciertas, aquella mujer lo habría partido por la mitad. Gracias a Dios, en ese momento entró en la cafetería otra señora de edad similar que se mostró sorprendida al ver a Adriana. Se acercó para saludarla con una amplia sonrisa, mientras observaba a Elías con curiosidad.

—Hola, Adriana, preciosa.

La interpelada se giró y al levantarse casi tiró los cafés con el enorme bolso negro, que finalmente abandonó en la silla que ocupaban las pertenencias de Elías. Este arrugó la nariz y movió el bolso a un lado para que no aplastara su sombrero.

Las mujeres se saludaron con dos besos y se apartaron un poco para hablar con intimidad, casi susurrando. La recién llegada lucía un cabello de mechaz rubias y un abrigo de piel que ensanchaba aún más su ya opulenta figura, acercándola a la de un animal enorme que continuamente le observaba de reojo. De repente se transformó en un oso que no paraba de relamerse, mostrando su larguísima lengua y sus afilados dientes, justo antes de abalanzarse sobre Elías, abriendo sus fauces de par en par para devorarlo de un solo bocado. Despertó de la ensoñación cuando la mujer se dirigió a la barra y Adriana volvió a su lado con la expresión más relajada.

—Disculpe.

—No se preocupe. —Elías sacó una libreta y la Montblanc Cruise Collection que le regaló su madre una Navidad.

—Tengo poco tiempo, ya le dije. Y si no llega a ser por la intermediación del Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo, tenga en cuenta, joven, que esta

entrevista no se habría producido.

—Le agradezco su tiempo, soy consciente de la dedicación que debe de requerir su cargo de Hermana Mayor de la Cofradía de la Vera Cruz.

—No, no creo ni que se lo imagine. Nosotros somos los encargados de proteger y difundir el patrimonio de la Cruz, de organizar las celebraciones y gestionar las fiestas. Y por si fuera poco ahora tenemos encima el Año Jubilar.

La Mujer Oso se aproximó a la mesa.

—Bueno, cariño, a ver si nos vemos más a menudo.

—Claro.

Permaneció unos segundos de pie, como si esperara una invitación para sentarse, pero al final se marchó sosteniendo entre sus garras la barra de pan recién adquirida... o cazada. Una ligera sonrisa titubeó en los finos labios de Adriana que contagió a Elías.

—Escuche —retomó él—, no le haré perder el tiempo. Por el pueblo corren varios rumores y quiero saber directamente su opinión al respecto.

—Adelante.

—El primero dice que el *Lignum Crucis* nunca ha salido de la ciudad y que es posible que quien lo tiene en su poder lo haga aparecer durante la visita del Papa.

—Dios le oiga.

—Hace ya unos cuantos siglos que Dios hizo aparecer la Cruz portada por dos ángeles pero creo que en esta ocasión lo deja todo en manos de los hombres.

—¿A dónde quiere ir a parar?

—Al segundo rumor.

—¿Qué es...?

—Que la Cruz la tiene usted o al menos sabe dónde está.

—Eso es una evidente difamación de la gente de la calle que envidia mi posición privilegiada dentro de la sociedad caravaqueña. No soporto los cotilleos. —Buscó su bolso para irse, pero Elías contraatacó antes de que pudiera cogerlo.

—Yo tampoco. Por eso no me baso en ellos.

—Entonces, ¿en qué se basa usted para atreverse a plantear una acusación tan seria?

—En que es nieta de quien es.

—Para no gustarle los cotilleos, está usted muy puesto en ellos.

—Una de las teorías que se barajan es que fue su abuelo quien ocultó el *Lignum Crucis* en colaboración con el capellán.

—Jamás nadie había sido tan directo conmigo respecto a ese tema. Muy bien, joven, le diré lo que sé. Ningún miembro de mi familia es un ladrón, eso se lo puedo asegurar. Mis antepasados tenían fe ciega en la Vera Cruz, yo la tengo y mis descendientes la tendrán. Desde que hay registros mi familia ha formado parte de la cofradía con el único objetivo de honrar y proteger la valiosa reliquia. Le diré más, si mi antepasado hubiera retirado el *Lignum Crucis* habría sido con el único propósito

de protegerlo —hizo énfasis en esta palabra—. Por lo tanto, es evidente que una vez pasado el peligro lo habría puesto en manos de la autoridad pertinente. Y si esta autoridad no hubiera hecho lo que debía, eso ya es otra historia que nada tiene que ver conmigo ni con mi familia.

Y sin decir más, tomó su bolso negro, tirando al suelo el sombrero de Elías, se dirigió a la barra y pagó. Se detuvo de nuevo frente a la mesa.

—Dele recuerdos al señor obispo —y con una inclinación de cabeza salió a la calle sin ponerse ni quiera el abrigo y sin probar el café.

Elías recogió el sombrero del suelo que, por suerte, no se había ensuciado. Necesitaba reflexionar sobre las palabras de Adriana, así que pidió otro café acompañado por uno de los bollos de crema que resplandecían en una tartera de cristal junto a la barra. El cerebro funciona a base de azúcar y en ese momento necesitaba el suyo a pleno rendimiento.

L se despertó en mitad de la noche casi asfixiada, sin poder respirar debido a un recuerdo atroz que había olvidado sin ser consciente de ello, un recuerdo luctuoso y truculento que ahora volvía en forma de pesadilla. Cada noche, después de acostarse, se quedaba dormida para despertar al poco sudando y a punto de gritar. En su sueño, su tío había comprado una caja de cristal para realizar el truco de la sierra. Cuando sacaban la urna al escenario y retiraban la sábana que la cubría, dentro ya había una persona, un hombre atado y amordazado, un hombre con un gran bigote, el maestro de ceremonias que hasta entonces había presentado cada número del espectáculo. Mientras Sifo se revolvía en su jaula intentando soltarse, su tío elevaba la sierra en el aire y a la vista de todos comenzaba a bajarla, introduciéndola con mucha pericia por una ranura de anchura suficiente para no romper el cristal. *Sifo quiere un número más espectacular*, le había explicado cuando ella le preguntó qué pensaba hacer con aquella urna, *quiere un número que el público no olvide jamás y es lo que le vamos a dar*. La sierra mecánica continuó bajando hasta alcanzar la rodilla y un crujido seco precedió a la sangre que saltó sobre las paredes de cristal y la cara y la ropa de su tío. Los gritos de asombro se extendieron entre el público mientras Sifo se retorció desgañitándose en la mordaza, con unos ojos llorosos y sanguinolentos que reventarían en cualquier momento. La sierra se volvió a elevar dejando tras de sí dos piernas amputadas y un reguero de sangre. Su tío sonrió al público con una cara de sádico que L nunca podría olvidar y se colocó frente a la ranura que descendía justo a la altura del cuello. Su víctima se golpeaba continuamente la cabeza contra el cristal, quizás buscando terminar ya con aquella agonía que su verdugo no quiso prolongar más. La sierra concluyó su trabajo y la sangre saltó a presión del cuello seccionado, en un chorro continuo que aguantó al menos un minuto. Algunos niños se reían encantados, pero otros se echaron a llorar ante los gritos y los vómitos de sus padres. Antes de que el espectáculo se le fuera de las manos, su tío tapó la urna con una sábana. Una cadena se movió sobre el escenario portando una cuba de agua y se abrió en cuanto estuvo situada sobre el féretro. La caja de cristal se abrió justo en ese momento, desplomándose las paredes a los lados de la mesa. La sábana quedó empapada sobre un cuerpo de hombre que sorprendentemente comenzó a moverse. Por sí solo retiró la tela y, al descubrir su enorme bigote y su perfecto estado de salud, todo el público se quedó de piedra, sin comprender cómo era posible que el descuartizamiento que habían presenciado no hubiera sido real. Poco a poco comenzaron los aplausos, seguidos por tímidos vítores y algún abucheo. Su tío había hecho que lo pasaran mal, pero se los había metido en el bolsillo regalándoles un final feliz que no era tal. L sabía perfectamente que el tipo que había salido de debajo de la sábana no era Sifo, sabía que llevaba un bigote falso y que el verdadero Sifo ya

no volvería a ordenarle nada a nadie. Mientras el público se preguntaba cómo habían podido hacerlo, a L, una niña de tan solo ocho años, se le revolvían las tripas al conocer la respuesta.

VI. EL ENAMORADO



Tras la entrevista matutina, regresó a su despacho, donde le esperaba Lola con la tasación de una herencia que llevaba varios días de retraso. Cuando la terminó, cerca de las cuatro, se fue a casa. Caridad había salido con unas amigas para celebrar la adjudicación de su plaza, por lo que tendría que comer solo. Se preparó un plato de *fetuccini alla puttanesca* y se sentó frente al televisor con una copa de vino. Después de tomar un café, se aseó y cogiendo su gabardina y su Fedora, salió a la calle con la intención de quitarse una espina clavada.

Azuzado por el molesto levante, atravesó a paso ligero la recién remodelada plaza San Francisco, para desembocar en varias calles estrechas que le condujeron hasta la cuesta de Despeñaperros. Al otro lado de la colina se encontraba el paseo Alfonso XIII, vía principal de entrada a la ciudad. No tardó en localizar el portal cuya dirección tenía grabada en la memoria. Estaba convencido de que el robo del cuadro de un autor desconocido no iba a ser una prioridad para la policía. De todas formas, Elías no les había facilitado toda la información, pues se había callado la posibilidad de que la mujer que había vendido el cuadro y la falsa azafata fueran la misma persona. Antes de entrar se acercó a una cafetería situada a unos metros. Pidió un café solo a un camarero que rondaba los cincuenta años, de complexión delgada y pelo aceitoso adherido al cráneo. Su aspecto le produjo cierto rechazo y tuvo que hacer un esfuerzo para disimular el gesto.

—Disculpe —comenzó Elías—, mi mujer me ha encargado que traiga un paquete a nombre de una tal Alicia Silva y no sé quién es. Vive en el edificio de al lado.

El hombre le miró con cara de no entender mientras pasaba el paño por la barra.

—No me suena el nombre.

—Mi mujer me ha dicho que es pelirroja y muy guapa. Por lo visto, no pasa inadvertida...

—Si la hubiera visto lo recordaría —continuó el hombre con amabilidad—. Pero yo me paso la vida aquí metido, si ella no es cliente, es difícil que coincidamos.

Pagó el café y salió del local sin haberlo tocado, justo cuando entraban un par de operarios con mono sucio. El camarero tenía razón, aquel no sería el lugar que Alicia elegiría para tomar algo con las amigas. Se colocó el sombrero y se ajustó la gabardina, el levante continuaba soplando por las calles cartageneras.

En otras circunstancias le habría pedido a algún compañero que le debía un favor que se apostara junto a aquel portal y esperara. Necesitaba rutinas, movimientos y compañías, todo ello para detectar alguna anomalía, algo que le indicara si aquella mujer era realmente la ladrona del cuadro, tal y como todo parecía indicar. Pero no quería gastar favores ante una posibilidad que no solo no le iba a traer beneficios sino que era posible que le complicara la vida. Al fin y al cabo, estaba actuando en contra

de la voluntad de su tío.

El portal se situaba al lado del antiguo cine cerrado años atrás, donde aún permanecía el cartel deteriorado de la última película proyectada, que representaba a un tipo duro, con pistola, que dejaba detrás una gran explosión. Elías apretó el botón del portero electrónico y al poco contestó una voz de mujer.

—¿Sí?

—¿Alicia Silva?

—Sí, ¿quién es?

—Soy del seguro de la comunidad. Parece que uno de sus baños pierde agua.

Su interlocutora colgó el telefonillo con un golpe seco. A continuación, se abrió la puerta. La empujó y miró a ambos lados antes de entrar. Se acercó a los buzones y descubrió que algunos, entre ellos el 10C, no indicaban los nombres de sus dueños. Así que llamó el ascensor y subió hasta el décimo piso. Se detuvo delante de la puerta y pulsó el timbre. La puerta se abrió y allí estaba ella, la Diosa del Olimpo, que se había quedado de piedra, con la boca abierta. Reaccionó intentando cerrarla, pero Elías puso el pie en medio. Ella corrió hacia dentro y Elías la siguió. La casa olía a algún tipo de incienso que le irritó levemente la nariz. Avanzó por el pasillo hasta una habitación amplia y bien iluminada por un gran mirador. Apenas había mobiliario y era de poca calidad: un sofá con su mesita de centro a juego, una mesa de comedor con cuatro sillas y un pequeño mueble cuya función se le escapaba. Ni láminas en las paredes, ni fotos familiares. Tampoco había rastro del cuadro.

La figura de la mujer se perfilaba a contraluz. Se hallaba de espaldas, observando la calle.

—En realidad soy detective privado —admitió él.

—Yo robé el cuadro.

Elías se quedó de piedra ante aquella confesión inesperada. Entonces ella se giró hacia él y se acercó a la mesa. Por fin pudo recrearse en la delicadeza de sus rasgos, la voluptuosidad de sus curvas y el fuego de su pelo.

—Mire, no le voy a hacer perder el tiempo. —Se sentó en una silla con aspecto afligido—. Solo le pido que no me denuncie, por favor. Yo... no tuve más remedio.

—¿Qué quiere decir?

—Intenté comprar el cuadro —bajó los ojos a la mesa, avergonzada, parecía a punto de llorar—, pero cuando alcanzó un precio que no podía pagar no me quedó otro remedio que robarlo.

—¿Y eso qué sentido tiene? Usted vendió el cuadro a la casa de subastas, ¿por qué iba a intentar comprarlo por un precio mucho mayor? —La boca de ella tembló, pero no llegó a contestar—. ¿Se dio cuenta de repente de que valía más de lo que le habían pagado?

—No es cuestión de dinero, usted no lo entiende —un par de lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Intente explicármelo.

—Me advirtieron expresamente que no fuera a la policía —rompió a llorar con impotencia—. Si lo hago le matarán.

—Yo no soy policía, soy detective privado. —Elías se sentó a su lado y alargó una mano hacia ella—. ¿A quién matarán?

La mujer vaciló unos segundos y finalmente se levantó.

—Disculpe, soy una maleducada. ¿Le apetece beber algo?

—No, gracias.

—Si no le importa, yo sí lo necesito.

Sin esperar respuesta, Alicia se dirigió al pequeño mueble y sacó una botella de güisqui barato. Sirvió un vaso y se giró con él en la mano.

—¿Me va a ayudar?

—¿Disculpe? —Elías no entendía a lo que se refería.

—Usted es detective privado, ¿no? Parece sacado de una de esas novelas negras de los años cincuenta.

—Soy detective.

—Pues quiero contratarle. No tengo dinero pero, si recuperamos el cuadro, prometo darle el porcentaje que estime sobre el precio de venta.

—Le recuerdo que el cuadro es mío y que no quiero venderlo.

En realidad el cuadro pertenecía al obispado, pero eludió el detalle.

—Pues yo le ayudo a recuperar el cuadro y usted me ayuda a encontrar a mi tío.

—¿Qué ha sucedido con su tío?

—Él era en realidad el dueño del cuadro —elevó la vista hacia Elías y él se conmovió ante sus enormes ojos verdes, desdibujados ahora por las lágrimas que arrastraban el rímel y el maquillaje. La mujer dio, por primera vez, un trago al güisqui.

—Continúe, por favor.

—¿Me va a ayudar?

—No lo he decidido aún. Nunca nadie me ha contratado de esta manera tan extraña.

—¿Extraña? No veo por qué. Yo creo en el destino —volvió a mirar con intensidad a Elías—. Me crie con mi tío, él fue el padre que nunca tuve —Elías se sintió identificado—. Cuando nos separamos me regaló el cuadro y me pidió que lo cuidara. Sin embargo, ahora las cosas están mal, casi no hay trabajo y el que hay, mal pagado.

—Y no tuvo más remedio que venderlo.

—Exacto.

—¿A qué se dedica?

—¿Quién? ¿Yo? —Balbuceó—. Trabajo para una agencia.

—¿Una agencia de qué?

—De azafatas. Paris Selection, se llama. ¿Puedo continuar?

—Por favor.

—Me encontraba tan apurada que me vi obligada a vender el cuadro. Y cómo son las cosas, que al poco recibí una nota de secuestro exigiendo la obra precisamente como rescate a cambio de la vida de mi tío. Por eso intenté comprarlo y, al no poder hacerlo, me vi obligada a robarlo.

—Es usted muy osada.

—No me ha quedado más remedio.

—¿Hizo la entrega?

—Sí.

—¿Y su tío?

—Ni rastro de él.

—Debería haber contactado con la policía.

—Ya lo sé —se echó de nuevo a llorar—. Ahora es fácil decirlo, pero ¿cómo me habría sentido si lo hago y matan a mi tío? Aquellos hombres daban miedo.

Elías esperaba respuestas pero todo aquello no hacía más que generar nuevas preguntas.

—Supongo que tendrá alguna hipótesis sobre quiénes son los ladrones.

—No, desgraciadamente, no.

—¿Por qué es tan importante ese cuadro? Ni siquiera es un Bacon original.

—¿Usted cree?

—Tiene muchas similitudes pero algunas diferencias importantes. No, no creo que sea original, pero algo debe de tener cuando tanta gente está interesada en él. ¿Quién conocía la existencia del cuadro?

—Por mi parte, nunca hablé con nadie de él. Por parte de mi tío, lo desconozco.

—¿Tiene su tío algún enemigo?

—No, que yo sepa.

—¿Y usted?

—No, no tengo enemigos.

—¿Cómo contactaron con usted?

—Por teléfono, me llamaron al móvil desde un número oculto.

—Podríamos conseguir el número de la compañía telefónica, pero seguramente será un móvil robado o una cabina en la calle. No creo que nos aclare nada. ¿Cómo hizo la entrega?

—Me pidieron que metiera el lienzo en un tubo de cartón y me dirigiera con él al bar Saray, en La Alameda. Allí debía sentarme en la terraza y colgar el paquete en el respaldo de la silla. Así lo hice. Pedí un café y al poco observé de reojo cómo se acercaba un hombre trajeado, cogía el paquete y se marchaba como si nada.

—¿De qué color era el traje?

—Negro.

Ese uniforme me suena, pensó Elías. ¿Una simple coincidencia?

—¿Y qué pasó después?

—Nada, eso es lo peor de todo —las lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas,

la voz le temblaba, como si se hubiera ido desgastando con cada palabra. Apuró de un trago el licor que le quedaba y dejó el vaso sobre la mesa—. Desde entonces no he vuelto a recibir noticias.

—¿Cómo sabe que es cierto lo del secuestro, le han dado alguna prueba?

—Sí, junto a la nota de rescate me enviaron una foto de mi tío con un diario, para confirmar la fecha, ya sabe.

—¿Puedo verla?

—No, lo siento. Me pidieron expresamente que la destruyera junto a la nota.

—Es usted demasiado obediente.

—Eso es porque tengo miedo, mucho miedo. Nunca me había visto en una situación parecida, no sé cómo debo actuar, lo único que me importa es que no le pase nada a mi tío.

—¿Ha pensado en la posibilidad de que sea su propio tío quien la chantajee?

—¿Mi tío? —Se mostró muy sorprendida—. ¿Y por qué iba a hacerlo?

—¿Por dinero?

—Entonces me habría pedido dinero, no el cuadro.

—Puede ser. A no ser que se haya dado cuenta de repente de su valor real.

—No lo creo, usted no le conoce, no le importa el dinero.

—A todo el mundo le importa el dinero —sentenció Elías, y observó cómo reaccionaba ante aquella afirmación. Se produjo un tenso silencio. Ella desvió la mirada hacia la ventana y se limitó a esperar—. Quizás sea un buen momento para que me hable de su tío.

—¿Qué quiere saber?

—¿Cómo era físicamente? ¿Tiene alguna foto?

—Sí, espere un momento. —Se dirigió a una habitación y volvió en seguida con una. Se la entregó a Elías. Era un tipo cuarentón, de pelo canoso excepto dos mechones negros que partían de la frente hacia el cogote, dibujando algo parecido a dos cuernos. Vestía pantalón negro, camisa blanca y chaqueta dorada—. Es de cuando estábamos en el circo. Mi tío era mago.

—¿Tiene alguna peculiaridad física?

—Sí. Lleva cuatro dientes de oro, los cuatro incisivos superiores, cada uno con una letra grabada que forman la palabra SCOT.

—¿Así que no le gusta el dinero?

—Se gastó los pocos ahorros que tenía en esos dientes. —Alicia se mostró un poco molesta, forzada a justificar a su tío—. Se los rompió un día de borrachera, ¿qué quería que hiciera? Mi tío se dedicaba al mundo del espectáculo, tenía que cuidar su imagen.

—Dientes de oro grabados, se me ocurren formas más baratas y estéticas de arreglar una boca. —Alicia iba a contestar, pero él continuó—. De todas formas, no vamos a discutir ahora sobre los gustos de su tío. ¿Bebía mucho? —Y dirigió la mirada hacia el vaso sobre la mesa. Ella se dio cuenta y bajó la vista.

—Sí, bastante. Aunque siempre estaba sereno a la hora del espectáculo.

—¿Qué más me puede contar? ¿Dónde vivía, dónde trabajaba, con quién se relacionaba?

—Como ya le he dicho, vivimos durante muchos años en un circo. Mi tío era mago y yo, su ayudante. Le encantaba su trabajo. Cuando el circo cerró se quedó destrozado. Intenté convencerlo para irnos a vivir juntos, pero él había perdido todo el interés. Dijo que su vida era el circo y si este cerraba ya no le quedaba nada por lo que pelear. Tú ya eres mayor para labrarte un destino, me dijo y me entregó el cuadro, lo único valioso que poseía. No me permitió ayudarlo y desapareció de mi vida para siempre. Yo intenté salir adelante por mi cuenta. Al tiempo me encontré con unos compañeros que me contaron que mi tío se había marchado a Murcia. No sabían exactamente dónde vivía, aunque tenían oídas de que se había convertido en un ermitaño, encerrado en su casa, sin salir, ni relacionarse con nadie. Así que pensé que igual necesitaba mi ayuda y me vine para acá, dispuesta a encontrarlo.

—¿Y lo hizo?

—Sí. Estuve en su casa. Se había dejado el pelo largo y barba y cuando me vio empezó a gritarme que qué hacía allí, que me preocupara de mis asuntos, que lo dejara en paz, que podía vivir como un cerdo si quería y morir como tal. Ninguno de mis argumentos sirvió de nada y al final llegó a amenazarme, así que me marché.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Hará año y medio más o menos.

—¿Y desde entonces no ha vuelto a verle?

—No. Ni tuve noticias de él hasta que recibí la nota de secuestro.

—Entiendo. ¿Recuerda la dirección de su tío?

—Sí, claro. Vivía en Murcia, en una planta baja de La Alberca. —Miró el móvil y apuntó la dirección en un papel que tomó del mueble bar. Se lo entregó a Elías.

—¿Y qué me puede contar del cuadro?

—Es una pequeña joya familiar. Perteneció a mi tío y a su padre antes que a él.

—¿Cree que es valioso?

—Debe de serlo. Usted pagó cien mil euros por él.

—¿Sabe quién es el autor?

—Un seguidor de Bacon, según tengo entendido —su tono dejaba traslucir cierta picardía.

—Lo que pregunto es si tiene información de primera mano, si alguna vez le dijo su tío quién lo había pintado, dónde, por qué.

—No, lo único que sé es que le tenía mucho aprecio y yo... supongo que en parte estaba molesta con él. Como se portó tan mal conmigo cuando fui a verlo... vender el cuadro fue como una especie de venganza.

—Entiendo.

—Yo siempre había fantaseado con la idea de que fuera un Bacon original. Cuando lo tasaron en la casa de subastas se me cayó el mito a los pies, claro.

—¿Le gusta el arte?

—Me encanta el Arte Contemporáneo. —Alicia elevó hacia él los ojos verdes, humedecidos por las lágrimas, que brillaron con un interés especial ante esta pregunta—. El clásico me aburre, la verdad.

—¿Le aburren Velázquez, Goya, Miguel Ángel o Da Vinci?

—El arte es una manifestación de la realidad del momento histórico en el que se produce. Los maestros que usted nombra son maravillosos pero corresponden a una época que a mí me queda lejana. No me transmiten nada. Pero ahí ya entramos en un terreno más complicado, cómo definir el arte —miró a Elías con tono desafiante—. ¿Qué es el arte para usted?

—Para mí el arte es la estética. —Elías sonreía, le gustaba demostrar sus conocimientos—. Una obra de arte debe ser capaz de cautivar, de conmover, de emocionar con su belleza.

—Entonces, ¿es arte un cuadro de un paisaje bonito?

—Si es capaz de atraparte con su luz, con la composición y los colores, para mí, sí, es arte.

—¿Y un paisaje bonito?

—¿Cómo?

—Sí, el mismo paisaje, con la misma luz, los mismos colores, al natural, sin haber sido pintado, ¿también es arte?

—No, claro que no. El arte requiere de la intervención de la mano humana.

—Hablemos de una obra de arte clásico por excelencia, la Mona Lisa. —Ahora se mostraba alegre, como si el arte le hubiera hecho olvidar el drama de su tío—. Es un simple retrato, no es especialmente estético, ni llamativo, ni cautivador. ¿A qué se debe su importancia?

—¿No le parece cautivador?

—No especialmente.

—La Gioconda es el paradigma de la perfección técnica y los detalles. En primer lugar, el autor jugó con el contraste entre el retrato real de la modelo y el paisaje imaginario que hay a su espalda, realzando de esta manera la figura para que obtenga la importancia que se merece. Además, el cuadro es admirado por todos los misterios que encierra, como por ejemplo, su famosa sonrisa, que solo está presente cuando reparas en sus ojos y desaparece si intentas mirarla directamente; o la teoría de que no se trata de un retrato de Lisa Gherardin, sino del propio Da Vinci vestido de mujer; sin olvidar los códigos ocultos en sus pupilas y las cabezas de animales veladas por el paisaje.

—Sin embargo, hay miles de réplicas de este cuadro, tan perfectas como el original, imposibles de distinguir a simple vista. ¿Por qué se considera que es arte el primero y no las copias?

—Porque en el arte hay un concepto muy importante que es la innovación. Una réplica, por perfecta que sea, no ha creado nada nuevo.

—Ahí es donde quería llegar. —Parecía entusiasmada—. Durante cientos de años, hasta finales del siglo XIX, no se creó nada nuevo. Lo único que se hizo fue mejorar la técnica, buscar nuevos modelos en la naturaleza, la religión y la mitología, pero no se innovó en nada. A partir del S. XX es cuando existe una verdadera revolución en el arte. Con la aparición de la fotografía deja de tener importancia representar la realidad fielmente, la obra comienza a separarse del modelo, abandona el mundo material para centrarse en la percepción subjetiva del artista, en los sentimientos o en los sueños.

—Sí, y eso abre una puerta muy peligrosa porque ya no hay reglas, ahora todo vale, se pierde la objetividad y tan solo la opinión de los galeristas y el precio de mercado deciden lo que es arte y lo que no.

—Si estamos de acuerdo en que el arte es innovación, no tiene sentido que esté sometido a unas reglas estrictas. —Dejó escapar una sonrisa triunfal. Su argumento era bueno y lo sabía. Él se mantuvo en silencio, pero ella lo remató obligándole a contestar—. ¿No cree?

—Sí, supongo que sí. —Le devolvió una sonrisa sincera, sin resentimiento, observando sus ojos verdes, juguetones, que lanzaban miradas cortas e intensas que se clavaban como flechas envenenadas de deseo. No le importaba perder ante aquella belleza. No, no le importaría morir entre sus manos o entre sus piernas—. Sin embargo, el arte moderno deja de lado la estética para centrarse en el concepto, en la percepción subjetiva del artista. Puedo entender que se libere de casi todas las reglas para innovar, excepto de una, porque para mí la estética es algo intrínseco al propio arte. Una obra de arte debe ser capaz de conmover, de cambiar tu forma de ver el mundo. Y la única manera de calar tan profundamente es atacando a los sentimientos, a la parte irracional del ser humano. El verdadero arte debe innovar, estoy de acuerdo, pero no puede olvidar que la estética es el único camino para llegar al alma de las personas.

—Para mí no es fundamental. El arte alcanza la perfección cuando se separa de la materia para moverse en el mundo de los sentimientos y de los sueños, en el mundo imaginario que, al fin y al cabo, es el único perfecto.

—Bueno —Elías sonrió, ahora había recuperado el control—, eso es una opinión personal, como todas las argumentaciones que defienden el arte moderno. Al menos el arte clásico se basa en criterios objetivos, fácilmente cuantificables y no en opiniones o, como muchas veces sucede, en intereses —remarcó mucho esta palabra— personales.

—Estoy de acuerdo en parte —argumentó ella— porque, aunque es evidente que se venden por grandes cifras obras que no tienen ningún valor, prefiero que se califique como arte algo que no lo es, antes que poner límites a la creatividad e impedir que surjan obras verdaderamente innovadoras e importantes.

—Algún día tenemos que hablar de Duchamp.

—Me encantaría.

Elías observó el reloj, eran cerca de las siete. Caridad ya habría vuelto a casa. De repente necesitaba verla, recordar por qué se había casado con ella.

—Ahora tengo que irme.

—Perdone. —Alicia se levantó y clavó los ojos en el suelo, avergonzada—. ¿Me va a ayudar?

Él se acercó y le levantó la barbilla con el índice, obligándola a mirarle. De nuevo parecía a punto de llorar.

—Lo intentaré —aseguró Elías—, aunque no le puedo prometer nada.

—Se lo agradezco mucho —saltó sobre él y lo abrazó. Elías sintió un escalofrío al notar la fuerza, la atracción, el poder de aquella Diosa del Olimpo. Agradeció su calor, el contacto de su pecho, corazón con corazón, como a Lola le habría gustado—. Para mí es un consuelo saber que usted...

—No me lo agradezca, no lo hago por usted. —Elías se apartó de ella. Sabía que a una mujer como aquella solo se la podía ganar con cierta indiferencia. Claro que él no quería... No, no quería. Bueno, sí quería. En todo caso, lo único que quería era ponerse a prueba, resistir la tentación para fortalecer su alma—. Usted necesita encontrar a su tío y yo recuperar el cuadro. Ambos objetivos se encuentran en el mismo camino, así que vamos a andar, a ver qué pasa.

—Gracias de todas formas.

Él se puso la gabardina y se colocó el sombrero, observándola de reojo.

—Me gustaría que me diera su teléfono, por si necesito más información.

—Claro —le entregó el número en un papel. Él lo cogió y se giró para irse. Se levantó el sombrero antes de atravesar la puerta—. Buenas tardes.

—Espere. No me ha dicho su nombre.

—Elías.

Y salió, peleando con todas sus fuerzas contra el deseo irracional que intentaba obligarle a mirar atrás.

El levante continuaba arremetiéndolo con fuerza cuando cayó la noche temprana y Elías lamentó no haber cogido una de las bufandas de seda y lana que atesoraba en un rincón del vestidor.

Se encontraba inquieto después de la reunión con Alicia Silva, no solo por el devenir de la investigación, sino también por los sentimientos que le despertaba aquella mujer. Agradeció llegar a su casa, a un lugar conocido en el que se sentía seguro. Dejó la gabardina y el sombrero en la percha y atravesó el pasillo. Todo se mantenía en silencio. Caridad y él habían elegido uno a uno cada elemento de decoración, algunos de ellos incluso antes de tener el piso, por lo que no terminaban de encajar exactamente en el lugar al que los habían destinado. Hasta un par de semanas antes de la boda no consiguieron resolver aquel rompecabezas compuesto por muebles de diseño de color blanco, grandes vitrinas que exhibían la cristalería y la vajilla destinadas solo a celebraciones especiales o la mantelería y la ropa de cama bordadas a mano por una conocida de su madre. Solo una maceta con orquídeas naturales daba un poco de color a la estancia. Durante esas dos semanas organizaron visitas para sus amigos y familiares a los que mostraban entusiasmados el rinconcito del mundo que habían hecho suyo, en el que esperaban vivir muchos años disfrutando su amor. A todos les había gustado; a todos menos a Delia, que les dijo que no entendía que llenaran su casa de muebles poco funcionales y de trastos innecesarios. Caridad se enfadó mucho con ella, mientras que Elías intentaba quitarle hierro al asunto. Ya sabían cómo era.

Entró en la habitación, donde su mujer levantó la vista del puzle que estaba haciendo sobre la cama.

—Llegas pronto.

—Te echaba de menos.

—Ya, ¿desde cuándo soy más importante que tu trabajo? —No había atisbo de reproche, solo una nota de picardía.

—Desde siempre.

Caridad se dispuso a guardar el rompecabezas y Elías se acercó para ayudarla a levantar la tabla de madera que lo sustentaba. Entre los dos lo metieron debajo de la cama sin que se moviera ninguna de las mil diminutas piezas que ella combinaba con mucha paciencia para formar un conocido cuadro de girasoles.

—¿Por qué Van Gogh? —Preguntó Elías con curiosidad—. ¿Te interesa más su pintura que la de Gauguin o Seurat?

—Era el puzle más grande que había en la tienda.

Elías se echó a reír. Conocía muy bien a Caridad y sus gustos, el único arte que le interesaba era el que podía colgar en el salón para lucirlo ante las visitas. Nunca

podría mantener con ella una conversación interesante sobre arte, pero podía hacer otras cosas. Se quitó la camisa, dejando al descubierto su torso bien formado. Notó la mirada curiosa de ella.

—¿Qué haces? —Miró el reloj de la mesilla—. Tengo que irme a la asociación, he quedado con Alfredo.

—¿Ahora?

—Es un poco tarde, pero lleva muchos líos últimamente. Tenemos que decidir si enviamos voluntarios a los países con *ébola* o no. No terminamos de ponernos de acuerdo. Alfredo dice que es un riesgo innecesario, que si Dios los ha castigado con una epidemia no debemos intervenir. Yo no opino igual. Creo que es una oportunidad para ampliar nuestra organización a otros países, para llevar la palabra de Cristo. Y además, estas causas perdidas siempre son buenas para la imagen de la Iglesia.

—Tú siempre intentando salvar el mundo.

—Hago lo que puedo.

—Pues primero tendrás que practicar tu generosidad conmigo —le ordenó él—. Quítate la ropa.

Ella obedeció sin dejar de mirarle, sonriendo tímidamente. Él terminó de desvestirse arrumbando las prendas sobre el galán. Se acercó a la orilla de la cama, la cogió de la mano para que se levantara y la besó con fuerza mientras le desabrochaba el sujetador de encaje. Después manoseó sus escasos pechos, presididos por dos pezones puntiagudos, duros como témpanos. Ella se quejó y lo apartó de un empujón, pero él no retrocedió. Cogió sus bragas y las rompió de un tirón seco. Ella gruñó débilmente, sin ofrecer resistencia, parecía que comenzaba a entrar en el juego. La obligó a girarse de espaldas, de pie frente a la cama, agachada, apoyándose con las manos, mientras separaba las piernas. Elías metió el pulgar en su sexo, lo deslizó hasta el fondo notando la humedad, mientras con la otra mano le golpeaba el trasero. Ella le devolvió un gemido que bombeó a su miembro toda la sangre de su cerebro, justo antes de utilizarlo para reemplazar a su dedo. Comenzó a moverse rítmicamente, con brío, embistiendo como nunca lo había hecho. Se sentía salvaje, desenfrenado, necesitaba saciarse. Se imaginó entrando y saliendo del culo de su mujer. Acercó un dedo a esa parte infame del cuerpo, pero ella lo apartó de un manotazo. Entonces, de repente, la espalda de Caridad se volvió más pálida, aparecieron pequeñas pecas que se distribuían por toda su piel hasta confundirse con un pelo rojizo que no le correspondía. La cogió del cuello y le sujetó la cabeza para que no se girara, no quería verle la cara. Con la otra mano buscó sus tetas, mientras la embestía cada vez con más fuerza, como un animal, como si quisiera partirla por la mitad. Cerró los ojos para ver la cara de la pelirroja, sus enormes pechos rebosando su mano, su verga entrando y saliendo de su culo perfecto. Con una última embestida terminó y se echó a un lado. Su mujer aún jadeaba con la respiración entrecortada. Se quedaron tumbados sobre la cama, exhaustos. Se relajó, liberando toda la tensión acumulada. Ella encogió las piernas y comenzó a rezar.

Entonces Elías se sintió mal. De alguna forma le había sido infiel. Y ya era la segunda vez. ¿No era capaz de hacer el amor con su mujer sin pensar en la pelirroja? Quizás debería empezar a preocuparse. ¿Y si no era tan fuerte como él creía? ¿Y si en lugar de resistir la tentación acababa sucumbiendo a ella? No, eso nunca pasaría. ¿Estaba seguro? No sabía qué pensar. Quizás, sin darse cuenta, su alma estaba torciéndose de nuevo. En ese momento vino a su mente el cilicio que su tío le entregó en su época de estudiante. Lo había llevado durante un mes y le había ayudado a volver al camino correcto. El cilicio conseguía despejar la mente, producía un dolor tan intenso que ocupaba todo el pensamiento, sin dejar lugar para distracciones. Era evidente que algo no funcionaba bien. Había desobedecido a su tío y ahora fantaseaba con otra mujer mientras hacía el amor con la suya. Quizás fuera buena idea volver a utilizarlo un par de horas al día.

—¿Qué te pasa? —Le preguntó ella.

Era la segunda vez que le hacían esa pregunta en poco tiempo. ¿Otro síntoma de que algo fallaba?

—Nada. ¿Es que no te ha gustado?

—Sí, pero ha sido... —dudó, buscando la palabra correcta— raro. Tú estás raro.

Elías se echó sobre ella y la besó en la boca.

—No digas tonterías. Llevo todo el día pensando en ti, soñando con este momento.

Ella también le besó, halagada. Miró el reloj.

—¡Vaya! —Exclamó—. Voy a llegar tarde. Elías, no vuelvas a hacerlo —le amenazó con el dedo y una sonrisa—, no puedes presentarte a la hora que quieras para hacer lo que te dé la gana. Los demás también tenemos compromisos.

Caridad hizo una llamada de teléfono, se duchó y se arregló. En un cuarto de hora salía de casa dispuesta a defender sus argumentos ante el vicario, con el que se llevaba fenomenal, a pesar de algunas diferencias. Últimamente, con la excusa de la asociación, pasaba más tiempo con Alfredo que con él.

Se levantó de la cama y sacó el cilicio de una caja de zapatos que guardaba en el vestidor. Se lo puso en la pierna y volvió a tumbarse desnudo, notando el dolor que ya ocupaba toda su mente. Apretó los dientes mientras estudiaba la lámpara del techo, una araña de acero inoxidable, de forma esférica, moldeada a través de una infinidad de cuentas de cristal. Casi todos sus amigos la habían admirado, todos menos su hermana, que la observó con indiferencia y se ahorró el comentario. Y Elías se había enfadado por su actitud, por su poca mano izquierda.

El dolor de la pierna se le clavaba en el cerebro, como pequeñas descargas eléctricas que intentaran anular sus pensamientos.

De repente, aquella masa de acero y leds le causó repulsión. No sabía exactamente por qué, el dolor no le dejaba pensar. Apartó la vista, casi le dolía al mirarla. Era un rechazo irracional, que procedía de las entrañas, no del cerebro.

El dolor no le ayudaba.

No podía pensar.

El dolor le molestaba.

¿Qué le estaba sucediendo?

Elías se quitó el cilicio.

Volvió a examinar la lámpara. Su hermana tenía razón. Era ordinaria, sin gracia y, lo peor de todo, antiestética. Se preguntó, incrédulo, cómo se les había ocurrido gastarse tres mil euros en aquella monstruosidad.

XX. EL JUICIO



La Alberca era un pueblo típico murciano, en el que los adosados de una, dos y hasta tres plantas conformaban calles rectas y estrechas, provocando una sensación un poco claustrofóbica debido a la escasez de espacios abiertos. En las afueras el efecto era distinto, pues se trataba de una zona residencial en la que los adosados habían sido sustituidos por chalets de distintas formas y tamaños, que en las últimas décadas se habían convertido en el destino preferido de muchos murcianos de clase media, cansados de vivir encajonados en un piso del centro de la ciudad. Además, desde el pueblo se podía llegar andando al Valle Perdido, una reserva natural donde los niños podían correr y jugar al fútbol, mientras los padres preparaban una barbacoa o se tomaban un café en el bar.

Ha llegado a su destino.

Ante la indicación del GPS, Elías detuvo el coche frente a un chalet rodeado por un murete de piedra de medio metro, que ganaba altura gracias a una valla metálica de color verde, oxidada y medio podrida. La casa era pequeña, tenía más aspecto de segunda vivienda que de residencia habitual. El jardín que la rodeaba aparecía descuidado y salvaje, formado por varias palmeras devoradas por el picudo y algunos naranjos que habían descargado sus frutos en el suelo, descompuestos ya y cubiertos por las hojas secas y la inhóspita hierba. Una anciana abrió la puerta de enfrente y lo observó con curiosidad. Cuando reparó en que la miraba cerró rápidamente. Elías se dirigió a su casa y llamó. Tardó unos segundos en contestar.

—¿Quién es?

—Soy policía —mintió y mostró una placa falsa—. Quería hacerle una pregunta.

La anciana abrió menos de un palmo con cierto recelo y se mantuvo preparada para cerrar en cualquier momento.

—¿Qué quiere?

—¿Sabe si vive alguien en la casa de enfrente?

—Esa casa lleva abandonada muchos años.

—¿Está segura?

—Y tanto.

—¿Y no será que el dueño sale poco?

—Hace más de cuatro años que no entra ni sale nadie de ahí, lo sabré yo. Antes se veía movimiento de vez en cuando, traían comida para llevar y cosas de esas.

—¿Conoce usted al dueño?

—De vista. Era un señor bien plantado, de pelo canoso y ropa elegante, con traje. Ya le digo, todo un señor. Yo jamás conseguí que mi difunto marido se pusiera un traje. Excepto cuando lo enterré, claro. En esa ocasión el pobre no pudo quejarse.

—¿Ha dicho que era —remarcó esta palabra— bien plantado?

—¿Mi marido?

—No, el señor de enfrente.

La mujer se acercó a la rendija de la puerta para susurrar.

—Para mí que se ha muerto. El pobre hombre tenía una sobrina que venía a visitarlo de vez en cuando, muy de vez en cuando, casi nunca, en realidad. Vivía solo y nada más que salía un rato por las noches. Apuesto a que le dio un infarto y ahí está su cadáver, hecho una momia.

—¿Me puede describir a la sobrina?

—Una pelirroja de muy buen ver, a usted le hubiera gustado, habrían hecho buena pareja. —Elías obvió el comentario, aunque sabía que tenía razón. La pelirroja le gustaba y mucho.

—¿Y venía ella asiduamente o la vio solo una vez?

—Una vez no, muchas tampoco, pero unas cuantas. Muy de vez en cuando. A lo mejor cuatro o cinco veces la habré visto.

—¿Está segura? —Elías quería confirmar aquella información, si era cierta Alicia Silva le había mentado. ¿Sería la única mentira?

—Como que mis manos tienen arrugas —y las sacó a través de la puerta para que pudiera confirmarlo. Elías dio un respingo ante la visión de la piel manchada y las venas abultadas.

—¿Observó algo raro en la casa, gente que no conocía entrando y saliendo?

—No, pero yo me acuesto a las ocho. Un poco de leche caliente con miel y la pastilla rosa. Y a dormir. Es malo volverse vieja. Tuve que dejar el tabaco y el trocico de tocino con pan o con habas que merendaba todos los días. Yo creo que los médicos, además de ser muy listos, son unos sádicos.

—Muy bien, pues nada más, muchas gracias —se levantó el sombrero para despedirse de la mujer.

—De nada. Y póngase una máscara de gas si va a entrar ahí. No creo que las momias huelan muy bien.

Elías cruzó la calle y empujó la puerta metálica, que se abrió a trompicones, lanzando un agudo chirrido que parecía una advertencia. Por un momento se sintió como el protagonista de una película de terror, accediendo al fin a la casa encantada de la colina. Cruzó el jardín sobre un camino de piedra que lo transportó directamente a la entrada. Llamó y esperó unos segundos sin obtener respuesta. Sacó de su bolsillo la navaja multiusos y seleccionó la lima de uñas. La introdujo por la cerradura y, con un par de movimientos bruscos, la encajó como si fuera una llave y giró el pomo para abrir la puerta. Su amigo el Guardia Civil le había enseñado cómo hacerlo, además de regalarle un juego de gonzúas para trabajos más delicados.

Dos cucarachas echaron a correr a lo largo del pasillo y se perdieron bajo el marco de un cuadro partido por la mitad, abandonado en el suelo. Había pocos muebles, todos viejos, sucios, cubiertos de polvo y telarañas. A ambos lados se abrían sendas puertas que daban a dos habitaciones. Una de ellas vacía, la otra parecía el

dormitorio principal. Se encontraba todo igual de sucio que la entrada, aunque mucho más desordenado. El armario estaba abierto de par en par, los cajones y la ropa esparcidos por el suelo. Las sábanas habían sido lanzadas a un rincón, y el colchón, rajado de arriba abajo, mostraba la espuma y los muelles que formaban su esqueleto. Pisó un pequeño tubo de plástico, que se agachó para recoger. Aunque estaba vacío, aún conservaba los restos de un líquido oscuro. Retiró el pequeño tapón de goma y se lo acercó a la nariz. Era un olor fuerte, aunque agradable. Le recordó al vino rancio que algunas veces le traía su tío, el vino de barril, añejado durante años hasta conseguir una graduación y un sabor parecidos a los del coñac. Volvió al pasillo y lo recorrió lentamente en dirección a lo que parecía el salón, preguntándose si efectivamente encontraría allí la momia que le había anunciado la vecina. Cruzó el umbral y reconoció el nuevo escenario con un vistazo rápido. Después se detuvo en los detalles. Una mesa y dos sillas volcadas en el suelo, dos sillones rajados de arriba abajo, un aparador con las puertas arrancadas, despojado de los cajones cuyo contenido se esparcía por el suelo, el espejo roto, a su lado una tele antigua de catorce pulgadas, con la pata de una silla clavada en la pantalla, con alevosía, haciendo gala de una violencia innecesaria y gratuita. Tubos, más tubos de plástico con olor a vino añejo esparcidos por doquier, al menos siete u ocho, todos vacíos, algunos conservando aún su tapón y otros despojados de él. Alguien había estado allí buscando algo, alguien con poca estima por el dueño, pues más que a registrar se había dedicado a destrozar. Sin embargo, estaba todo cubierto, suelo incluido, por un dedo de polvo. La cotilla de enfrente tenía razón, hacía años que allí no entraba nadie. Se agachó junto a uno de los cajones para examinar lo que había sido su contenido. Pilas usadas, algunas medicinas, cartas de una baraja española y, por fin, algo útil. Varias cajas de cerillas, un mechero y unos posavasos, todos haciendo gala de la publicidad del mismo local, un piano-bar muy famoso del centro de Murcia, el Midas.

Se guardó en el bolsillo una caja de cerillas y abandonó la casa. Aquel caso no paraba de complicarse. Estaba claro que Alicia le había mentido, que había tenido más relación con su tío de la que había confesado, pero hacía mucho tiempo, cuatro años al menos. ¿Sería cierto lo del secuestro?

Elías debía decidir si seguía adelante con todas las consecuencias o si dejaba de lado aquella investigación en la que solo encontraba dificultades. Sabía que debía apartarse del caso, pero no podía hacerlo. La vehemente insistencia de su tío no había conseguido más que avivar su interés. Sobre todo después de conocer a la Diosa del Olimpo, más aún después de hablar con ella, de fantasear con ella. Y aunque intentaba no pensarlo, en lo más profundo de sus entrañas sentía que no la podía comparar con Caridad, que si lo hacía, su mujer siempre saldría perdiendo.

Ahora tenía que descubrir por qué le había mentido. No era un propósito, sino una necesidad. Estaba totalmente enganchado.

Al menos disponía de un cabo del que tirar. Los secuaces de Midas habían estado

en la subasta, coincidían con la descripción que Alicia le había dado del tipo que recogió el cuadro, y el nombre de Midas volvía a aparecer en forma de productos publicitarios en aquella desvencijada casa.

Salió de allí cerrando la puerta de un seco tirón mientras la mujer de enfrente le observaba a través de un ventanuco del primer piso.

Pasó por delante de la catedral de Murcia, iluminada con focos ascendentes que realzaban su imponente fachada, convirtiéndola en el centro de atención de una noche cerrada, húmeda, presidida por un cielo negro que amenazaba con desgarrarse en jirones de agua en cualquier momento. Se adentró en Trapería, una calle peatonal que constituía una de las principales arterias comerciales de la ciudad. Caminó despacio entre la multitud apresurada, disfrutando del paseo, dejando a ambos lados tiendas de ropa, de complementos, de regalos y decoración. Los comercios antiguos convivían con las tiendas más sofisticadas. Cruzó Platería y continuó unos metros más hasta una puerta dorada, custodiada por un gorila vestido, cómo no, de negro. *MIDAS. Piano Bar*, rezaba el cartel. Respiró profundamente mientras se retiraba el sombrero y se afilaba las uñas para adentrarse en la guarida del lobo. El portero le abrió la puerta y le saludó con un movimiento de cabeza. El local se encontraba prácticamente vacío, seguramente acababan de abrir. Elías caminó hasta la barra del fondo, donde un camarero le esperaba con una sonrisa.

—Buenas —saludó al tipo—, estoy buscando a un hombre que solía venir mucho por aquí.

Elías no estaba seguro de la relación que el tío de Alicia podía tener con el Midas. La cantidad de productos encontrados en su casa daba a entender que no se trataba de un simple cliente.

Le enseñó la foto que llevaba. Para sorpresa de Elías, el hombre no le contestó sino que simplemente se alejó a la otra punta de la barra para llamar por teléfono. Tras intercambiar unas palabras colgó.

—Espere un momento, enseguida le atienden. ¿Quiere tomar algo?

Contestó sin pensarlo.

—Un Manhattan.

El tipo se alejó para preparar la mezcla mientras Elías observaba el garito. Era un bar bastante grande, con decoración muy barroca en la que predominaban los naranjas, morados y rosas. Las paredes habían sido empapeladas con las fotos de los cantantes de *jazz* más famosos, todos ellos enmarcados en una moldura dorada. Numerosas esculturas rematadas también con pan de oro campaban por doquier, casi todas de mujeres desnudas en diferentes posturas, algunas sensuales, otras casi obscenas, y la mayoría incorporaba una bombilla en una mano o en otra parte menos digna de su cuerpo, para hacer la función de lámpara. Así, la luz se derramaba desde distintos puntos para dibujar un ambiente íntimo. Diversas mesas para dos o cuatro personas se repartían por toda la estancia y, aparte de la barra en la que él esperaba, había otra con forma de signo de interrogación, formada por enormes teclas blancas y negras, que albergaba en su interior a la estrella del local, el piano. De momento

nadie tocaba y el silencio era profanado por las tristes notas del saxo de John Coltrane, que cobraban vida a través de los altavoces. La música era buena, pero la decoración le pareció deplorable, aunque algunos la habrían calificado de *kitsch*.

El camarero se acercó con una copa de Martini que contenía una guinda sumergida en un bálsamo escarlata. Elías se quitó la gabardina y probó la bebida. La mezcla de *whisky* y vermut con un toque amargo revolucionó su cerebro. En ese momento observó que alguien bajaba por las escaleras del fondo, donde debían de estar las oficinas. Se trataba de un tipo alto y corpulento, con media melena, mentón prominente decorado con barba de días y ojos negros y pequeños, oscuros, casi tenebrosos. Vestía vaqueros azules algo desgastados, americana negra y camisa blanca por fuera del pantalón. Un cuidado y bien estudiado estilo informal, además de poco original. Se acercó a Elías con paso sereno y una sonrisa inquietante. Había algo de teatral en sus movimientos. Con un gesto de la cabeza, el camarero comenzó a prepararle una bebida.

—Me han dicho que está buscando a alguien —alargó hacia Elías una mano grande y fuerte, que él aceptó. Notó la aspereza de las callosidades en su palma—. Soy Midas.

—Elías, detective privado. —Sacó de nuevo la foto del bolsillo de su chaqueta y la dejó sobre la barra—. Estoy investigando la desaparición de una persona. —Empujó la foto para que quedara delante de Midas—. ¿Le conoce?

Midas mostró cierta sorpresa ante aquel rostro. En ese momento el camarero dejó un *Gin Tonic* delante de él. Echó un trago, mientras meditaba la respuesta.

—Sí, claro que le conozco. Trabajé aquí como pianista y cantante.

—¿Pianista? —Otra sorpresa. Alicia no le había hablado de sus dotes musicales—. ¿Cuándo fue eso?

—Hará unos cuatro años.

—¿Ha vuelto a verle después?

—No.

—¿Qué pasó?

—Tuvimos que despedirle. Era buen músico, pero estaba enganchado a la bebida y a algo más fuerte, me temo. —Elías recordó los tubos de plástico que encontró por toda la casa—. Muchas veces llegaba tarde y algunas tan colocado que no podía ni trabajar.

—¿Sabe si tenía familia, mujer, hijos?

—Tenía una sobrina que también trabajó aquí. Una pelirroja espectacular, con voz de ángel y corazón de diablo. El tiempo que estuvo con nosotros solo creó problemas, le gustaba insinuarse dando esperanzas a todo el mundo para organizar peleas de gallitos. Cuando se marchó nos enteramos de que nos había estado robando, a nosotros y a los clientes. Una auténtica víbora. Daría lo que fuera por volver a encontrármela. —Miró intensamente a Elías al pronunciar estas palabras, como si fuera un ofrecimiento. Él hizo caso omiso y sacó otra foto.

—¿Qué sabe de este cuadro? —Era el que Alicia robó tras la subasta.

—Que le pertenecía a ella, no mucho más.

—¿Por eso envió a sus hombres a Madrid?

Midas arrebató un buen trago a su *Gin Tonic*, sin prisa. Después lo miró con intensidad.

—Ya le he dicho que daría cualquier cosa por volver a verla.

—Parece muy resentido, ¿le robó algo importante?

—Algo que no se compra con dinero. —Por una vez sus palabras sonaron sinceras. Elías apuró su Manhattan mientras Midas hacía lo propio con su *Gin Tonic*.

—Eso es todo —Elías sacó su cartera, pero Midas la apartó con la mano.

—Invita la casa.

—Gracias —guardó la cartera y se puso la gabardina.

—¿Para quién trabaja?

—Eso es información confidencial.

Elías se giró para irse, pero Midas lo cogió por el brazo y le obligó a mirarle. Se puso muy cerca de él, nariz con nariz, ojos con ojos.

—Aspecto de ángel y corazón de diablo. —Rumió las palabras, con rabia—. Lleve cuidado, amigo, o le robará el alma.

Elías se soltó con un tirón del cepe que lo atenazaba. Se puso el sombrero.

—Sé cuidar de mí mismo.

Abandonó el bar con una sensación inquietante. Marcó el teléfono de Alicia Silva, necesitaba contrastar la información con ella. Le contestó una voz mecánica que anunciaba que estaba apagado o fuera de cobertura. Caminó lentamente por las calles de Murcia y reparó de inmediato en un tipo uniformado de negro que lo seguía a unos metros de distancia. Midas le había puesto de escolta a uno de sus Camareros. Estaba claro que aquel mafioso tenía mucho interés en encontrarla. Y que la mayor parte de las cosas que le había contado eran mentira.

Por lo visto, todos mentían en aquel caso. Alicia Silva, si es que realmente se llamaba así, tampoco era trigo limpio.

IX. EL ERMITAÑO



El pueblo se hallaba en un valle perdido en los Pirineos, junto a uno de los muchos afluentes del Bidasoa. A L le encantaba conducir por aquellas carreteras de montaña, deleitándose con los impresionantes paisajes que se dibujaban a cada paso. El arte figurativo no era precisamente su preferido, pero en aquellos momentos podía sentir el pincel sobre su piel, bosquejando su figura, dándole color, permitiéndole formar parte del increíble cuadro por el que se movía.

Continuó serpenteando por la estrecha carretera. La Harley se la había regalado un cliente de Pamplona, un chico joven y con mucho dinero que se había llevado una gran decepción al conocer que se marchaba. La moto seguía registrada a nombre de él, pues ella no tenía DNI, ni carnet de conducir, ni certificado de nacimiento. En la práctica, no existía, como todos los del circo, que siempre habían vivido al margen de la sociedad. Tampoco llevaba casco, se apañaba con unas gafas de sol de espejo verde que la libraban de la molestia del viento en los ojos. En el peor de los casos, si la paraba la Guardia Civil, confiaba en que no tendría muchas dificultades para convencerlos de que no necesitaban ver sus papeles.

Atravesó Bera, un pueblo pequeño y bullicioso en el que las casas de piedra, de tres y cuatro plantas, flanqueaban la avenida principal, adornándola con balcones de madera que ocupaban todo el largo de la fachada. La gente cruzaba la calle en dirección al mercado, sin prisa, mientras los niños se quedaban mirando la moto, las mujeres su exuberante pelo y los hombres su impresionante culo. Abandonó el pueblo en dirección a la venta Mendimendian. Poco antes de la frontera con Francia se desvió por un camino de cabras que se adentraba en un hayedo. Los árboles perfilaron el recorrido hasta desembocar en la ribera del río, al otro lado del cual se extendía un vasto prado verde hasta la ladera de las montañas. Su tío le había explicado que en otro tiempo allí se encontraban los viñedos. El perfil de los Pirineos se recortaba contra el cielo, alcanzando y atravesando las nubes con sus picos nevados. El camino volvió a serpentear a través del bosque de hayas, para morir frente a un puente de piedra. L se detuvo a observar las casas abandonadas que se levantaban en la misma orilla del río y se reflejaban en él con perfecta simetría, como si el suelo hubiera desaparecido y flotaran en el aire, sobre su propio tejado. Todas constaban de dos pisos y buhardilla, aunque la mayoría había comenzado a derrumbarse, perdiendo el techo e incluso alguna pared que se desplomaba sobre el río. El silencio era absoluto, roto solo por la corriente de agua y las ráfagas de viento que azotaban con fuerza. A pesar de ser verano hacía frío. Se apretó la chupa de cuero y giró el puño de la Harley que la arropó con su potente rugido. Al cruzar el puente de piedra se le heló la sangre. La tranquilidad de aquellas calles, la decadencia de las casas abandonadas y los remolinos de tierra que se formaban en las esquinas hacían

olvidar por completo los prados verdes, el ronroneo del río, los colores maravillosos del hayedo o las impresionantes vistas de las montañas. Si no fuera porque sabía que su tío se encontraba allí, nunca hubiera vuelto sola a aquel lugar.

Detuvo la moto frente a la casa de su madre, de sus antepasados. No le hizo falta llamar, la puerta se abrió sola cuando bajó la manivela. Lo primero que percibió fue el olor del asado. Atravesó un pasillo estrecho que dejaba un par de habitaciones a los lados y sumida en la penumbra alcanzó el salón principal, en el que había una chimenea encendida que escupía chasquidos como si fueran lamentos. En ella se tostaba un conejo ensartado en un pincho que se mantenía en pie sobre las brasas. Había un sillón orejero, muy viejo y raído, situado frente al fuego, de espaldas a ella. De él colgaba una mano pálida que sostenía una botella de vino. L subió las persianas.

—¿Qué haces aquí? —A su tío no le hizo falta girarse para saber que era ella. Su voz sonaba cascada, rota por el cansancio y el alcohol.

—He venido a limpiar el polvo. —Se sentó en una silla frente a él—. ¿Qué quieres que te diga? Me aburría en Pamplona, allí no hay más que fiesta, sexo y buena comida.

—Veeete de aquí —su tío la amenazó con la botella. Su aspecto era aún peor que su voz, más animal que humano. El pelo y la barba le llegaban por los hombros, todo blanco a excepción de dos mechones negros que partían a ambos lados de su frente. Olía muy mal, quizás llevara sin ducharse el mismo tiempo que sin afeitarse. Los dientes que le faltaban en la encía superior aún lo alejaban más de su faceta humana, recordándole quizás a un jabalí furioso.

—Tienes que venir conmigo.

Su tío la observó con los ojos entreabiertos, elevó el brazo y le lanzó la botella. Por suerte estaba muy borracho para acertar y se estrelló en la pared, junto a su cabeza. L le alargó el recorte de periódico. Él abrió los ojos de par en par al leer el titular.

—¿Lo has encontrado? —Se irguió en el sillón, con la espalda recta y se apartó el pelo de la cara. De repente, casi volvía a parecer una persona.

—Sí, y he estado allí.

—¿Dónde?

—En Murcia. —L sonrió y alargó la mano para ayudarle a levantarse—. Vamos, te he buscado un trabajo.

Antes de terminar la carrera de Historia del Arte, a Elías ni se le había pasado por la cabeza la posibilidad de ser detective privado. Fue una profesora del máster la que le sugirió la idea, argumentando que los robos de obras de arte a veces eran tomados con ligereza por la policía y en muchos casos quedaban sin resolver. Sin embargo, era un campo que movía mucho dinero. *Un diamante en bruto, esperando que alguien lo explote*, sentenció. Elías reflexionó y llegó a la conclusión de que se trataba de una buena combinación para su futura empresa. *Investigador y tasador de arte*, rezaría su tarjeta de visita. Cursó sus estudios de criminología compaginándolos con las primeras tasaciones que su tío le encargaba. Poco a poco descubrió que el trabajo de detective tenía mucho en común con el de historiador, al fin y al cabo, se trataba de recopilar pistas y encajarlas para recomponer un rompecabezas, llegando a una hipótesis más o menos fiable. Un día, dando un paseo por el rastro, descubrió un sombrero de fieltro estilo Fedora arrumbado junto a unas castañuelas y unos muñecos de súper héroes. Interpretó aquello como una señal. Lo compró, lo llevó a la tintorería y se hizo con una gabardina a juego en una tienda de segunda mano, consiguiendo disgustar a Caridad y complacer a su hermana. *Comprar ropa de segunda mano reduce tu huella ecológica*, insistía. La apariencia era importante, en su opinión, fundamental. Así que si iba a ser detective privado, sería buena idea lucir el aspecto más clásico y reconocible impuesto por cientos de películas y novelas negras.

Ahora la gabardina y el sombrero se encontraban colgados en la percha de la entrada de su oficina, mientras Elías ordenaba sus pensamientos sobre las dos investigaciones que llevaba en marcha, la del cuadro y la de la Cruz de Caravaca. Su tío le había dejado bien claro que se centrara en la Cruz, sin embargo, el cuadro tiraba de él con mucha más fuerza. Tenía que regresar al bar de Midas, sabía que allí había unas cuantas pistas esperándolo para dar el siguiente paso.

En ese momento Lola llamó a la puerta de su despacho. Debía de ser el día del rosa, pues este color cubría su cuerpo de arriba abajo, confiriéndole un aspecto un poco empalagoso que la asemejaba a un enorme algodón de azúcar.

—Tu madre —y antes de terminar de hablar, la anunciada entró en el despacho arrollándola como una locomotora.

—No necesito permiso para entrar en el despacho de mi hijo. Toma —le tendió su chaqueta Chanel, junto a una mirada de desprecio. Elías sabía que la estaba provocando para hacerla saltar delante de él. Lola cogió la prenda y se tragó sus palabras, confiando seguramente en que las leyes del karma se encargaran algún día de hacer justicia. Cerró la puerta al salir. Su madre se acercó a la mesa con su habitual elegancia. Elías la esperaba levantado y ella le cogió la cara con las dos manos y, poniéndose de puntillas, le besó en los mofletes, mientras el aroma denso de su

perfume le colapsaba la nariz. Después se sentó en una de las sillas de confidente, frente a él.

—Acabo de comer con una amiga aquí cerca.

Su madre tenía muchas amigas, o quizás debería decir conocidas. *La amistad no existe, lo único verdadero es la familia*, le había recalcado durante toda su vida, haciendo alusión a que para cosas realmente importantes solo podían confiar en los lazos de sangre. *Los amigos son para salir a divertirse y reírse un rato*. Y a ella le encantaba quedar para comer en los restaurantes de moda. No era rica, pero pertenecía a la clase burguesa de una pequeña ciudad que le había permitido moverse en los círculos más importantes. Sus padres le habían dejado en herencia un par de bajos comerciales y tres pisos, uno de ellos en el que vivía, en la plaza de España. Aunque ya no trabajaba, siempre se quejaba de que la gestión de los alquileres era peor que cualquier empleo precario, una pelea continua con los arrendatarios para que pagaran a tiempo y aun así, según ella, apenas le llegaba para vivir.

Había sido una privilegiada. Estudió en el Colegio Hispania, un centro concertado donde, como le dijo un amigo una vez, iban todos los hijos de los tenderos de Cartagena. Y su madre no dejaba de ser eso, hija de comerciante, pequeña burguesa. Sus abuelos tenían un negocio de venta de ropa para el hogar que incluía todo tipo de toallas, sábanas, mantas, edredones, tapetes, cojines y cortinas. La tienda era una de las más grandes de la ciudad y todo hijo o hija de casa bien se llevaba de allí el ajuar. Los que tenían menos recursos compraban algunos detalles con el fin de poder alardear de que el cojín del salón o la alfombrilla del baño procedía de la Casa Virgen de la Fuensanta.

De aquellos ajuares salió el dinero para que la única hija de la familia pudiera ir todos los años a campamentos de verano en el extranjero, siempre a países anglosajones. Estuvo varias veces en Irlanda, Escocia, Gales e incluso en San Francisco. Y así perfeccionó el inglés que aprendía todos los lunes, martes y jueves en clases particulares para ella sola. Hizo la carrera de Graduado Social y se fue a trabajar a Madrid y al poco, con la misma empresa, la destinaron a Glasgow, donde pasó cuatro años. Después la despidieron, según ella porque hubo un cambio de jefatura y el nuevo director se cargó todos los puestos de confianza para meter a los suyos propios. Tuvo que volver a Cartagena, lo que en parte le vino bien porque su madre había enfermado, para morir poco después. Sin embargo, ya no volvió a encontrar un trabajo como aquel. Su padre tiró de contactos y le consiguió un empleo en una asesoría en la calle Real, un empleo que para ella era como una cárcel, después de su experiencia internacional.

—La comida estaba bien pero el *apple crumble* —pronunció con perfecto acento inglés— no se parecía en nada al que tomaba en Londres.

Después se quedó embarazada, para terrible disgusto de su padre, que estuvo a punto de desheredarla. Organizaron rápidamente la boda, pero entonces su novio murió en el accidente. Al final, su padre tuvo que aceptar la situación, aunque murió

poco después de que diera a luz. Entonces se cerró definitivamente la Casa Virgen de la Fuensanta, cuyo bajo fue alquilado a una tienda de telefonía móvil. Gracias a la herencia, la madre de Elías nunca volvió al trabajo y se dedicó básicamente a vivir la vida. A pesar de las veces que les había echado en cara que los había tenido que sacar adelante ella sola, con el sudor de su frente, la realidad era que los había criado su chacha María, mientras ella supervisaba puntualmente su educación, igual que cada mes se preocupaba de cobrar los alquileres que le permitían vivir con holgura. Además, había contado con la ayuda de su tío, que más tarde se convertiría en el obispo de Cartagena.

—Eso sí, el trato era excelente, no parecía un restaurante de aquí. Se lo tengo que recomendar a tu tío. —Lo observó durante unos segundos. Elías supuso que su cara no debía ser de pura satisfacción—. ¿Estás ocupado? ¿Te molesto?

—Estoy ocupado, mamá, pero no me molestas.

—Tu tío está muy tenso, esto de la visita papal va a acabar con él. Sé que tú estás trabajando en algo relacionado con eso, ¿verdad? —Elías se mantuvo impasible—. Tu tío no me ha contado nada, por supuesto —no estaba tan seguro—, ya sabes lo reservado que es para sus cosas, en eso os parecéis mucho. Pero una madre es una madre y sabe leer entre líneas en los asuntos que afectan a sus hijos. —Se inclinó hacia delante, sobre la mesa, acercándose a él todo lo que podía—. Elías, esta visita es muy importante para tu tío, tienes que apoyarlo al cien por cien. He notado que estaba un poco preocupado, porque había otros asuntos que estaban desviando tu atención de lo realmente importante.

—Mamá...

—Elías, ya sabes todo lo que tu tío ha hecho por nosotros. No puedes defraudarle.

Su madre parecía tener una deuda no saldada con su tío, nunca le agradecería lo suficiente toda la ayuda que les había prestado. Elías recordaba verlo en la Iglesia de los Padres Claretianos, donde oficiaba la misa y después, muchos domingos, se iba con ellos a tomar el vermut y a comer a casa. Fue él quien los bautizó, quien los confesó cuando hicieron la comunión, quien ayudó a su madre a elegir el mejor colegio concertado y se ocupó de que no tuvieran ningún problema para entrar. Su tío había participado en todas las decisiones importantes relacionadas con su educación, estrechando cada vez más la relación que mantenían, compartiendo con él todas las celebraciones importantes como la Navidad y los cumpleaños. Solo le faltó irse a vivir con ellos para convertirse en un padre en toda regla.

—Siempre le doy prioridad a los casos que me pasa el tío, no hace falta que me lo recuerdes.

—Aunque a ti te parezca que ya lo sabes todo, eres muy joven. Y eso que, gracias a Dios, no eres como tu hermana. En fin. La cuestión es que tu tío ha estado a tu lado siempre, que confía en ti. Pero ten en cuenta una cosa, si quieres que alguien permanezca a tu lado, ofreciéndote su apoyo incondicional, tienes que demostrar cada día que te lo mereces. Tienes que volverte imprescindible para él. ¿Me comprendes?

—En ese momento no supo discernir si se refería a él o a sí misma—. Es que estoy preocupada por él. Me alegré mucho cuando me dijo que había conseguido que el Papa hiciera una visita a Caravaca para el año jubilar pero nunca imaginé la cantidad de quebraderos de cabeza que conllevaría. Voy a comprar dos cruces de oro y se las daré a tu tío para que las bendiga el Papa.

—¿No tenías una ya?

—Sí, pero estas serán para mis nietos. Por cierto, ¿has hablado ya con tu hermana?

—Mamá...

—Ah, sí que has hablado, lo sabía. Es un alivio, a ver si entre todos conseguimos quitarle esa absurda idea de la cabeza. —Se levantó—. Bueno, tengo que irme. ¿Qué tal está Caridad?

—Bien.

—¿Alguna novedad? —Elías negó—. Oye, esta señora que trabaja aquí...

—Lola.

—¿Qué le pasa con la ropa? Hoy parece un polo de fresa.

—Es alegre, mamá.

—Pues no sé, no me gusta, le resta seriedad al negocio. Deberías ser más firme con ella. Jamás se me hubiera ocurrido presentarme en la asesoría vestida como un sorbete. Eso lo aprendí en Glasgow. En el trabajo hay que vestir de trabajo, no como si estuviéramos en Carnaval. Yo que tú, le ponía uniforme. Te puedo ayudar a elegirlo si quieres.

—Lo pensaré.

Su madre abrió la puerta y recogió su chaqueta Chanel del perchero donde estaba colgada descuidadamente. Torció el gesto y Elías sonrió para sí. La acompañó a la salida.

—¿Y esto? —Su madre señaló la rúcula y Elías se encogió de hombros—. ¿Una planta para ensalada al lado de la puerta?

Bufó y bajó las escaleras. Quizás su madre tuviera razón, quizás Lola estaba demasiado consentida. MoviÓ la cabeza al tiempo que Lola aparecía a su espalda.

—¿Se ha ido ya? —Elías asintió—. Menos mal y perdona, porque es tu madre, pero pone a prueba todo mi autocontrol.

—Oye, ¿qué te parecería vestir de uniforme?

Lola suspiró con resignación.

—Me parecería que tu madre ha estado intentando comerte la sesera para controlarlo todo, como siempre. Para olvidarme de que me has hecho esa pregunta me voy a la cocina a cortar el aliacán. Si necesitas algo, silba.

Elías sonrió. Sabía que Lola tenía razón igual que sabía que no era el aspecto de su secretaria lo único que había intentado controlar. Su madre casi nunca pasaba por la oficina, entre otras cosas porque su trabajo le parecía una estupidez y hubiera preferido que estudiara medicina, derecho, ciencias políticas o, al menos, teología

para seguir los pasos de su tío. ¿Por qué, entonces, se había dejado caer por allí como quien no quiere la cosa, para insistirle en que se centrara en el caso de la Cruz y abandonara otras tareas que pudieran distraerlo?

Sí, es evidente que no has hablado con el tío, pensó con ironía.

Y lo peor de todo era que sus palabras habían surtido efecto. La nueva visita al bar de Midas tendría que esperar. El caso de la Cruz volvía a la carga con prioridad absoluta. La hermana mayor le había insinuado que su abuelo podía haber devuelto la Cruz a la autoridad competente y esta no haber hecho lo que tenía que hacer. Quizás sería una buena idea volver a echar un vistazo al archivo del obispado.

Ella se sentó en la cama y se quitó los zapatos. Él se mantenía de pie junto al escritorio.

—He hecho un gran esfuerzo para atenderte, estoy muy ocupado estos días... — La miró como si le fuera a perdonar la vida.

—Le agradezco mucho su tiempo. ¿Es la visita del Papa lo que le mantiene tan estresado?

—¿Cómo lo sabes? —La miró con cierta desconfianza.

—Está en todos los periódicos.

—Sí, claro —su expresión se relajó.

—¿Tan complicado es organizar un evento así?

—Es un auténtico calvario, *torment*, *agony*. El obispo ha perdido la cabeza, ha peleado tanto por conseguir la visita de su Santidad que ahora está obsesionado con complacerlo. Y este Papa es muy especial.

—Es el Papa.

—Es un viejo chocho, más maniático cuanto más viejo. Por ejemplo, nos han solicitado desde el Vaticano, por expreso deseo de su Santidad, que todas las comidas sean vegetarianas, *only vegan food*, y se sirvan en sencillos cuencos de barro, tal y como se supone que hizo Jesús en la última cena.

—Al menos predica con el ejemplo.

—Ja —soltó una carcajada irónica—. Tenemos que realizar nuevos contratos de *catering* con algún *vegan restaurant*, sustituir toda la vajilla... ¿Y total para qué? No es más que un paripé que se monta allá donde va. ¿Crees que está así de gordo por comer *vegan food*?

—Puede que tenga razón. Además, dicen que tiene aficiones muy caras. He oído que le encanta el arte.

Él la observó unos segundos sin contestar. Ella desvió la mirada.

—Sí, *you're right*. Y ese es uno de los problemas. El obispo quiere tener preparada la colección para cuando él llegue y aún nos faltan dos cuadros... —Se detuvo como si hubiera hablado más de la cuenta y situó la silla de espaldas al escritorio—. Pero no perdamos más el tiempo. Comencemos con la confesión.

Ella ya se había desnudado, así que se arrodilló a la vez que él se bajaba los pantalones y se acomodaba frente a ella. Su pene, no muy grande, desafiaba a Dios y a los ángeles apuntando al cielo con insolencia cuando él lo apretó entre sus dedos.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida. Padre, perdóneme porque he pecado.

—Que el Señor habite en tu corazón para que puedas confesar humildemente todas tus faltas. Dime, hija, ¿cuál ha sido el mayor de tus pecados durante la última

semana?

—Un hombre, padre, un perverso vino a verme.

—Adelante, hija, libera tu lengua para aplacar tu angustia.

—Me pidió que me pusiera una minifalda que traía en una bolsa, una de esas poco más anchas que un cinturón, y que me quitara las bragas. Hasta ahí me pareció más o menos normal, yo esperaba que fuera algún tipo de fantasía y que me follara allí mismo, pero no. Lo que quería era salir a pasear conmigo de aquella guisa.

—¿Y qué hiciste?

—Pues, ¿qué remedio tenía, padre? Tuve que aceptar sus exigencias. No me sentía nada cómoda, así que intenté relajarme y poco a poco comencé incluso a disfrutar de las miradas. Miradas malvadas y envidiosas de las mujeres con las que nos cruzábamos, miradas penetrantes y lascivas de cada uno de los hombres.

—Arrepiéntete, el pecado es aún mayor si disfrutaste.

—Me arrepiento, padre. Entonces nos sentamos en la terraza de un bar. En otra mesa había una pareja joven con tres niños pequeños. Por orden de mi acompañante me recosté un poco y abrí las piernas. El padre de familia no tardó en fijar los ojos en mí, aún recuerdo cómo se le caía la baba. Cuando la mujer se percató de lo que miraba se puso en pie hecha una furia y se marchó indignada con los pequeños. El hombre, ruborizado y sin saber dónde meterse echó a correr sin pagar y uno de los Camareros salió persiguiéndolo. Todo un espectáculo. Mi acompañante se había puesto muy cachondo con la escena, así que nos levantamos y pedimos la cuenta. Al pagar dejó caer un billete al suelo y me pidió que lo recogiera. Yo lo hice sin doblar las rodillas, ofreciendo una descarada perspectiva al resto de clientes que nos observaban estupefactos.

—Continúa, *please*.

—Bajamos por la calle hasta una heladería y, en un descuido de los Camareros, nos colamos en el baño los dos juntos. Me puso de cara a la pared y colocó la polla entre mis piernas mientras la enfundaba en un condón. Un segundo después comenzó a follarme sin compasión.

—Sigue, vamos, más detalles.

—Su polla entraba y salía, su polla dura como la porra de un policía atravesaba mi coño como si lo fuera a partir en dos.

—Continúa, por Dios.

—Me cogió el pelo y me aplastó la cara contra la pared mientras su polla, humedecida por mis flujos, entraba y salía, padre, su polla a punto de reventar, excitada hasta el límite por el espectáculo que acabábamos de dar. Su polla...

—Ya... ya... ya...

—Su polla reventó inundando todo mi coño.

—Yaaaaaaa.

Cuando recuperó el aliento, se puso en pie con un vaso en la mano, mientras con la otra se subía los pantalones.

—¿Te arrepientes de todos tus pecados?

—Sí, padre, me arrepiento.

Y sin que él se lo pidiera humedeció sus dedos en el líquido viscoso y se santiguó mostrando sumisión.

—*Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sacti. Amen.*
Puedes vestirte.

Tenía permiso para utilizar el aparcamiento del obispado, así que después de dejar el coche se había pasado a saludar a su tío. Tras pedirle que le firmara y le sellara un papel salió directamente a la plaza del Cardenal Belluga, en el mismísimo centro de Murcia. El bar de Midas se encontraba a unas pocas calles y la imagen de la pelirroja apareció ante él, alargando sus manos, cantando como una sirena, intentando alejarlo de la investigación de la Cruz. De pequeño jugaba con su hermana a intentar no pensar en la palabra que el otro dijera. *Elefante rosa*, decía siempre Delia, e irremediablemente una sonrisa aparecía en sus labios al visualizar el esperpéntico animal. Cuanto más intentaba no pensar en él, más patente se hacía, llegando a brillar tanto que era capaz de cegarlo. El cuadro de Bacon se había convertido ahora en su elefante rosa. Cuanto más le prohibían Alfredo, su tío o su madre avanzar en la investigación, más fuerte era el deseo de continuar con ella. Estuvo a punto de omitir la visita al archivo e irse directamente al bar de Midas, pero la cara amenazante de su madre le ayudó a evitar la tentación, al menos, por el momento.

Decidió tomarse un café en una de las muchas cafeterías que copaban la plaza, le ayudaría a centrarse antes de comenzar el trabajo. Sentado en un taburete blanco junto a la barra, y rodeado de turistas, realizó una llamada de teléfono en la que concertó una cita para esa misma noche, de madrugada. Después pagó y se dirigió hacia la catedral. Aunque la sede y el nombre de la diócesis era de Cartagena, el obispo Diego Martínez Magaz la había trasladado a Murcia en el siglo XIII por intereses económicos, sin haber obtenido el consentimiento papal. De ahí que pasados ocho siglos aún conservara su nombre original y don Diego hubiera sido declarado persona non grata en la ciudad portuaria.

Se quitó el sombrero antes de atravesar la majestuosa puerta de la catedral y el olor a incienso y a vela quemada colmó sus pulmones. Se santiguó con el agua bendita antes de ganar las escaleras de la torre hasta el segundo cuerpo.

—Buenos días —el canónigo archivero le saludó con un apretón de manos. Elías se quitó la gabardina y la dejó en una silla con el sombrero.

Allí se guardaba documentación de todo tipo y, aunque no era muy grande, todavía quedaban bastantes legajos por catalogar metidos en cajas sin ningún orden ni concierto. Gracias al trabajo de becarios de la Universidad de Murcia, muchos de aquellos documentos ocupaban ya un lugar digno en los armarios preparados para evitar su deterioro.

Ya había revisado toda la documentación relativa a la fecha del robo, toda menos la que se guardaba bajo llave en un mueble de roble macizo, situado al fondo y separado del resto por una mampara.

—Necesito inspeccionar el archivo personal del obispo.

—¿Tienes permiso? —Elías le entregó el papel que su tío le acababa de firmar.

—Acompáñame.

El archivero abrió el mueble de madera maciza con una antigua llave de hierro. Lo dejó solo. Las palabras de la hermana mayor volvieron a su mente. *Si mi familia hubiera retirado el Lignum Crucis habría sido con el único propósito de protegerlo. Por lo tanto, es evidente que una vez pasado el peligro lo habría puesto en manos de la autoridad pertinente.*

Elías sacó un tomo fechado con el período de 1939-1946. Era gordo y, teniendo en cuenta que se trataba de documentos manuscritos que no seguían ningún formato, seguramente le llevaría toda la tarde revisarlo. Se acomodó en una de las mesas y se lo tomó con calma.

Aunque en su momento todos los periódicos nacionales y algunos internacionales se hicieron eco del robo de la Cruz, hoy en día casi nadie sabía que el *Lignum Crucis* que se exhibía en el santuario, por el que todo el mundo pasaba su cruz para ser bendecida, no era el original. Aun así, el obispo estaba convencido de que si conseguían recuperarlo, aquella noticia saltaría de nuevo a la primera plana de los periódicos. Con más motivo si lo presentaban como un milagro ocurrido a raíz de la visita del Papa.

Pasó varias horas revisando los documentos uno a uno, la mayoría cartas recibidas por los obispos, algunas de carácter personal.

No había nadie más en la sala, solo el archivero, que parecía enfrascado en la lectura del periódico. Apenas unos pocos investigadores atravesaban aquellas puertas, al obispado no le interesaba que rebuscaran entre sus papeles y menos aún ahora, con la visita papal encima. Habían paralizado la creación de la página web del archivo y cualquier difusión del mismo. Continuó pasando hojas bajo la blanquecina luz del flexo. Le llamó la atención la carta de una monja que pedía clemencia al obispo por haber robado comida para repartir entre los necesitados. Elías se preguntó si se la habría concedido, pero allí no estaba la respuesta. Pasaron varias horas y comenzaba a sentirse cansado, los ojos y la mente se revelaban exigiendo un descanso. No se desanimó, tenía que encontrarlo. Rezó moviendo ligeramente los labios sin emitir sonido alguno. *Santa Elena, por favor, ayúdame. Por favor, Santa Elena, muéstrame lo que necesito ver.* Santa Elena, madre de Constantino I El Grande, fue la que encontró la Cruz de Cristo en el Monte Calvario, bajo un templo pagano dedicado a Venus. Su madre le enseñó a rezar a Santa Elena cuando necesitaba encontrar algo y la verdad era que funcionaba. Algunas veces tardaba un día o dos, pero si rezaba a la santa, el objeto perdido siempre aparecía.

De repente encontró algo. Se trataba de un documento fechado el viernes, 1 de Marzo de 1946. *La Real e Ilustre Cofradía de la Santísima y Vera Cruz de Caravaca ha protegido la Sagrada Reliquia con todo su empeño, velando por su salvaguarda durante el período turbulento de la Guerra y los convulsos años posteriores. Una vez*

restablecida la paz y la estabilidad del país, la Cofradía pone la Santísima Cruz en manos de la Iglesia para que de la forma que estime oportuna sea devuelta al lugar al que pertenece. Sirva la presente como resguardo de dicha entrega. Y lo firmaban D. Ramón Giménez Campos, antiguo hermano mayor de la Real e Ilustre Cofradía de la Santísima y Vera Cruz de Caravaca y D. Miguel de los Santos Díaz Gómara, obispo de la diócesis de Cartagena.

Elías levantó la mirada. Aquello era la prueba de que la hermana mayor había dicho o, más bien, insinuado la verdad. Su antepasado había entregado la Santa Cruz a la Iglesia, pero ¿por qué nunca había sido devuelta a Caravaca?

Tendría que seguir indagando, aunque se temía que no encontraría la respuesta en aquel archivo. Así que de momento se iría a casa a descansar, porque esa noche iba a ser ajetreada.

Eran las cuatro de la madrugada cuando los últimos Camareros abandonaron el Midas. El portero conectó la alarma, echó la reja y cerró con llave. Se despidieron y se marcharon dos en una dirección y tres en la otra. Un hombre de mediana edad, vestido con traje y abrigo, se acercaba por la calle inmerso en la pantalla de un móvil de alta gama. Tropezó con el portero que se lo quitó de encima de un empujón mientras el otro se disculpaba con unas palabras amables. Cada uno siguió su camino y el hombre trajeado giró en la esquina de la Platería, donde lo esperaba Elías observando el espectáculo. El tipo le entregó unas llaves a cambio de dos billetes de cien euros. Era un carterista profesional. Esa misma tarde, antes de ir al archivo, Elías había llamado a su amigo de la Guardia Civil, que le había pasado su contacto junto a un mensaje. *No te metas en líos*. Se despidieron y el hombre se marchó contento. Él miró alrededor para asegurarse de que nadie lo seguía.

Después de visitar el archivo había vuelto a Cartagena porque sabía que sería más fácil despistar a su vigilante. Había cenado con su mujer y se habían acostado pronto. Se levantó a las dos de la mañana, se vistió y se aseó sin encender la luz y desde la penumbra del salón observó al tipo vestido de negro que permanecía apostado en las escaleras que ascendían hasta el parque Cornisa, por el lado izquierdo del Teatro Romano. Mataba el tiempo jugueteando con el móvil y de vez en cuando dispensaba alguna mirada a la puerta de entrada de su edificio. Se enfundó su gabardina y dejó el sombrero en casa para hacer menos reconocible su silueta. Salió al rellano y subió hasta la azotea. Desde allí saltó a la del edificio contiguo y abrió la puerta que daba acceso a las nuevas escaleras con una llave que había conseguido al poco de mudarse y que usaba por primera vez. Hasta ahora nunca le habían puesto vigilancia, pero un buen detective siempre debía estar preparado para una emergencia. Nunca se sabía en qué momento podía complicarse un caso. Bajó hasta la salida de la calle Cuatro Santos, justo a la espalda de donde vigilaba el matón. La noche estaba tranquila en Cartagena, ni un alma recorría sus calles, y los modernos bares y restaurantes que atestaban el centro, habían bajado ya las persianas. Fue a por su coche en el aparcamiento de la plaza del Rey. Lo examinó con un detector de emisiones de radiofrecuencia que se había agenciado esa misma tarde y encontró un emisor de la posición GPS. Lo dejó pegado en el suelo del aparcamiento y se dirigió a Murcia.

Todavía algunos jóvenes noctámbulos paseaban por las calles peatonales del centro. Elías miró a su alrededor y esperó cinco minutos más para asegurarse de que el portero y los camareros se habían marchado y no volverían en cualquier momento buscando las llaves. Entonces se dirigió al bar, abrió la reja y, una vez dentro, volvió a cerrarla y acercó el llavero negro al panel de control de la alarma, que le devolvió un pitido confirmando que había sido desactivada. Encendió una linterna que le

permitió cruzar sin tropezar entre las sillas y las mesas hasta la barra. Avanzó hacia la escalera, que ganó en cuatro zancadas. La decoración del despacho era igual de hortera que la del resto del bar, abarrotado de esculturas doradas, en este caso de animales. Se acercó al escritorio y registró los cajones. El del medio estaba cerrado, así que utilizó su navaja multiusos para abrirlo. Cartas, papeles, algunas facturas, elementos de publicidad y un mando de infrarrojos con dos botones. Elías puso su reloj Casio en modo aprendizaje, colocó el mando frente a él y apretó el primer botón. Después hizo lo propio con el segundo. Ahora tenía dos llaves de Midas y aunque no sabía lo que abrían, seguramente a lo largo de la investigación se tropezaría con la puerta adecuada. Lo dejó todo en su sitio y volvió a cerrar con su navaja. Examinó las paredes en busca de una caja fuerte, pero no encontró nada. Reparó entonces en el falso techo, se subió en la mesa y retiró una de las placas de escayola. Con la ayuda de la linterna reconoció el interior sin ningún resultado. Volvió a colocarlo todo en su sitio. Lo único que le quedaba era el suelo. Observó entonces que una de las patas de la mesa descansaba sobre una lámina de parqué más corta que el resto. Empujó el escritorio hasta liberarla y metió la punta de la navaja por la rendija. La lámina salió sin dificultad dejando a la vista una caja fuerte de la marca Sentry. No era de perilla sino de teclado, lo que quería decir que era electrónica y por lo tanto necesitaba pilas y una llave de seguridad por si estas se agotaban. Colocó la mano sobre el panel de control y empujó hacia abajo con fuerza hasta que se desprendió, liberando el compartimento de las pilas. Las retiró una a una y tras ellas apareció el ojo de la cerradura de seguridad. En este caso necesitaría instrumental de precisión, así que sacó el juego de ganzúas e introdujo una en la parte de abajo de la cerradura y otra en la parte superior. Las movió lentamente, con calma, con mucha paciencia, para presionar cada uno de los pernos, que se liberaron con un ligero clic. En ese momento giró la muñeca con un golpe seco y la caja se abrió como por arte de magia.

Lo primero que encontró fueron varios fajos de billetes verdes, unos cien mil euros, calculó a ojo. Los dejó a un lado. Después, un bloc de notas con diversas contraseñas y códigos, entre ellos uno que ponía *Alarma casa*. Con su móvil lo fotografió entero. En el fondo había varias escrituras. La mayoría eran de los bares y burdeles que componían su amplia red de negocios, incluido el Midas, en la calle Trapería de Murcia, en el que se encontraba en ese momento. Sacó fotos de todas ellas y hubo dos que le llamaron especialmente la atención. La primera, la de un chalet en Tentegorra, una de las zonas residenciales más caras de Cartagena. Seguramente sería su casa. La otra era de una mina de plomo en La Unión, Mina Frigia, que había comprado hacía unos diez años a la empresa Portman Golf. Las minas de La Unión habían tenido su momento de gloria a finales del S. XIX y principios del XX, pero llevaban ya muchísimos años sin actividad. ¿Qué interés podía tener en comprar una mina? El ayuntamiento había restaurado un par de ellas para convertirlas en atracciones turísticas en las que se recreaba el duro trabajo de los

mineros de antaño, pero no le veía la utilidad para un particular o un empresario. ¿Estaría pensando en convertirla también en un bar o un burdel? Hacía ya más de diez años de la compra, así que era poco probable si no lo había hecho ya.

Volvió a guardarlo todo en su sitio, colocó un micrófono GSM en un lugar estratégico y abandonó el local. Echó a caminar por la Trapería en la misma dirección en que lo había hecho el guardia de seguridad un rato antes. Miró a ambos lados con desconfianza. Si algo había aprendido gracias a su profesión era que nunca podías estar cien por cien seguro de que no hubiera alguien o algo vigilándote. Así que, aunque la calle permanecía desierta, hizo el gesto de meterse las llaves en el bolsillo y abrió la mano justo antes para dejarlas caer al suelo.

VII. EL CARRO



Hércules era un tipo de casi dos metros de alto por uno de ancho. Vestía un pantalón con estampado de leopardo, dejando a la vista su espectacular torso y sus brazos abultados, que brillaban bajo la luz de los focos y el efecto del aceite. Su fuerza era descomunal, acorde a las dimensiones de su espalda, aunque L sabía por experiencia que en la cama dejaba mucho que desear. No era cuestión de tamaño. De hecho, en el circo le apodaban La Despensa porque decían que si algún día pasaban hambre, al menos se podrían alimentar a base de huevos y salchicha durante una semana. También decían que una vez intentó clavar una estaca con la polla y fracasó solo porque iba tan borracho que no consiguió golpearla. No, el tamaño no era el problema, se trataba más bien de falta de delicadeza, de tacto, de empatía. Cuando cogía un pecho lo estrujaba como si estuviera exprimiendo una naranja, y cuando follaba se convertía en un auténtico animal, como si creyera a fe ciega que el punto G se encontraba en la garganta y no se le hubiera ocurrido un camino más corto para alcanzarlo.

Después de levantar a la vez dos barriles llenos de agua, Hércules encendió la mecha de un cañón y se colocó delante, a unos diez metros de distancia. Cuando el cañón disparó, el gigante detuvo la bala con sus propias manos, retrocediendo cuatro o cinco pasos para amortiguar el impacto. Entonces, con un solo brazo lanzó la bola contra uno de los barriles, que reventó salpicando al público con el agua y demostrando que allí no había truco alguno.

Después de su número era el turno de Damián, el lanzador de cuchillos. Vestía de negro, camiseta con cuello de pico y lentejuelas plateadas sobre un pantalón ajustado, marcando paquete con relleno, pues su polla no alcanzaba la media, mientras que su ego la triplicaba. Doris, su ayudante, lucía un triquini de cuero que ocultaba lo imprescindible de su cuerpo robusto, de escasos pechos y prominentes caderas. A pesar de que ya rondaba los cuarenta y del aspecto agresivo que le otorgaban los trazos afilados de su cara, en conjunto resultaba atractiva. Ella se situó delante de un panel de madera decorado con globos, mientras él mostraba al público los cuchillos sin mango que manejaba. De repente se giró y lanzó un cuchillo que reventó uno de los globos junto a la cabeza de su ayudante. Antes de que el público pudiera reaccionar lanzó el resto, que se clavaron en el panel, acentuando su ímpetu con cada explosión. Mientras Doris retiraba los proyectiles, Damián se acercó al público para que revisaran la capucha que iba a utilizar a continuación. Con ella en la cabeza, calibró el peso del arma que sostenía en la mano y la lanzó, acertando junto a la pierna izquierda de su compañera. Rápidamente continuó con el resto, dibujando con cada impacto el lado izquierdo de su silueta para luego descender por el derecho. El público aplaudió entusiasmado y entonces Damián se acercó a una muchacha joven y

guapa y le pidió que colaborara en la última parte de su número. Al principio se negó, pero al final cedió ante su insistencia y los abucheos de la gente. Mientras Doris retiraba los cuchillos, él ayudó a la chica a colocarse frente al panel. *Pase lo que pase, no te muevas*, le susurró y ella cerró los puños y se quedó más tiesa que un palo. Damián sonrió mostrando su dentadura perfecta, aunque de tono ambarino que delataba su afición por el vino, el café y el tabaco. Doris se acercó a la muchacha y le colocó un globo sobre la cabeza. Damián cogió una escopeta de perdigones y se situó a ocho pasos exactos de ella. De repente se disparó la escopeta, sin ni siquiera apuntar, y el globo reventó sobre la cabeza de la chica, que se agachó instintivamente. Damián mostró el arma al público, haciéndose el sorprendido, como si se hubiera disparado sola, e inmediatamente volvió a cargarla. Esta vez se quedó de espaldas y sacó del bolsillo un espejo redondo. Doris puso otro globo y él se colocó el arma sobre el hombro y, ayudándose con el espejo para apuntar, volvió a acertar en el blanco. El público aplaudió, mientras la chica recuperaba la compostura. Entonces sacó un cuchillo del bolsillo y lo lanzó hacia arriba mientras hacía otra reverencia. Justo cuando el cuchillo le iba a abrir la cabeza, Damián lo cogió al vuelo y lo lanzó contra la muchacha, cortándole un mechón de pelo. La chica echó a correr hacia su sitio y él la detuvo para robarle un beso en los labios y anunciarle que la esperaba en el bar después de la función. Ella volvió a sentarse junto a sus amigas, que se partían de risa, encantadas con el número.

Cuando terminaba el espectáculo, L siempre se daba una vuelta por las inmediaciones del circo en busca de algún cliente. Algunas veces eran chicos jóvenes, cuyos amigos, en algunos casos, se animaban a mirar o a participar; otras, ancianos que recuperaban el brillo en los ojos por unos instantes; e incluso algún padre de familia, que había dejado a la parienta en casa y pagaba encantado porque le comiera la polla mientras sus hijos se comían un algodón de azúcar y visitaban al oso en compañía de los payasos. Aquel día, L tuvo su primera clienta. No era la primera mujer con la que mantenía relaciones, pero sí la primera que pagaba por ello. Era bastante atractiva, de pelo negro y rizado, aspecto *hippie* y cara simpática. Le explicó que había visto salir de la caravana a un conocido putero del pueblo y se acercó a preguntar si también trabajaba para mujeres. L la invitó a pasar y ambas disfrutaron del sexo durante más de una hora. Después del tercer orgasmo se derrumbaron en la cama, exhaustas, y permanecieron inmóviles durante unos minutos. Al rato su compañera rompió el silencio.

—¿Tienes W?

—¿Qué? —L se sentó en la cama, muy sorprendida por aquella pregunta.

—Vamos, no necesitas disimular conmigo —permanecía tumbada, mirando el techo, sin inmutarse—. Hace diez años este mismo circo vino al pueblo. Circo Escocia, nunca se me olvidará. Yo entonces aún vivía con mi madre y te puedo

asegurar que era una auténtica amargada. Estaba enamorada de una amiga, pero jamás me habría atrevido a decírselo. Vine con ella a ver el espectáculo y mientras esperábamos a que empezara, sentadas en las gradas, el maestro de ceremonias, un hombre alto y con bigote, se acercó a nosotras y nos dio un pequeño bote de plástico con un líquido negro. Le preguntamos qué era y él solo dijo, W. Disfrutamos mucho aquella noche y cuando salimos del circo nos fuimos a un parque y decidimos probarlo. Fue algo maravilloso. De repente, me liberé de todos mis temores, de todos mis prejuicios, y le confesé mis sentimientos a mi amiga. Ella no sentía lo mismo por mí, pero no me importó, para mí fue una liberación hablar con ella. En ese momento acepté lo que soy y comencé a vivir.

—Es una historia muy bonita. —L sacó un tubo de plástico y se lo entregó.

—Gracias. —Su compañera se sentó en la cama y sonrió—. Sabía que no lo había soñado.

Cada una se tomó una dosis y volvieron a tumbarse.

—¿Por qué tenéis una pata de oca en el nombre del circo?

—¿Una pata de oca? —L se giró hacia ella—. ¿Qué quieres decir?

—Sí, en la i de Escocia, en lugar de una i latina ponéis una pata de oca.

—¿Te refieres al tridente?

—Un tridente es más redondeado, la pata de oca es como una V partida por la mitad.

—Pues no sé, nunca me lo había planteado, la verdad, siempre había pensado que era un tridente.

Se acercó a L y le examinó la oreja.

—Lo sabía —después la besó.

—¿Que sabías qué?

—No te lo han dicho, ¿verdad?

—¿El qué? —L se sentó en la cama—. Me tienes en ascuas.

—El significado de la pata de oca. Quién eres, de dónde vienes.

—Soy L y vivo en el circo.

—Yo soy Flora. —La miró algo extrañada—. ¿Ele? ¿De Elena?

—No, solo L. —Sonrió con complicidad y acarició el cuerpo de su cliente—. En realidad es L de Eleuteria, pero no se lo digas a nadie.

—Está bien, L de Eleuteria —ella también la acarició—. ¿Sabes que tienes un cuerpo perfecto? Sí, claro que lo sabes y has aprendido a utilizarlo a las mil maravillas. ¿Qué edad tienes, dieciocho, veinte?

—Dieciséis.

—¿Dieciséis, en serio? Dios, eres fantástica.

—Gracias, tú también.

—Yo ya he pasado los cuarenta. La experiencia hace mucho, pero tú...

—Yo he sido muy precoz. Con seis años masturbé a mi tío por primera vez y con ocho manteníamos relaciones habitualmente. Con doce comencé a prostituirme.

—Dios, debe de haber sido muy duro...

—¿Duro? En absoluto. —L se sentó sobre la barriga de su nueva amiga y le sujetó los brazos—. Pero no me cambies de tema. ¿Qué es eso de la pata de oca?

—Es un símbolo, identifica a un grupo de gente.

—¿A qué gente?

—Si quieres que satisfaga tu curiosidad tendrás que satisfacer primero la mía — Flora empujó a L para quitársela de encima y ella se derrumbó a su lado.

—¿Qué quieres saber?

—El sexo, me parece increíble. Comenzaste a practicarlo con seis años y ¿no tienes un trauma, remordimientos, pesadillas por las noches?

—Para mí el sexo es algo completamente natural, como el comer o el cagar, así me lo enseñó mi tío y así lo he vivido siempre. Nunca nadie me ha obligado a hacer nada que no quisiera. Crecí disfrutando de mi sexualidad, aprendí a gozar y a dar placer. Siempre ha sido una parte importante de nuestra vida.

Ambas se quedaron pensando, tumbadas boca arriba, con los ojos abiertos de par en par. Al fin L reaccionó.

—Ha sido un polvo increíble y es una putada porque ahora no te voy a poder cobrar.

Flora la miró sorprendida y de repente rompió a reír.

—Vaya, muchas gracias —se acercó y la besó en la boca—. Eso es todo un piropo, pero no me importa pagar. Seguramente necesitarás el dinero más que yo. — Flora se puso en pie y comenzó a vestirse. L observó su cuerpo delgado y cimbreante, sus glúteos y sus pechos extraordinariamente firmes para su edad.

—¿Tienes cuarenta años? ¿Y cómo te conservas tan bien?

—Jajaja —rio ante el nuevo piropo—. Gracias al yoga, supongo.

—¿El yoga? ¿Qué es eso?

—Es una filosofía de vida.

—Me interesa, explícame más.

—El yoga... —Flora terminó de subirse los pantalones de colores y se plantó frente a ella, con el torso desnudo y los brazos en jarras. Lucía al cuello un colgante que L había apartado antes como un estorbo, pero ahora, por primera vez le llamó la atención sin comprender aún muy bien por qué—. Mira, si te parece bien mañana volveré a verte y como no me quieres cobrar te traeré un regalo.

—Me parece estupendo. —L la miró con picardía—. Pero no te puedes ir todavía.

—¿Por qué?

—Yo he satisfecho tu curiosidad, pero tú la mía no.

—Ah, la pata de oca. —Flora sujetó entre los dedos el colgante que llevaba al cuello—. La pata de oca tiene muchos significados. —Alargó el colgante hacia ella, sujetándolo por abajo y le dio la vuelta—. ¿No te recuerda nada?

—Es la pata de oca dentro de un círculo —L se sorprendió mucho.

—Es el símbolo de la paz —explicó ella— y sí, es una huella de pájaro basada en

la pata de oca. Dicen que los peregrinos que viajaban a Santiago se guiaban por las estrellas durante la noche y siguiendo a las ocas durante el día. De hecho, todo el Camino de Santiago está plagado del símbolo de la pata de oca. Aparece en iglesias, albergues, incluso en el nombre de pueblos o valles. Pero en esta zona, en el País Vasco y Navarra, el símbolo tiene un significado muy especial, pues se utilizó durante muchos años para identificar a un grupo de personas, a una raza maldita que fue marginada durante siglos.

—¿Quiénes eran? —L estaba intrigadísima, pero Flora continuó vistiéndose como si nada—. Vamos, continúa.

—Solo te diré una cosa. Se han dicho muchas tonterías sobre los componentes de esa raza, que eran leprosos, deformes, que padecían una especie de peste blanca... Todo mentira. Eran gente normal, marginados por razones más oscuras y solo tenían una peculiaridad que los podía identificar. —Flora se agachó para ponerse los zapatos.

—¿Cuál?

Se puso de pie frente a ella.

—Que no tenían lóbulo en la oreja.

Instintivamente L se tocó la suya y descubrió que coincidía con aquella descripción. Se puso en pie y se acercó a Flora.

—¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? —De repente, las preguntas se agolpaban en su cabeza y en su lengua—. ¿Por qué los marginaron?

—Mañana te traeré algunos libros que responderán todas tus preguntas.

—No, no te vayas, no me dejes así.

—Tienes que aprender a tener paciencia. —Flora se dirigió a la puerta, la abrió y se detuvo un instante para mirarla antes de salir—. Solo te diré una cosa, L de Eleuteria. Eres una agote.

Regresó a Cartagena, aparcó el coche sobre el dispositivo que aún permanecía en el suelo y lo volvió a pegar en él, por si en algún momento se les ocurría revisarlo. Lo más complicado resultaría entrar de nuevo en casa. A paso ligero avanzó por las calles desiertas, rodeado por la bruma que dificultaba su visión. Rehízo el camino a través de la azotea cuando aún no había comenzado a amanecer. Tenía ganas de acomodarse en el calor de su cama. El Midas permanecería cerrado hasta la tarde, así que podía dormir un par de horas y retomar una mañana de rutina.

Cuando abrió la puerta de su casa, observó que la luz del salón estaba encendida.

—¿Dónde has estado? —inquirió Caridad.

La rabia de sus palabras dotó de significado a la escueta frase. No tuvo tiempo de responder.

—¿Desde cuándo sales de casa de madrugada sin avisarme?

—He estado trabajando.

—No me has respondido.

Caridad estaba sentada junto a la mesa principal del salón, sobre la que descansaba la tabla con su cada vez más reconocible cuadro de girasoles. Ahora que no tenía que estudiar la oposición avanzaba a una velocidad vertiginosa.

—Tengo que resolver un caso importante para el obispado.

—Me estás mintiendo. Sería la primera vez que tienes que salir a esas horas por un caso para tu tío.

Caridad se había levantado de la silla y cruzaba los brazos sobre una camiseta blanca de cuello en pico, con un logotipo formado por tres hojas. Iba ligeramente maquillada y llevaba un pantalón ancho de pijama. Era una mujer atractiva, aunque, de repente, Elías se dio cuenta de que era un atractivo artificial. Todos los detalles habían sido perfectamente estudiados y orquestados para sacar el mayor partido a sus limitados recursos naturales. Su mujer resultaba anodina si no vestía con la ropa adecuada, con los colores que le favorecían, con las joyas caras que le conferían sofisticación. Era menuda, con una figura bien marcada y una cara aniñada. Nada que destacara, nada que la hiciera única, nada que provocara una mirada hipnótica.

—Siempre hay una primera vez. ¿Adónde quieres llegar?

—Ayer me llamó tu madre porque estaba preocupada por ti, porque dice que el otro día no te vio centrado, que no estás prestando suficiente atención al caso que tu tío te ha encargado —hizo una pausa para tomar aire—. ¿Te crees que soy estúpida? Quiero una explicación, una que me convenza.

—Es complicado.

—Pues explícamelo.

—Son dos casos distintos. Mi tío ahora quiere que me centre solo en el caso de la

Cruz de la Caravaca y que me olvide del cuadro que me robaron en Madrid. Pero no puedo. Así que lo tengo que hacer en mis ratos libres.

Caridad meditó durante unos segundos.

—¿Y por qué es tan importante ese cuadro para ti? Si ni siquiera te gusta el arte moderno.

La Diosa del Olimpo vino a su mente e intentó borrarla de inmediato.

—Se ha convertido en algo personal. Me siento culpable por lo que pasó, por dejar que me lo robaran como si fuera un principiante.

—Si a tu tío no le importa, no entiendo por qué debería preocuparte. ¿Me estás tomando el pelo o qué? Sé que hiciste un seguro.

—¿Qué te pasa?

—¿Por qué te dejó Sandra? —Su pregunta fue como un disparo. Aquello no lo esperaba, no entendía qué relación tenía con lo que estaban hablando.

—Erais la pareja perfecta, todo el mundo os envidiaba —continuó—. Y ella, de repente, te deja.

—No me apetece hablar de eso ahora —aún le resultaba doloroso.

—¿Le pusiste los cuernos?

—¿Qué? ¿De dónde has sacado esa estupidez?

Desde luego que no le puso los cuernos, jamás se le habría ocurrido, él la quería. No conocía el motivo por el que ella lo había abandonado, pero lo que estaba claro era que él había sido honesto hasta el final.

—Sandra ha vuelto a Cartagena —se sorprendió de que su mujer se hubiera enterado. Ellas no se conocían, Caridad tan solo había visto a Sandra en una foto que Elías le enseñó a regañadientes al principio de su relación, cuando ella le exigió que le contara todo sobre su pasado. Suponía que la información le habría llegado a través de su querida madre.

—¿Y qué?

—¡Mierda, Elías! —Lanzó por el aire la tabla con el puzle, cuyas diminutas piezas se convirtieron en confeti de tonos amarillos y azules que se derramó sobre el sofá Chester, las sillas doradas, tapizadas en crudo, y el suelo de parqué de madera de roble.

Elías se sorprendió, casi se asustó. Jamás había escuchado un taco en boca de su mujer. Permanecieron inmóviles, después ella rompió a llorar. Él se acercó con cierta reticencia y la abrazó. Ella aceptó el abrazo para al poco desasirse y mirarlo a la cara.

—Espero que no me estés engañando, de verdad que lo espero —notó la amenaza en sus palabras.

Elías entendía lo que ella quería decirle.

—Te prometo que te estoy diciendo la verdad.

Y mientras pronunciaba estas palabras sintió un pinchazo en el estómago, como si Dios lo castigara por mentir. Aunque tratara de negarlo, era imposible. Cada vez se sentía más distanciado de Caridad, mientras se obsesionaba con otra mujer.

Pero no era Sandra.

Elías estuvo trabajando en la oficina hasta la una. Después sacó el coche del aparcamiento y, con el dispositivo de seguimiento pegado en él, partió hacia Murcia. Esta vez no le importaba que lo siguieran, tenía que dejarles creer que lo tenían bajo control.

Aparcó en el obispado y se dirigió al despacho de su tío.

—Buenos días, excelencia —el obispo no levantó la mirada de los papeles que tenía sobre la mesa.

El despacho resultaba sobrio, con paredes blancas y cortinajes granates. Apenas un crucifijo y una foto del Papa destacaban como ornamento. Cuando terminó de leer le indicó el sillón frente a la mesa para que se sentara. Su tío no se mostraba demasiado contento, estaba ojeroso y no paraba de jugar con la pluma que llevaba en la mano.

—Tú dirás.

Elías siempre había sido el ojito derecho de su tío. Cuando volvía de algún viaje, le traía los mejores regalos, juguetes caros como videojuegos o camiones con mando a distancia, mientras su hermana lo observaba con envidia, sujetando entre las manos, sin ningún interés, un cuento de princesas. Su tío siempre alegaba que no sabía qué comprar a una niña. Elías se sentía un poco culpable y siempre compartía su juguete con ella.

Ese día, sin embargo, no parecía dispuesto a hacer muchas concesiones, ni siquiera a su sobrino favorito.

—Necesito acceder al archivo de la secretaría general del obispado.

Su tío reflexionó un momento antes de continuar.

—Primero necesitas revisar los archivos personales de los obispos y ahora los de la secretaría general. Me gustaría saber la razón de tu interés.

—Estoy avanzando con el caso de la Cruz.

—¿Seguro que es para eso? —Pareció arrepentirse al momento de lo que había insinuado—. Disculpa, estoy cansado —cambió de estrategia—. Preferiría que utilizaras otras fuentes de información.

—Ya sé quién robó la Cruz —sentenció. Su tío levantó los ojos por fin de los papeles y lo miró a la cara. Parecía que había captado su interés.

—¿Quién?

—El hermano mayor de la cofradía en colaboración con el capellán y con el beneplácito de la Iglesia.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí. En el archivo personal de los obispos encontré un justificante según el cual el hermano mayor entregaba la santa reliquia al obispo, para que este la devolviera a

la ciudad de Caravaca de la forma que creyera más oportuna.

—¿Y qué esperas encontrar en el archivo de la secretaría?

—La causa por la que nunca se devolvió.

Su tío se había enfrentado a fuertes críticas y acusaciones desde el momento en que lo habían nombrado obispo. Las malas lenguas, las lenguas más sucias de la propia Iglesia, rumoreaban que su forma de acceder al cargo no había sido la más limpia. Por lo visto, desde su parroquia de Cartagena se había ido acercando al obispo poco a poco, ganándose su confianza, para después intentar convencerlo de que ya era demasiado mayor para viajar, de que debía dejar en sus manos las relaciones con Roma. A pesar de su edad, el obispo no tardó en comprender sus intenciones y tras apartarlo de su lado, preparó su traslado a Ojós, el municipio más pequeño de la región. El mismo día que el obispo llamaba al tío de Elías para comunicarle su nuevo destino, el Papa moría en Roma de un ataque al corazón. Del cónclave salió elegido el quinto Papa español de la historia y, por lo visto, el cargo le vino con una revelación divina, pues nada más ponerse el Anillo del Pescador destituyó al obispo de Cartagena para nombrar al tío de Elías en su lugar. Esta acción dejó perpleja a mucha gente y despertó los rumores que aseguraban que el nuevo Papa y el nuevo obispo se conocían desde hacía mucho tiempo. Según estos mismos rumores, el primero habría utilizado su influencia para arrebatarse el puesto a su predecesor, pues esta decisión recaía exclusivamente en el Santo Padre. Después de esto, hubo incluso quien se atrevió a insinuar que la muerte del anterior Papa no había sido por causas naturales. Los partidarios del obispo emérito continuaban aún al acecho, esperando cualquier error por su parte para difundirlo en los medios y cortarle la cabeza. Y la preparación de la visita papal lo hacía especialmente vulnerable. No podía dejar ningún cabo suelto.

—Está bien, puedes hacer uso del archivo pero debes ser extremadamente discreto. Alfredo te facilitará el acceso.

—Gracias. —Elías se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Hasta ahora nunca me habías fallado. —Elías se detuvo y se giró lentamente ante el inesperado reproche.

—¿Por qué dice eso? —Se mostró un poco incrédulo—. He avanzado en la investigación, estoy a punto de resolver el caso.

—No me refiero a la Cruz.

Ambos permanecieron unos segundos en silencio.

—¿Entonces a qué?

—Al hecho de que no seas capaz de cumplir órdenes.

—No sé a qué se refiere. —Sí lo sabía, era evidente. Lo que no sabía era cómo su tío se había podido enterar de que continuaba investigando el robo del cuadro.

—La decisión es tuya, Elías. Solo tú puedes ganarte mi confianza o perderla. — Su tío volvió a sus papeles, dando por zanjada la conversación.

Elías salió al pasillo para esperar a Alfredo. Se sintió culpable por haber

desobedecido a su tío, por continuar con el caso a sus espaldas. Sabía que debía abandonarlo, olvidarse del cuadro, de la Diosa del Olimpo... Y nada más pensar en ella se dio cuenta de que no podría hacerlo.

Llegó Alfredo con su cara sonriente. Le hizo un gesto y Elías le siguió. Atravesaron varias estancias y pasillos sin cruzarse con nadie hasta detenerse ante una puerta anodina, pasada de moda, como casi todo en aquel lugar. Alfredo la abrió y accionó un interruptor que derramó la verdosa luz de los fluorescentes sobre las estanterías que recorrían las paredes. Dos mesas y sendas sillas ocupaban el espacio central. Las escasas ventanas, desprovistas de cortinas, permanecían cegadas a través de sus postigos. Elías arrugó la nariz. No le gustaba aquel lugar. Al contrario que el Archivo Catedralicio, este estaba desprovisto de cualquier encanto. Alfredo cerró la puerta con cuidado y se sentó en una de las sillas, cuyo forro de tela había perdido todo su lustre.

—¿Te quedas? —Preguntó Elías.

—*Of course* —respondió él sin inmutarse.

—Entonces, échame una mano.

El vicario asintió y se levantó de la silla.

—Necesito que busques cualquier documento que te llame la atención relacionado con la Cruz, a partir del año 1946.

—Pedid y se os dará...

—Mateo, capítulo siete, versículos siete y ocho. —Elías conocía de sobra el pasaje y no le apetecía volver a oírlo.

—Comencemos, pues. —Sonrió Alfredo. Tenía buen carácter. A continuación le explicó brevemente cómo se organizaba el archivo y se pusieron manos a la obra. La mayor parte de los documentos no tenían importancia, allí se conservaba fundamentalmente todo lo referido a administración.

—¿Qué hipótesis estás barajando? —El vicario rompió el silencio sin levantar la vista de los legajos.

—Una muy sencilla, que el ladrón del *Lignum Crucis* fue la propia Iglesia.

—¿Qué? —Esta vez sí que miró intensamente a Elías—. ¿Para qué?

—Para protegerla de los continuos ataques que sufrían los templos, supongo.

—*What a nonsense!* En ese caso la Cruz habría aparecido inmediatamente tras la Guerra Civil, cuando la paz volvió a España.

—Eso es precisamente lo que estamos buscando. El motivo de que nunca apareciera.

El vicario no se mostraba muy convencido, pero no discutió más. Su tío le había entrenado bien para obedecer sin cuestionar.

A él también.

Hasta ahora.

Transcurridas un par de horas, Alfredo comenzó a ponerse nervioso.

—Me voy a tener que ir.

—Vete, no te preocupes por mí —convino Elías.

—*I can't*. No debo dejarte aquí solo.

—Entonces, vámonos y ya volveré mañana.

—Su excelencia ha indicado muy claramente que hoy debe quedar este tema resuelto. Si no es así, es que no es de Dios que encontremos lo que quiera que estemos buscando.

—Bueno, pues tú dirás. —Elías, divertido por el dilema, cerró el tomo que estaba comprobando y esperó su decisión.

—Está bien. Quédate. He quedado con tu mujer, tenemos un asunto importante que resolver en la asociación. Supongo que ya sabrás que al final se ha salido con la suya.

—No, no lo sabía. —Elías sonrió—. Tiene mucho carácter.

—Sí, sois tal para cual. Volveré en cuanto pueda. Si alguien te descubre aquí, dices que estás archivando unos documentos sobre las donaciones de unas imágenes. —Dudó—. Mejor que nadie te descubra.

Alfredo abrió la puerta y se fue. Elías sintió un poco de miedo, como cuando era pequeño y su madre lo castigaba dejándolo en el cuarto de baño a oscuras. No se había imaginado que hubiera tantas tensiones en el obispado.

En ese momento sonó su teléfono móvil. Lo miró. Era una llamada del micrófono que había puesto en el despacho de Midas y que se activaba automáticamente al detectar voces. La aceptó. Lo más probable es que acabaran de abrir el bar. Escuchó el sonido de alguien removiendo unos papeles. Después encendió un ordenador, parecía un portátil, y al poco usaba el ratón y el teclado. La llamada finalizó sin más interés. Continuó revisando legajos, mientras esperaba otra llamada, que se produjo a los pocos minutos. Sonaba un móvil en el despacho, su dueño contestó, era Midas. Saludó con efusividad a un tal Juan Francisco y quedaron para comer al día siguiente. Volvió al ordenador. Elías pasó al siguiente tomo, justo cuando alguien entraba en el despacho. Las voces se oían con un poco de ruido, pero se entendían bien.

—Han aparecido las llaves del guardia. —Explicó el tipo con voz grave, cascada por el alcohol y el tabaco—. Alguien las encontró en la calle y las llevó a la policía.

—¿Habéis cambiado las cerraduras? —Preguntó Midas.

—No. Si ya han aparecido...

—Os he ordenado que cambiéis todas las cerraduras y los mandos de la alarma. —Elías notó la autoridad y la amenaza que contenían aquellas palabras—. ¿Me has oído después decir lo contrario?

—No.

Se produjo un tenso silencio. Elías pudo percibir la mirada de reproche del jefe y la humillación del subordinado.

—¿Alguna novedad sobre la zorra?

—Nada. Seguimos investigando, pero por ahora no hay ni rastro de ella. Estamos siguiendo al detective, pero no se han visto.

—¿Y del cuadro?

—Tampoco. Creemos que lo tiene ella y que de alguna forma lo está utilizando para involucrar al tipo en la investigación.

—Ese detective es peligroso y lo peor de todo, es intocable. Tendré que hacer una llamada para ver si nos lo podemos quitar de encima. De todas formas, no entiendo qué pretende la zorra.

—¿A qué se refiere?

—¿Qué sentido tiene que involucre al detective a estas alturas para que investigue la desaparición de su tío? Ella ya sabe lo que pasó con él.

—Estará intentando descubrirnos, querrá conseguir pruebas para denunciarnos a la policía.

—No creo que sea tan sencillo. Esa zorra es muy lista. ¿Por qué ha liado precisamente a un detective que trabaja para el obispo? —Hizo una pausa que no obtuvo respuesta—. Estoy seguro de que hay algo más. Tiene un plan y está intentando tocarnos las pelotas. Tenemos que encontrarla pronto, no perdáis al detective de vista.

Había sido una conversación escueta pero muy interesante. Con unas pocas frases había arrojado un buen jarro de luz sobre el caso. Ahora estaba claro que Midas no tenía el cuadro y posiblemente fuera mentira todo el tema del secuestro que Alicia le había contado. Por lo que acababan de decir, ella ya sabía lo que había sucedido con su tío y por el estado en que se encontraba su casa y los comentarios de la vecina cotilla, lo más probable era que estuviera muerto. Y no que hubiera muerto ahora, sino hacía ya por lo menos cuatro años. ¿Qué pretendía entonces Alicia inventándose la historia del secuestro y empujándole a él a investigar su desaparición? Era posible, más bien probable, que Midas hubiera matado al tío. Entonces, ¿quería que él consiguiera pruebas del asesinato para denunciarlo a la policía, o había detrás un plan más oscuro y enrevesado como insinuaba Midas?

Aspecto de ángel y corazón de diablo. Lleve cuidado, amigo, o le robará el alma.

Ahora la investigación tomaba un nuevo cariz que le obligaba a volver a hablar con Alicia. Al fin y al cabo, su objetivo era recuperar el cuadro, y todo apuntaba a que seguía en su poder. Si no había secuestro, tampoco podía haber rescate.

Activó el desvío al buzón de voz para todas las llamadas que a partir de ahora le llegaran del micrófono espía. Así quedaría todo grabado y podría escucharlas cuando le viniera bien.

Devolvió el tomo a la estantería y extrajo el siguiente, que comenzaba en el año 1978. Hasta ese momento habían pasado ante sus ojos todo tipo de extractos de contabilidad, facturas, notas internas y hasta recortes de periódico con nombramientos de obispos o celebraciones de misas importantes. Se tropezó con un documento que llamó su atención porque la fecha no correspondía a aquel tomo. Había sido mecanografiado en enero de 1955. En él, el Obispo de Cartagena solicitaba a su secretario que iniciara los trámites para devolver el *Lignum Crucis* a

La Muy Noble y Leal Ciudad de Caravaca.

Elías se quedó un momento reflexionando en aquella sala atestada de legajos, bajo la luz fría y parpadeante de los fluorescentes y con el olor de la humedad retenida durante lustros en los documentos. Tenía una sensación extraña. De repente, ambos casos comenzaban a andar por sí solos.

El obispo que había ordenado la devolución era D. Miguel de los Santos Díaz Gómara, el mismo al que el hermano mayor se la entregó en el año 1946. Se lo había tomado con calma, la verdad, pero al fin se había decidido a devolverla. Ahora, la nueva incógnita era por qué no se había cumplido la orden.

Quizás la fecha le diera una pista.

Sacó de la estantería el tomo del año 1955. Hojeándolo rápidamente, no tardó en hallar la respuesta.

Lo cerró y lo devolvió a su sitio.

No esperó a Alfredo, tenía mucho que hacer.

Abandonó el obispado seguido por el que se había convertido en su sombra y mientras caminaba por la calle marcó el número de Alicia Silva. El teléfono devolvió otra vez el mensaje de apagado o fuera de cobertura. Como no tenía Whatsapp le envió un SMS. *Soy Elías, el detective privado. Necesito hablar con usted. Es muy importante.*

—L, despierta, tenemos que irnos.

—¿Qué? ¿Qué? —L se encontraba inmersa en una pesadilla en la que pertenecía a una raza maldita y enferma que iba mendigando comida de pueblo en pueblo, mientras todos los despreciaban y se reían de ellos. A pesar del desconcierto, agradeció que su tío la despertara con los gritos y los zarandeos—. ¿Qué sucede?

—Tenemos que irnos, están recogiendo el circo. Vamos, tienes que echar una mano.

—¿Irnos? —Se incorporó en la cama sin comprender nada—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro de la mañana. Venga, levanta ya.

Observó sus ojos azules y pequeños, inyectados en sangre, su cara pálida, de barbilla afilada, que mostraba ahora una boca torcida a la que le costaba bastante escupir las palabras. Su pelo se había vuelto canoso, excepto por dos mechones negros que partían a ambos lados del flequillo.

—Estás borracho —y se volvió a tumbar en la cama sin tomárselo en serio.

—Pues claro que estoy borracho, pero eso no tiene nada que ver. —Se acercó a ella y le tiró del brazo—. Tenemos que irnos, tenemos un problema muy gordo.

—¿Qué ha sucedido?

—Levántate y te lo contaré.

Parecía que iba en serio, así que L se vistió y salió a la calle con su tío. Efectivamente, todo el mundo estaba en pie y corrían de aquí para allá recogiendo las cosas. Los de mantenimiento habían vaciado el interior de la carpa y ahora se afanaban en desmontarla. El resto de la gente colaboraba cargando las cosas en los camiones. L se acercó para echar una mano. Allí estaba su amiga Deli, la adivina, una muchacha cuatro o cinco años mayor que ella. Llevaba la cabeza envuelta con un turbante verde, que sujetaba con un alfiler decorado con un falso rubí.

—Le dije a tu tío que no debíamos venir a este pueblo, las cartas revelaron que algo malo iba a suceder.

—Pero ¿qué ha pasado? —Entre las dos cogieron un banco y lo acercaron al camión. Lo dejaron al lado de Hércules, que con una mano subía las cosas, mientras dos de los acróbatas las iban acomodando en el interior.

—¿Aún no lo sabes?

—No —L se encogió de hombros.

—Damián y Doris han matado a una mujer del pueblo.

—¿Qué?

—Están enterrando el cadáver en el bosque mientras recogemos. Tenemos que desaparecer de aquí antes de que alguien la eche de menos.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué ha sucedido?

—Era una mujer muy atractiva. Se la encontró en el bar y comenzó a tontear, pero ella le dio calabazas una vez tras otra, una cerveza tras otra, un *whisky* tras otro. Cuando ella salió para volver a su casa, él la siguió y la secuestró. Se la trajo aquí, a su caravana, con la ayuda de Doris, y entre los dos la forzaron a desnudarse, amenazándola con los cuchillos. La han violado y cuando se han cansado de ella, Doris la ha puesto delante del panel de madera —Deli parecía indignada—, y mientras sollozaba, pidiendo por favor que la dejaran volver a su casa, Damián ha comenzado a lanzarle cuchillos.

—Es horrible —L no se podía creer lo que escuchaba—. Damián es un egoísta y un imbécil, pero nunca le imaginé capaz de una cosa así. Y menos aún me lo habría esperado de Doris.

—Doris es la peor —afirmó Deli mientras cargaban un saco lleno de cuerdas y aparejos—. Damián es infalible con el cuchillo, por muy borracho que vaya nunca falla. Sin embargo, Doris no tiene ni idea y hoy, envalentonada por el alcohol y el ego, ha querido probar su destreza.

—No me lo puedo creer.

—Sí. —Dejaron el saco junto a Hércules. Deli la miró muy seria mientras concluía la historia—. Por lo visto el primer cuchillo ha golpeado la madera de lado y ha caído al suelo sin clavarse. Los dos se reían como niños, mientras la mujer se encogía desesperada. Así que la han atado para que no pudiera agacharse y con el segundo cuchillo Doris le ha acertado en todo el cuello. La ha dejado clavada a la madera, muerta en el acto.

—Es horrible, tendrán que pagar por ello.

—Nadie pagará por ello —su tío las había oído y se había acercado a ellas por la espalda—. ¿Os habéis vuelto locas? En el Circo Escocia todos somos uno, todos somos iguales y todos nos apoyamos cuando alguien tiene problemas. Ningún escocés dejaría a otro en la estacada.

—Nosotras somos igual de escocesas que tú y no estamos de acuerdo —se rebeló L.

Su tío le pegó una bofetada. Después la observó con severidad.

—Si piensas eso es que no eres una verdadera escocesa —sentenció—. Ningún escocés verdadero abandonaría a otro ante los problemas.

—Ningún escocés verdadero violaría y mataría a una persona sin motivo alguno, a sangre fría. —L estaba indignada, no compartía en absoluto la postura de su tío ante aquella situación—. Eso es algo intolerable, deberían pagar por ello.

—Lo intolerable es abandonar a uno de los nuestros. Todos cometemos errores y debemos apoyarnos en los momentos difíciles, no podemos abandonar a alguien a las primeras de cambio.

L pensó en cuando la abandonaron a ella y casi se muere de hambre, aunque en el fondo sabía que aquello había sido distinto.

—¿Y qué pasa con la justicia? ¿Las malas acciones no deben tener

consecuencias? Si no se les castiga, ¿cómo sabes que no volverán a hacerlo?

—Nosotros les impondremos el castigo que creamos oportuno, pero en ningún caso los vamos a someter a las leyes de la sociedad corrompida.

—Si no los entregamos todos pagaremos por ello —sentenció Deli, sin atisbo de duda.

—Cumplirán el castigo que les imponamos en asamblea y asunto concluido.

Su tío se fue y ellas permanecieron en silencio. Deli golpeó el brazo de L para que se girara. Entonces vio a Damián y Doris que volvían del bosque con aspecto abatido, cansados, con la cara y las ropas sucias de tierra. Él llevaba una pala en la mano, ella un colgante al cuello. Los ojos de L se clavaron en aquel colgante y se le revolvieron las tripas. Le entraron ganas de llorar, de vomitar, ganas de saltar sobre ellos y partirlas la cabeza con la pala. Aquel colgante era el símbolo de la paz.

La tarde aparecía nublada y fría pero esto no era óbice para que las calles estuvieran atestadas. Si empezaba a llover sería distinto, en cuanto caían cuatro gotas desaparecían los peatones y se congestionaba el tráfico de la ciudad. Murcia siempre parecía viva, en movimiento. En cada esquina surgían tiendas de ropa o decoración mostrando los artículos de moda, así como cafeterías y restaurantes con cartas tradicionales o innovadoras. A pesar de su reducido tamaño, tenía aires de gran ciudad. Y al igual que en las grandes ciudades, una tropa de indigentes salpicaba las zonas más comerciales, atraída por el dinero que allí se movía.

Elías recorrió la calle Luis Fontes Pagán, donde esperaba mantener la entrevista más importante relacionada con la investigación de la Cruz. Se detuvo ante la puerta de una casa de dos plantas y tomó aire. No había solicitado cita, así que no tenía ni idea de si habría alguien allí, ni si podría verlo. Había actuado por impulso, sin pensar en una estrategia, sin ni siquiera contar con el beneplácito de su tío. Tocó el timbre. No hubo respuesta. La casa se le antojó vacía y suspiró, decepcionado. Decidió probar una segunda vez. Aguardó unos minutos con el mismo resultado. Pensó en llamar a su tío y pedirle que le gestionara la cita, pero sabía que le tendría que dar demasiadas explicaciones y no estaba seguro de contar con su aprobación.

Su dedo volvió a posarse sobre el timbre sin pedirle permiso y no dejó de insistir hasta que de repente se abrió la puerta. Apareció una mujer de pelo ralo y corto, piel manchada por la edad y aspecto cansado.

—¿Qué quiere? —Gruñó con cara de pocos amigos.

La falta de amabilidad no constituía un pecado capital, ni siquiera para una monja. Le vino a la cabeza la imagen de las monjitas de las películas, siempre amables y sonrientes. Entonces se dio cuenta de que aún mantenía el dedo presionando el timbre y pensó que quizás su mal humor estaba justificado. Se sintió un poco estúpido. Apartó el dedo y lo devolvió al bolsillo, donde comenzó a entrar en calor.

—Disculpe mi insistencia. Quisiera hablar con el obispo.

—Se ha equivocado, el Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo no vive aquí —la mujer se disponía a cerrar la puerta pero Elías la trabó con el pie.

—Quería decir con su excelencia el obispo emérito.

—No recibe visitas.

—Soy sobrino del actual obispo, es él quien me manda —mintió y tendría que apuntarlo para su próxima confesión. Mentir a una monja no era lo mismo que a un mafioso. La mujer vaciló—. Por favor, coménteselo, dígame que tengo algo muy importante que hablar con él. Está relacionado con un robo.

—No recibe visitas. —La vieja parecía robotizada.

—Lo sé, sé que es un señor mayor y que está delicado, pero estoy seguro de que querrá recibirme. Dígale que es referente a un asunto que sucedió en el año 1934. Y que vengo de parte del obispado.

La mujer no contestó, se quedó mirando el pie de Elías y él lo apartó. Cerró la puerta y se escucharon sus pasos alejándose. Elías esperó en la calle y se subió el cuello de la gabardina para protegerse del frío, que recobraba fuerzas al caer la noche. Se encendieron las primeras farolas y caminó unos metros intentando entrar en calor mientras daba diez minutos de cortesía para obtener una respuesta. Después comenzaría a taladrar el timbre de nuevo. Se encontraba nervioso y cansado, no tenía previsto marcharse de Murcia sin haber mantenido aquella entrevista. Miró su reloj y en ese momento se abrió la puerta. Habían pasado nueve minutos y medio.

—Adelante.

No dijo más. Elías entró y esperó con paciencia a que la anciana echara el cerrojo. Después la mujer avanzó por la amplia estancia de techos altos con colañas de madera que constituía el recibidor. Olía a viejo y a rancio, a matarratas, a medicinas, a enfermedad, a muerto. Avanzaron por un pasillo muy estrecho, que a pesar de su altura, le produjo la sensación de estar encerrado en un ataúd. Las paredes habían sido blancas en algún momento, pero el tiempo las había teñido de un beis pardusco. Llegaron a unas empinadas escaleras, poco prácticas para una casa habitada por ancianos. Elías aguardó a que la monja las ganara sin atreverse a ofrecerle su ayuda. Todas las paredes, pasillos incluidos, estaban decoradas con algún crucifijo, figuras de vírgenes y cuadros de pasajes de la Biblia. Se exhibía una profusa mezcla de épocas, artistas y estilos, sin demasiado valor. A pesar de ser creyente, a Elías le pareció obsesivo. La enorme y laberíntica casa parecía desierta. Dejaron atrás las escaleras para avanzar por otro pasillo que les condujo hasta una salita sobria y helada, helor que no parecían percibir los habitantes de aquella casa. En el centro se encontraba un anciano de unos ochenta años sentado en una mecedora, junto a una ventana que debía de dar a un patio interior. Leía un libro cuyo título no se distinguía bien en la penumbra que lo rodeaba.

—Buenas tardes —saludó Elías—. Quería hablar con el señor obispo.

—Si busca al emérito, soy yo.

El hombre dejó el libro sobre su regazo. Según lo que había leído, el obispo debía de tener más de cien años, al menos veinte más de los que aparentaba. El anciano le indicó que se sentara en un sillón verde adornado con tapetes de ganchillo en los reposabrazos y el respaldo. La portera abandonó la estancia sin decir palabra, al tiempo que otra mujer mayor entraba con una bandeja de café y pastas. Su aspecto era algo más cuidado y su cara más simpática.

—Buenas tardes —saludó con voz dulce y una sonrisa.

—Buenas tardes —respondió Elías, con la sensación de haberse metido en un túnel del tiempo.

—Ambas son mis sobrinas —explicó el obispo—. ¿Quiere un poco de café?

Su voz resultaba melindrosa, pausada, excesivamente amable.

—Sí, gracias —y de verdad lo necesitaba, pero al instante se arrepintió de haber aceptado el ofrecimiento. La anciana sirvió con pulso trémulo el contenido de una cafetera italiana y les entregó una taza a cada uno, que se convirtió en una esquila que despedía un tintineo continuo entre sus convulsos dedos. Elías supuso que no tendrían lavavajillas y que la encargada del menaje podría ser aquella mujer a la que le fallaba la vista además de las manos o, peor aún, la simpática portera con pinta de haber sido concebida antes de la existencia del agua corriente.

—Usted dirá.

A pesar de su voz afable, su actitud era distante, casi a la defensiva, lo que a Elías le produjo cierto rechazo. No había meditado bien lo que iba a decir, así que tuvo que improvisar. El primer trago de café le ayudó a aclarar sus pensamientos.

—Como le he explicado a la señora portera, estoy trabajando para el obispado.

—Ella me ha dicho que es usted sobrino del actual obispo.

—Sí, así es —se sintió un poco ruborizado por haber utilizado ese recurso, aunque era la verdad—. Estoy investigando el robo de la Cruz de Caravaca y he pensado que quizás usted pudiera aportar algo al respecto.

La sobrina simpática se había acomodado en un sillón gemelo del que ocupaba Elías y, ataviada con unas gafas de culo de vaso, trabajaba en lo que parecía un vestido de muñeca. Aparte de los sillones solamente había una tele antigua sobre una mesa con ruedas, una librería y una estantería copada por diferentes figuritas del Niño Jesús, cada una vestida con un traje bordado o cosido a mano. Uno iba de marinero, otro con pantalón corto y camisa de rayas, con pantalón de pana, vestido de cristiano, con el traje de monaguillo, con esmoquin e incluso con uniforme militar. Había decenas, de diferentes tamaños y épocas.

—¿Le gusta la colección? —Se interesó el obispo.

—Sí, es curiosa.

—Mi sobrina la heredó hace ya varias décadas de una hermana que murió. Decidió continuar su legado con mucha paciencia —la mujer no levantaba la cabeza—, pero ahora ya no tiene a quién pasarlo. ¿Eh, Maravillas? —Gritó, y la mujer alzó la cabeza—. Digo que no sabes a quién pasar esta colección tuya.

—Bueno, a las monjas, a las Claras, a ellas les gustará. —La mujer volvió a su rutina.

—Se refiere a las de Caravaca. Dicen que ellas tienen una de las colecciones de Niños Jesús más importantes de toda España. Ellas conservarán su legado.

Elías conocía el fetichismo de algunas congregaciones femeninas que paliaban su deseo de ser madres desplazando sus cuidados hacia un niño de madera, cerámica o plástico. Suponía que esto las ayudaba a reforzar su fe, además de evitar que se volvieran locas.

—Retomando el tema que me trae aquí —continuó Elías—, me gustaría hacerle algunas preguntas con respecto al robo del *Lignum Crucis*.

—Ah, cierto. Como supondrá, poco puedo saber yo, aquello pasó cuando apenas era un niño y vivía con mis padres en un pueblo perdido de Valencia —su tono se volvió aún más suave.

—Pero después usted fue obispo de Cartagena.

—Y lo sigo siendo, joven. En cierta forma me vi obligado a retirarme, supongo que su tío le habrá puesto al tanto —apuntó con cierto resentimiento—, pero la verdad es que ahora me alegro de tener tiempo para la lectura y la meditación. Siempre estoy disponible para quien necesite un consejo, sin embargo parece que a nadie le interesa la opinión de este viejo. Por cierto, no recuerdo su nombre.

—Creo que no se lo he dicho, disculpe mi torpeza. Me llamo Elías y soy investigador y tasador de arte.

—Ah, Elías. ¿Y cómo sé que es usted realmente quien dice ser?

—Eso mismo me estaba preguntando yo con respecto a usted, porque aparenta por lo menos veinte años menos de los que se supone que debería tener.

El anciano se rio, balanceándose suavemente en su mecedora y mostrando una dentadura envidiable.

—Muy amable de su parte, joven.

—¿Podemos hablar ya sobre el tema que me trae?

—Creía que ya habíamos hablado de ello. Le he dicho que no sé nada al respecto. Para ser investigador no presta demasiada atención, ¿no cree?

Elías encajó la estocada que no esperaba de un obispo centenario retirado a la vida contemplativa.

—Perdone mi insistencia, pero un buen investigador no debe abandonar al primer quiebro. Las personas que contestan con evasivas y rodeos son normalmente las que más cosas tienen que ocultar.

—Joven, lamentándolo mucho, no tenemos más que hablar —zarandeó con rabia una campanilla que descansaba sobre una mesita junto a la mecedora.

—Discrepo, creo que tengo algo que le puede interesar.

Elías le alargó su móvil que mostraba la foto que había sacado antes de abandonar el palacio episcopal. En ese momento entró la sobrina-portera y con aspecto amenazante se dirigió hacia él.

—Le dije que no molestara al señor obispo, es muy anciano...

—Espera —ordenó el obispo elevando la mano—. Ahora te llamaré.

La mujer le dispensó a Elías una mirada rabiosa y se marchó de nuevo dejando la puerta entreabierta.

—Esto no demuestra nada —se defendió el obispo.

—Demuestra que su antecesor dio la orden de devolver la Cruz a la ciudad de Caravaca y que fue justo entonces cuando murió y usted pasó a reemplazarlo. Y que, por lo tanto, estando usted en el cargo, la orden fue archivada y nunca se llevó a cabo.

—Yo no tenía conocimiento de esa orden. Cuando hay un relevo algunas cosas se quedan pendientes, hay información que se traspapela, ya sabe, es normal. —El

anciano desvió la mirada, meditando—. Supongo que a alguien le interesaría ocultármela para que no se ejecutara.

—¿Sabe lo que creo? Creo que si hubiera sido así la habrían destruido. Sin embargo, si hubiera entrado un nuevo obispo y hubiera anulado la orden del anterior en contra de la opinión del secretario, quizás este la habría escondido con la esperanza de que algún día alguien la descubriera e hiciera justicia.

—Eso es una sarta de tonterías.

—Medite bien sus palabras. —Amenazó Elías—. Mi tío está al corriente de toda la historia —mintió— y espera a conocer sus respuestas para decidir cómo actuar.

—¿Y por qué no ha venido su tío? —Preguntó despacio mientras le devolvía el móvil. Sintió el peligro en aquellas palabras.

—Parece mentira que lo pregunte usted. Está preparando la visita papal, como es lógico. Y yo soy de su plena y absoluta confianza.

—Ya, es usted un muchacho muy insolente y maleducado, diría yo. Un claro ejemplo de la sociedad en la que vivimos. Jovenzuelos que no respetan a los mayores, que no respetan la tradición, incapaces de apreciar el legado. Nosotros éramos diferentes, nuestra generación lo era. —Elías comenzaba a impacientarse pero decidió dejar que se desahogara—. Mírela a ella —señaló con la cabeza a su sobrina—. Ha continuado el legado de su hermana. ¿Por qué? Porque entiende que es su responsabilidad, en ese trabajo está su memoria y si lo abandona, estará relegando a su hermana al olvido. Todos tenemos un legado que transmitir, la experiencia de toda una vida, pero ¿de qué sirve si no hay a quien transmitirlo? ¿Usted sabe cuál es su legado? Qué va a saber. Los jóvenes no piensan en nada más que en pasarlo bien, emborracharse y fornicar con la primera desvergonzada que se presente.

—Disculpe, yo soy creyente.

—No, tú no lo eres —comenzó a tutearle a la vez que se abalanzaba hacia él echando chispas por los ojos—, puedo verlo. ¿Serías capaz de rechazar al Demonio como hizo Jesús en el desierto? No lo creo, no tienes la fortaleza que hace falta para ser católico. —De repente, Elías se estremeció al recordar la atracción que sentía hacia Alicia Silva, al pensar que seguía investigando el robo del cuadro en contra de la voluntad de su tío, al evocar las palabras de Midas, *Cara de ángel y corazón de diablo*. ¿Y si aquel anciano tenía razón? ¿Y si no era un buen católico? ¿Y si tenía una voluntad débil, al contrario de lo que siempre había pensado? ¿Y si no era capaz de resistirse a la tentación del diablo?—. Solo los fuertes de espíritu pueden ser verdaderos católicos, aquellos que siguen el camino recto a pesar de las burlas y la hilaridad de los demás, aquellos que no se desvían a pesar de las críticas y las tentaciones. Jesús caminó sobre las aguas como un católico camina sobre el desprecio de sus semejantes. Yo soy católico, asumo esa responsabilidad e intento transmitir el legado.

Elías se quedó meditando un instante sobre aquellas palabras. De alguna forma le había calado, le había hecho preguntarse si realmente era un buen católico y de

repente no estaba tan seguro. Observó al anciano y entonces recordó el motivo que lo había llevado allí y todo aquel discurso se le antojó una sarta de tonterías.

—Y usted se considera católico, de vida recta y conducta intachable. Menudo ejemplo.

—No te consiento que me faltes al respeto.

Cogió la campanilla, pero Elías continuó antes de que pudiera zarandearla.

—Usted tiene la Cruz de Caravaca y no piensa devolverla al pueblo al que pertenece. ¿Cuál es su legado? ¿Ser un ladrón?

—Tú no lo entiendes.

—Explíquemelo.

—La Cruz nunca ha pertenecido al pueblo, sino a una minoría, a aquellos cristianos verdaderos que sienten su poder y la veneran como parte de la vida de Jesucristo. El pueblo ha olvidado su verdadero significado para convertirla en objeto de sus pasiones y burlas, una excusa para llevar a cabo sus liturgias de charanga y pandereta. Se disfrazan de moros y de cristianos, con armaduras y pedrerías falsas para honrar la Cruz en la que sufrió y murió Nuestro Señor. Engalanan jamelgos para hacer carreras, mientras la gente bebe y grita sin miramientos, dando rienda suelta a todas sus pasiones. ¿No lo entiendes? La Cruz ya no les pertenece, la han transformado en un vellocino que utilizan para sus festejos paganos, para un sacrilegio, para dar rienda suelta a todos sus pecados.

—¿Sus pecados?

—Lujuria, promovida por el alcohol. Envidia, por ver quién luce el mejor traje. Soberbia, por ganar una estúpida carrera. Gula, durante una festividad que debería estar presidida por el ayuno. Ira, en las reuniones del cabildo. Han perdido el norte. Han olvidado el legado de siglos y siglos.

—Al menos no cometen avaricia ni pereza —se permitió bromear y el obispo le lanzó una mirada que le quitó las ganas de volver a intentarlo—. El hecho es que la Cruz debe volver al santuario al que pertenece y usted no tiene autoridad para decidir quién debe o no tener acceso a ella.

Hizo sonar la campana y al instante apareció la portera, que debía de estar esperando fuera.

—Como usted quiera —lanzó su última amenaza mientras se ponía en pie—. Mañana volveré y si no me entrega la Cruz, haré público el documento y la entrevista que acabamos de mantener. —El obispo lo miró con ojos vidriosos. A pesar de ser tres ancianos, todos ellos, hasta la sobrina con aguja de ganchillo, le parecieron terriblemente amenazantes. El viejo se levantó sin dificultad de la mecedora, apenas alcanzaba el metro sesenta, y sus manos se le antojaron como garras. El libro cayó al suelo sin que le prestara atención. Elías sintió un miedo irracional e incomprensible, se apoderó de él el convencimiento de que no lo dejarían salir de allí—. Tengo un micrófono en el bolsillo que envía una señal a mi ayudante que se encuentra fuera del edificio. Lo está escuchando todo y lo está grabando.

El hombre se detuvo en seco y alargó hacia él un dedo retorcido.

—Haz lo que tengas que hacer, muchos antes que yo fueron mártires. Pero te advierto que yo no poseo la Sagrada Reliquia. Hace muchos años que fue devuelta a la ciudad donde pertenece. A la ciudad, a una congregación, pero no al pueblo.

—¿Qué quiere decir?

—La Cruz descansa en el convento de las Madres Carmelitas Descalzas de Caravaca. Ellas la custodian. —Sonrió—. Y no creo que quieran hablar contigo.

—Eso lo tendré que comprobar por mí mismo. Y le advierto que si me ha engañado volveré. Y la próxima vez no vendré solo.

Se sintió ridículo y avergonzado por amenazar de aquella manera a un pobre anciano de más de cien años, un personaje aparentemente afable, capaz, sin embargo, de sacarlo constantemente de quicio. Avanzó hacia la salida sin necesidad de que la portera le indicara el camino. Anduvo por pasillos y escaleras bajo la atenta mirada de vírgenes y cristos hasta alcanzar la puerta que abrió él mismo, siendo deliberadamente maleducado, para salir a la calle vacía y respirar, a salvo, el frío de la noche.

Mientras Damián y Doris se duchaban, L se coló en su caravana y se hizo con el colgante de Flora. Lo cogió con una bolsa, con mucho cuidado de no dejar sus huellas ni borrar las que llevaba. Después lo aderezó con un puñado de tierra y unas cuantas hojas del bosque y antes de abandonar el pueblo lo dejó colgado en la puerta del bar.

La siguiente parada la hicieron en un pueblo cerca de Logroño. L se sentía mal por lo que había sucedido con Flora. Había congeniado muy bien con ella y le iba a explicar quiénes eran los agotes, de dónde venía ella, quiénes habían sido sus antepasados. Y entonces Damián y Doris la habían matado, impidiendo que volvieran a verse al día siguiente, que le ofreciera aquellas explicaciones, que le transmitiera sus conocimientos. Y ella en un acto impulsivo, visceral, sin ninguna lógica, había contradicho las órdenes de su tío traicionando a los suyos, dejando una pista muy clara del asesinato de Flora para que los culpables pagaran por ello. Y ahora no estaba segura de haber obrado bien, no estaba segura de haber hecho lo correcto. En ese momento Deli se acercó a ella y se sentó a su lado, mostrando una sonrisa amarga.

—¿Cómo estás?

—Bien —L desvió la mirada, sin mucha convicción—. Regular, la verdad.

—Yo también, no comparto la postura de la comunidad en este asunto. —Deli llevaba unas cartas de tarot en las manos, que comenzó a barajar—. La lealtad no puede estar por encima de la justicia, eso rompe la escala de valores. No puede traer buenas consecuencias.

—Yo conocía a la chica —L se emocionó, estaba a punto de llorar—. Me habló del símbolo de la pata de oca, de los agotes, ¿has oído hablar de ellos? —Deli negó con la cabeza—. Por lo visto eran unos marginados y puede que sean nuestros antepasados.

—¿Nuestros antepasados, unos marginados?

—No sería tan raro, ¿no? Casi lo somos ahora, la gente no nos desprecia, pero vivimos al margen de la sociedad. —Se acarició la oreja—. Me dijo que los agotes no tenían lóbulo en la oreja.

Deli la imitó.

—Ahí va. Nunca había reparado en ello.

—Pues ya ves, parece que es algo que compartimos todos los del circo, que compartimos con esos agotes.

—Si quieres te puedo leer las cartas —dejó de barajar y se las ofreció a L, que se quedó mirándolas durante unos segundos, pensando en sus palabras. *Leer las cartas... leer.* Flora le iba a traer unos libros que hablaban de los agotes y del yoga, quizás podría encontrar libros similares en una biblioteca. Se puso de pie.

—¿Crees que tendrán biblioteca en este pueblo?

—No tengo ni idea —Deli se sorprendió por la pregunta, mientras L echaba a caminar—. Oye, ¿qué pasa con las cartas?

—Esta tarde me las lees, la verdad es que tengo unas cuantas consultas que hacerte.

L dio una vuelta por el pueblo y tras preguntar a un par de personas no tardó en encontrar la biblioteca, situada junto al colegio. Se trataba de un edificio de ladrillo con muy poco encanto, el mismo que la mayor parte de los libros que albergaba. Se decidió por una enciclopedia y hojeó hasta la palabra agote. *Dícese del individuo de una raza que habita en el Valle de Baztán*. Se acercó a la bibliotecaria.

—Perdone, ¿hay algún libro que hable de los agotes?

La mujer, que en un mundo de libros se dedicaba a hacer punto, la observó con cara impasible tras su maquillaje excesivo y la permanente de su pelo. Recorrió su cuerpo de arriba abajo, arrugando la nariz al pasar por su minifalda roja y su blusa escotada.

—¿Cómo?

—Quería decir que si tienen alguna enciclopedia más completa o libros que hablen de tradiciones del País Vasco y Navarra.

—Solo lo que hay en las estanterías —volvió a sus agujas sin mucho interés.

—¿Y hay otra biblioteca en el pueblo?

Esta vez le lanzó una mirada de indignación.

—Sí, la hay, pero es privada.

—¿Me puede decir dónde?

—La biblioteca de Don Isidoro, tiene fama en toda la redolada.

—¿Y dónde puedo encontrarla?

—En la colina, su casa se llama como él, *El Mirador de Don Isidoro*.

—¿Y vive solo este señor?

—Sí, lleva de viudo más de veinte años.

—De acuerdo, muchas gracias.

L dejó atrás el edificio anodino de la biblioteca y se encaminó a la colina. No tardó en alcanzar el muro de piedra que rodeaba la casa. Apretó el botón del portero electrónico.

—Sea lo que sea que vende no me interesa —contestó alguien y colgó. Ella volvió a insistir—. ¿Qué quiere?

—Venía a hablar de libros.

Se produjo un silencio de unos segundos y se abrió la puerta. L la cerró a su espalda y caminó a través de un jardín salvaje, donde crecían las hierbas alrededor de los árboles sin ningún control. Desde allí se observaban todos los viñedos que rodeaban el pueblo. Un hombre salió a su encuentro. Abrió los ojos como platos al verla y su cara arrugada se estiró tras unas gafas de pasta, quitándole al menos diez años. Vestía pantalón de pinzas y camisa blanca, que estilizaban aún más su cuerpo delgado y algo encorvado.

—Pasa, pasa —le pidió con amabilidad y mientras L caminaba a su lado, no dejó de mirarla—. Debes de ser obra de un nacimiento virginal. —A L le llamó la atención esa expresión, ¿no era una contradicción?—. ¿Te has escapado de un museo?

—Sí, y tengo que volver antes de las ocho. —Se sintió halagada y supuso que ya lo tenía en el bote. Llegaron al salón, donde se acomodó en un sofá.

—Traeré algo para beber —abandonó la sala, mientras continuaba—, por tu edad supongo que un vaso de leche.

—No, espere —L se quedó con la palabra en la boca.

Al poco volvió con un plato de queso y una botella de vino.

—No me quedaba leche, así que he traído zumo de uva. —Ella sonrió, iba a contestar pero Don Isidoro se adelantó—. No hace falta que me lo agradezcas, si de algo me alegro hoy es de no ser tu padre. —Sirvió las dos copas y le acercó una a ella—. No hay nada como una buena conversación regada por un buen vino. Y no es una metáfora, el vino incrementa la elocuencia hasta una belleza grotesca. —Hicieron un brindis y L vació su copa de un trago. Él la observó con sorpresa y con una sonrisa volvió a llenarla—. Me fascina el equilibrio inestable que derrochas en cada movimiento. ¿De dónde has salido? ¿Eres alguna especie de celebridad desconocida?

—Me han dicho que usted tiene la mejor biblioteca del pueblo.

—¿Ah, sí? Pues te han mentado con la verdad más grande del universo.

Ella lo miró sorprendida y algo enfadada. ¿Le estaba tomando el pelo?

—¿Tiene una biblioteca o no?

—En realidad es la biblioteca la que me posee a mí. —Don Isidoro sonrió con ironía y ella le devolvió la sonrisa—. ¿Alguna vez te has deleitado con el tacto del pergamino, con la suavidad del lomo de piel? —Cogió un libro de encima de la mesa y se lo acercó. Pasó el dedo sobre la cubierta y ella lo imitó, cerrando los ojos y dejándose llevar por las sensaciones—. Los libros son mi vida y también son mi muerte.

—¿Qué quiere decir? —L observaba a aquel hombre con mucha curiosidad. A pesar de la incertidumbre que le creaba, le parecía un personaje muy peculiar e interesante.

—Hace muchos años que solo vivo a través de ellos, que estoy muerto en el mundo real, para vivir solo dentro de sus páginas amarillentas.

—Es una elección muy bonita.

—No es una elección, es una imposición.

—¿De quién? —L no entendía nada.

—Del tiempo. No puedo morirme antes de leer todos los libros que poseo.

—Pues espero que no le queden muchos —L intentó copiar el tono irónico de su interlocutor, pero temió haber sido un poco brusca. Él, sin embargo, se rio encantado y se puso en pie.

—Coge tu copa y acompáñame. —Don Isidoro llevó la suya y la botella de vino. Se adentraron por una puerta hasta una habitación el doble de ancha que el salón y

que ocupaba las dos alturas de la casa. Las cuatro paredes estaban forradas de estanterías de libros, a excepción de las dos puertas que permitían el acceso y una ventana.

—¡Guau, qué pasada!

Había una escalera que se movía por un raíl a lo largo de las cuatro paredes y dos sillones orejeros, cada uno con su lámpara de pie y una mesa auxiliar a su lado. Los libros parecían ordenados por edades, desde los más nuevos abajo, hasta los más antiguos que rozaban el techo, como una alegoría de la vida.

—Bienvenida a mi templo de la ignorancia.

—Será de la sabiduría.

—¿En serio? —Sonrió. Todo el rato jugaba con ella y ella mordía el anzuelo sin poder evitarlo—. Este es un templo dedicado a los ignorantes, a los que buscamos respuestas. Solo aquellos que se consideran sabios, que creen saberlo todo, no necesitan de sus servicios. ¿Cuál es tu desconocimiento?

—Estoy buscando información sobre un grupo de gente originaria del Valle de Baztán, una raza maldita, marginada durante años...

—Bueno, si no son los vascos, serán los agotes.

—Exacto —L se puso muy contenta, por fin empezaba a creer que había ido al lugar adecuado.

Don Isidoro movió la escalera hasta una de las puertas y le pidió a L que buscara un título en las estanterías más altas, *Gafos, de Albi a Baztán*. Ella obedeció y se percató con regocijo de las miradas que le dedicaba por debajo de la minifalda. En ese momento le hubiera gustado no llevar bragas.

—No lo encuentro —se quejó al fin—. ¿Seguro que está por aquí?

Don Isidoro pasó el dedo rápidamente por la estantería que tenía enfrente.

—Ah, pues tienes razón, me he confundido. —Sacó un libro que quedaba a la altura de su cabeza—. Si estaba aquí abajo. En fin, la longevidad de mi joven cabeza no perdona.

L bajó de la escalera con una sonrisa y observó el volumen grande y pesado que mostraba el título sobre una encuadernación en piel algo deslucida por el paso del tiempo. Se acomodaron en ambos sillones y él comenzó a hojearlo.

—Los agotes provenían de Francia. Allí eran conocidos como *cagots*, una raza marginada durante muchos siglos. Aquí se les dio diversos nombres, como agote o gafo —levantó los ojos del libro—. De ahí viene la palabra gafe, pero seguro que tú ya lo sabías —L negó con sorpresa. Resulta que los agotes estaban más presentes en la vida diaria de lo que nadie hubiera imaginado—. Tenían fama de gozar de un aliento fétido, de perfumar con su hedor allá donde iban y de regalar su mal por el simple contacto de manos y pies. Por ello se les prohibían todos los empleos relacionados con la comida, la agricultura, la ganadería y cualquier otro que implicara posibilidad de contagio. Podían poseer tierras, pero no vender los productos agrícolas, por lo que normalmente se dedicaban a la construcción, la arquitectura, la

música y el baile y algunas mujeres, en casos especiales, a la sanación. Los despreciaban por doquier y cuando llegaban a algún pueblo sus habitantes quemaban manojos de paja para no contagiarse de la supuesta peste que padecían. Pensaban que la gafedad provocaba que se encorvaran las manos y los pies convirtiéndolos en garras. —L observó instintivamente sus manos y no descubrió nada parecido—. Para distinguirlos les obligaban a llevar una pata de oca bordada en paño rojo y cosida sobre el hombro del vestido.

—Pero, ¿por qué se les marginaba? —L estaba intrigadísima con aquella historia, era fascinante—. ¿De verdad estaban enfermos?

—Sí, estaban enfermos en la mente de la gente. Estaban enfermos porque alguien se había encargado de hacer creer a todo el mundo, incluso a ellos mismos, que lo estaban. —Cerró el libro y se lo entregó a ella, que lo abrió al azar. Descubrió un grabado que representaba a un grupo de personas entrando a una iglesia por una puerta minúscula—. La xenofobia era fruto de la superstición y de la igualitaria discriminación que voluntariamente impuso la Iglesia Católica. Ahí tienes muchos datos —señaló el libro—, como que en el registro de su nacimiento se indicaba expresamente su condición de *cagot*. Esta persona quedaba marcada para toda su vida. Su bautismo se realizaba en una pila distinta a la del resto. Solo podían acceder al templo a través de una puerta secundaria, tan grande que les obligaba a inclinarse y a humillarse con dignidad. Una vez dentro se les reservaba un lugar privilegiado en las primeras filas más alejadas del altar, relegado a las confortables sombras de las zonas más oscuras, a veces, situados tras una reja que evitaba que nadie les molestara. En algunos casos se les concedía la prebenda de darles la comunión mediante un bastón, pues el propio sacerdote prefería mantener las distancias. Para colmo de gracias, se les prohibía el entierro en lugar sagrado.

—La Iglesia dejaba patente delante de toda la comunidad su condición de ciudadanos de segunda —razonó L.

—Sí, aunque por suerte para ellos la Iglesia Católica no tenía ningún peso en esa época.

—Estamos hablando de la Edad Media en Francia y España... —L observó su sonrisa y comprendió que no había pillado la ironía—. Pero no lo entiendo. ¿Qué interés tenían en marginar a esta gente?

—Esa es la otra gran cuestión. Si te lees el libro verás que hay muchas teorías al respecto, sin embargo, como suele suceder, la más absurda y descabellada de todas es la única que tiene sentido, porque encaja a la perfección con el momento histórico en que aparecen los *cagots*.

—¿Qué teoría?

—Que son los descendientes de los cátaros.

—¿Los cátaros? Aquí vamos de un enigma en otro.

—¿No has oído hablar de los cátaros?

—No.

—Pues ese libro es aún más aburrido y mucho más antiguo. —Se puso en pie—. Tendrás que volver a subirte a la escalera.

—Si ese es el precio de la información, me parece muy barato —L le lanzó una mirada provocativa, desafiante, separando un poco los labios mientras pasaba a su lado. Por un segundo Don Isidoro se quedó sin palabras y ella se sintió poderosa. Se acercó a la escalera y él se colocó a su espalda.

—Sube hasta media altura más o menos y busca el título *La Cruzada Albigense*.

—Antes he estado a punto de caerme. Me pondré un poco más cómoda, por si acaso. —Y ni corta ni perezosa, metió las manos por debajo de la minifalda y lentamente deslizó sus bragas a lo largo de las piernas. Las dejó caer al suelo, junto a sus pies—. Ahora estoy mejor.

La cara de Don Isidoro era lo más gracioso que había visto en los últimos años. El hombre se quedó mirándola con los ojos muy abiertos, sin decir palabra, y se tocó la barbilla con la mano trémula, apretando con fuerza para descubrir si aquello era un sueño. L se giró y subió la escalera, sin prisa, moviendo el trasero de un lado a otro mientras separaba un poco las piernas. No necesitó mirar para saber que a Don Isidoro estaba a punto de darle un infarto. Bajó con el libro en la mano y se lo entregó a él, que lo utilizó para ocultar la inflamación de su bragueta. Rápidamente se sentó en su sillón y se colocó el libro sobre las piernas. Ahora sí parecía nervioso.

—¿Dónde estábamos? Ah, sí, los cátaros. —Le entregó el libro a ella. L observó que no había desaparecido el bulto de sus pantalones—. El libro es para ti, yo ya me lo sé. Los cátaros surgieron como un movimiento religioso interesado en seguir de una manera mucho más fiel la palabra de Jesús. Eran gnósticos y como tales renunciaban tajantemente a todo lo material, pues lo consideraban impuro, siendo lo único bueno el mundo espiritual. Lo increíble fue que a pesar de estas creencias comenzaron a ganar adeptos muy rápidamente, dejando en evidencia a la Iglesia Católica, que no tardó en bendecirlos como herejes. Al pobre papa Inocencio III no le dejaron otra alternativa que organizar la Cruzada Albigense y, como premio por ser los seguidores más fieles que había tenido Jesús, se dedicó a masacrarlos con el único objetivo de que pudieran reunirse lo antes posible con su maestro. Los pocos cátaros que sobrevivieron fueron recompensados con la clandestinidad, con la imposición voluntaria de convertirse al cristianismo y con una nueva forma de discriminación, cuando los bautizaron con el nombre de *cagots* o *agotes*.

L esperó unos segundos a que continuara.

—¿Y?

—¿Cómo que y? Si quieres más detalles tendrás que leer los libros.

L se puso en pie, abandonando ambos volúmenes sobre el hueco del sillón que aún conservaba la forma de su trasero. Se acercó a él.

—Entonces, supongo que no le importará que me los lleve. —Se detuvo junto a Don Isidoro y le acarició la cara. Él colocó una mano entre sus piernas y comenzó a subir lentamente, hasta perderse bajo la minifalda. Ella le regaló un gemido.

—Ya los he leído, puedes llevártelos siempre que me los devuelvas.

—No, creo que no lo ha entendido. —Se puso de rodillas delante de él, le separó las piernas y le bajó la cremallera. Don Isidoro temblaba como si estuviera helado de frío—. Ahora yo le voy a explicar por qué me los va a regalar.

—Esto es una violación consentida.

L volvió al circo cargada con tres libros, pues Don Isidoro se había quedado tan contento que la obsequió además con un ejemplar de autoayuda, *El Oxímoron, aprende a vivir con ironía*. Se cruzó con Deli, que le recordó que tenían pendiente la lectura del tarot, pero ella se disculpó alegando que era muy tarde y aún tenía que preparar la cena. En realidad estaba deseando atacar cada uno de aquellos textos y así lo hizo nada más llegar a su caravana, donde se encerró durante cuatro días en los que solo salió para hacer el espectáculo. Cuando concluyó sus lecturas, decidió hablar con su tío, necesitaba una explicación y sabía que él era quien mejor podría dársela. Sin embargo, después de su número, justo cuando se disponía a interrogarlo, Deli se adelantó y la asaltó a ella.

—¿Me estás evitando? —Su amiga parecía algo molesta.

—Nada de eso, ¿por qué lo dices? —L observaba a su tío de reajo, nerviosa, porque estaba recogiendo las cosas y seguramente se iría al bar en cualquier momento.

—Hace ya cinco días que te espero para echarte las cartas. Tengo un presentimiento, necesito echártelas.

—¿De qué estás hablando?

—Es una idea que retumba en mi cabeza y no me deja en paz. No podré descansar tranquila hasta que te las haya leído.

Su tío se marchó en ese momento. L estuvo a punto de salir corriendo tras él, pero se detuvo y se giró hacia su amiga, resignada.

—Está bien, espero que tengas algo bueno que decirme.

Cuando Deli concluyó, L se sentía mal y bien al mismo tiempo. Se había pasado más de dos horas escuchando anécdotas de su pasado, presente y futuro, muchas de las cuales ya sabía, otras ni se las imaginaba, la mayoría no las había entendido, algunas las había inferido de su propia experiencia y el resto no le habían servido más que para despertar nuevas dudas, obligándole a reflexionar sobre el sentido de la existencia y los objetivos vitales. *Todos tenemos una misión en la vida*, le advirtió Deli, *espero que encuentres el camino para cumplir la tuya*. Estaba hecha un lío, había historias de su pasado que desconocía por completo y aunque Deli había abierto una puerta, aún necesitaba atravesarla con respuestas más concretas. Así que se despidió de su amiga y echó a correr hacia el bar del pueblo, donde encontró a su tío

bebiendo con unos amigos. Le preguntó si podían hablar y se sentaron en una mesa aparte.

—¿Quiénes somos?

—¿Qué quieres decir? —Su tío atacaba una botella de vino ya más vacía que llena.

—¿De dónde venimos? ¿De verdad somos escoceses?

—No, L —su tío la miró a los ojos—. Escocia solo es el nombre del circo, no tiene nada que ver con nosotros.

—Entonces... —Pensó en la lectura de cartas de su amiga—. Yo he pasado toda mi vida en este circo, pero habrá algo anterior, alguna vez os he oído hablar de un pueblo...

—Así es, venimos de un pueblo de Navarra.

—¿Y por qué os marchasteis de allí?

—No tuvimos más remedio.

—¿Por qué?

—Está bien, supongo que ya tienes edad para saber lo que ocurrió. Ponte una chaqueta y vente conmigo.

L se acercó a la caravana. Cuando salió, su tío la esperaba subido en la moto. Apuró la botella de vino de un trago. Con su chaqueta de cuero y su barba de días presentaba un aspecto atractivo y descuidado.

—Vamos. —Le tendió la mano y ella subió detrás—. El pueblo está a menos de dos horas de aquí. Te enseñaré la casa donde vivíamos. Y allí te contaré lo que pasó con tu madre.

Aunque era ya tarde, cerca de las ocho, decidió dar un paso más y quitarse de encima el malestar y la inquietud que le había producido la entrevista con el obispo emérito. Llamó a Alfredo, que le informó de que su tío estaría disponible en media hora. Le envió un mensaje a Caridad diciéndole que llegaría tarde a casa, que no lo esperara para cenar. Se quedó mirando la pantalla, intuyendo alguna mala contestación. Sin embargo, solo recibió un escueto Ok.

Se acomodó en un banco frente a la catedral mientras se hacía la hora. Se hallaba muy cerca de resolver un misterio de casi cien años y esto le producía una gran satisfacción, aunque por otra parte tenía el presentimiento de que algo se le escapaba. Y estaba demasiado cansado para deducir qué era, demasiado nervioso para pensar con claridad.

La plaza se mostraba bulliciosa a aquellas horas, ejecutivos que volvían del trabajo, dueños que paseaban al perro, amigos que tomaban un café, turistas que admiraban la catedral, viandantes que disfrutaban de la intimidad de la ciudad al anochecer. Reparó en una mujer de unos cincuenta años que lucía una figura poco atlética, ceñida por unas mallas floreadas y una chaqueta corta de cuero. Elías cabeceó en señal de desaprobación. El mundo ya era lo suficientemente feo como para encima provocarle acné apostá.

Sonó el teléfono, su tío lo esperaba. En un par de minutos llegó a su despacho. Se mostraba cansado, al igual que él. La mesa, despejada a primera hora de la tarde, presentaba ahora decenas de documentos apilados sin orden.

—¿Cómo va todo? —Preguntó su tío al oírlo entrar, sin levantar la vista de los papeles.

—Bien, tengo novedades.

—¿Y Caridad, cómo se encuentra? —No parecía tener prisa por escucharlas.

—Bien, ahora que ha sacado la plaza vive fenomenal.

—Me alegro. —Su tío abandonó al fin sus lecturas para prestarle atención—. Primero hay que ocuparse de lo primordial para después centrarse en lo importante.

—Claro, tío.

—Bueno, cuéntame. ¿Ha sido provechosa tu visita al archivo?

—Mucho. He elaborado una hipótesis bastante fiable sobre el robo del *Lignum Crucis* y dónde se encuentra.

—Excelente. —Su tío parecía contento de verdad—. Continúa.

—La Cruz fue robada la Noche de Carnaval de 1934, según mis deducciones, por dos personas que actuaron de forma conjunta, el capellán don Ildefonso y el hermano mayor de la cofradía. El propósito no era otro que protegerla de los saqueos, para devolverla una vez pasados esos años de revueltas.

—Sin embargo nunca se devolvió.

—Bueno, en realidad, sí. Como sabe, el capellán murió cuando comenzó la Guerra, tan solo dos años después del robo, así que el secreto de la Cruz acabó en manos únicamente del cofrade.

—¿Y él se la quedó? —Esta parte ya se la había explicado. Era evidente que con todos los líos de la visita papal su tío no se encontraba muy centrado.

—No. Como había prometido, la protegió durante todos los años de la Guerra y algunos posteriores. La devolvió al obispado en 1946, poco después de que el Papa Pío XII entregara una nueva astilla para reemplazarla.

—Ah, sí. —Su tío puso cara de disgusto, se notaba que no le gustaba el cariz que tomaba la historia—. Entonces, ¿lo has confirmado?

—Sí. El obispo debía encargarse de devolverla a Caravaca, pero se lo tomó con calma. Finalmente firmó la orden en el año 1955. Encontré el documento en el archivo, curiosamente en un tomo que no le correspondía, como si alguien lo hubiera escondido. Justo entonces el obispo murió y lógicamente otro pasó a ocupar su lugar, otro que decidió unilateralmente anular la orden de su antecesor y no devolver la Cruz.

—¿De quién estamos hablando? —Se interesó con prudencia.

—De vuestro antecesor, el actual obispo emérito.

—¿Has ido a molestar a Don Anselmo?

Elías se sorprendió de que su tío hubiera intuido sus movimientos con tanta facilidad. Seguramente lo conocía mejor de lo que él pensaba.

—No le he molestado... demasiado. En fin, ¿qué podía hacer? Esto forma parte de mi trabajo.

—No, ese no es tu trabajo, es el mío. —Su tío se echó sobre la mesa en actitud amenazante. Su tono permanecía tranquilo, aunque su voz denotaba autoridad—. Tú investigas, informas y yo tomo las decisiones. ¿Está claro? —Elías asintió e iba a decir algo cuando su tío le interrumpió—. ¿Dónde está la Cruz?

—No la tengo aún, quería consultar con usted el siguiente paso.

Su tío relajó la expresión y casi se le escapó una sonrisa. Volvió a recostarse en su sillón.

—Está bien, continúa.

—Don Anselmo dijo haberla entregado a las Madres Carmelitas Descalzas de Caravaca.

—¿Me estás diciendo que durante todo este tiempo Don Anselmo sabía dónde se encontraba la Cruz?

—Eso creo.

—Bien, hijo, bien. Has hecho un buen trabajo. Si estás en lo cierto, esta misma noche dejaremos el asunto zanjado.

—Es un poco tarde —se disculpó Elías—. Había pensado volver a casa a descansar.

—Claro —su tío se mostraba alegre—. Vuelve a casa con tu mujer, una buena esposa nunca debe estar desatendida. Mañana mismo puedes enviar la factura por la investigación.

—Pero...

—¿Qué sucede?

—Había pensado acercarme mañana al convento para hablar con la priora.

—Ya has hecho más que suficiente por esta causa. Ahora vete a casa y descansa.

—No me cuesta nada pasarme mañana y hablar con ella.

—Elías, se trata de una cuestión muy delicada que debe tratarse con la mayor discreción. Y eso solo es posible desde dentro de la propia Iglesia. Además, son monjas de clausura. ¿Por qué crees que iban a aceptar entrevistarse contigo?

Sabía por su tono que la discusión había finalizado, así que no insistió más. Cuando su tío tomaba una decisión, nada ni nadie podía hacerle cambiar de opinión.

En eso se parecían.

Así que Elías asintió con humildad y se despidió afectuosamente. Antes de subirse al coche, quitó el dispositivo de seguimiento que le habían puesto los Camareros y lo dejó sobre el salpicadero. Salió del obispado a toda velocidad y avanzó junto al cauce del río. En el primer semáforo abrió la ventanilla y pegó el dispositivo de seguimiento en un coche detenido a su lado. Cuando se puso verde, él siguió recto mientras el otro cruzaba el puente del Barrio del Carmen. Suponía que eso sería suficiente para despistar al tipo que lo seguía. Cogió la autovía en dirección a Cartagena y, al poco, puso el intermitente para tomar otra salida. El cartel indicaba hacia Mula y un poco más abajo, con letras más grandes, a Caravaca.

XI. LA FUERZA



Cuando L y su tío abandonaron el pueblo de sus antepasados montados en la Harley, ella aún no se podía creer lo que había pasado con su madre. Había algo que no terminaba de cuadrarle en aquella historia. Aún no sabía exactamente el qué, pero no terminaba de cuadrarle.

Atravesaron toda Navarra y parte de La Rioja. Al final del verano aquellos paisajes ya comenzaban a adquirir los colores característicos del otoño. Verdes, violetas, rojos, marrones y naranjas se fundían en una paleta de colores que daba vida a las hojas de los árboles y los campos de cultivo, recreando un paisaje de ensueño, como si estuvieran dentro de un cuadro, en el que sus propias vidas se iban pintando a cada instante. Cuando llegaron al circo lo encontraron desierto. Entonces repararon en los precintos de la Guardia Civil que decoraban todos los vehículos, y en el cepo que los inmovilizaba. Su tío rompió las cintas y entró en su caravana. L le siguió. Lo encontraron todo patas arriba, los armarios y cajones abiertos, las sábanas por el suelo, los colchones rajados.

—Coge tus cosas, tenemos que irnos.

—¿Qué ha pasado? —L simuló no entender nada.

—Habrán descubierto el cadáver que dejamos en el bosque. Supongo que estarán todos en la cárcel.

—Pero no tienen pruebas de nada —L pensó en el colgante con el símbolo de la paz que había dejado en la puerta del bar—. En todo caso, si encuentran algo podrán acusar a Doris y a Damián, los demás no han tenido nada que ver.

—Nos pueden acusar de encubrimiento.

—¿Qué?

—No podemos seguir con el circo, tenemos que desaparecer. Coge tus cosas. Se acabó. No volveremos más.

—Pero no podemos abandonarlo. El circo es nuestra forma de vida, ¿qué vamos a hacer ahora?

—No te preocupes, sobreviviremos. Ya nos vimos obligados a abandonar el pueblo, esto es lo mismo.

—¿Lo ves? —L se mostró muy enfadada de repente—. Te dijimos que Damián y Doris tenían que pagar por lo que habían hecho, hay que hacer justicia. Ahora, por su culpa tenemos que pagar todos, nos vemos despojados de nuestro trabajo, de nuestras casas.

—No sigas por ese camino, L. Ya te lo advertí. En el Circo Escocia nos regimos por nuestras propias normas y una de las principales es que no se abandona a ningún miembro de la comunidad. Damián y Doris iban a ser juzgados...

—¡Sí, en asamblea, ya me lo has dicho! —L levantó la voz, parecía fuera de sí—.

¿Y qué pasó con mi madre? ¿Por qué se suicidó?

—Ya te lo he dicho. Tu madre estaba perdidamente enamorada de tu padre. Cuando descubrió que la había engañado, que la había utilizado para arrebatarnos todo lo que teníamos, no pudo soportarlo. Encima estaba embarazada de él. Aquello fue el colmo.

—Ya. Y estaba tan deprimida, tan decaída, se sentía tan mal, que planeó cuidadosamente su suicidio. —L hablaba con mucha rabia. Su tío la observaba desconcertado. Buscó una botella de vino y le asestó un buen trago—. Se fue a un hospital para cortarse el cuello y asegurarse de que la hija que llevaba dentro sobreviviera.

—¿Qué quieres decir?

Mientras observaba a su tío, L comenzó a mover la nariz, como si estuviera oliendo.

—Hay algo que no me cuadra. —Continuaba moviendo la nariz.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo huelo, entiendes, soy capaz de olerlo.

—¿De qué estás hablando?

—No es algo racional, es simplemente una intuición, no sé, será el sexto sentido de las mujeres, pero a mí me entra por la nariz y esta historia huele mal, muy mal. Si mi madre hubiera estado de verdad tan deprimida, si se hubiera sentido tan culpable por lo que había sucedido, dudo mucho que se hubiera planteado ir a un hospital para cortarse el cuello, que se hubiera preocupado lo más mínimo por la hija que llevaba dentro. Si de verdad hubiera odiado tanto a aquel hombre como para matarse por ello, lo último que le hubiera importado habría sido salvar a la hija que él le había engendrado.

—No podía soportar estar embarazada de aquel monstruo, sin embargo, no quería hacerte daño, tú no tenías culpa de nada.

—No me lo creo. Hay algo más que no me has contado.

—Tú no sabes lo que siente una madre al llevar un bebé dentro.

L volvió a mover la nariz. Sonrió con ironía al comprender al fin qué era lo queapestaba en aquella historia.

—No se mató porque la traicionara él, lo hizo porque la traicionasteis vosotros. —Su tío no contestó. L lo observó fijamente y él apartó la mirada—. Le disteis la espalda, ¿verdad? Por eso lo hizo, la culpasteis a ella por lo que había sucedido.

—¿Y qué querías que hiciéramos? Perdimos nuestras tierras, nuestras casas, lo perdimos todo. Nos vimos obligados a abandonar el pueblo donde habíamos vivido siempre, donde éramos tan felices. Aquel malnacido nos dejó sin nada.

—¿Y ella qué culpa tenía?

—Ella estaba liada con él, gracias a ella se ganó nuestra confianza, entró en el pueblo, se empapó de nuestras costumbres, de nuestra forma de vida, y descubrió nuestro punto débil.

—No lo entiendo. ¿Y qué pasa con lo de todos a una? ¿Qué pasa con la lealtad, con aquello de que todos nos apoyamos, pase lo que pase?

—Tu madre fue juzgada en asamblea y desterrada de la comunidad. Su castigo fue el ostracismo.

—Vosotros sois peores que aquel monstruo. —Sus ojos verdes brillaron y una lágrima se desplomó perfilando la rabia que apretaba sus pómulos—. Le disteis la espalda a mi madre cuando más os necesitaba. Vosotros la abandonasteis. ¡Vosotros la matasteis!

L cogió sus libros y su ropa y lo metió todo en una bolsa de deporte. Se dirigió a la salida.

—L, no es momento para pelearnos. El circo se ha destruido, ahora nos debemos apoyar más que nunca.

—Aparta de mi camino.

—¿A dónde vas?

—No te preocupes por mí. —Miró a su tío con rabia, con odio. Él retrocedió un paso ante aquella mirada—. Tú me enseñaste a buscarme la vida, ¿recuerdas? Será mejor que te preocupes por ti mismo.

L pasó a su lado. Con aquellas palabras abandonó la caravana y el circo para siempre.

El convento de las Hermanas Carmelitas Descalzas se encontraba en el centro de Caravaca, en plena calle Mayor. Como era peatonal, Elías aparcó en la Gran Vía y aprovechó para entrar en una tienda de ropa en la que compró una manta y un gorro de lana. Dejó su sombrero y su gabardina en el maletero y sacó una mochila que ocultó bajo la manta, con la que se arropó para protegerse del frío. Mientras subía hacia el casco viejo, revisaba todos los contenedores de basura y de uno rescató una caja de cartón. Se ensució la cara con tierra de un macetero, rompió la caja para abrirla de par en par y se acomodó en un portal de la calle Mayor, tapado con su manta y su cartón, como si de un mendigo se tratara. Se sentía sucio e incómodo pero desde allí tenía una panorámica perfecta de la entrada del convento. Según le había dicho su tío el asunto quedaría arreglado esa misma noche, así que no tenía más que esperar a ver qué sucedía. Necesitaba saber el final de la historia.

Miró el reloj. Las nueve de una noche fría y cerrada como la boca de un lobo. Se acurrucó en su manta y sintió la tentación de echarse a dormir. No le vendría mal relajarse un poco y olvidarse de todos los problemas que se buscaba últimamente. Observó la calle vacía y el portal donde se protegía del frío. Se imaginó que estaba en una cueva, en una de las muchas que había por la zona, donde los espíritus de los moros custodiaban sus riquezas mientras sus esclavas cristianas lamentaban su suerte. Aquellas habían sido tierras de mercenarios, de cosechas arrasadas por las batallas y la peste, una zona fronteriza donde durante siglos había peleado la Corona de Castilla, valiéndose de los Caballeros del Temple y de la Orden de Santiago, contra el Reino Nazarí de Granada. Moros y cristianos, ambos peleaban por hacer prevalecer su legado.

Elías comenzó a interesarse por la historia cuando solo era un niño. Un día su madre los llevó a ver una representación infantil en el Teatro Romano, un pase privado, organizado por el ayuntamiento para los hijos de los políticos y algunos amigos. Por suerte su madre se encontraba entre ellos. A Elías le encantó la obra y se quedó prendado de aquel lugar maravilloso. A partir de entonces comenzó a interesarse por el apasionante mundo de los cartagineses, los romanos, los piratas berberiscos o los independentistas del cantón. Y pronto la ciudad se le quedó pequeña y su ansia por aprender le llevó a enfrascarse en la historia nacional para dejarse arrastrar hasta la universal, mientras que poco a poco este interés se iba reorientando, doblegándose ante su pasión por la estética para centrarse finalmente en la historia del arte. Y la estética era lo único real para él, lo único que lo definía de verdad. Él era un esteta. Todo lo demás, historiador, investigador, católico, hijo o marido, le había venido impuesto por las circunstancias.

Había pasado una media hora cuando un coche negro avanzó por la calle Mayor y

se detuvo en medio, sin importarle lo más mínimo que fuera peatonal. Se bajaron de él un par de hombres de complexión fuerte, vestidos con traje negro y abrigo largo a juego. *Mierda*, los Camareros de Midas. Debían de haberlo seguido, esta vez no había sido lo suficientemente precavido. A uno de ellos, el más bajo, lo conocía del escarceo en Madrid. Elías se ocultó la cara con la manta, intentando pasar desapercibido. Los secuaces se detuvieron en la puerta del convento y llamaron. *¿Qué hacen?* Se preguntó. *¿Cómo saben que venía a investigar a las monjas?* Esperaron y volvieron a llamar con insistencia, presionando el timbre y golpeando la puerta. Al cabo de diez minutos alguien abrió. Entraron y, entonces, como si le hubieran dado un mazazo, Elías lo comprendió.

Esta misma noche dejaremos el asunto zanjado.

No le habían seguido a él. Estaban allí porque los había enviado... su tío. Pero, ¿qué tenía que ver el obispo con los matones de un mafioso? ¿Sería posible que su tío y Midas tuvieran negocios juntos, que lo hubiera retirado a él del caso de la Cruz, para pedirle a Midas que se encargara de... zanjarlo?

La relación entre su tío y el fatuo Midas le parecía absurda, dos personas de mundos completamente distintos, enfrentados, uno que representaba al Bien y otro al Mal. Era imposible que pudieran colaborar, que pudieran hablar sin que saltaran chispas entre ellos. Sin embargo, Elías recordó algunas frases de las conversaciones de Midas que había escuchado a través del micrófono. *Ese detective es peligroso y lo peor de todo, es intocable.* En su momento no le había dado importancia, pero quizás ahora cobraba sentido. *Esa zorra es muy lista. ¿Por qué ha liado precisamente a un detective que trabaja para el obispo?* ¿Era esa la razón de que fuera intocable, que trabajaba para el obispo, que era su sobrino?

Últimamente se topaba con los Camareros de manera sistemática, primero con el caso del cuadro y, ahora, también en el de la Cruz. ¿Simple casualidad? Era evidente que no. Alguien los había enviado allí, alguien que se suponía que debía velar por el Bien, por la justicia, alguien que en ningún caso debería utilizar las herramientas del Mal para conseguir sus objetivos.

Esta misma noche dejaremos el asunto zanjado.

Ahora le dolían aquellas palabras, un dolor físico que le desgarraba los oídos y la mente. Se sentía traicionado, no entendía por qué no había confiado en él para concluir el trabajo. Tenían una conversación pendiente. Y aún menos entendía las razones por las que su tío, un obispo, un alto cargo de la Iglesia Católica, enviaba a unos matones para zanjar el caso de la Cruz. ¿Qué sentido tenía todo aquello?

Elías se preguntó por el significado de ser católico. Él lo era porque lo habían educado para ello. Pero, ¿qué significaba ser católico realmente? *Yo soy católico, asumo esa responsabilidad e intento transmitir el legado.* Las palabras del anciano obispo volvieron a su mente. El legado de la Iglesia. La tradición judía, con sus normas y sus leyes, con sus ritos y sus fiestas, había sido transformada o ampliada o mejorada por un hombre excepcional llamado Jesús. Él plantó la semilla pero

hombres de todas las raleas y layas se habían encargado de transmitirla. ¿Y no sería lógico pensar que aquellos hombres habían adaptado, deformado o desvirtuado aquella semilla para favorecer sus intereses personales? ¿Qué quedaba en realidad de la palabra de Jesús? Solo lo que un puñado de seguidores y seguidores de seguidores se habían encargado de poner en Su boca. Él no dejó nada escrito. ¿Qué quedaba entonces de su legado?

Elías miró a ambos lados de la calle para asegurarse de que nadie pasaba. Sacó un pequeño dispositivo de su mochila, se puso en pie y se acercó al coche negro. Dejó caer su cartera al suelo y al agacharse para recogerla colocó el localizador GPS bajo el guardabarros. Se acercó a la puerta del convento con unos auriculares que iban conectados a un micrófono direccional. Lo dirigió hacia la entrada y lo movió hacia los lados buscando las voces. Al principio solo le llegaba un murmullo, que poco a poco fue tomando forma de palabras entrecortadas que conseguían escapar del ruido. Maldijo las paredes de medio metro de piedra que protegían aquel edificio reconvertido en convento en 1576 por Ana de San Alberto bajo las indicaciones de Santa Teresa de Jesús.

—Ya les he dicho que están perdiendo el tiempo —exclamó una mujer con voz firme, autoritaria—. Y no veo la necesidad de prolongar esta conversación. Hagan el favor de marcharse.

—El señor obispo... —comenzó uno de los Camareros.

—El señor obispo ya conoce de primera mano mi respuesta, se la he comunicado vía... —se perdía la señal. Elías giró el micro lentamente para recuperarla—... la puerta por respeto, porque pensaba que el señor obispo en persona vendría. Pero, ¿quiénes son ustedes? Ahora, váyanse.

Elías retiró el micrófono y corrió hasta el portal donde se había ocultado al principio. El temperamento de la priora era conocido en el pueblo, le habían llegado noticias de que era una mujer de armas tomar. Esperó pero nadie salió, así que sin moverse de allí dirigió el micrófono hacia la puerta. A través de los cascos escuchó un fuerte golpe y unos gritos. Otro golpe, crujir de maderas y, de repente, silencio. Estaba claro que los Camareros no se habían doblegado a las peticiones de la monja. Se acercó a la puerta de nuevo y volvió a colocar el micrófono. Lo movió sin recibir nada. Al cabo de unos minutos escuchó las primeras palabras.

—Esto es todo.

Ahora no era la priora la que hablaba, era otra monja y su tono denotaba miedo. ¿La hermana tornera? Lo más probable. En todo convento de clausura había una hermana encargada de abrir y cerrar la puerta, la de contactar con los proveedores, con el cartero... Todo se realizaba a través del torno, que se encontraba en la sobria recepción, antes de alcanzar la parte oculta y privada del edificio. Aquel torno giraba en ambas direcciones, para introducir o sacar mercancías, cartas o dinero. La hermana tornera debía de ser quien había abierto la puerta y avisado a la priora. Con un poco de suerte, pensó Elías, ambas mujeres se hallarían tras el torno, a salvo. Aunque era

extraño que ya no se oyera a la priora.

—¿Esto...? —Preguntó uno de los dos Camareros, el de la voz más aguda. La señal se perdía de nuevo.

—... relicario... —La voz de la monja surgía como un hilillo, apenas audible a través del micrófono.

—... mierda y está vacío... ¿el pelo?

—... tenemos.

Si el relicario al que hacían alusión era el que se robó con la Cruz, se trataba de una joya de oro y piedras preciosas que el Duque de Alba donó en el año 1777, una auténtica obra de arte de la que aquel descerebrado decía que era una mierda.

De nuevo se escucharon varios golpes y los gritos de la hermana que se clavaron en su cerebro a través de los auriculares. Las monjas de clausura estaban acostumbradas a mortificar su cuerpo. Algunas lo hacían cada madrugada tumbándose sobre el frío suelo de piedra del refectorio. La mayoría dormía sobre jergones de cuerda o directamente sobre tablas. Todas negaban su cuerpo y sus necesidades, dormían poco, comían miserablemente, practicaban el silencio y trabajaban en oficios repetitivos. Aun así, nunca se habían enfrentado al verdadero mal, y la forma en que gritaban dejaba de manifiesto que los rezos y las meditaciones no les habían preparado para ello.

Elías pensó en entrar y detener a los Camareros. Se acercó a la puerta, pero se detuvo. Aquellos tipos iban armados, ¿qué posibilidades tenía de vencerlos en un enfrentamiento directo? No podría hacer nada contra ellos. Dio un fuerte golpe en la puerta y salió corriendo hasta doblar la primera esquina. Allí escondido, escuchó cómo se abría la puerta del convento y al poco se volvía a cerrar. Sacó su móvil y llamó al 112. Le explicó rápidamente a la telefonista que había oído gritos y voces muy fuertes dentro del convento. Colgó. Al poco escuchó el sonido de la puerta que se volvía a abrir. Unos pasos acelerados, el seguro del coche que se desbloqueaba, el maletero que se abría, algo que cargaban en él y lo volvían a cerrar. Arrancaban y avanzaban lentamente por la calle peatonal. Elías dirigió hacia ellos el micrófono direccional, uno parecía hablar por teléfono.

—Tenemos el relicario, pero no la Cruz. Seguros cien por cien. Esa vieja se ha meado encima. —Una pausa larga—. ¿Ahora? Será mejor que entreguemos el paquete primero. ¿Te encargas tú? Perfecto, jefe.

El coche giró en una esquina al fondo de la calle Mayor. Elías se acercó a la puerta del convento desde donde escuchó los susurros y los gimoteos de algunas de las monjas. No sabía lo que había pasado en el interior, pero tenía que irse ya, la policía no tardaría en llegar.

Volvió a la Gran Vía, recuperó su gabardina y sombrero y se subió al coche. Abrió en su móvil la aplicación que recibía la posición GPS del localizador a través de la red de datos 4G y la pintaba sobre el mapa de Google. Observó cómo el coche de los matones se desplazaba ya por la autovía en dirección a Murcia.

La Iglesia estaba dispuesta a todo con tal de recuperar su legado. Parecía que las monjas tenían el relicario del Duque de Alba pero no el *Lignum Crucis*. ¿Dónde estaba entonces la Cruz de Caravaca? Eso mismo se habrían preguntado los Camareros y por eso habían llamado a Midas para consultarle el siguiente paso. Este les había indicado dónde ir, pero ellos le habían dicho que primero tenían que entregar un paquete, así que parecía que Midas se iba a encargarse personalmente de hacer la siguiente visita. ¿De nuevo al obispo emérito? Lo más probable. ¿Y qué paquete era el que tenían que entregar los Camareros? ¿El relicario? Era posible que se dirigieran al obispado, a dar una prueba de su rápido avance.

Arrancó el coche y salió tras ellos. ¿Para qué especular? Lo mejor sería comprobarlo por sí mismo.

Pisó el acelerador de su BMW para recuperar el tiempo perdido. La autovía de Murcia se encontraba poco concurrida, unos cuantos coches esporádicos centelleaban en dirección contraria. Observó el GPS, iba más o menos a un kilómetro de distancia de los Camareros. Se mantendría así para no llamar su atención.

Encendió la radio para relajarse un poco. Willie Nelson cantaba, muy pertinente, su tema *On the road again*. Ya eran pasadas las diez. Siempre se había preguntado por qué los días nacían y morían en la más absoluta oscuridad. Quizás fuera una metáfora de la vida misma.

El coche que seguía se desvió por la salida de Cartagena. Eso no cuadraba. Había supuesto que irían a ver a su tío, a entregarle el relicario, pero por lo visto tenían otros planes. Tenía que tomar una decisión. Continuar hacia Murcia, para ver si sus sospechas eran ciertas y Midas iba a visitar al obispo emérito, o desviarse hacia Cartagena para descubrir qué paquete iban a entregar los Camareros y a quién. ¿Cuál sería la mejor opción? Tenía que decidir ya. Estaba llegando al desvío cuando de repente sonó su teléfono móvil. Dio un volantazo para tomar la salida, como si su instinto le hubiera obligado a decidir en el último momento. Apagó la radio, dejando a Willie Nelson con la melodía en la boca.

—Hola, cariño —contestó.

—¿Dónde estás?

—Voy de camino a casa —mintió a medias. Al menos se dirigía hacia Cartagena.

—Bueno, me alegro de que estés bien, pensaba que te había ocurrido algo —notó la ironía en la voz de su mujer.

—Estoy bien, no tardaré en llegar. Acuéstate.

Caridad colgó sin contestar. Lo que le faltaba. Se sentía incómodo, desasosegado. Su mujer pensaba que se la estaba pegando con otra. Y lo peor de todo era que ni siquiera tenía motivo para ello. Este caso comenzaba a pasarle factura. Se había convertido en un caso de alto riesgo, no solo físico, sino también emocional. Aparte de los problemas con su mujer, estaba su tío, que según parecía andaba metido en asuntos turbios. Aún no se podía creer que se relacionara con Midas. ¿Cómo era posible? ¿Tenía una doble cara, una doble vida? Realmente no era algo tan extraño. Recordaba un caso en el que había participado al poco de terminar sus estudios. Un amigo que acababa de montar su agencia le había pedido que le echara una mano con un caso de infidelidad. Lo había contratado la mujer y se tenían que pasar muchas horas siguiendo al tipo, por lo que le pidió su ayuda para turnarse. Al principio todo parecía normal, trabajaba en un despacho de abogados que parecía funcionar bien. Hacía salidas a los bancos, al juzgado, al supermercado, a administraciones de lotería y a bares, antes de volver a casa. Siempre se tomaba alguna copa, siempre solo,

siempre hablando por teléfono. No notaron nada raro hasta pasada una semana, cuando el tipo cogió su coche y abandonó la ciudad. Después de tres horas de autovía llegaron a Granada, donde se dirigió a un *night club*. Sacaron fotos del tipo entrando y saliendo. Ya lo tenían cazado. Sin embargo, después de ese prostíbulo, subió al coche y paró en otro. Y después de ese en otro más y otro y otro. Tras la sexta parada, Elías estaba seguro de que allí había algo raro. O el tío era un portento sexual o aquellas visitas tenían otro propósito. Así que entró detrás de él. Observó cómo lo saludaban todos con respeto, con cierto temor, incluso. El tipo pasó tras la barra y le echó la bronca a uno de los camareros. Elías pidió una copa al otro. Una chica se acercó para que la invitara y él lo hizo para no levantar sospechas. Le siguió la conversación mientras observaba al sujeto que se perdía tras una puerta con el camarero y otro hombre con cara de matón. Al poco volvía a salir y abandonaba el local. Elías terminó su copa con tranquilidad. Ya no necesitaba seguirlo más, estaba todo claro. Aquel tipo no tenía una amante, lo que tenía era una red de locales de prostitución. Una doble vida en toda regla, de abogado respetable a proxeneta. Sí, había gente que llevaba vidas paralelas durante años, hasta que un día sucedía algo que las hacía descarrilar. En el caso de aquel tipo fue su mujer la que puso el detonante. En el caso de su tío, había sido él mismo.

Inmerso en sus pensamientos, no se había percatado de que los Camareros habían aumentado la velocidad, dejándolo a un par de kilómetros de distancia. En ese momento tomaban la salida de Cartagena Centro. Apretó el acelerador. Observó con sorpresa que al tomar la carretera de entrada a la ciudad, lo hicieron en sentido contrario, hacia La Unión.

De nuevo tenía que tomar una decisión. Ser detective o esposo. Descubrir qué era el paquete que tenían que entregar y a quién o volver a casa e intentar arreglar las cosas con Caridad. Le había dicho que iba de camino, si tardaba mucho la pelotera sería peor. La maldijo por su intromisión mientras giraba el volante en dirección a su casa.

Cartagena se encontraba dormida a esas horas. Dejó el coche en el aparcamiento de la plaza del Rey y echó a caminar mientras observaba el móvil. Los Camareros habían abandonado la carretera para avanzar por unos caminos cerca de La Unión. Qué raro, que él supiera por allí no había nada... excepto minas abandonadas. Le vino a la mente la escritura que encontró en el despacho de Midas y todo cuadró. Ahora le parecía evidente y terrorífico al mismo tiempo, cuál era el paquete que iban a entregar. Se detuvo en la puerta de su casa buscando las llaves en el bolsillo. Alguien le chistó por la espalda. ¡Eh! Elías se giró y antes de que pudiera reaccionar un bate de béisbol se estrelló contra su móvil, destrozándolo y haciéndole polvo la mano, que comenzó a sangrar. El siguiente golpe ni siquiera lo vio. Sintió un fuerte dolor en la barriga que le obligó a doblarse sobre sí mismo. Un puñetazo en la cabeza lo terminó de tumbar en el suelo. Las patadas comenzaron a lloverle por todo el cuerpo, desde la cabeza a las piernas. Estaba casi inconsciente cuando el bate de

béisbol le empujó el hombro para colocarlo boca arriba. Descubrió a dos tipos con pasamontañas que se reían sobre él.

—Deja de meter las narices en asuntos de mayores, nenita. No habrá más avisos. La próxima vez te romperemos las piernas en cuatro trozos.

El que había hablado elevó el pie y lo descargó con fuerza sobre sus testículos. Elías no gritó. Creyó que se moría y lo aceptó con resignación, pero no gritó. El dolor le subió por las entrañas hasta el estómago y lo expulsó por la boca junto a la primera papilla. Con las últimas fuerzas que le quedaban consiguió ladear la cabeza para no ahogarse con su propio vómito.

—Vamos, prepárate para la confesión.

Ella se puso en pie para que le desabrochara la cremallera.

—Padre, quería hacerle una pregunta —sacó los brazos de las mangas y el vestido rojo se deslizó hasta el suelo revelando un cuerpo de generosas curvas, dibujadas con el preciso pincel de una ropa interior perfectamente combinada.

—Dime, pero hoy no tengo mucho tiempo.

—Pues, me da un poco de vergüenza pedírselo... —Soltó el ligero y, lentamente, con las palmas de las manos fue enrollando las medias a lo largo de su pierna.

—Vamos, estoy esperando. ¿De qué se trata?

Se giró hacia él.

—Me gustaría conocer al Papa.

Ella olió su incertidumbre.

—¿El Papa? —Su mirada se volvió incisiva— ¿Quieres conocer al Papa?

—Sí, ya sé que solo soy una pecadora pero no hay nada en el mundo que desee más que encauzar mi vida por el sendero de Dios.

—Para eso estamos aquí, ¿o es que no aprecias mi ayuda?

Ella le miró con los ojos muy abiertos y comprendió hasta qué punto él tomaba como real la fantasía que vivían entre las paredes de aquel sórdido dormitorio y le pareció más loco que nunca.

—No, padre, bien sabe usted que no se trata de eso. Es que ver al Papa sería como ver a Dios. Si pudiera verlo en persona se reafirmaría mi fe para siempre, estoy segura de que mi recuperación sería más rápida.

—Eso es imposible.

—Si hubiera alguna forma... —acercó la cabeza a la prominente barriga de él y se restregó suavemente, como una gata ronroneando—. Podría hacerme pasar por limpiadora o por camarera, si supiera dónde se aloja podría simplemente acercarme y verle, no pido más. Para mí sería tan importante.

—No lo sé, *it is very very difficult*. —Meditó unos instantes como si viera alguna posibilidad—. Si finalmente se aloja en el obispado, quizás sea más sencillo. No te prometo nada. Y francamente, me incomoda que me hagas peticiones de este tipo. —De pronto la miró con suspicacia, dudando—. Vamos, desnúdate, quiero escuchar tu confesión.

La inflamación de su bragueta confirmaba sus palabras. Se quitó las bragas y se arrodilló en la alfombra mientras él se acomodaba en la silla frente a ella, sujetando un vaso en una mano y su polla en la otra.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida. Padre, perdóneme porque he pecado.

—Que el Señor te de fuerzas para confesarte con humildad. —Su mano comenzó a moverse arriba y abajo—. Dime, hija, ¿cuál ha sido tu acto más obsceno durante la última semana?

—Padre, un perverso vino a visitarme.

—Adelante, libera tu espíritu de tan pesada carga.

—Esta vez no quería mantener relaciones conmigo, lo único que buscaba era mi compañía.

—Eso no es ningún pecado, ¿por qué...? —Se soltó la polla y la observó con severidad. Ella permanecía en silencio, con la cabeza gacha, mostrando sumisión—. ¿Estás jugando conmigo?

—No, padre...

—Está bien. —Hablaba como si pensara en voz alta—. Aunque no se alojara en el obispado en algún momento vendrá para examinar la colección. —Otra vez la colección de arte. Ella creía saber perfectamente a qué colección se refería. Él la miró a la cara—. Creo que podríamos arreglarlo haciéndote pasar por una mujer de la limpieza.

—Oh, padre, ¿en serio? Supondría tanto para mí.

—De todas formas, aún no es seguro que esta reunión se produzca, antes tenemos que salvar una importante traba. En fin, ya hablaremos de esto más adelante. Como te he dicho, tengo prisa y aún no he escuchado tu confesión. Un hombre que busca compañía es algo de lo más normal y que en ningún caso implica enviciamiento —percibió su ira contenida, su aroma era agrio.

—Enseguida descubrirá las verdaderas intenciones de mi cliente.

—Está bien, continúa.

—Como le decía, aquel hombre solo buscaba mi compañía, así que salimos a pasear.

—¿A pasear? —Elevó el tono.

—Me llevó hasta un club, padre, un club privado. Él pagó las entradas, por supuesto, y entonces descubrí lo que realmente pretendía.

—¿Qué era?

—Un club de intercambio de parejas.

—Ah, qué perversión, hija —su aspecto se relajó.

—Así es, padre. Su intención era utilizarme para follar con las mujeres de otros hombres.

Él volvió a sujetarse la polla.

—Continúa, hija, no sé si habrá penitencia a la altura de tales vilezas.

Elías se despertó tras un ligero sueño aderezado por el dolor. Por lo visto, los calmantes habían dejado de hacer efecto. El olor a lavanda le anunció, antes incluso de abrir los ojos, que se encontraba en su cama. De repente sintió pánico, no recordaba cómo había llegado hasta allí, ¿y si habían agredido a su mujer?

—¡Caridad! —Gritó con sus mermadas fuerzas—. ¡Caridad!

Ella apareció enseguida. Apenas se había maquillado, un poco de carmín rosa daba algo de volumen a sus finos labios, pero las bolsas bajo sus ojos resplandecían orgullosas, aprovechando que por primera vez nada las silenciaba.

—¿Qué sucede? —Parecía asustada, pero se tranquilizó al verlo despierto.

Entonces recordó que había vuelto andando desde el aparcamiento hasta el portal de su casa, donde se produjo el altercado. No sabía cómo había subido después, pero suponía que de alguna forma se habría levantado, Caridad sola no habría podido con él.

—¿Estás bien? —Le preguntó Elías.

—¿Yo? Pues claro, es a ti al que le han dado una paliza. ¿Qué ha pasado? Tenemos que ir a la policía a poner una denuncia. —Caridad se había sentado en el borde de la cama. Hablaba muy rápido, como si hubiera estado esperando con impaciencia para desahogarse—. El médico dijo que fuéramos al hospital pero tú te negaste —Elías no se acordaba de nada—. Voy a llamar a una ambulancia, tu madre ha estado esta mañana y casi me mata a gritos. Y en realidad tiene razón. Puedes tener alguna hemorragia interna o algo peor.

—¿Qué hora es?

—Las diez de la mañana.

—Si no me he muerto ya, es que está todo bien.

Caridad se puso en pie con cara de indignación.

—De acuerdo, si quieres morirte, muérete solo. No creo que necesites ayuda.

Elías la cogió de la mano antes de que se marchara.

—Tengo sed. Para eso sí necesito ayuda.

Ella dudó.

—Está bien, yo te traigo agua y tú me explicas lo que ha sucedido.

Abandonó la habitación satisfecha por el chantaje al que creía haber sometido a su marido. Él dejó que su cabeza se desplomara sobre la mullida almohada. Las persianas estaban entornadas, permitiendo que los rayos de luz se colaran a través de sus rendijas. Entonces reparó en los muebles de un catálogo italiano que les habían costado un dineral. La lámpara de araña, el galán de roble y el tocador repleto de esencieros le parecieron de un naif insoportable. Sintió un *déjà vu*, como si aquella sensación ya la hubiera tenido hacía poco, aunque no recordaba cuándo.

—Aquí tienes.

Le dio el agua y esperó, sentada de nuevo en el lateral de la cama.

—No me mires así —le devolvió el vaso vacío—. No sé quiénes eran. Supongo que querían robarme o que me confundieron con otra persona.

—¿En qué andas metido? —Se puso en pie, enfadada—. Hasta que te vi entrar por la puerta anoche pensaba que me la estabas pegando con otra. Ahora no sé qué pensar. O te ha pillado el marido y se ha quedado bien a gusto, con lo que estaría de acuerdo al cien por cien, o llevas entre manos un caso peligroso, cosa que no entiendo. Con lo tranquilos que hemos vivido hasta ahora, ¿qué necesidad tienes de complicarte la vida?

—Ni te estoy engañando con otra —Elías le cogió la mano—, ni me estoy metiendo en líos. No sé quiénes eran, de verdad, ya te lo he dicho. Lo más probable es que fuera un robo o un par de adolescentes con ganas de desahogarse.

Permanecieron en silencio.

—¿Te dijeron algo?

No habrá más avisos. La próxima vez te romperemos las piernas en cuatro trozos. Las palabras volvieron a su mente como un fogonazo. Era evidente que iban a por él, no lo habían confundido con nadie.

—No lo sé, solo recuerdo los golpes. Por favor, llama a Lola para decirle que hoy no pasaré por la oficina. No le cuentes nada, dile simplemente que me he resfriado.

—Está bien, como quieras.

No parecía muy convencida con sus explicaciones. En ese momento llamaron al timbre y ella abandonó la habitación. Descubrió una caja de calmantes sobre la mesilla y se tomó uno sin necesidad de agua. Al poco su mujer le anunció que su tío le esperaba en el salón.

—¿Le digo que pase?

—No, salgo yo.

Ella le ayudó a ajustarse la bata gris de cachemira y se dirigió al encuentro. Se sentía mareado y, sobre todo, dolorido. Al contrario que él, su tío mostraba un aspecto impoluto, enfundado en su habitual traje negro con alzacuello. Era un hombre de complexión fuerte, alto y atractivo, de cara amable, cuya habitual sonrisa había sido reemplazada por una mueca de preocupación acusada por las arrugas de su entrecejo. Le ofreció un abrazo, pero Elías se limitó a responder con un frío apretón de manos. Se acomodó en el sofá y se acercó varios cojines para mantenerse lo más recto posible. Su tío se sentó en el sillón orejero, su favorito, situado junto a la ventana.

Elías pidió a Caridad que cerrara las puertas del salón al salir. Ella dudó, pero no pudo resistirse a la mirada inquisitoria del obispo. Obedeció a regañadientes, consciente de que la excluían de algo importante.

—Gracias, hija —sonrió su tío, zalamero.

Elías había estado deseando mantener aquella reunión, aclarar las cosas. Pero no

había imaginado que se produciría en su casa y en aquellas circunstancias.

—¿Qué tal estás?

—Sigo entero, o eso creo —sonrió y el obispo asintió con la cabeza—. ¿Quiere tomar algo?

—No. Me ha avisado tu madre de lo ocurrido. ¿Has ido al hospital? —Elías negó—. Pues tienes que ir —parecía hacer esfuerzos por mantener la calma—. ¿Sabes que con los golpes en la cabeza se pueden producir coágulos de sangre? Son muy peligrosos si no se detectan a tiempo.

—Lo sé, tío. No se preocupe.

—Sí me preocupo —se levantó—. ¿Cómo no me voy a preocupar? No quiero que te ocurra nada malo.

—Siéntese, tío. De momento no ha pasado nada. Pero podría, ¿verdad?

—¿Tienes ganas de hablar? —Volvió a ocupar su sitio en el sillón—. Está bien. Dime, ¿qué quieres saber?

El sol que atravesaba los ventanales del mirador producía una sensación de calidez que se agradecía en mitad del invierno. Ya habían abierto el Teatro Romano, se oía el suave murmullo de los turistas que lo recorrían fascinados.

Elías miró a su tío intensamente. La cabeza le dolía mucho, aún más que el resto del cuerpo, el calmante todavía no le había hecho efecto. No se iba a andar con rodeos.

—¿Qué tiene que ver usted con Midas?

—Los caminos del Señor son inescrutables. —Elías esperó a que continuara—. El mensaje de Cristo es el más bello que nadie puede enviar, un mensaje de amor, de tolerancia y respeto. ¿No merece la pena pelear por defenderlo? Nosotros somos los encargados de velar por ese mensaje, de conseguir que llegue a todo el mundo, para que todos puedan alimentarse de él. Tenemos una gran responsabilidad y te puedo asegurar que es un trabajo ímprobo, en el que algunas veces nos vemos obligados a tomar decisiones poco agradables.

—No creo que nadie le obligue. El libre albedrío, ¿recuerda?

—Elías, estamos obligados por nuestra responsabilidad. La Iglesia es como una fábrica de plaguicidas. Disculpa la alegoría. Tenemos que manejar productos químicos peligrosos, productos que pueden quemarte si los tocas o que pueden envenenarte si te expones continuamente a ellos sin una protección adecuada. Sin embargo, son estos mismos productos los que acaban con las plagas de langostas o pulgones, los que evitan que la cosecha se eche a perder para que las personas obtengan los frutos de la tierra y puedan alimentarse.

—¿Y merece la pena tratar con esos productos químicos, aunque algunas veces se escapen y se lleven alguna vida por el camino?

—¿No se perderían muchas más vidas si toda la cosecha se echara a perder?

—Hay otras alternativas. ¿Cómo podemos defender la palabra de Cristo, el amor, la tolerancia y el respeto, utilizando los instrumentos del diablo? —Elías se tocó con

la mano izquierda la herida de la cabeza que llevaba cubierta con una venda. Aunque todavía no se había mirado en el espejo, sospechaba que no le iba a gustar nada lo que se reflejara en él.

—Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones —recitó su tío—. Pero ustedes han hecho de ella una cueva de ladrones.

—Isaías, 56, 7.

—Jesús improvisó un látigo con varias cuerdas y sacó a golpes a los mercaderes del Templo de Jerusalén. ¿Crees que se habrían marchado solo con buenas palabras? No. Hay ocasiones en las que la violencia es necesaria, pero debes ser lo suficientemente puro de espíritu para no dejarte poseer por ella, para utilizar el Mal sin permitir que te arrastre a su terreno. En el Templo de Herodes, Jesús nos mostró el camino a seguir para combatir el Mal, ¿quiénes somos nosotros para cuestionar sus enseñanzas? Solo la soberbia nos podría incitar a hacerlo. —Elías captó el reproche—. Nosotros somos simples instrumentos de Dios y como tales debemos seguir sus designios, hacer todo lo posible para difundir su palabra. Algunas veces nos equivocaremos en nuestras decisiones, somos humanos, lo único importante es arrepentirse, pedir perdón y rezar para obtener fuerzas e inspiración a la hora de dar el siguiente paso.

Hizo una pausa, como si esperara una respuesta. Elías meditó. Le costaba pensar. Suponía que en parte tenía razón, pero solo en parte, en una parte muy pequeña, de hecho. Nada podía justificar el uso del Mal para conseguir los objetivos de la Iglesia. Si su tío esperaba que se disculpara por no haber sido obediente, por cuestionar sus órdenes, ya podía seguir esperando.

—El fin no justifica los medios.

—Ah, ese es un gran dilema moral... de primero de filosofía, claro. —Su tío se rio con su propia broma—. ¿Matarías a una persona si haciéndolo fueras a salvar la vida de miles?

Tenía la mente embotada, se sentía muy espeso para discutir con su tío.

—Supongo que sí.

—Pues te equivocarías. No está en la mano del hombre dar o quitar la vida. De hecho, una vida no tiene importancia como no la tienen miles. Lo único verdadero, lo único importante, lo único que puede justificar cualquier cosa, es la palabra del Señor. Estamos aquí para difundirla y cualquier otra cosa carece de interés. Por ello se ha sacrificado muchísima gente, por ello han sufrido torturas todos los santos. Debemos morir, incluso matar si fuese necesario, para iluminar al mayor número de almas posible.

—No estoy de acuerdo —rebatía Elías—. ¿Y qué pasa con el quinto mandamiento?

—Parece mentira que aún seas tan ingenuo, Elías. Las leyes están hechas para el pueblo, para tenerlo controlado y que no se desmadre, pero no para los dirigentes. Nosotros estamos por encima de la ley, no podría ser de otra forma si tenemos que

defender al rebaño de los malvados que se la saltan.

—Sigo sin estar de acuerdo.

—Lo sé y no me gusta. Como te he dicho, cuando se usan las herramientas del Mal, corres el riesgo de hacerte daño. La única forma de evitarlo es planearlo todo con sumo cuidado, tenerlo todo extraordinariamente controlado. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No —le dolía la cabeza y tenía ganas de vomitar.

—Si te sales de las pautas marcadas, obligas al Mal a tomar sus propias decisiones y entonces yo no puedo hacer nada. ¿He sido ahora lo bastante claro? —Elías asintió, asimilando sus palabras. Su tío se lo explicó, por si acaso—. Si no me obedeces no puedo protegerte. ¿Entiendes?

Aquellas palabras le dolieron más que los golpes que había recibido. ¿Era un simple aviso o una amenaza?

—He captado el mensaje. —Aparte del malestar físico, se sentía desconcertado. Ya no sabía si estaba hablando con su tío o con Midas.

—¿Y qué ha pasado con el *Lignum Crucis*?

—Por esa parte estamos de enhorabuena. Ya lo tenemos en nuestro poder, gracias a ti, por supuesto.

—¿Lo tenía don Anselmo?

—Correcto. Veo que no se te escapa nada.

—¿Y don Anselmo se encuentra bien? —Casi tenía miedo de realizar la pregunta.

—Don Anselmo era muy anciano y su corazón...

—¿Era? —Elías no se lo podía creer—. ¿Qué ha sucedido?

—Esta misma mañana he ido a verle. Al principio lo ha negado todo, se aferraba a la historia de que la Cruz estaba en poder de las madres carmelitas. Sin embargo, le he explicado que habíamos hablado con ellas, que habíamos revisado el convento y que allí no había ni el más mínimo rastro de la Cruz.

—¿Y el relicario?

—El relicario no ha aparecido, pero eso es lo de menos. —Elías sabía que lo tenía Midas. ¿Se habría callado para quedárselo? De momento se guardó esta información—. Lo único importante es el Santo Madero y este estaba en casa de don Anselmo. Después de hablar con él, de mucho insistir, nos hemos visto obligados a registrar la casa. Lo tenía ni más ni menos que incrustado en su cama. Había fabricado un cabecero especial de madera con una urna de cristal en el centro para custodiar la Cruz.

—La Cruz le protegía.

—Eso es lo que él pensaba. Locuras de un viejo. La fe mueve montañas, hijo mío, pero esa misma fe lo ha matado.

—¿Cómo ha muerto?

—Cuando hemos cogido la Cruz no ha podido soportarlo, ha comenzado a gritar como un loco y le ha dado un infarto. Ha caído al suelo fulminado. —Hizo una pausa

dramática—. A pesar de todo, tendrá un funeral con los máximos honores.

—¿Y qué ha sucedido con las hermanas carmelitas? ¿Están bien?

—Pues claro que están bien. Los hombres de Midas se limitaron a hablar con ellas. No sabían nada, así que se fueron.

—Yo estaba allí —puntualizó Elías—. Oí gritos, más que hablar parecía que las estaban torturando.

—Esos hombres obedecen órdenes. —Su tío se puso muy serio—. Hablaron con las monjas, no sabían nada, así que se marcharon. —Podía hacerse la verdad a su medida para mantener la conciencia tranquila, pero Elías sabía que no era así—. Lo único que importa ahora es que hemos recuperado la Cruz, que por fin va a volver al pueblo al que pertenece. Haremos coincidir su aparición con la visita del Papa, el milagro será revivido, ¿entiendes? Todo esto es muy importante, es un símbolo que puede salvar miles de almas en todo el mundo, sobre todo en Europa. —Elías recordaba la homilía de su tío—. La vieja Europa, vieja en edad aunque no en sabiduría, está completamente perdida. Cada vez hay menos fieles, cada vez más gente se deja embaucar por el consumismo, por el dinero, por el poder. Se dejan llevar por sus pasiones, dando rienda suelta a sus impulsos, a cada uno de los pecados capitales. El milagro de la Cruz puede señalar otra vez el camino correcto para muchas personas. Ya solo falta una semana.

Un mensaje sonó en el teléfono móvil de su tío. Lo sacó del bolsillo y lo miró contrariado.

—Los preparativos del funeral requieren mi presencia. —Se puso en pie y se detuvo delante de él, mirándolo a los ojos—. Espero que no olvides lo que te he dicho. —Le golpeó la mejilla suavemente y le cogió la cara con ambas manos mientras continuaba—. Si no me obedeces no puedo protegerte. No lo olvides. —A continuación le dio un beso y se marchó. Escuchó cómo se despedía de Caridad al salir.

Elías permaneció en el sofá sin moverse, sumido en la más profunda desolación. El mensaje de Dios no lo tenía del todo claro, el de su tío, sin embargo, lo había pillado al vuelo.

Permaneció sentado en el sofá observando a través del ventanal a los turistas que se diseminaban, cámara en mano y gorra en cabeza, entre las ruinas de más de dos mil años. Caridad apareció en el salón después de acompañar a su tío hasta la puerta.

—¿Podemos ir ya al hospital?

—Enseguida, déjame descansar un poco —contestó con desgana.

El dolor de cabeza comenzaba a mitigarse, parecía que le había sentado bien que se marchara su tío. Aun así, no le apetecía nada vestirse, desplazarse hasta el hospital y esperar tres o cuatro horas para ser atendido. Caridad se marchó con cara de resignación.

Su mente divagaba sin rumbo por entre los hechos de las últimas semanas, donde se entremezclaba la sagrada Cruz con el anticlerical cuadro de Bacon. De la conversación con su tío había sacado dos conclusiones: la primera, que el obispo estaba dispuesto a cualquier cosa para transmitir su particular palabra de Cristo, incluso a torturar o matar al que se interpusiera en su camino. La segunda, que no estaba de acuerdo con él, que no podía acatar sus órdenes, que no podía quedarse al margen sin rechistar. Y el nombre de Midas a floraba a cada paso, grabado ahora en sus propias carnes en forma de cardenales.

Se levantó y tomó el portátil de su mujer, que descansaba sobre la mesa del salón. El Mac se encendió con un sonido perezoso mientras Elías se acomodaba en la silla. Abrió el explorador de Internet para consultar los periódicos digitales, examinando rápidamente las noticias de última hora. No encontró ninguna mención a la muerte del obispo emérito ni a la agresión a las monjas de Caravaca. Supuso que lo primero no lo habrían hecho público aún, lo segundo no lo harían nunca. Cerró el ordenador, frustrado.

Delia irrumpió en el salón de repente. No la había oído llegar, ni siquiera había escuchado el timbre.

—Jo, nene, vaya cara. Ahora sí que está claro quién es el más guapo de los dos. Venga, cámbiate, tenemos que ir al hospital. Por el camino me cuentas qué te ha pasado.

Elías la observó unos segundos.

—De acuerdo, pero luego me acompañas a hacer un recado.

Se dirigió al baño. Abrió el grifo de la ducha y mientras el agua se calentaba se detuvo frente al espejo, observando su cara por primera vez. Tenía un ojo morado y muy hinchado, que aunque podía abrir y funcionaba con normalidad, estaba completamente inyectado en sangre. Los cardenales se distribuían por la frente, las mejillas y el labio superior partido. Por suerte no le habían roto la nariz. Se desnudó mientras el espejo comenzaba a empañarse con el vapor de agua. Aunque le dolía

todo al moverse y le costaba respirar, creía que no tenía nada roto. Podía ser peor y a partir de ahora tendría que llevar más cuidado. Las cosas se ponían cada vez más feas. Se dio una ducha rápida y se vistió con unos vaqueros y una camisa de cuadros azules, que dejó fuera del pantalón. Sacó la tarjeta SIM de su móvil destrozado que descansaba sobre la mesilla y la puso en una versión anterior del Iphone que guardaba en el cajón. Por suerte las aplicaciones que llevaban eran prácticamente las mismas. Se calzó unas zapatillas verdes con listas rojas y tomó de la percha de la entrada su gabardina y su sempiterno sombrero, ambos en perfecto estado, por lo que supuso que Caridad los había limpiado y preparado para que se los llevara. Se despidió de su mujer con un beso, le extrañó que no insistiera para ir con ellos. Se colocó sus Rayban y los dos hermanos salieron por la puerta.

Subieron al Seat Ibiza blanco de Delia, con diez años de antigüedad, que los esperaba aparcado en doble fila a los pies de la cuesta que ascendía hasta su casa.

—Estás peor de lo que creía. —Bromeó Delia nada más subir al coche.

—¿A qué te refieres? —Elías sonrió sin comprender.

—Esa camisa tiene los bajos redondeados, la llevas por fuera del pantalón y no combina con tus zapatillas. A mí me gusta, pero creo que no va mucho con tu estilo. —Aceleró por las calles estrechas del centro hasta llegar a San Diego.

—A lo mejor me he cansado de mi estilo.

Su hermana levantó una ceja, asombrada.

—¿Me vas a contar lo que ha sucedido?

Elías observó el edificio que albergaba los únicos restos de la Muralla Púnica. Cada vez que pasaba por allí, se imaginaba a Aníbal atravesando las puertas de la ciudad con sus elefantes, partiendo entusiasmado hacia la fallida conquista de Roma.

—Supongo que he husmeado más de la cuenta.

—¿Vas a denunciar?

—No sé quiénes eran, no merece la pena.

—Bien, tú mandas. Tampoco confío demasiado en la policía.

—¿Te ha llamado Caridad para que vinieras?

—Pues claro. Y la mamá también. Saben que soy la única que puede contigo. Tu madre estaba hecha una furia porque no querías ir al hospital. Decía que no podía verte en ese estado y se ha marchado.

—¿Y tu trabajo?

—No seas idiota. Ahora mismo necesita más mi ayuda el perro de mi hermano que los que tengo en la clínica. —Elías sonrió con la boca torcida por el dolor—. Sara se hará cargo hasta que vuelva. Y si hay alguna urgencia, llevo el móvil.

Dejaron el coche en el aparcamiento del hospital de Santa Lucía, a las afueras de la ciudad. Al contrario de lo que esperaba lo llamaron enseguida para hacerle las radiografías. Después de media hora durante la que Delia recibió cuatro llamadas de Caridad, apareció el médico, un tipo de metro noventa y cara de neandertal marcada por su prominente mandíbula. Le anunció que no tenía nada roto y que le

recomendaba quedarse en observación. Elías declinó el ofrecimiento y se marcharon.

Su hermana tomó de nuevo los mandos del coche.

—Llama a Caridad, tu mujer es muy pesada.

Elías obedeció. *Sí, seguimos esperando, cariño, hay mucha gente. No te preocupes, yo estoy bien. Esto va para largo, te vuelvo a llamar en cuanto sepamos algo.* Su hermana lo miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿A dónde vamos?

—Sal en dirección a La Unión.

—A la orden, mi capitán.

Abandonaron el aparcamiento y giraron en la rotonda para tomar el camino hacia el pueblo minero.

—¿Me vas a contar de una vez lo que ha pasado? —Insistió su hermana.

Elías no contestó. No podía explicarle en lo que estaba metido o la clase de gente con la que se mezclaba el obispo, pero tampoco podía mentirle, su hermana lo cazaba al vuelo. Así que decidió contestar con otra pregunta.

—¿Qué opinas de nuestro tío?

—¿El tío te ha pegado la paliza? —Su hermana lo miró muy sorprendida.

—No digas tonterías. —Elías observó que se acercaban a una curva—. A ver si sobreviví ayer y me vas a matar tú ahora.

—Lo siento. —Delia devolvió la vista a la carretera.

—Dime, ¿qué piensas de él?

—Pues ya sabes mi opinión. Es un plasta que siempre ha estado dando la brasa a nuestra madre. Yo creo que le gusta o algo y ella se deja querer.

—Ha sido como un padre para nosotros —lanzó la afirmación con cierta malicia.

—Como un padre para ti, querrás decir —atravesaban ya los terrenos desérticos tan característicos de la zona minera, de tonos grises y rojizos, yermos, agrietados, que podrían pasar perfectamente por un paisaje marciano—. Siempre has sido su ojito derecho, el ejemplo a seguir. Claro que luego la cagaste.

—No la cagué.

—Para él la cagaste, no seas crío. No te metiste en el seminario —soltó una carcajada—. ¿Cómo te ibas a meter a cura si estabas obsesionado con el porno?

—Tenía una o dos revistas porno, como cualquier adolescente.

—Ocho o diez, más bien.

—Bueno, ¿y qué? No me metí en el seminario porque no me sentía llamado. Había otras cosas que me interesaban más.

—El sexo, por ejemplo —su hermana volvió a reírse sonoramente, ante la mirada de disgusto de Elías—. Es broma, no te enfades.

—No me enfado.

—Y menos mal que le pediste perdón.

—Yo no le pedí perdón.

—Claro que sí, nene, te llevó mamá a su parroquia para confesarte.

—Ahí te equivocas. Por una vez, mamá me defendió ante el tío. Le dijo que era decisión mía entrar o no en el seminario y que si no estaba convencido...

—Vaya, eso no lo sabía. Un punto para la vieja. —Se mantuvieron en silencio. Delia continuó—. Ya ves, qué cosas. ¿Y total para qué? Escapas de los barrotes de la Iglesia para caer en las manos de una desaborida.

—Ya sé que nunca te ha gustado mi mujer.

—Me gustaba más Sandra, mira por dónde.

A Elías le dolió mucho el comentario.

—Sandra me abandonó sin dar explicaciones.

—Vamos, nene, Sandra se acojonó.

—¿Qué?

—¿Por dónde sigo? —Estaban llegando a un cruce. Elías miró el GPS de su Iphone. Más o menos recordaba dónde se encontraba la mina.

—A la izquierda —ordenó con una seguridad que no sentía.

—Esto es un camino de cabras.

—No te quejes. —La miró con curiosidad—. ¿Se acojonó de qué?

—¿Sandra? El otro día la vi. Ha engordado y le queda fatal el pelo negro. Y esas ropas que lleva... Sin embargo, parecía feliz.

—¿Y cuando estaba conmigo no?

—Pues no. Lo siento, pero es la verdad. No te lo tomes a mal, nene. Eres demasiado obsesivo y perfeccionista. En unos pocos años mira cómo se ha puesto. Es evidente que prefirió dejarte ella antes de que la dejaras tú. Estoy segura de que te quería con locura, pero no se sentía capaz de soportar tu nivel de exigencia, de mantenerse siempre perfecta para ti.

—¿Qué tontería! Yo no soy tan exigente.

—¿No? ¿Volverías con ella ahora que se ha puesto gorda, que no se preocupa de su aspecto?

Elías se quedó pensando. Aunque no quería reconocerlo, su hermana tenía razón. Él era un esteta y como tal la belleza era fundamental. Nunca podría estar con una mujer que no le atrajera físicamente, con una mujer que no cuidara su aspecto, su ropa, su lencería, que no se depilara o se maquillara.

—¿Volverías con ella? —Insistió su hermana.

—Después de lo que me hizo, ni de coña.

—Se comportó como una auténtica gilipollas, eso no te lo discuto. Pero si no hubiera sido así tampoco volverías con ella. —Elías no contestó—. ¿Por dónde ahora?

—A la derecha.

Delia pegó un volantazo y el coche tomó la curva derrapando sobre la grava. Pasaron junto a un antiguo lavadero de mineral en ruinas. Dentro se podía ver un cilindro de color verde, como una gran turbina con una compuerta, que en aquel entorno perfectamente podría haber pasado por una nave espacial.

—Vaya camino de mierda, ¿por dónde me has metido, nene? Mi Ibiza no es precisamente un todoterreno.

—Deja ya de quejarte, cada vez te pareces más a mamá.

Su hermana lo miró sorprendida y, de repente, soltó otra carcajada.

—Vaya, por fin reaccionas. Llevo toda la mañana machacándote sin obtener respuesta.

—¿Y qué quieres? Estoy hecho mierda.

—Bien, has incorporado los tacos a tu vocabulario. —Sonrió con ironía—. Parece que lo del cambio va en serio. Al final me voy a creer que serías capaz de volver con Sandra y todo.

—Gira a la izquierda, debe de ser allí.

—Vamos a darle caña —pisó el acelerador—. Si nos lo cargamos tendré la excusa perfecta para comprarme un híbrido.

Tiró del freno de mano y se detuvo derrapando junto a una pequeña colina sobre la que había un castillete, una estructura de madera con dos grandes poleas en la parte superior, que se utilizaba para sacar los minerales a través de un pozo que llegaba hasta las entrañas de la tierra.

—No he terminado de decirte mi opinión sobre el tío —se volvió hacia él—. Con nosotros siempre se ha portado bien, más contigo que conmigo, porque nosotros nunca hemos tenido mucho *feeling*. Siempre ha ayudado a mamá y le estoy agradecida por ello, sin embargo, creo que de alguna forma ha impedido que vuelva a tener pareja. No sé, Elías, la verdad es que no me parece una persona clara. A pesar de sus esfuerzos por agradar nunca me ha dado confianza.

—Siempre has tenido mejor ojo que yo para calar a las personas.

—Ahora en serio, ¿qué ha pasado con el tío? No me fío mucho de él, pero tampoco lo veo pegándote una paliza.

—Hemos discutido, eso es todo. —Intentó quitarle hierro al asunto—. Me ha quitado de una investigación que llevaba en marcha.

—¿La de la Cruz de Caravaca?

—Sí.

—¿Por qué te ha quitado?

—Supongo que ya no confía en mí.

—¿Y qué hacemos aquí? ¿Tiene que ver con el tío?

—Tiene que ver con los que me dieron la paliza.

—¿Qué?

Elías abrió la puerta del coche.

—Espera aquí. —La miró muy serio—. Ni se te ocurra bajar, puede ser peligroso.

—Ahora sí que me estás acojonando. —Parecía nerviosa—. Sea lo que sea lo que vas a hacer, lleva cuidado. No quiero quedarme sin mi hermanito pequeño.

—Eh, solo soy cinco minutos menor que tú.

Elías salió del polvoriento Seat Ibiza. Se detuvo junto a la puerta y se agachó

antes de cerrarla.

—Deja el motor encendido. Y pase lo que pase, no bajas.

—Está bien.

Cerró la puerta y giró alrededor de la colina hasta la boca de la mina. Había una reja con un candado que forzó sin dificultad con su navaja multiusos. Encendió la linterna de su móvil y se perdió en la oscuridad del túnel excavado en la roca a golpe de pico. Llegó a una bifurcación, dudó, observó que en el suelo había unos raíles medio enterrados que continuaban por la derecha, así que decidió seguir ese camino suponiendo que sería el principal. Continuó descendiendo hacia las profundidades hasta que llegó a una zona en la que el túnel se ensanchaba, dando lugar a lo que parecía una gruta natural de unos cuatro metros de altura. En el centro había unas columnas calcáreas y detrás de ellas lo que parecía un lago subterráneo. Elías se acercó, el agua tenía un color rojizo. Había oído hablar de los lagos ácidos que había por aquella zona, marcados por aquel color tan característico. Entonces observó algo que flotaba en el agua. Parecía una tela parda. Lo primero que le vino a la cabeza fue la túnica de color castaño del hábito de las carmelitas descalzas. Cogió una antorcha apagada que había en uno de los laterales y se acercó con ella al lago. Removió el agua para acercar la túnica y cuando estuvo a su alcance la giró con la estaca. Del susto se cayó de espaldas. Debajo de la tela apareció una cara deformada, hinchada y quemada, de la que había desaparecido casi toda la piel y el pelo para convertirse en una masa sanguinolenta. Hizo una foto con el móvil y se dirigió corriendo a la salida. Salió, cerró el candado y subió al coche.

—Vámonos.

—¿Has encontrado algo?

—Esto no es más que un basurero.

Un basurero, un centro de reciclaje, un crematorio donde Midas se deshacía de aquello que le era incómodo. Una mina con un lago ácido en su interior. Estaba bien pensado. Un lugar perdido al que nadie se acercaría, en el que echar un cadáver que en cuatro o cinco días habría desaparecido por completo entre sus aguas corrosivas.

X. LA RUEDA DE LA FORTUNA



La metieron en una furgoneta con los cristales tintados que se volvió a abrir al cabo de media hora y unos cuantos kilómetros. Se encontró frente a un edificio con forma de barco y luces de neón que anunciaban su nombre, *Las Sirenas*. La arrastraron a través de la puerta trasera para subirla a la primera planta donde la encerraron en una habitación, la desnudaron y le esposaron las manos y los pies a una cama de hierro, con las piernas abiertas, sobre un somier de láminas de madera desprovisto de colchón. Al cabo de un cuarto de hora entró el primer hombre. Sin decir nada, se quitó los pantalones se puso encima de ella y la penetró hasta correrse. Uno tras otro fueron pasando durante toda la noche. Después del quinto, L dejó de contarlos, simplemente cerró los ojos y se abstraigo de la realidad, abandonó su cuerpo a su suerte. Cuando volvió a la consciencia lo primero que sintió fue dolor, especialmente en los genitales, las muñecas y los tobillos, lo segundo un agudo pinchazo en la vejiga que avisaba de que explotaría en cualquier momento. Se orinó encima. Al poco se abrió la puerta y apareció Midas.

—Ya sé quiénes sois y por qué queríais matar al obispo —afirmó con seguridad—. Hemos estado en la casa de tu tío. Ahora solo necesito dos cosas de ti. Primero que me digas dónde está el cuadro y segundo que me des la fórmula de W. Después te dejaré marchar. —L no contestó—. Está bien, es cuestión de tiempo. Tómate todo el que necesites.

Midas salió y ella se concentró en practicar la meditación y la relajación, sabía que podía hacerlo, podía anular por completo sus constantes vitales, solo necesitaba practicar un poco más. Contaba mentalmente las pulsaciones que retumbaban en su sien como si fueran martillazos. Había conseguido reducirlas a cuatro o cinco por minuto cuando de nuevo se abrió la puerta. Un hombre dejó en el suelo un plato con un chorizo y un mendrugo de pan y le mostró un vaso de agua. *¿Tienes sed?* Ella no contestó. Él volcó el vaso lentamente, derramando el líquido sobre el suelo. *Pues te voy a dar para que bebas.* Se bajó los pantalones, se colocó a su lado y comenzó a masturbarse. No tardó mucho en correrse en su cara. Ella mantuvo los ojos cerrados, sin inmutarse y el tipo abandonó la habitación. Todo se mantuvo en calma hasta un par de horas después, cuando entraron dos mujeres. Una de ellas tropezó con el plato, tirando la comida sobre el agua y los orines. La otra colocó un cubo junto a la cama y con una esponja le lavaron todo el cuerpo. *Ya estás lista para esta noche,* comentó la primera sin atisbo de emoción. Fregaron el suelo y se marcharon. L volvió a relajarse, a concentrarse en sus pulmones para detenerlos poco a poco, a la vez que se reducían sus pulsaciones, cuatro por minuto, tres, dos, una. Su cuerpo se quedó completamente inmóvil y frío. Sus pulmones dejaron de funcionar, su corazón se detuvo, su mente permaneció en blanco. Cuando el primer hombre entró en la habitación se bajó los

pantalones y se colocó encima de ella. Al contacto de su cuerpo frío, se echó para atrás. *¡Qué cojones!* Puso una mano delante de su nariz y ante la ausencia de respiración le tomó las pulsaciones. *¡Está muerta!* Se puso en pie de un salto y salió corriendo. Al poco vinieron un par de gorilas. Uno de ellos le tomó el pulso.

—Está muerta. ¿Qué hacemos?

—Si se entera Midas, nos mata. —Sacó las llaves de las esposas y le soltó las manos y los pies. La cogieron entre los dos y la tumbaron en el suelo, sobre una manta—. ¿Sabes hacer el boca a boca?

—Me pagan para matar, no para salvar vidas.

—Joder, no será tan difícil, lo he visto hacer en las películas.

Se arrodilló junto a ella, le echó la cabeza hacia atrás, le abrió la boca y le insufló todo el aire que había en sus pulmones. L notó cómo se elevaba su pecho y su corazón volvía a la vida de repente. Con el primer latido cerró las mandíbulas con todas sus fuerzas para arrancarle los labios de un mordisco. El gorila se puso en pie gritando y jadeando con la cara ensangrentada. Rápidamente, L destapó los dos tubos de W que aún custodiaba en sus puños y los engulló de un trago. El otro matón se acercó a ella y le pegó una patada en la cara. L se desplomó de espaldas, conmocionada. Al instante notó el efecto de la W apoderarse de todo su cuerpo, sintió el poder recorrer su piel, la fuerza atravesar sus músculos. Se incorporó. El segundo gorila la observó con asombro y volvió a dirigirle una patada. Esta vez ella la desvió con la mano, mientras con la otra le asestaba un puñetazo en los testículos. El tipo cayó de rodillas, L se levantó, le sujetó la cabeza y apoyando una pierna en su espalda pegó un tirón seco. Los huesos crujieron y el cuello se dobló hasta que el codo tocó la columna vertebral. Se desplomó aplastando su propia cabeza. L se dirigió hacia el otro matón que se presionaba la boca con un pañuelo intentando cortar la hemorragia. Mientras retrocedía metió una mano detrás del pantalón para sacar una pistola. L vio un libro a su lado, un libro antiguo y pesado, seguramente olvidado por algún cliente. Lo cogió instintivamente y lo lanzó para arrebatarse el arma. Le acertó en la muñeca y aunque no la soltó, le proporcionó el tiempo suficiente para saltar hasta él y descargarle un puñetazo sobre el esternón. Los huesos crujieron y la caja torácica se le hundió en el pecho aplastando el corazón y los pulmones. Vomitó un chorro de sangre antes de caer al suelo con un rostro que parecía salido del mismísimo infierno, los ojos desencajados y los dientes ennegrecidos, amenazadores, presidiendo una boca sin carne.

L se vistió con la ropa ensangrentada del primer cadáver, cogió la pistola con una mano y el libro con la otra y salió al pasillo. Lo primero que se encontró fue otro sicario que esperaba junto a un hombre sentado en una silla con cara de susto, seguramente el cliente que había salido corriendo para anunciar su defunción. L apuntó a la cabeza del gorila y apretó el gatillo. Después amenazó al tipo de la silla, que se cubrió la cara con las manos. En lugar de disparar, le pegó una patada que lo tiró de espaldas y comenzó a arrastrarse por el suelo, sollozando, buscando una

habitación en la que refugiarse. L avanzó rápidamente. Varias mujeres asomaron la cabeza por las puertas y ella disparó al techo para espantarlas. Un par de tiros sonaron a su espalda y uno le rozó el hombro. Echó a correr de lado, mientras se cubría la cabeza con el libro a modo de escudo y disparaba con la otra mano. Una bala impactó en el volumen justo antes de abrir la puerta de emergencia que daba a una escalera de metal. Se topó de bruces con otro matón. El tipo le apuntó con la pistola pero ella volvió a usar el libro como una maza para arrebatarla. Otros dos sicarios comenzaron a disparar desde abajo, así que ella saltó sobre el que tenía enfrente. Ambos cayeron desde el primer piso, y ella soltó lo que llevaba en las manos para sujetarle la cabeza y empujarla hacia atrás. Cuando impactaron sobre el suelo, los sesos de su adversario le salpicaron la cara. L recogió la pistola y se echó a un lado para cubrirse con el cuerpo. Disparó contra los otros dos. A uno le acertó en el cuello y al otro en el pecho. Se acercó lentamente, el segundo aún respiraba. Elevó el pie en el aire y lo descargó con todas sus fuerzas. No sintió absolutamente nada. Se limitó a observar, impasible, fría, cómo los ojos le saltaban de las cuencas y los sesos le salían por la nariz y las orejas. La puerta de arriba se abrió y los disparos retumbaron de nuevo. Retrocedió un par de pasos y cayó al suelo al tropezar con algo. Vio que era el libro, así que lo cogió y se cubrió la cabeza con él. En ese momento leyó el título, *La Filosofía en el Tocado*, y una bala impactó en él, arrebátandosele de las manos. L rodó por el suelo para recogerlo y echó a correr sin mirar atrás. El Marqués de Sade aún le sirvió para golpear en la cabeza a un cliente que acababa de aparcar, robarle las llaves del coche y salir derrapando a toda velocidad.

Tras dos días de reposo, aún tenía el cuerpo dolorido y la cara hinchada, y le costaba abrir y cerrar la mano derecha. No había pensado continuar con la investigación del cuadro hasta que pudiera hablar con Alicia Silva. Sin embargo, ahora las dos investigaciones, cuadro y Cruz, convergían en un punto común, un punto negro y maloliente llamado Midas. Y después de la paliza y lo que había descubierto en la mina no estaba dispuesto a abandonar. Menos aún ahora que sabía que su tío también andaba metido en aquellos berenjenales. Llegaría hasta el final, costara lo que costara.

La zona de Tentegorra se encontraba en plena naturaleza, junto a un bosque de pinos que ganaba en altura a lo largo del Monte Roldán, a cuyas espaldas se situaba la playa del Portús. Un emplazamiento privilegiado desde el que se tardaba tan solo cinco minutos en llegar al centro de la ciudad en coche.

Se encontraba vigilando dentro del Seat de su hermana, escuchando con el micrófono direccional, mientras trasteaba el cubo de los espejos para relajarse. Descifró algunas palabras sueltas, lo suficiente para entender que Midas se dirigía a Torre vieja, donde por lo visto tenía algún asunto pendiente. El artista frustrado reconvertido en mafioso salió de la casa acompañado por uno de sus secuaces. Que él supiera, no tenía mujer ni hijos conocidos y vivía solo en un chalet que habría podido dar cobijo a cinco familias enteras.

Hacía ya media hora que el tipo se había marchado en su Mercedes, así que pensó que ya había dejado margen suficiente. Configuró su Casio para emitir uno de los códigos del mando de infrarrojos que grabó cuando se coló en su despacho. Bajó del coche. ¡Bingo! La puerta de la cerca se abrió y Elías volvió a cerrarla en cuanto hubo accedido al cuidado jardín. Bajo la sombra de un gran ficus y un algarrobo se situaban una mesa y unas sillas de madera, un lugar ideal para comer en verano. Al lado se encontraba la piscina cubierta y en mitad del césped una fuente presidida por una sirena dorada a tamaño natural, que mantenía un brazo extendido en dirección a la casa y la cara desencajada, inmersa en un llanto continuo materializado en dos hileras de agua que brotaban a través de sus ojos. Se acercó a la puerta de entrada, que al igual que todas las ventanas se encontraba bloqueada por una persiana de seguridad. Probó suerte con el segundo código y todas las persianas comenzaron a subir como por arte de magia. Abrir la puerta de entrada no iba a ser fácil y las ventanas de la planta baja tenían rejas, así que tuvo que escalar por una de ellas para colarse por el balcón. Echó un vistazo al interior y observó que había un control de la alarma junto a la puerta. Sacó su móvil y buscó el código para desactivarla entre todas las fotos que hizo al bloc de notas de la caja fuerte. Por suerte lo tenía configurado para hacer copias automáticas en Instagram, si no, las habría perdido

cuando le dieron la paliza y le destrozaron el otro teléfono. Con los números en la cabeza utilizó una tarjeta de plástico para manipular el cierre del balcón y cuando escuchó el clic, abrió con ambas manos y corrió hasta la central de la alarma para introducir el código. Un doble pitido le confirmó que era correcto. Respiró aliviado. El dormitorio era muy amplio, con una enorme cama de dos por dos, sobre la que presidía nada más y nada menos que un Van Gogh. Elías se acercó, incrédulo, para examinar la pintura con detenimiento.

Se trataba de la primera versión de *El doctor Paul Gachet* y parecía auténtico. Este cuadro se había convertido en toda una leyenda, su precio en el mercado podía ser desorbitado. En el año 1990 lo había comprado Ryohei Saito en una subasta en Christie's por más de ochenta millones de dólares. El japonés, que ya contaba con setenta y cinco años a sus espaldas, aseguró que haría quemar el Van Gogh después de su muerte. Esto sucedió seis años más tarde y la ubicación del cuadro pasó a ser un misterio. Algunos aseguraban que lo había vendido antes de morir, sin embargo, la hipótesis más aceptada era que Saito lo había quemado para llevárselo con él a la tumba. Ahora Elías descubría que no, que el cuadro permanecía intacto y de alguna forma, comprado o robado, había llegado hasta las manos de un escultor y mafioso español. Increíble. Se sintió intimidado por el descubrimiento, había subestimado el poder de aquel hombre. Permaneció un rato más absorto en la pintura, degustando los colores, la luz y las impresiones que le transmitían sus pinceladas. Después, continuó observando las paredes, sobre las que se distribuía una serie completa de los ochenta *Caprichos de Goya*. Se acercó al marcado con el número 74, *No grites, tonta*, una representación de las mujeres feas y tontas que aparentan asustarse cuando se cuele un fraile por su ventana, aunque en realidad lo reciben con los brazos abiertos. Por el color de la tinta, azul, el tamaño del papel y algunas imperfecciones producidas por el deterioro de las planchas, Elías determinó que se trataba de una de las últimas ediciones del S. XIX. Aquella habitación era digna de un museo, pero hizo un esfuerzo para centrarse en lo importante. No podía perder más tiempo, cuanto más permaneciera allí más peligro corría de que lo descubrieran. Había dos puertas, una que daba a un baño y otra al pasillo. Salió y examinó las otras estancias de la planta. Encontró otro aseo y dos dormitorios con decoración más tradicional, uno con cama de matrimonio y otro con dos individuales. La última puerta estaba cerrada con llave y de nuevo tuvo que tirar de su tarjeta de plástico para abrirla. Esta era bastante más grande que el resto y más que la estancia de una casa parecía la sala de un museo. Diversas urnas se distribuían a lo largo de las paredes, custodiando objetos dorados en su interior. En el suelo se situaban varias esculturas que representaban animales y personas a tamaño natural. Le llamó la atención la de una mujer tumbada boca arriba, completamente desnuda, con cara de deseo, los brazos extendidos en actitud receptiva, las piernas abiertas y el sexo expuesto. Parecía una muñeca hinchable de oro puro y, observando el agujero entre sus piernas, a Elías no le habría sorprendido que Midas la hubiera fabricado y usado con tal fin. Se acercó a las urnas, donde

encontró todo tipo de objetos de oro. Africanos, chinos, indios, tailandeses, aztecas, mayas y españoles, por supuesto. Allí estaba el relicario de la Cruz de Caravaca, de oro y piedras preciosas, que regaló el Duque de Alba a la Iglesia en 1777. No se había resistido a la tentación de quedárselo. Un poco más adelante encontró otra cosa aún más llamativa. Cuatro dientes de oro, cada uno con una letra grabada para formar la palabra SCOT. Si Alicia no le había mentado en eso, eran los dientes de su tío. Una sensación de repugnancia subió por su estómago, pero se controló. Aquello le recordaba a las matanzas de los campos de concentración nazis, donde se extraían las piezas de oro de las bocas de los ejecutados. Midas debía de ser un psicópata. Iluminó los dientes con la linterna para hacer una foto con el móvil. Examinó el resto de la casa en busca del cuadro de Bacon pero, como ya suponía, no se encontraba allí.

Cerró todas las puertas, volvió a poner la alarma, bajó las persianas y abandonó la casa en busca del coche de su hermana.

El tío de Alicia estaba muerto, era evidente que Midas se lo había cargado hacía varios años, y no en las últimas semanas como ella había pretendido hacerle creer. Pero ¿por qué habían matado a aquel mago venido a menos? ¿Habría descubierto algo de los negocios de su jefe? ¿Qué importancia podía tener aquel hombre huraño, dejado y medio loco? A cada paso que daba, surgían nuevas incógnitas.

Y el cuadro de Bacon, aquel dichoso cuadro, seguía sin aparecer.

L se encontraba tumbada en la cama junto a Midas cuando él se despertó desconcertado, con los ojos hinchados e inyectados en sangre y la cabeza dolorida. Se giró tanteando alrededor, buscándola para exigirle una explicación, pues no recordaba nada de la noche anterior. *Te pasaste con la droga, ya te advertí que era peligroso. Podrías haber muerto. ¿Y por qué me diste tanta dosis? Me convencieron la elocuencia de tu silencio y la amenaza de tus caricias alrededor de mi cuello.* Midas no rechistó y ella comenzó a vestirse. Preparó el desayuno y se lo trajo a la cama con un ibuprofeno. Se despidió con un beso y le dejó descansar. Tenía cosas que hacer, cosas importantes, tan importantes como preparar un asesinato. Bajo los efectos de la droga, Midas había confesado que al obispo le encantaba la buena gastronomía y todos los jueves se acercaba al Rincón de Pepe para cenar. L conocía el restaurante al que había ido invitada por algunos clientes. El plan era sencillo: reservarían una mesa para dos y pedirían unas cuantas botellas de vino, lo que supondría una excusa perfecta para que su tío montara un numerito que distrajera la atención mientras ella aderezaba la copa del obispo con una buena dosis de W, una dosis letal.

Aún faltaban dos noches para el jueves, así que mientras tanto tenían que seguir con su rutina, como si nada hubiera cambiado. Cuando llegaron al bar de Midas, L percibió un olor extraño. Arrugó la nariz intentando identificar el tufillo que cada vez cobraba más presencia. Presentaba una mueca bastante cómica cuando el guardia de seguridad se acercó a ellos para pedirles que subieran al despacho; el jefe quería verlos. En ese momento el tufillo se convirtió en fetidez y le dio una arcada. Instintivamente metió las manos en su bolso y cogió dos dosis de W. Apretó una en cada puño, como si fuera un tesoro, y mientras subía las escaleras agradeció a su nariz la advertencia. Nada más pasar por la puerta dos gorilas les obligaron a sentarse y les ataron las manos.

—¿De qué va todo esto?

—No te pongas nerviosa —sonrió Midas—, te vas a contestar tú misma.

Y encendió una pantalla en la que aparecían ella y Midas en la habitación, él tumbado sobre la cama, casi inconsciente, y ella inclinada sobre él, como un buitre devorando a su presa, sacándole información sobre las rutinas del obispo, sobre dónde y cómo podrían matarlo. El muy cabrón lo había grabado todo, debía de tener cámaras de vigilancia por toda la casa.

—¿Quiénes sois? —Midas se acercó a L.

—Ya lo sabes —bromeó su tío—, tienes nuestro currículum.

—¡Cállate! —Se agachó y miró a L directamente a los ojos—. ¿Por qué queréis matar al obispo?

—Nos has malinterpretado, solo queríamos darle una sorpresa.

Midas hizo retroceder el vídeo para volver a reproducir un trozo del principio. *Quiero que me hables del obispo. ¿Qué? Quiero saber qué planes tiene. Dónde podemos encontrarnos con él. Dónde podemos matarlo.* Lo detuvo.

—Creo que no dejas lugar a dudas.

—No hay nada más cierto que la duda evidente.

—Déjate ya de elocuencias. —Midas la sujetó por el pelo, estirando la piel de su cara, afilando su rostro, rasgando sus ojos—. Será mejor que empieces a cantar.

—¿Prefieres una jota o un *jazz*?

La soltó, cogió unos alicates de la mesa y se dirigió a su tío. Dos gorilas le sujetaron la cabeza y le abrieron la boca, mientras Midas atrapaba uno de sus dientes de oro y lo arrancaba de cuajo. Su tío comenzó a chillar y L giró la cara. Otro gorila la sujetó a ella y le obligó a mirar.

—No le digas nada —gritó su tío, escupiendo sangre. Midas elevó los alicates y le arrancó otro diente mientras los gorilas lo mantenían inmóvil.

—Me encanta esta dentadura. Te aseguro que le haré un hueco de honor en mi colección personal.

Los gorilas rieron la gracia de su jefe. Y le arrancó otro diente y otro más y no paró hasta dejar la boca vacía. L no pronunció palabra. Se limitó a rumiar el espectáculo, a engullir los gritos y el sufrimiento del único componente de su familia mientras centraba toda su atención en Midas, estudiando cada centímetro de su cara, cada rasgo, cada imperfección, para asegurarse de no olvidarlo nunca. Midas sujetó la lengua con los alicates y la estiró hasta hacerla salir de la boca. Mientras le dedicaba a ella una sonrisa sádica empuñó un *cutter* con la otra mano y la cortó de cuajo. Su tío se desmayó, se desplomó sobre la silla con la cabeza hacia atrás, escupiendo sangre a borbotones y temblando como si fuera epiléptico. Sin más contemplaciones Midas le rebanó el pescuezo. Esta vez la sangre saltó a diestro y siniestro, como si fuera un aspersor, y al poco su tío se quedó totalmente quieto, inmóvil, muerto. L no pestañeó, quería vivir toda la intensidad y el horror de aquel momento, quería grabarlo a fuego en su memoria para recordar siempre de lo que era capaz la maldad, para tener muy presente por qué tenía que acabar con aquel monstruo, con lo que él representaba, con aquellos para los que trabajaba. De repente, el gorila que la sujetaba le puso una bolsa de plástico en la cabeza y se la apretó al cuello para que no entrara aire. Al principio comenzó a respirar muy rápidamente, nerviosa, pero enseguida se dio cuenta de que así no conseguiría nada, y poco a poco puso en práctica sus técnicas de meditación. Respiró lenta y profundamente, dejando su mente en blanco, sintiendo cada centímetro de su cuerpo sin pensar absolutamente en nada. Sus músculos se destensaron, sus pulsaciones se redujeron hasta casi desaparecer, mientras sus pulmones asimilaban una mínima cantidad de aire para mantenerla viva. Al cabo de un par de minutos retiraron la bolsa asombrados y muy enfadados. El gorila la sujetó por los pelos y le obligó a abrir los ojos.

—No te preocupes, hablarás. Quizás no hoy, ni mañana, pero te aseguro que antes

o después terminarás hablando. —Midas miró a sus secuaces—. Llevadla al barco.

Tras su escaramuza en la mansión de Midas, devolvió el coche a su hermana, regresó a su casa en taxi y engulló un calmante para meterse en la cama. A la mañana siguiente desayunó con Caridad mientras veían las noticias por la tele, para evitar discutir. Sabía que estaba enojada al verle entrar y salir en aquel estado, mientras que en otros menesteres más importantes para ella, los de semental, por ejemplo, no estaba cumpliendo con su deber.

Se despidieron y cada uno se dirigió a su trabajo.

Lola mudó su expresión en cuanto lo vio aparecer por la puerta de la oficina. Le dio un abrazo, corazón con corazón, y con cara compungida bajó las escaleras y se acercó al herbolario, volviendo con algunos ungüentos que se empeñó en aplicarle sobre la mano y el rostro deformados. No trató de indagar, cosa que agradeció. Simplemente se ofreció a escucharle si es que necesitaba desahogarse con alguien. Tras la cura, al no obtener respuesta a su ofrecimiento, Lola puso sobre su mesa unos cuantos casos atrasados a los que Elías no consiguió prestar atención en toda la mañana.

Llamó a Alicia, cuyo teléfono continuaba apagado. Al poco recibió un mensaje confirmando que los SMS que le había enviado se habían perdido y muerto en el laberinto de las redes telefónicas al no ser capaces de alcanzar su destino. Así que decidió volver a visitar el piso del paseo Alfonso XIII donde se había encontrado con ella.

Se colocó las gafas de sol y el sombrero, intentando disimular las señales de su altercado.

Fue caminando y se detuvo frente al portal donde se produjo el encuentro. Presionó el botón del portero electrónico.

—¿Sí? —Contestó una voz masculina tintada con un fuerte acento inglés. Elías se sorprendió mucho y dudó si contestar o no.

—Publicidad —mintió al fin y la puerta se abrió.

Tomó el ascensor, se quitó el sombrero y llamó al timbre. Le abrió la puerta un tipo alto, con gafas de pasta, pelo claro y mofletes colorados.

—¿Qué desea? —Preguntó, examinándole de arriba abajo con cierta desconfianza.

—¿Está su mujer? —Elías lo engatusó con su mejor sonrisa—. Vendo cremas para la piel, los ungüentos de mejor calidad, con virutas de oro, a un precio increíble.

—Vivo sola. —Respondió el hombre con su marcado acento y se dispuso a cerrar la puerta.

—Veo que es usted extranjero, ¿sabe lo perjudicial que es el sol de este país para los que proceden de zonas más frías? Tengo un par de cremas que sin duda debería

probar si le tiene algo de aprecio a su cutis.

—Sola estoy aquí por trabaja. Muy poco tiempo. No playa, no sol.

Y cerró la puerta.

Elías salió a la calle y se dirigió al registro de la propiedad, que se hallaba a escasos metros. Ocupó uno de los sillones desgastados y con manchas indefinidas de la exigua sala de espera, hasta que le tocó el turno, media hora más tarde. Entonces pidió una nota simple del piso en el que acababa de estar. Le entregó un billete de cincuenta euros a la administrativa que le atendió y le indicó que se quedara con el cambio si le hacía el favor de sacarla en el momento. Ella no dijo nada pero le devolvió un papel en el que figuraba el nombre del dueño, Antonio Meroño Mercader.

Se dirigió a su oficina. Una vez acomodado, encendió el ordenador y buscó el nombre en Internet, topándose con un anuncio de hacía ya un par de años en el que ofrecía el piso en alquiler. Llamó al teléfono.

—Buenas, le llamo por el piso que alquila en el paseo Alfonso XIII.

—Está ya alquilado —una voz grave de hombre sonó al otro lado de la línea.

—Verá, es que me interesa mucho la zona y las fotos que he visto. No me importaría pagar más, ¿no sería posible que negociemos las condiciones y que cancele el alquiler actual?

—¿De cuánto estamos hablando?

—Pongamos mil euros al mes.

—¿Mil euros? —El hombre se mostró muy sorprendido e interesado—. ¿Y por cuánto tiempo sería?

—En un principio por cinco años. Lo quiero para oficina. Si la cosa va bien puede que para diez o hasta que me jubile.

—Ahora mismo está firmado por dos años. Lo tendría que ver con mi abogado.

—Notó cierta suspicacia en la voz del hombre, quizás había hecho una oferta demasiado alta.

—Yo soy abogado. Si le puedo echar una mano... ¿A quién lo tiene alquilado?

—A un extranjero que trabaja en Sabyc. Viene una semana al mes y se vuelve a su país. Para mí es muy cómodo porque trata con mucho cuidado el piso. He tenido algunas malas experiencias.

—Si es extranjero puede cancelar el contrato sin problemas. No creo que se vaya a meter en follones con la justicia española y si lo hiciera tendría todas las de perder.

—¿En serio? Me gustaría hablarlo con mi abogado de todas formas.

—Claro, hágalo. Coméntelo con su mujer —bromeó Elías—, por mi experiencia son las que deciden en estos casos.

—Por desgracia, señor, soy viudo.

—Vaya, lo siento. Si le parece también voy a hacer unas comprobaciones y le vuelvo a llamar al final de la mañana.

Colgó. Se sentía inquieto y decaído. El piso estaba alquilado a un extranjero que

vivía solo y pasaba en España una semana al mes. Eso quería decir que Alicia lo sabía, había conseguido de alguna manera las llaves y lo había utilizado para quedar con él cuando el tipo se encontraba en su país. ¿Y cómo habría orquestado todo aquello? ¿Eran amigos? ¿Limpiaba el piso? Sin embargo, si esa dirección constaba en la casa de subastas era porque figuraba en su DNI, lo que evidentemente le llevaba a deducir que tenía un documento de identidad falso, ya que el arrendatario no estaba casado. Por lo tanto, el nombre también debía serlo. Revisó sus notas y encontró que le había dicho que trabajaba en una agencia de modelos llamada Paris Selection. Buscó el nombre en Internet. Aparecieron varias entradas de hoteles y páginas de moda, pero ninguna agencia con ese nombre y menos en Cartagena. Había llegado a un callejón sin salida. Estaba convencido de que Alicia tenía el cuadro de Bacon en su poder, pero no sabía cómo dar con ella. La única información que poseía era un teléfono que se encontraba siempre apagado, un nombre, seguramente falso, y la dirección de un piso alquilado en el que vivía un extranjero de forma esporádica. De todas formas, lo lógico era que ella quisiera saber lo que había descubierto, ¿qué sentido tenía si no, que le hubiera contado toda la historia sobre el secuestro de su tío? ¿Había sido solo para despistarle, para hacerle creer que ella ya no tenía el cuadro? Eso tampoco tenía sentido. Si no hubiera querido que la encontrara nunca habría ido a aquel piso. Si estaba allí es porque quería contarle la pantomima del secuestro, porque quería que él investigara y sacara a la luz lo que había sucedido con su tío. A lo mejor solo tenía que esperar a que ella contactara con él. Lo lógico sería que lo hiciera en algún momento.

Elías sacó su cubo de los espejos y se concentró en él, moviendo las piezas arriba y abajo, a la derecha y a la izquierda, intentando que encajaran en su lugar a la vez que sus pensamientos. Sin embargo, las piezas se movían de un lado a otro, modificando la apariencia de la estructura amorfa, sin llegar a acercarse nunca a la de un cubo. En algún momento se había visto tentado de mirar la solución en Internet, pero al final había resistido. ¿Qué gracia tenía si alguien le contaba el secreto? Tenía que resolverlo por sí mismo y si no era capaz, mientras tanto, le servía para relajarse, para apartar sus pensamientos obsesivos de un determinado asunto, liberando así su mente de la jaula en la que se encerraba al no encontrar solución, para volver un paso atrás, observar la situación con algo más de perspectiva y tomar un nuevo camino con la esperanza de seguir avanzando. Sabía que por mucho que estudiara el cubo no le iba a servir de ayuda. La solución tenía que pasar por unos movimientos concretos, empezando desde las piezas situadas en el interior hacia las de fuera o al revés. Así que levantó la vista, dejándose llevar únicamente por el tacto de sus dedos, notando los cuadrados, las aristas, cómo crecía el tamaño o se achataba, según en qué dirección giraban. Sin darse cuenta se vio inmerso en el cuadro de Judith que descansaba frente a él. Mientras sus dedos continuaban trabajando de forma mecánica y paseaba la vista sobre los trazos de aquella pintura una idea comenzó a materializarse en su cabeza. No había investigado nada sobre el cuadro de la subasta.

Se había limitado a obedecer las órdenes de su tío, a valorar si podía ser un Bacon original o no, a comprarlo aunque no creyese que lo fuera, a verse envuelto, sin quererlo, en el robo y en la vorágine de la investigación. Sin embargo, ahora, al pensar en el cuadro con distancia mientras sus manos se movían como las de un autómatas, recordó que su tío le había hecho tres o cuatro encargos similares en los últimos diez años, aquellos que almacenaba en la habitación privada del sótano sin más explicaciones. Abandonó sobre la mesa el cubo de los espejos y examinó sus archivos. Efectivamente, hacía un par de años le había ordenado comprar a un particular una obra que parecía de Braque, aunque no tenía firma, en la que una botella de vino sobresalía sobre varios paralelepípedos apilados que representaban un campo de vides. Años antes había adquirido en sendas subastas dos cuadros de la misma temática, uno que representaba una botella de vino pintada con trazos negros verticales sobre un fondo de trazos horizontales del mismo color, obra supuestamente de Soulages, y otro de una madre recolectando las uvas de una parra con su hijo, en un colorido campo que su tío creía obra de Chagall. Ninguno de ellos lo habría calificado como original. Eran pinturas desconocidas, procedentes de particulares, sin firma y sin biografía; y en todos aparecía el tema del vino. Era evidente que estaban relacionados, aunque aún no entendía de qué manera.

Tras devolver los archivadores a su sitio, tomó asiento y volvió a observar el cuadro de Judith. Esta vez se dejó cautivar por sus colores, por la violencia de la representación, por la fuerza de la sangre que brotaba del cuello de Holofernes, dispuesta a salpicar la mesa y las paredes. Ahora, su percepción del trabajo de Artemisia Gentileschi había cambiado. Pensó en Alicia, en cómo estaba jugando con él, y no pudo evitar trasladar sus sensaciones a la Judith bíblica. Una mujer sin escrúpulos, despiadada, que se colaba en la tienda de Holofernes fingiendo ser casta y pura, dispuesta a sacrificar su virtud para proteger a su pueblo, una simple artimaña para acercarse a él y cortarle la cabeza sin ningún miramiento.

Estiró las piernas y apoyó la espalda en su silla. Por un momento abandonó el hilo de sus pensamientos, arrastrado por el ruido de la impresora que usaba Lola en la otra sala. Volvió a la pintura. La historia de Judith no se la habían explicado en las clases de religión del colegio, ni en las de catequesis, ni siquiera había salido el tema durante las conversaciones teológicas con su tío. La descubrió por sí mismo con dieciséis años, cuando su madre le instó a leer la Biblia por primera vez. Se paseó con agrado sobre las páginas que relataban las hazañas de aquella mujer vengadora que conseguía liberar a su pueblo de los despiadados opresores, pero no le prestó mayor atención hasta que volvió a encontrársela en la carrera. Algunos estudiosos opinaban que se trataba de un cuento inventado con el objetivo de que los judíos, metidos siempre en guerras, vieran reforzada su idea de pueblo elegido y no flaquearan ante el enemigo. Sin embargo, muchos creyentes, por ejemplo los evangelistas y testigos de Jehová, creían que todo lo que se contaba en la Biblia era rigurosamente cierto, por algo había sido escrito bajo la inspiración divina. Elías no sabía qué pensar, nunca se

lo había planteado.

El claroscuro era influencia de Caravaggio, aunque la diferencia entre la Judith de este y la de Artemisia era patente. La Judith que él tenía delante era una mujer sin miedo a mancharse las manos de sangre, casi se podía decir que disfrutaba con ello.

Judith. Una mujer fatal al servicio de la religión. Una mujer que, a pesar de decirse profundamente casta y religiosa, se había valido del pecado para acabar con el enemigo de su pueblo. ¿Quién podía imaginar al general babilonio, conquistador de oriente a las órdenes de Nabucodonosor El Grande, que no tuvo reparo en destruir a todo el que se interponía en su camino, modoso ante la llegada de una elegante mujer proveniente del pueblo asediado? Uno y otro no compartían dioses, poco miedo le podía dar a Holofernes el dios cristiano de sus víctimas. Él rendía pleitesía al dios supremo Marduk y al séquito de adivinos y sacerdotes que le protegían y le habían guiado en la conquista de tantos pueblos. No, Judith no había ido al campamento a hablar y a negociar con Holofernes, no habría conseguido otra cosa que unas humillantes carcajadas ante unas palabras ingenuas. Los ejércitos viajaban con su propio regimiento de prostitutas, mujeres que buscaban ganarse la vida o malvivir con el salario y el botín de los soldados. Lo más probable era que Judith se hubiera infiltrado entre ellas, cual caballo de Troya, buscando una posición privilegiada cerca de la tienda de Holofernes. Este no habría tardado en fijarse en ella, que destacaría por estar menos maltratada por la vida, por los hombres y por las enfermedades, y por presentarse mejor engalanada, más sonriente, menos vulgar, más misteriosa. Judith se acostaría con él, se abriría de piernas como una ramera cualquiera, esperando el momento adecuado para envenenar su vino y decapitarlo en el sopor *post coito*. Después abandonaría la tienda con su trofeo en un hato que los guardias achacarían a un pago por los servicios, les explicaría que su general no quería ser molestado hasta la mañana siguiente y huiría, con o sin sirvienta, eso Elías no lo tenía claro. Una vez que llegara a Betulia se presentaría ante el consejo de ancianos y confesaría haber destruido al enemigo gracias tan solo a la voluntad divina. Ellos asentirían, dejándole una salida honrosa ante el pueblo. Después se iría a casa a darse un baño caliente, a hacerse lavados vaginales con infusiones de ruda y a comer hojas de perejil y raíces de algodón con el objetivo de evitar el embarazo y borrar de su cuerpo todo rastro de Holofernes.

Judith se había convertido en una prostituta, había sacrificado su castidad, su virtud y su honra para salvar la vida de su pueblo. ¿Estaba Alicia dispuesta a cualquier cosa por vengar la de su tío? De repente, una idea se materializó en su cabeza.

Paris Selection.

En la mitología griega Paris era el hijo del rey de Troya y vivía como pastor, alejado de las pasiones humanas. Por ese motivo lo eligió Zeus para actuar como juez en una riña entre Atenea, Afrodita y Hera, que se disputaban el título de la más hermosa entre las asistentes a una boda. Paris debía entregar una manzana de oro,

ofrecida por Eris, la Diosa de la Discordia, a la más bella de las tres. Cada una de las candidatas intentó sobornar a Paris ofreciéndole riquezas o poder, desnudándose incluso para mostrar todos sus encantos. Finalmente escogió a Afrodita, que le prometió el amor de la mujer más bella del mundo. Esto hizo que después Paris se enamorara de Helena, esposa del rey de Esparta, y que se la llevara con él al ser su amor correspondido, desencadenando la Guerra de Troya. La elección de Paris era Afrodita, conocida en la cultura moderna como la diosa del amor, pero no del amor romántico, sino del amor carnal. Afrodita era la diosa de la lujuria, la belleza, la sexualidad y la reproducción. De hecho, era bien conocida la práctica de la prostitución ritual en sus santuarios y templos.

Paris Selection.

Salió a la recepción y le pidió a Lola un periódico. Ella buscó uno en el revistero de la sala de espera, se lo entregó y él volvió a encerrarse en su despacho. Lo colocó sobre la mesa y pasó las páginas. Paseó la vista, ayudándose con el dedo, hasta que encontró lo que buscaba. Marcó el número en el móvil. Contestó una mujer con acento sudamericano. Le especificó exactamente lo que deseaba y pidió una cita para esa misma tarde.

Ahora solo quedaba esperar que sus deducciones fueran correctas.

XVIII. LA LUNA



La música era alegre y Calixto comenzó a marcar el ritmo con las palmas, invitando al público a que lo imitara. Después golpeó suavemente al oso con la mano y miró hacia la bola que descansaba sobre dos tubos de acero que unían un par de taburetes por el aire, a modo de raíles. No hizo falta ninguna palabra, el animal se puso en pie, con la boca amordazada y cara de resignación, y de un salto subió al primer taburete y después a la bola azul decorada con estrellas amarillas. Una vez que mantuvo el equilibrio se elevó sobre sus patas traseras y con la espalda encorvada, como un anciano derrotado por la vida, el oso comenzó a caminar sobre la bola, haciendo que se moviera por el improvisado puente hasta llegar al otro extremo. Los espectadores lanzaron vítores y aplausos ante su habilidad. En todo el tiempo que llevaba L en el circo, toda su vida, doce años ya, no recordaba haber visto un atisbo de felicidad en aquellos ojos negros y pequeños. Hacía mucho tiempo que Calixto no le pegaba, que lo trataba bien en general, incluso con cariño algunas veces, con la complicidad de dos viejos compañeros de fatigas. Pero L recordaba cuando era una niña y Calixto mantenía al oso atado y amordazado todo el día, recordaba las tremendas palizas que le asestaba con una barra de hierro cada vez que el oso se levantaba sobre sus dos patas traseras y amenazaba con descuartizarlo con sus garras o simplemente cuando no obedecía sus órdenes más básicas. La doma duró casi un año y cuando hubo conseguido que no se rebelara, comenzó a entrenarlo para explotar sus habilidades artísticas. En su otra vida, Calixto había sido pastor y para él los animales tenían valor mientras desempeñaban correctamente su función, mientras eran útiles. *Un animal es caro de mantener, no te puedes permitir alimentarlo y cuidarlo si no le sacas un beneficio.* Alguna vez le había contado a L cómo había colgado de un árbol a un perro que había salido huyendo, dejando al rebaño indefenso ante el ataque de un lobo. Un buen perro pastor debía dar la vida por las ovejas.

Calixto quitó uno de los tubos que formaban los raíles y subió una bicicleta al taburete. El oso se montó en ella y sin titubear pedaleó rápidamente para cruzar hasta el otro lado sobre un solo tubo, demostrando una gran habilidad cultivada a base de años de práctica. Los vítores y aplausos ganaron en intensidad cuando el animal bajó al suelo de un salto buscando la aprobación de su amo. Al ritmo de la música, Calixto se acercó a él, le dio una galleta y elevó su garra a modo de victoria. L abandonó el telón, ya solo quedaba la parte en la que bailaba con los *julajops*, para ella lo más aburrido. El siguiente era su espectáculo y aún le quedaban algunas cosas que preparar. Aunque su tío había introducido algunos trucos nuevos, el de la sierra mecánica continuaba siendo la estrella. Sobre todo después de la actuación en aquel pueblo de Salamanca... Sacudió la cabeza, no quería que aquellos recuerdos enturbiaran su juicio.

Después de la función había hecho una fogata junto a la caravana y había apartado ya una buena cama de brasas sobre las que descansaba una parrilla repleta de carne. Sobre el fuego reposaba una olla en la que había echado una buena cantidad de vino y otros ingredientes secretos. Ya hacía un par de años que su tío le había enseñado a preparar W y desde entonces siempre se encargaba ella de su elaboración.

Llegó su tío con cara alegre y tono jovial.

—Espero que haya algo bueno para cenar, hoy es un día muy especial.

—Nada menos que chuletas de cordero y longaniza de pueblo.

—Genial. Después iremos todos a tomar algo al bar. Quiero que les expliques a Mara y Tara algunas cosas sobre nuestro número, mañana mismo tengo que empezar a ensayar con ellas.

—¿De qué estás hablando? —L se quedó de piedra ante aquellas palabras.

—Si te van a sustituir tendrán que saber lo que tienen que hacer. Mejor que se lo expliques tú misma, yo...

—¿Sustituirme? ¿Por qué me iban a sustituir? Ellas ya hacen su espectáculo de contorsionismo.

—Mira, L, tienes doce años, ya no eres una niña, es hora de que empieces a buscarte la vida por ti misma.

—¿De que empiece a buscarme la vida? ¿Acaso no trabajo igual que tú?

—Trabajas en un número que he creado yo, pero no te has enfrentado a la vida, aún no has descubierto sus maldades y sus virtudes. Es un camino que debes recorrer sola, sin que nadie te ayude.

—¿Por qué? No lo entiendo, ¿por qué no podemos seguir como hasta ahora?

—L, hay decisiones muy duras que hay que tomar, decisiones importantes que quizás no estés preparada para comprender ahora, pero que me agradecerás cuando seas mayor y eches la vista atrás.

—¡Me da igual lo que digas, eres un mentiroso y no me vas a quitar mi número!
—L se metió en la caravana y cerró de un portazo. Se echó sobre la cama y rompió a llorar como una niña pequeña. ¿Por qué le hacía eso su tío, por qué la sustituía? ¿Y precisamente el día de su cumpleaños? ¿Se había vuelto loco o simplemente despiadado? Se encendió una luz en su cerebro. Quería sustituirla por una de las gemelas, ¿no se habría liado con ella? O quizás con las dos. Su tío era tan adicto al sexo como al alcohol y a ella hacía ya casi un año que no la tocaba. Su enorme polla necesitaba desahogo continuo, se había tirado a todas las mujeres del circo y a la mitad de cada pueblo por el que pasaban. Alguna vez lo había hecho con hombres e incluso había montado orgías a la luz de la luna con cualquiera que buscara el placer sin restricciones. De hecho, sus principios morales se podrían resumir en *Todos somos iguales ante el placer; todos somos libres para practicarlo; todos debemos colaborar para conseguirlo*. L estaba segura de que Mara y Tara, las dos gemelas contorsionistas, podían ser un auténtico portento sexual, permitiendo a un hombre realizar posturas inimaginables con cualquier otra mujer. Y estaba convencida de que

si se hubieran propuesto comerle la cabeza a su tío, adornando sus palabras con sexo, drogas y alcohol, no habría sido capaz de oponer mucha resistencia. Lo que no le cuadraba era que las gemelas ya tenían su propio espectáculo y se llevaban bien con ella. ¿Por qué iban a querer quitarle el puesto?

Su tío llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

—Mira, L, cogiendo una rabieta como una niña pequeña no vas a conseguir nada.

—¿Han sido Mara y Tara, te han pedido ellas que me sustituyas?

—No, L, no pienses mal. —Su tío se sentó a su lado, con tono conciliador—. Ellas lo hacen porque yo se lo he pedido como un favor. Solo hasta que tú estés preparada para volver.

—¿Para volver de dónde? Ya estoy preparada, no necesito irme a ningún sitio.

—Mira, L, una vez un hombre encontró un capullo de mariposa.

—¡Déjate de mariposas ahora!

L corrió hasta la otra cama y se tumbó sollozando. Aún no se podía creer lo que estaba sucediendo, aún no entendía por qué su tío era algunas veces tan cruel. Él continuó con la historia, al margen de todo.

—Mientras estudiaba el capullo con curiosidad observó que comenzaba a moverse, tambaleándose a ambos lados. Poco a poco se abrió un agujero en la parte superior y una patita surgió a través de él, empujando y peleando por escapar de su prisión. El hombre permaneció hipnotizado por el espectáculo, estudiando cada movimiento de aquella pata que se esforzaba por liberarse. Avanzaba muy lentamente y al poco se detenía para descansar. El hombre, apiadándose del insecto, decidió ayudarlo y utilizó un cuchillo para cortar el capullo con mucho cuidado, hasta hacer la abertura lo suficientemente grande para salir. En pocos segundos la mariposa escapó de su prisión. Tras dar varias vueltas en el suelo, consiguió mantener el equilibrio e intentó extender las alas, pero no fue capaz. Así que el hombre decidió ayudarla de nuevo, sujetando sus alas con la punta de los dedos y extendiéndolas, pero en cuanto las soltaba volvían a plegarse. Aquella mariposa, L, nunca volaría. Al facilitarle la salida del capullo había roto su ciclo natural, había evitado que la mariposa forcejeara por salir, había impedido que ese esfuerzo bombeara la sangre y la energía necesaria a sus alas para volar. Sin quererlo la había privado de su libertad. —Su tío se acercó a ella de nuevo y le acarició el pelo con cariño—. Yo nunca te haría daño, L, te quiero como a una hija y te deseo lo mejor. Por eso no puedo ayudarte a salir del capullo.

L se puso en pie hecha una furia.

—Déjate de chorradas. Te conozco perfectamente y aunque intentes negarlo estoy segura de que esas zorras de las mellizas te han comido la cabeza además de la polla.

—Piensa lo que quieras, pero esta noche ya no podrás vivir aquí —su tío le alargó un sobre—. Toma tu parte de los beneficios, espero que tengas suerte.

—¡Vete a la mierda! —L cogió el sobre y abandonó la caravana pegando un portazo. No le hizo falta que su tío le abriera la puerta.

L fue a ver a los de mantenimiento. Eran tres familias y entre todos tenían un total de quince hijos. Eran todos mayores que ella porque, curiosamente, desde que ella nació, justo antes de verse obligados a abandonar el pueblo para unirse al circo, ninguna mujer se había vuelto a quedar embarazada. Les pidió trabajo y alojamiento y ellos aceptaron de inmediato compartir su empleo y su sueldo, a pesar de que ya era bastante ajustado para todos. Sin embargo, al día siguiente los tres padres y las tres madres se plantaron frente a ella para pedirle que se marchara, ya no le podían ayudar más. Los hijos intentaron defenderla con todos los argumentos posibles y cuando se les acabaron se echaron a llorar y a patalear, pero no sirvió de nada. L recorrió cada caravana del circo buscando un trabajo: Hércules, el forzudo, Festo, el amo del fuego, Calixto, el domador del oso, la familia de acróbatas, los tres payasos, el lanzador de cuchillos, la taquillera, incluso su amiga Deli, la adivina. Todos le cerraron la puerta. La gente del circo se había vuelto en su contra de repente y sin más explicaciones le retiraron el afecto y la palabra, como si ya no fuera uno de ellos, como si les hubiera hecho algo horrible. En el fondo sabía que las órdenes de su tío se encontraban detrás de aquella actitud. Se planteó abandonar el circo, buscar un trabajo en alguno de los pueblos por los que pasaban y olvidarse de aquella gente que había sido su familia hasta que de repente decidieron traicionarla. Pero allí estaba su vida, el circo era su pasión y no se sentía capaz de renunciar a él sin más. Así que se compró una Vespino de segunda mano para poder seguirlos allá donde fueran y comenzó a buscar pensiones baratas para dormir en cada pueblo por donde pasaban. El dinero menguó rápidamente y no tardó mucho en escasear hasta para comer. Así que una noche, mientras hacían el espectáculo en un pueblo de Galicia, L se coló en la caravana de Calixto y le robó una copia de la llave del camión donde viajaba el oso. Era un remolque bastante amplio, dividido por la mitad mediante una reja que dejaba la jaula del animal al fondo y espacio suficiente para el resto de pertrechos en la entrada. Pensó que sería fácil esconderse allí por las noches para dormir, mientras se tapaba con la capa del domador o algún abrigo viejo. Cuando ya todos dormían L abrió la puerta del remolque y se coló con cuidado de no hacer ruido. La luz de la luna se derramaba a través de una pequeña ventana para dejar la huella de los barrotes sobre la cabeza de la bestia, que abrió los ojos nada más olerla. L se acomodó al lado de la jaula y el oso abrió la boca en un enorme bostezo, se acercó y volvió a cerrar los ojos, agradecido por la compañía. L alargó una mano a través de la jaula y le acarició las orejas. Ella también echaba de menos el contacto con la gente, una caricia, una palabra de agradecimiento. Y aunque aquel animal no pudiera hablar, L comprendió al instante que era mucho más noble y más educado que la mayor parte de las personas que había conocido. Ahora aquella bestia era su única familia.

En ese pueblo perdido dejó abandonada la Vespino, sin gasolina, y aprovechó el remolque del oso para viajar además de dormir. Durante el día vagaba por las inmediaciones del circo como un alma en pena, salía al pueblo para buscar comida en

la basura, o hacía una pequeña fogata para asar los restos de carne o de pescado que el oso se dejaba. Sin embargo, había perdido ya bastante peso y si no hacía nada por evitarlo, su cuerpo se vería privado pronto de las curvas de los pechos y las caderas que habían comenzado a dibujarse hacía un par de años.

Durante aquellos días L odió a su tío más que a nadie en el mundo, lo odió y lo despreció como si se tratara del mismísimo diablo. Llegó a obsesionarse con él, con su figura, y se le revolvió las entrañas vacías cada vez que se lo cruzaba y giraba la cabeza para ignorarla. Fueron días de ayuno y penurias, y la obsesión con su tío se materializó lentamente en deseos de venganza, en una fantasía fría y despiadada en la que se colaba en su caravana y lo degollaba como a un perro sarnoso. Pero sabía que la gente del circo la mataría a ella después. Así que siguió fantaseando con la idea, sin atreverse a llevarla a cabo.

El día que L se liberó de sus obsesiones y sus pesadillas se habían instalado en un pueblo de Badajoz. Era de noche y ella se había dirigido al supermercado más grande del pueblo para registrar los contenedores de basura de sus inmediaciones en busca de productos caducados. Llevaba ya un buen rato removiendo los desperdicios y aún continuaba con las manos vacías cuando un hombre le llamó la atención.

—Eh, niña, niña. —L se giró hacia él—. ¿Tienes hambre?

Ella asintió con la cabeza sin moverse de su sitio. Era un viejo que andaba medio encorvado apoyándose en un bastón. Cubría su cuerpo con levita y sombrero de copa y sus palabras bailaban al son de un suave acento extranjero.

—Puedo ofrecerte un plato caliente y un trabajo para esta noche, ¿te interesa?

—Sí, ¿en qué consiste el trabajo?

—Ah, no te preocupes por eso —se acercó a ella y le echó el brazo por los hombros, obligándola a caminar a su lado—. Es tan sencillo que no tendrás ninguna dificultad. Espera a llegar a mi bar, allí te lo enseñaré.

Ya a las afueras del pueblo llegaron a un antro que brillaba en la noche gracias a un enorme letrero luminoso que además del nombre, *Cobra*, mostraba la silueta de una bailarina en posturas insinuantes. En el bar había cuatro o cinco hombres, cada uno acompañado de un par de mujeres que parecían disputarse su compañía. Las ropas de ellas eran ligeras, escotes prominentes, faldas cortas, incluso le pareció que alguna no llevaba bragas. Pasaron por una puerta detrás de la barra y el hombre le pidió a una mujer joven, aunque bastante demacrada, que le preparara a la niña un bocadillo y un vaso de leche. La mujer le dio la comida y se sentó a su lado.

—¿Dónde están tus padres, niña?

—No tengo —respondió con la boca llena, mientras engullía con ansia.

—¿Y con quién vives?

—Con mi tío, pero me ha abandonado. Ahora vivo sola.

—¿Qué edad tienes?

—Doce.

—¿Sabes qué es este sitio?

—Un bar.

—No, es un burdel.

L pegó otro mordisco y miró a la mujer con curiosidad.

—¿Un burdel? —Las migas saltaron de su boca, aunque su hambre ya se había apaciguado—. ¿Es un tipo de bar?

—Sí, niña, un burdel es una especie de bar donde se practica sexo a cambio de dinero. ¿Sabes lo que es el sexo?

—Sí.

—Pues aquí las mujeres ofrecemos sexo a los hombres que quieren y ellos nos pagan, ¿lo entiendes?

Los ojos de la niña se abrieron de par en par.

—¿De verdad os pagan por eso? —En ese momento L pensó que su tío le debía mucho dinero.

—Sí, y no es un trabajo precisamente agradable. Algunos hombres, la mayoría, son asquerosos.

—¿Y yo podría hacerlo?

—¿El qué?

—Cobrar por el sexo.

—Tú eres solo una niña. —La mujer se sorprendió mucho ante la reacción de L—. ¿No crees que es mejor que te dediques a jugar con muñecas?

—No tengo muñecas. Lo único que tengo es mi cuerpo y nunca hubiera imaginado que pudiera utilizarlo para ganar dinero.

L se terminó el bocadillo y la mujer le puso un vaso de leche caliente.

—Mira, niña, eh, ¿cómo te llamas?

—L.

—¿Elia?

—No, L, solo L.

—Está bien, L, yo soy Silvia. Vamos a ver, me gustaría que entiendas que esto no es un juego. Una vez que das el paso ya no hay vuelta atrás. A las mujeres que cobramos por el sexo nos llaman prostitutas y los hombres nos desprecian como escoria. No es una vida agradable.

—Pero si les dais placer, ¿por qué os van a despreciar?

—Los hombres son así, querida. Muéstrate remilgada y distante y te tratarán como a una diosa, no por nada, sino porque están deseando metértela. Déjales follarte a la primera y te tratarán como basura. Una vez que han conseguido lo que quieren pierdes todo el interés para ellos.

—Entonces solo tengo que hacerlo con hombres que no conozca, que no me importen para nada, ¿no? Así me pagarán y después me da igual lo que piensen de mí.

—Bueno, hija, es una forma de verlo.

—¿Y puedo trabajar aquí? Solo esta noche porque mañana me marchó.

—Mira, Elia, si yo fuera tú saldría corriendo de aquí ahora mismo y no volvería. Esta vida es una mierda. Pero si estás convencida de que quieres hacerlo, el *Dandy* debe de estar preparando algo para ti. Aunque antes tendrás que darte una buena ducha.

—Sí, estoy convencida —L apuró la leche de un trago—. Solo tengo una condición.

—¿Cuál?

—Que el precio lo pongo yo.

Silvia la miró muy seria, con asombro y cierta desconfianza, y en aquella mirada L intuyó que, de repente, había dejado de verla como a una niña.

Cuando L volvió al circo llevaba dinero en los bolsillos y una sonrisa en la cara. El *Dandy* había hecho una llamada para ofrecer un plato nuevo y muy especial a uno de sus mejores clientes, el capitán de la Guardia Civil. Cuando este supo de qué se trataba había aceptado el precio sin rechistar y había corrido tan rápido que no perdió los pantalones por el camino gracias a la percha que las expectativas habían levantado en su entrepierna. Era un tipo gordo y nervioso que entró babeando de satisfacción bajo su espeso bigote al descubrir en la cama a una niña pelirroja, desnuda, de piel blanca y pecosa y cuerpo delgado, aunque cincelado con prominentes curvas en situaciones estratégicas. L se acercó a él, le ajustó el tricornio que casi se le cae con la carrera y sin más preámbulos le bajó los pantalones y comenzó a masturbarle rápidamente. Cuando vio en su cara que no aguantaría mucho más le colocó un condón y dejó que la penetrara. Con un par de embestidas, el hombre concluyó satisfecho y se echó a reír a carcajada limpia. Hasta entonces L solo había practicado sexo con su tío y aquella reacción le pareció muy curiosa.

Ahora era ella la que reía. Volvía con el estómago y los bolsillos llenos y una nueva forma de ganarse la vida a las espaldas. Ya no dependía de nadie, ya no volvería a pasar hambre nunca más. Ahora sabía lo que tenía que hacer para ganarse la vida, para poder comer o comprarse un capricho. Entró en la caravana de su tío y lo encontró en la cama con las dos gemelas. Las muchachas, desnudas, se hicieron a un lado. Ella se acercó a él hecha una furia y le lanzó un fajo de billetes a la cara.

—¿Es suficiente para volver a comprar mi puesto en el número de magia?

—Es suficiente —su tío sonrió satisfecho—. Y no es solo tu puesto lo que acabas de comprar.

L se marchó sin llegar a entender las palabras de su tío, sin mostrar el más mínimo interés por descifrarlas. Ahora que había recuperado su posición en la comunidad, ahora que volvía a tener trabajo y un plan alternativo para ganarse la vida, ahora que se sentía feliz, libre al fin de la jaula donde había sobrevivido las últimas semanas, solo había una cosa que deseaba hacer. Al fin y al cabo, se lo debía. Se dirigió al camión del oso, abrió la puerta y también la jaula. El animal levantó la

cabeza, se sentó y la miró durante un buen rato con sus ojos negros y desvalidos, tristes, incapaces de inspirar temor. Al poco, volvió a tumbarse y se giró hacia ella, esperando sus caricias. L lo cogió de una pata y tiró con todas sus fuerzas. *Levántate, imbécil.* Se puso detrás y apoyando los pies contra la pared del camión le empujó con las dos manos y todo el cuerpo. *Hay un bosque a menos de cien metros. Levántate, estúpido, escapa, es tu única oportunidad.* Pero el oso se limitó a observarla con ojos vidriosos, resignados. Y ella, cansada y hastiada, se dio por vencida. Lentamente se acercó al animal, se sentó a su lado y comenzó a rascarle la oreja. La bestia había desaparecido dejando su lugar a un saco peludo de huesos, desprovisto de sangre y de nervios, un osito de peluche, ni más ni menos. La sociedad lo había domado, le había arrancado la voluntad y el alma. L rompió a llorar, lloró como una niña pequeña al comprender, de repente, el regalo que su tío le acababa de hacer, al comprender por fin la lección que le acababa de dar.

XIV. LA TEMPLANZA



(INVERTIDA)

Elías apretaba en las manos el cubo de los espejos, moviendo las piezas convulsivamente mientras caminaba por el pasillo del hotel. Necesitaba relajarse. Aquel caso estaba tomando un cariz que no le gustaba en absoluto. Lo que había comenzado como el simple robo de un cuadro cualquiera se había convertido en un peligroso asunto relacionado con uno de los peores mafiosos de la zona. Y lo peor de todo era que su tío estaba relacionado con él y que de alguna forma lo encubría y hacía uso de sus prácticas deshonestas para su propio beneficio o el de la Iglesia.

Se detuvo ante la puerta, realizó un par de movimientos desesperados del cubo que no dieron ningún resultado y se lo guardó en el bolsillo de la gabardina. No podía retrasar más el momento. Llamó.

La puerta se abrió y la sonrisa se congeló en los labios de la mujer que intentó rápidamente volver a cerrar. Elías puso el pie en medio, pegó un empujón y entró en la habitación. Ella caminó hasta la cama y permaneció en pie, de espaldas a él.

—Puedes dejar el dinero sobre la mesilla.

Elías se acercó. Era Alicia. La cogió del brazo y la obligó a girarse.

—He estado intentando contactar contigo, pero el teléfono siempre estaba apagado.

Ella se limitó a mirarlo con cara seria, impasible.

—¿No vas a decir nada?

—Siempre cobro por adelantado. Por favor, deja el dinero en la mesilla o me veré obligada a pedirte que te marches.

—Está bien —sacó su cartera de piel y lanzó un par de billetes—. ¿Ahora podemos hablar?

—No sé a qué has venido aquí, pero yo cobro por follar.

Ella se abalanzó sobre él y le besó en la boca. Elías se sintió desconcertado, jamás había pagado por mantener relaciones sexuales, nunca había estado con una prostituta y le parecía deplorable el solo hecho de planteárselo. Mantenía los labios apretados, intentando resistirse a aquel beso, a la trampa que sin duda aquella araña con forma humana estaba tejiendo a su alrededor. La sujetó por los hombros e intentó apartarla, pero ella lo abrazó con todas sus fuerzas con una mano, mientras con la otra le apretaba el paquete y volvía a besarlo. Elías notó las palpitaciones de su miembro, que comenzó a crecer bajo la presión de sus dedos, y no pudo resistir más la tentación de abrir la boca y besarla, jugando con su lengua, mordiendo sus labios con tal pasión que parecía que quisiera devorarla. Hacia Alicia sentía un deseo y una atracción que jamás había sentido por nadie. Sabía que estaba cometiendo un error, un gravísimo error, pero no podía parar. Era la Diosa del Olimpo y por mucho que lo intentara no podría resistirse. Ella le bajó la bragueta y se arrodilló frente a él, le miró a los ojos y

sonrió con lascivia mientras comenzaba a hacerle una mamada. Elías estaba tan excitado que creía que se iba a correr. La obligó a levantarse, le quitó el vestido, el sujetador y las bragas y la puso de rodillas sobre la cama, cubierta tan solo con el ligero y las medias. Se situó detrás de ella, se quitó su ropa y mientras se colocaba el preservativo que ella le tendía, observó la perfección de su trasero, los suaves trazos de las curvas de su cuerpo, el tono pálido y delicado de su piel, que contrastaba con el fuego que despedía su cabello. Ella giró la cabeza para mirarlo a los ojos a la vez que él la penetraba. La sujetó por el cuello mientras comenzaba a moverse adelante y atrás, ganando poco a poco en intensidad, convirtiéndose sus movimientos en embestidas que golpeaban cada vez con más fuerza, arrancándole gemidos entrecortados. Nunca en toda su vida había estado tan excitado ni creía que pudiera volver a estarlo. La penetró, la penetró una y otra vez hasta que al fin llegó al orgasmo, exhausto, extasiado, agradecido. Se sentía feliz, como un niño al que por fin le hubieran entregado la tarta de chocolate que tanto deseaba. Y entonces volvió la consciencia de su matrimonio y la culpa del pecado se apoderó de él. Se sintió sucio, débil, casi humillado. Se separó de ella y comenzó a vestirse, preguntándose cómo se había dejado arrastrar de aquella manera, cómo había caído en las redes de aquella arpía. No se consideraba una persona débil de espíritu, sino todo lo contrario, siempre había hecho gala de una gran fuerza de voluntad, renunciando a las pasiones terrenales en general, concediéndose tan solo pequeños caprichos de sibarita que le hacían la vida un poco más agradable. Sin embargo, ahora había metido la pata hasta el fondo. ¿Cómo podría mirar a su mujer a la cara? ¿Cómo podría volver a hacer el amor con ella sin que se le revolvieran las tripas por haberle sido infiel? Se preguntó si la confesión le ayudaría a sentirse mejor, si el párroco de su iglesia o su tío le concederían la absolución borrando por completo el recuerdo, la culpa, como si nunca hubiera sucedido. Y entonces recordó los asuntos turbios en los que su tío andaba metido y le pareció que su infidelidad era una minucia en comparación. Intentó convencerse de que no tenía mayor importancia, de que con una confesión y procurando que no volviera a suceder quedaría todo olvidado. Y en ese momento, se preguntó si no sería así como comenzó su tío, quitándole importancia a cosas que sí la tenían, dejándose llevar por el lado oscuro del ser humano, por las pasiones y los vicios que enturbian la mente y corrompen el alma. Y sintió miedo de perder el camino, de dejarse arrastrar hacia un lugar en el que nunca había estado, al que nunca querría llegar.

—Me llamo L —confesó ella, mientras se colocaba el vestido que se deslizaba como una caricia a lo largo de su cuerpo escultural.

—¿Cómo? —Elías estaba desconcertado, no sabía de qué le hablaba.

—Me llamo L, L de Eleuteria.

—L. ¿Y qué pasa con Alicia Silva?

Ella sacó un DNI de su bolso y lo lanzó sobre la cama.

—Puedes quedártelo.

Elías lo cogió y lo estudió con curiosidad. Parecía real, una falsificación de muy buena calidad.

—Está bastante bien, no habrá sido barato.

—En realidad, sí lo fue. —Se llevó el dedo índice a la boca y lo lamió con lascivia—. Un favor a cambio de otro.

Elías se mostró incómodo, casi enfadado.

—¿Qué quieres de mí?

—Esa pregunta deberías responderla tú. No recuerdo haber ido a buscarte.

—No, pero sí has lanzado los cebos necesarios para que yo lo haga por ti. —Se acercó a ella, la cogió por los brazos y la obligó a mirarlo a la cara. Observó sus ojos verdes, grandes, almendrados, que mostraban seguridad y miedo al mismo tiempo. Cada vez que la miraba se desconcertaba, no sabía si esa fragilidad era real o si se estaba riendo de él en su cara—. Robaste el cuadro, pusiste las pistas para que te siguiera, una dirección falsa, seguramente de algún cliente de confianza que te había prestado las llaves y sabías que estaría fuera de España. Me contaste la historia del secuestro, de la entrega del cuadro como rescate, todo mentira. Tu tío, si es que lo es, lleva muerto más de cuatro años. ¿Dónde está el cuadro?

—Lo tengo yo.

—¿Aquí?

—No.

—¿Dónde?

—En mi casa.

—Está bien, termina de vestirme, te acompañaré a buscarlo. —Elías la soltó—. Y ahora explícame qué pretendías incitándome a investigar un caso que ocurrió hace cuatro años.

—El asesinato de mi tío permanece aún sin resolver. Solo pretendía que encontrases al culpable y lo felicitaras por lo bien que lo hizo.

Elías notó la ironía en sus palabras, aun así le resultó extraño que la utilizara en ese momento. Era una mujer peculiar, compleja y, sin duda, peligrosa.

—Yo no investigo asesinatos, ¿por qué me elegiste a mí?

—Primero porque creo que eres bueno en tu trabajo y segundo porque sabía que por el camino encontrarías cosas de tu propio interés.

—Nada que me hubiera gustado saber.

—He dicho interesantes, no agradables.

—¿Te refieres a Midas?

—A alguien más cercano.

—A mi tío.

—Pues sí. Mi tío está muerto y el tuyo dio la orden o, al menos, el consentimiento. Estoy segura de ello pero no he podido demostrarlo. Asesinatos, robos, mafiosos, parece que un obispo debería dedicarse a asuntos más espirituales, más cercanos a Dios, ¿no crees?

—¿A dónde quieres ir a parar con todo esto?

—¿Nunca te has preguntado por qué tu tío tiene tanto interés en conseguir el cuadro de Bacon?

—La Iglesia compra obras de arte.

—Sí, pero este pertenece a una colección en la que tiene un interés personal.

—¿Qué quieres decir?

—Y creo que es uno de los pocos cuadros que le faltan para completarla.

—¿De qué colección estás hablando? —Pensó en la habitación del sótano del obispado, cerrada bajo llave.

—No confías en mí. Si te lo contara no me creerías.

—Inténtalo. Hasta ahora has hecho conmigo lo que has querido.

—Si te hubiera dicho en lo que está metido el obispo, ¿te lo habrías creído? Debes descubrirlo por ti mismo.

—Estás jugando conmigo otra vez. Vamos a tu casa. Quiero que me devuelvas el cuadro.

—Te lo daré cuando regreses.

—¿Cuándo regrese de dónde?

—De un pueblo de Navarra. Del pueblo del que yo procedo, del que proceden mis antepasados, mis amigos y los cuadros. Un pueblo ahora abandonado, habitado solo por los fantasmas.

—¿Y qué debería encontrar allí?

—Respuestas.

—¿En un pueblo abandonado?

—Tendrás que aprender a oler el sonido de la tierra, a leer el silencio de las piedras y a escuchar el aroma de los muertos.

—¿Por qué debería confiar en ti?

—Ahora sabes mi verdadero nombre. —Le mostró un papel—. Aquí tienes el del pueblo de Navarra y mi teléfono de verdad. —Se lo metió en el bolsillo del pantalón—. Para ti estaré localizable las veinticuatro horas del día.

Elías dudó. Su prioridad era conseguir el cuadro, pero ahora había descubierto una faceta de su tío que no le gustaba en absoluto, que jamás hubiera imaginado y que aún no terminaba de creerse. Si conseguía ya el cuadro, si iba y se lo entregaba a su tío, habría terminado todo, ya no tendría excusa para seguir investigando, para descubrir de qué iba todo aquello. Si en ese pueblo de Navarra podía obtener algunas respuestas de por qué su tío actuaba así, por qué le interesaban esos cuadros y de dónde habían salido, quizás merecía la pena investigarlo. Sabía que si la había encontrado era porque ella había querido, que estaba jugando con él, que por alguna razón, quizás simple ansia de venganza, quería que descubriese los asuntos desagradables en los que su tío andaba envuelto. Y por ahora le estaba funcionando a la perfección pues aunque Elías era consciente de la manipulación a la que lo sometía, necesitaba saber más. Era demasiado tarde para dar marcha atrás, tenía que

llegar al fondo de aquel asunto, descubrir hasta qué punto su tío estaba corrompido.

—Está bien, lo investigaré. —L, si es que ese era verdadero nombre, se acercó y lo besó en la boca, con delicadeza. No se podía quitar de la cabeza la sensación de que le recordaba a alguien. Era una auténtica belleza, como una versión mejorada de alguien que él conocía, aunque ahora no caía en quién. Se giró para marcharse.

—No puedes irte aún. —Ella lo sujetó por el brazo y volvió a besarle. Él respondió con pasión, no le hubiera importado volver a follársela.

—¿Por qué?

—Tenemos pendiente una conversación sobre Duchamp.

—Llegas tarde.

El tono de Caridad dejaba patente su estado de ánimo. Se encontraba frente a la ventana del salón, mirando hacia las sombras que se movían tenuemente en el exterior. Anochecía sobre el Teatro Romano y a esas horas las piedras aún parecían más antiguas.

—Lo siento —se disculpó Elías.

—Te he llamado más de diez veces y no me has cogido el teléfono. —Caridad se volvió hacia él. Su voz le taladraba la cabeza.

—No lo he escuchado.

—Para ti no es importante —su tono parecía peligroso, nunca la había notado tan enfadada. ¿Sería posible que su mujer intuyera lo que acababa de hacer?

—¿A qué te refieres?

—A tener hijos.

—¿Por qué dices eso? —Se sentía desubicado. Aún no había asumido lo que acababa de suceder con L, aún no sabía cómo manejar los remordimientos y, desde luego, no se sentía con fuerzas para enfrentarse a su mujer en una discusión sobre un tema tan delicado.

—Está más que claro y no te lo voy a explicar, es humillante.

—Vamos, cariño —se acercó a su mujer. Las últimas briznas de luz cálida del atardecer daban un tono melocotón a su piel y su cabello. Estaba guapa, a pesar del enfado—. Estoy cansado y estresado, con demasiado trabajo y después del incidente del otro día...

—Un incidente que no fue un accidente, me consta que tú te lo buscaste.

—¿De qué estás hablando?

—Me lo ha dicho Alfredo, me ha dicho que te estás metiendo en asuntos turbios en contra de las órdenes de tu tío.

Eso no se lo esperaba. El vicario y su mujer eran íntimos amigos, pero jamás se le habría ocurrido que intentaría ponerla en su contra.

—Alfredo no tiene ni idea. ¿Confías en él más que en mí?

—Desde luego. Últimamente no te has ganado mi confianza precisamente.

—Caridad, yo apuesto por nosotros. Te quiero y quiero... deseo con toda mi alma formar una familia contigo. Pero ahora estoy pasando una mala racha. Lo único que digo es que quizás deberíamos tomárnoslo con más calma.

—Tres —levantó los dedos de su mano—. Lo hablamos antes de casarnos, tres, tres hijos. Ni uno, ni dos, ni ninguno. Tres hijos, eso es lo que hablamos.

Elías lo recordaba. Todo estaba medido y pactado. No tener hijos era la opción de los egoístas o la penitencia de aquellos a los que el Señor no había bendecido. Tener

solo uno era cosa de cobardes, de aquellos que se amedrentaban ante los problemas y las dificultades de la crianza. Dos hijos era lo habitual entre la clase media baja, entre los que no disponían de recursos ni de espacio como para ampliar la familia. Tres simbolizaba el número perfecto. La paternidad había que ejercerla con responsabilidad, se debían tener los hijos que se podían criar. Más allá volvía a ser cosa de pobres o de fanáticos, incapaces, por un motivo u otro, de interponer los medios adecuados.

—Yo quiero tener hijos pero, ¿no podemos al menos disfrutarlo? ¿Es que tiene que estar todo perfectamente planificado, hasta los momentos en los que tenemos que hacer el amor?

—Creía que estabas de acuerdo. Hasta hace poco tú eras el rey de la planificación. Ahora no sé qué te pasa. Mira qué aspecto llevas. —Señaló con desprecio la camisa por fuera del pantalón—. Ya no te conozco.

—A lo mejor tienes razón. —Al remarcar su cambio de actitud, de repente, Elías tomó conciencia de su entorno, de sus sensaciones, de que en aquella casa se sentía fuera de lugar, de que aquella mujer con la que se había casado se había convertido en una auténtica extraña—. A lo mejor ha cambiado algo dentro de mí.

—Estoy confusa por tu comportamiento —Caridad bajó la mirada—. Siempre has sido tan meticuloso, tan ordenado, tan centrado para tus cosas... Creía que estábamos de acuerdo en que era el momento de tener hijos.

—Y lo estamos.

—A Dios rogando y con el mazo dando. Nunca mejor dicho. Yo rezo a Dios todos los días, pero tú no le das mucho al mazo. Al menos no conmigo. —Remarcó estas últimas palabras con toda la rabia que llevaba contenida.

Elías se sintió perplejo ante aquella ordinariez. Siempre había admirado la capacidad de su mujer para estar a la altura de las circunstancias, de hacer siempre lo correcto, de ocultar sus verdaderos sentimientos cuando eran negativos, en definitiva, de quedar bien en cualquier situación. Pero lo que más le impactó fue su perspicacia. ¿De verdad sabía que le había sido infiel? Supuso que no, pero de todas formas sintió una profunda pena por ella y pensó que se lo debía. Lo que había sucedido con la pelirroja no había sido más que un accidente y bien podía quedar atrás, no tenía por qué tirar por la borda su matrimonio. Dio un paso al frente y la besó con pasión. Ella se mantuvo fría como un témpano, sin responder. Él la acarició con suavidad y la empujó sobre el sofá.

—Aquí no, se puede ensuciar.

Elías bufó y la excitación se desplomó dentro de sus pantalones. La acompañó a la habitación. Con cierta desgana se desnudó, mientras ella hacía lo mismo. Volvió a besarla y su miembro respondió al estímulo a pesar de la frialdad, a pesar de la diferencia con la pasión que había desbordado L hacía un rato. Intentó quitársela de la cabeza. Ahora estaba con su mujer, tenía que disfrutarlo. Acarició sus pequeños pechos y la acostó sobre la cama. Intentó que se girara.

—No, es mejor boca arriba.

Se tragó un nuevo bufido mientras comenzaba a penetrarla. Notó que ella no estaba excitada y comprendió que él tampoco. En ese momento, su mente y su pene iban por caminos distintos.

—Sigue —le apremió Caridad, aunque Elías creyó entender *¡Córrete ya! A ver si te comportas como un hombre de verdad y me preñas de una puta vez.*

Aquello fue un insulto para él, que continuó moviéndose mecánicamente, sin mucho entusiasmo. Entonces cerró los ojos y viajó mentalmente a la habitación del hotel en la que había estado unas horas antes. Comenzó a aumentar el ritmo, embistiendo con fuerza entre las piernas de L. Escuchó un escueto gemido. Abrió los ojos y vio a Caridad que lo observaba expectante. Ya no pudo soportarlo más. A pesar de sus quejas la obligó a girarse y ponerse de rodillas. La sujetó por el cuello mientras la embestía. Sus curvas no estaban a la altura, pero al no verle la cara podía fantasear con L. Caridad apoyó la cabeza sobre la cama, en actitud sumisa, esperando a que terminara.

Se habían casado hacía un par de años y su relación había funcionado bien hasta entonces, a pesar de la cantidad de horas que ella se pasaba estudiando y de los continuos viajes que echaba a Murcia para preparar la oposición en una academia que costaba un dineral. La verdad era que no habían pasado mucho tiempo juntos, quizás por eso había funcionado todo tan bien. Ahora que había tomado posesión de su plaza, Caridad se había entregado con el mismo ímpetu y perseverancia al objetivo del embarazo. Apuntaba en un calendario sus ciclos y disponía de una lista de alimentos y de hábitos que mejoraban las posibilidades de concepción. Él se había convertido en un instrumento, igual que en su momento lo fue el temario de la oposición.

Su mujer mantenía la cabeza apoyada sobre el colchón, soltando de vez en cuando algún gemido entrecortado que le recordaba que estaba en este mundo. Él sabía que ella no tenía ningún interés en el sexo, suponía un mero trámite para conseguir su objetivo. Quizás estuviera pensando en que había suficiente ropa de color como para poner una lavadora o en que tenía que ir a visitar a su hermana. Y si ella no se encontraba presente, él tampoco se iba a sentir culpable por no estarlo. Aceleró el ritmo pensando en L, recordando su cuerpo, su pelo, sus ojos mirándolo con lascivia, la excitación que había sentido al hacerlo con ella. Y esa excitación lo embargó de nuevo y notó cómo sus huevos se apretaban y sacó la polla y la sujetó entre sus dedos mientras se corría sobre la espalda y el culo de su mujer.

—¿Qué haces? —Caridad soltó un grito de rabia e indignación, mientras se daba la vuelta y salía disparada hacia el baño.

Elías se dejó caer sobre la cama, escuchando los sollozos de su mujer, entrecortados por el sonido de la ducha. No sabía muy bien por qué lo había hecho, había sido un instante, un momento de rebeldía del que ya no estaba tan seguro de querer arrepentirse.

Ella volvió a la habitación y comenzó a vestirse sin dirigirle la palabra.

—Me voy de viaje unos días —le informó él.

Caridad lo miró con rabia, meditó un poco antes de responder.

—¿Adónde? Si puede saberse.

Siempre había admirado el autocontrol de su mujer, ahora le resultaba inquietante.

—A Navarra, será un viaje corto.

—Aquí estaré, esperando.

Elías reparó en que no dijo *Esperándote*. Se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño.

XVI. LA TORRE



Elías atravesó el bosque de hayas con su coche. Estaba todo nevado y había tenido que poner las cadenas nada más abandonar la carretera principal, pues por aquella pista no había tránsito y nadie se había preocupado de limpiarla. Los árboles mostraban sus ramas desnudas, como esqueletos danzantes que se movían al son que marcaba el gélido viento, tratando de sacudirse la pesada carga de la nieve que aún los cubría. Salió del bosque frente a un puente y detuvo el coche antes de cruzar. Era un municipio pequeño, unas cuantas casas distribuidas a lo largo de la ribera del río, incluso una cuya estructura se erigía sobre el mismo cauce. Supuso que se trataba de un molino, que utilizaba la fuerza de la corriente para mover los engranajes cuando se abría una compuerta que permitía pasar el agua por debajo del edificio. Ya no podía estar en uso porque parte del techo y de la pared se habían desplomado. Una o dos casas se mantenían aún en pie, el resto se encontraba en las mismas condiciones o peores que el molino. Cruzó el puente y continuó por la que parecía la calle principal hasta la plaza Mayor. Allí se ubicaban el ayuntamiento y la iglesia. Aparcó el coche y continuó andando. Había un par de calles más y después solo el campo, un gran pasto blanco que se extendía hasta las altas montañas del fondo. El viento le azotó la cara y Elías sintió un escalofrío. Observó alrededor el pueblo destartado, las calles cubiertas por un palmo de nieve, sobre la que de vez en cuando aparecían las huellas de algún animal. Se apoderó de él una inquietante soledad, un miedo irracional que poco a poco se iba asentando en su mente, advirtiéndole del peligro, de la posibilidad de que un oso o una manada de lobos saltaran sobre él en cualquier momento. De repente, la frase de L cobró sentido. *Un pueblo ahora abandonado, habitado solo por los fantasmas*. Tenía que darse prisa. Eran más de las cuatro y no le gustaría que se pusiera el sol antes de abandonar aquellas calles relegadas a un silencio que solo el viento se atrevía a profanar, calles olvidadas por el hombre, incluso por Dios, hacía ya muchos años.

A un lado observó un edificio bastante grande. *Cooperativa*, rezaba el cartel. Se acercó a investigar y encontró la puerta abierta. Accedió a una especie de recibidor que daba paso a tres estancias. Se adentró en la primera, una nave bastante grande ocupada por diez depósitos de acero inoxidable que llegaban hasta el techo. Elías había visitado unas cuantas bodegas como para saber que aquellos recipientes se utilizaban para la fermentación de la uva. La suciedad y los agujeros que los cubrían ponían de manifiesto que llevaban muchos años abandonados. Lo sorprendente era que entre aquellas paredes aún se respiraba el olor de la uva fermentada, un olor dulzón y agradable que en cierta forma abría el apetito. Volvió al recibidor para investigar la siguiente sala. Se encontraba completamente a oscuras, así que probó los interruptores sin ningún resultado. Encendió la linterna de su móvil, que reveló dos

montañas de barricas apiladas a ambos lados de un estrecho pasillo. Era la nave de crianza, el corazón de la bodega. El techo abovedado reforzaba la sensación de estar dentro de un templo. Avanzó por el pasillo hasta el fondo, donde descubrió un inmenso botellero que cubría toda la pared. Aún quedaban algunas botellas en la parte más alta. Dejó el móvil en el suelo y trepó para coger una. El nombre del vino era W y la etiqueta iba decorada con la reproducción de un cuadro que una nota al pie atribuía a Tàpies. Se trataba de unos trazos rojos, similares a una firma barroca, que en una de las esquinas parecían formar una pequeña W. La cosecha era de 1995. Encontró otras botellas ilustradas con pinturas de Matta, Dorothea Tanning, Dalí, César Baldaccini, Andy Warhol, Hisao Domoto, Picasso, Rufino Tamayo, Lucian Freud e incluso el cuadro de Bacon en 1990. Así que después de todo era un Bacon original. Bueno, al menos ahora ya sabía cuál era la conexión entre los cuadros. Por lo visto, en aquella bodega habían contratado a artistas famosos para que crearan una obra destinada a ilustrar la etiqueta de la cosecha de cada año. Últimamente se había puesto de moda en algunas bodegas utilizar el arte asociado al vino, como reclamo para gente pudiente y sibarita. Lo sorprendente en este caso era el nivel de los artistas, todos de renombre internacional, y la cantidad de años que llevaban haciéndolo. La botella más antigua que encontró era de 1907, decorada con una obra de Kandinski.

Salió para investigar la última puerta. Tras ella descubrió una cinta transportadora que se había detenido con las botellas encima, ahora llenas de polvo y telarañas. A lo largo del recorrido se llenaban de vino, se cerraban con el corcho y un precinto y, por último, se etiquetaban. Las etiquetas estaban sucias y desteñidas, envejecidas y deterioradas por el paso del tiempo, mientras esperaban ocupar un lugar que ya nunca encontrarían. Elías observó la fecha, sin duda el momento en que se detuvo la producción y posiblemente en el que se abandonó el pueblo. Fue cuatro años antes de su nacimiento, hacía ya por lo tanto treinta años. Reparó en una puerta al fondo. Intentó abrirla, estaba cerrada con llave. Utilizó su navaja multiusos para profanarla sin miramientos. Al otro lado encontró lo que parecía un pequeño laboratorio de química. Garrafas de vino, probetas, alambiques, embudos, tubos de ensayo, balones de destilación y serpentines refrigerantes. Había además una caja entera llena de pequeños tubos de plástico vacíos, con su tapón, como los que había encontrado en la casa del tío de L tirados por todas partes. Fuera lo que fuera lo que elaboraban allí, sometiendo el vino a algún proceso químico, por lo visto, lo distribuían en aquellos tubos.

Al salir de la cooperativa observó que en el lateral había una fuente de dos caños, cada uno con una inscripción, *AGUA* y *VINO*. Una frase escrita encima rezaba: *Si con el agua no consigues calmarla, el vino al menos te hará olvidarla.*

Se dirigió a la plaza Mayor. La puerta del ayuntamiento estaba cerrada, así que probó suerte con la iglesia. Era un edificio románico, con una única nave y una torre muy alta. La decoración del exterior, escasa y sobria, se limitaba a un pequeño

rosetón en la fachada principal. Empujó la pesada puerta de madera, que se abrió sin ofrecer resistencia. Le costó un rato que los ojos se le acostumbraran a la lúgubre iluminación del interior. Las ventanas eran muy estrechas, blancas y translúcidas debido al alabastro, que contribuía a crear un ambiente íntimo y sereno. Sorprendentemente, el único símbolo cristiano que encontró en el interior fue una pila bautismal esculpida en la base con la figura de un hombre encorvado. Elías pensó que debía de tratarse de un agote, pues cuando estos huyeron de Francia se asentaron en los pueblos del Pirineo español, sobre todo en Navarra. Al no haber otra pila distinta o de más categoría pensó que aquel asentamiento debía de ser exclusivamente agote, pues si hubieran convivido con otra comunidad cristiana las diferencias habrían sido evidentes, llegando incluso a haber dos puertas de entrada de distinta altura. La pila, sin embargo, no contenía agua, sino un líquido oscuro. Elías lo olió para confirmar sus sospechas. Efectivamente, era vino y parecía que se encontraba en buen estado. Se decidió a meter un dedo y probarlo. Estaba bueno, era imposible que llevara allí treinta años y no se hubiera secado o avinagrado. De nuevo se le encogió el alma. ¿Habría realmente fantasmas en aquel pueblo? Aunque estaba en una iglesia no descubrió ningún motivo de decoración religiosa, ni figuras de vírgenes, cristos o santos, ni pinturas que, de manera similar a un cómic, explicaran algún pasaje de la Biblia. Las paredes estaban cubiertas por vides secas y hojas de parra y sí, había un mural, pero cubista, que parecía representar la vendimia en un campo de vides con forma de W. Al final de la nave principal había un altar cubierto con una sábana blanca que mostraba manchas oscuras, supuso que de vino. En esa iglesia no se adoraba a Cristo, los rituales que allí se realizaban no eran precisamente católicos. Fuera una religión o no, en aquel pueblo el vino tenía muchísima importancia.

Elías descubrió a los agotes en un viaje al Pirineo francés y su historia le llamó tanto la atención que estuvo documentándose sobre ellos. En principio, tenían vetados los trabajos del campo o relacionados de alguna manera con la alimentación. Sin embargo, en las Cortes de 1817 y 1818 se prohibió el uso del nombre infamante y se les concedió la plenitud de derechos, dando paso al fin de la marginación. Gracias a esto las comunidades agotes se fueron integrando poco a poco, accediendo a trabajos y labores que hasta entonces no habían podido. Por lo tanto, no sería de extrañar que a finales del S. XIX una comunidad de un pueblo olvidado de la mano de Dios pusiera en marcha una cooperativa para la producción de vino, y que con el duro trabajo y el buen hacer esta funcionara, adquiriendo fama y renombre, hasta el punto de poder permitirse contratar a pintores famosos que ilustraran las etiquetas de sus botellas. Si era así, el vino habría pasado a ser su principal fuente de ingresos y quizás habrían cometido la blasfemia de sustituir los símbolos sacros por otros de su preferencia.

Sobre el altar y en el suelo había algunos tubos de plástico vacíos, como los que había encontrado en el laboratorio de la cooperativa.

—Llegas tarde —una voz cascada sonó a su espalda.

—¿Qué? —Elías se quedó de piedra, casi le dio un infarto por el susto. Se giró y

descubrió a un anciano que avanzaba lentamente. El pelo ralo le caía con mechones largos sobre la cara y sus ropas parecían más viejas y desgastadas que su cara.

—Ya no queda nada que puedas llevarte, nada.

—No he venido a llevarme nada —Elías se acercó y alargó la mano. El otro lo ignoró y continuó su camino hacia el altar—. ¿Usted vive aquí? Me gustaría hacerle unas preguntas, si no le importa.

—Márchate, diablo —el anciano se giró hacia él con los ojos encendidos, como si hubiera perdido el juicio—. Nunca deberías haber vuelto.

—Me ha confundido con otro, yo nunca había estado en este pueblo. —Elías se mostró un poco incómodo.

—No has cambiado nada —gimió el anciano sin detenerse—. La misma cara y las mismas mentiras. Solo un demonio podría permanecer igual después de treinta años.

—Me ha confundido con otro.

—Aquí fue donde te castigamos —se había detenido frente al altar—. Los restos de tu sangre aún decoran la sábana.

—¿Por qué me castigaron? —Elías se acercó a él y sintió un escalofrío.

—Te lo llevaste todo, todo, hasta la tierra que pisamos. —De repente, el anciano se giró empuñando un cuchillo que trató de clavarle en el pecho. Elías lo detuvo con un movimiento rápido y le arrebató el arma.

—¿Se ha vuelto loco?

El anciano perdió el equilibrio y cayó al suelo. Elías intentó ayudarlo, pero el otro apartó el brazo con brusquedad.

—¿Vive aquí? —Le preguntó Elías, intentando mantener la compostura.

—Nunca te perdonaré —el anciano lo miró con un odio capaz de partirlo en dos—. Deberíamos haberte matado cuando pudimos.

—No sé de qué habla, pero no le daré la oportunidad de volver a intentarlo.

Elías abandonó la iglesia mirando continuamente atrás. Aquel hombre había perdido el juicio por completo y lo único que podía conseguir allí era que le asestara alguna cuchillada cuando estuviera desprevenido. Se dirigió al ayuntamiento y abrió la puerta de una patada. Echaría un vistazo rápido y se largaría de allí. Ahora tenía motivos reales para abandonar aquel pueblo antes de que anoheciera. Había un viejo pirado que se había empeñado en llevárselo por delante. Sobre la mesa del despacho del alcalde encontró una carta firmada por el obispado. Sospechaba que aquel viejo loco la había colocado allí, como si pretendiera congelar el momento que desencadenó el final. En ella explicaban que se habían inmatriculado todas las propiedades del pueblo, la iglesia, el colegio, el ayuntamiento, el molino y las tierras. Les concedían un plazo de seis meses para organizarse y abandonarlo o enviarían a la Guardia Civil a desalojarlos.

Te lo llevaste todo, todo, hasta la tierra que pisamos.

Ahora las palabras del viejo loco cobraban sentido. Elías utilizó su móvil para

averiguar qué eran las inmatriculaciones. La Iglesia había gozado de un privilegio concedido por el gobierno según el cual podía inmatricular, es decir, registrar a su nombre, cualquier propiedad que no hubiera sido registrada previamente, sin necesidad de aportar ningún tipo de documento o prueba de que esa propiedad le había pertenecido o había disfrutado de su uso durante algún tiempo. A partir de los años noventa comenzaron a poner en práctica este privilegio, inmatriculando edificios y terrenos comunales o de uso público que se habían transmitido de generación en generación sin constar en ningún registro. Encontró una noticia de hacía algunos años, según la cual, a raíz de la polémica inmatriculación de la mezquita de Córdoba, el gobierno había decidido reformar la ley para eliminar ese privilegio. *La medida llega veinte años tarde*, decía un forero. *La Iglesia ya se ha apoderado de todo lo que podía y más*. Como aquel pueblo, pensó Elías. El obispado había registrado todas las propiedades comunales a su nombre, obligando a sus habitantes a marcharse y abandonar su forma de vida. Todos excepto el viejo loco, que por lo visto decidió quedarse.

Pero, ¿por qué el viejo lo acusaba a él de haberlo robado todo? ¿Simplemente había perdido la cabeza y para él cualquier persona extraña se había convertido en una amenaza?

No has cambiado nada, la misma cara y las mismas mentiras.

Elías volvió al coche y se marchó con el alma encogida. Mientras conducía, no podía parar de pensar que todo aquello no tenía ningún sentido. La Iglesia se había apropiado del pueblo para después dejarlo caerse a pedazos.

¿Con qué fin?

La única explicación era que hubieran querido hacerlo desaparecer, echar a sus habitantes, relegarlo al olvido.

Si así era, lo habían conseguido.

El vicario era un hombre de gustos y costumbres fijas, por ello sus citas siempre se producían en la habitación 309 del hotel y ella siempre acudía con la misma ropa, la que se puso la primera vez y con la que él había quedado encantado: vestido corto de color rojo, zapatos y bolso a juego y medias negras. Quizás el tipo aún conservara una visión infantil del demonio.

L abrió la puerta de la habitación, el vicario la esperaba de pie junto a la ventana, mirando a través de la rendija que quedaba entre las dos pesadas cortinas. Ella olió en un instante que él ya no tenía interés en ella, que algo había sucedido. Olió el peligro, tenía que marcharse de allí si quería seguir con vida. Cerró de un portazo, después de entrar para enfrentarse a él.

—¿Sucede algo?

Observó que el escritorio se encontraba vacío, al contrario que en ocasiones anteriores. En su primera cita habían convenido que él le proporcionaría ayuda espiritual y que antes de comenzar la confesión le dejaría sobre la mesa un donativo para ayudarle a cambiar su modo de vida.

—Eso me lo tendrás que explicar tú, *won't you?*

—Lo siento, padre, no le comprendo.

Él se giró para mirarla.

—Tenemos un problema relacionado con la visita papal.

Optó por no contestar y permanecer en silencio a la espera de información que le ayudara a entender la situación en la que se encontraba.

—¿De dónde eres? —La pregunta la desconcertó aún más—. Contesta.

—Nací en Madrid.

—No es cierto. Naciste en un pueblo perdido de Navarra.

El hombre se giró y L percibió por primera vez la amenaza bajo la presencia del vicario. Se sintió vulnerable y entonces comprendió que había sido un error confiar en Elías, creer que aquel hombre de maneras agradables, de cuerpo escultural y conversación inteligente lo dejaría todo por seguir la senda que ella le marcaba con mensajes encriptados y dolorosos. Elías estaba perdido, su cuerpo y su alma se habían aburguesado sin solución. Era evidente que lo había sobreestimado.

—¿Quién le ha hablado de mí? —Ahora ya no mostraba sumisión, sino desafío.

—¿Quién te ha delatado? Pues resulta que, por azar, he descubierto que Elías y yo visitábamos a la misma mujer, qué casualidad. Un par de llamadas, cruzar unos datos y *equi li qua* —chasqueó los dedos—. Hoy soy yo quien tiene que contarte una historia. No tendría por qué hacerlo, pero necesitaba mirarte a la cara por última vez. *Your perfect face* —repitió con añoranza—. Viniste a mí como una pecadora en busca de redención y yo te acogí. Ahora sé que todo ha sido una burla. En realidad nunca te

has arrepentido de tus actos, tu única intención ha sido siempre reírte de mí y de la Santa Madre Iglesia.

Jamás, en sus múltiples encuentros, L había percibido la amenaza que podía suponer aquel hombre y quizás aquella fuerza no viniera de sí mismo sino de sus razones, del mundo de fantasía que se había creado alrededor y que le servía para justificarse. Decidió que ya había oído bastante. Se giró hacia la puerta para marcharse.

—*Wait!* Aún no he terminado la historia.

—Creo que podré vivir sin ella.

Y entonces escuchó unas palabras que no esperaba y que le hicieron soltar el pomo de la puerta.

—No es el cuadro lo que más nos interesa.

El hombre parecía cansado y nervioso. Era evidente que a pesar de haberla descubierto la situación no le agradaba.

—Al obispo sí, *of course*. Él tiene un interés personal en esa colección y me temo que lo ha proyectado en el Papa. Seguramente a su Santidad le gustará que le entreguemos esa colección de Arte Degenerado, sobre todo por lo que simboliza. Sin embargo, no deja de ser una minucia para él. Hay otra cosa que le interesa mucho más. *I'm sorry*, finalmente no lo vas a conocer. Estoy seguro de que te habría caído bien.

—¿Y qué le interesa entonces?

—*Oh, yes, of course* —parecía hallarse lejos de allí—. Lo más importante de todo es salvaguardar el trabajo que desde la Iglesia venimos realizando durante miles de años. Ya intentamos destruir tu pueblucho y en lugar de resignarse y desaparecer os dedicasteis a vagar por ahí; y las cosas se complicaron. Sobre todo las complicaste tú. Lo más importante no son los cuadros, lo más importante son las ideas.

—¿Las ideas?

—Según tengo entendido, W es una droga capaz de liberar la mente de toda convención, norma, pauta, patrón, modelo, método, directriz o criterio. Una droga muy, muy peligrosa.

—Peligrosa para vosotros.

—Es capaz de acabar con la tradición y las convenciones. Es peligrosa para la sociedad en la que vivimos. ¿Qué pasaría si se extendiera su consumo? Nuestro método de expansión es mucho más lento y trabajoso, a través de la educación y la presión social. El pensamiento crítico sería el fin de la Iglesia.

—El fin de la Iglesia tal y como vosotros la habéis concebido, una institución corrupta que solo trabaja para su propio beneficio. Alejaría a las personas de la Iglesia, sí, les permitiría pensar por sí mismos y probablemente, muchos descubrirían el camino hacia la verdadera palabra de Cristo. Hasta es posible que diera lugar a una nueva Iglesia, renovada, que de verdad se ocupara de ayudar a las personas.

—Esa droga debe desaparecer.

L percibió que la amenaza no iba solo contra W sino contra sí misma, contra aquella que aún podía transmitir la fórmula.

—Es una lástima —acertó a decir.

—*What?*

—Que no quieras oír la historia que había preparado para ti. Trata de un perverso, un cura ni más ni menos, que disfruta masturbándose mientras escucha en confesión las relaciones más depravadas que mantengo con mis clientes.

El hombre hizo un gesto de desagrado y se dirigió a la salida. Se dio la vuelta y sacó el móvil.

—Casi se me olvida. Una amiga quiere ver una foto tuya. —L sonrió a la cámara para salir guapa—. Que Dios te guíe en tu corto camino, *baby*.

El vicario salió al tiempo que entraban dos hombres. El más joven no llegaba a los treinta, vestía completamente de negro y llevaba el pelo corto, tipo militar, que mostraba sin tapujos una cara dura, decorada con profundas cicatrices. El otro andaba ya cerca de los cincuenta y cuando L lo vio le dio un vuelco el corazón. Lucía el pelo largo y ralo, engominado y peinado hacia atrás, revelando una cara de mandíbula ancha y ojos pequeños, algo siniestra aunque atractiva en su madurez. Vestía americana negra y camisa blanca que se desplomaba sobre unos vaqueros azules rematados con zapatos negros.

—Por fin volvemos a encontrarnos. —La barba de días ayudaba a suavizar la dureza de su boca, de labios finos y dientes grandes, enmarcada por pequeñas arrugas que se realzaron al poner en práctica su afición por repartir falsas sonrisas—. Con otra no me hubiera tomado la molestia.

—Menos mal que has venido, creía que nadie me salvaría de este perverso.

L lo conocía muy bien, habían pasado una larga temporada juntos, de hecho, había sido lo más parecido a una pareja que ella había llegado a tener. Observó su porte elegante y sus movimientos precisos que revelaban seguridad y autosuficiencia, nada extraño en un artista que había saboreado el éxito, que había llegado a lo más alto antes de volver a la mediocridad.

—Me encanta tu sentido del humor —la sonrisa hueca se acentuó—, lo he echado de menos.

—Espero que no haya sido lo único —L se mantenía impassible, estudiando con calma la situación. Lo bueno era que estaba jodida, una situación comprometida siempre ayudaba a agudizar el ingenio y poner en práctica el arte de la resolución de problemas; lo malo, que no veía salida y dentro de poco subiría a la categoría de muy jodida o jodida sin remedio.

—No, sabes muy bien que no ha sido lo único. Hay otra cosa con la que sueño cada día desde que te fuiste.

—Echamos buenos polvos.

—Eres buena en la cama, pero no la mejor. Por eso eres prescindible y reemplazable. Sin embargo, posees algo único, algo que necesito volver a probar.

—Mi conversación, supongo, las sesiones en las que te instruía sobre arte. Pero eres duro de mollera, no creo que pueda hacer nada contigo.

—Ya sabes a qué me refiero.

—No consigo imaginarlo.

—W. Y esta vez quiero la fórmula.

—¿Estás seguro de lo que haces? Me parece que quien te ha contratado quiere precisamente destruirla. No eliges bien a tus amistades, nunca lo has hecho.

L notó que aquel comentario le había dolido.

—No te preocupes por mí, de peores situaciones he salido. Tú eres la que lo tiene más complicado, te aseguro que te veré suplicar para volver a la habitación de hotel que te preparamos la última vez.

El más joven giró la cabeza bruscamente a ambos lados haciendo crujir sus vértebras. Después, con una navaja en la mano se acercó a ella ofreciendo media sonrisa.

III. LA EMPERATRIZ



Después de verse obligada a abandonar el circo, L decidió sentar la cabeza durante un tiempo en la tierra de sus antepasados. Necesitaba una ciudad grande para ofrecer sus servicios en la sección de contactos de los periódicos y pasar desapercibida, así que decidió alquilar un piso en Pamplona y nada más verlo se enamoró de uno en la calle Estafeta. Después visitó las tiendas de moda del casco antiguo para renovar su vestuario, lencería incluida, porque a partir de ese momento iba a incrementar sus honorarios. Trabajaba de ocho a doce de la noche, después dormía, y por la mañana se levantaba a las nueve para hacer gimnasia y correr al menos una hora. Después de ducharse llegaba el momento de sumergirse en lo que últimamente más le gustaba, la lectura, y para ello se acercaba a algún café del centro o, los días que no hacía mucho frío, caminaba hasta la Ciudadela, donde se tumbaba en el césped junto a un árbol. Leyó y releyó los libros que le había dado Don Isidoro sobre los agotes, los cátaros y el oxímoron. Cuando ya se los sabía prácticamente de memoria, buscó una biblioteca pública y descubrió con agrado que no tenía nada que ver con la de aquel pueblo de La Rioja. Se hizo con un tratado sobre yoga y con el tiempo se obligó a modificar sus horarios para apuntarse a clases en las que le inculcaron la importancia de dedicar todos los días un mínimo de media hora a la meditación. Continuó engullendo lo que encontraba sobre los cátaros y estos le llevaron a despertar su interés por la metafísica e incluso descubrió una pseudociencia, la teosofía, que hablaba más o menos de lo mismo. Al final encontró que, de alguna manera, todo estaba relacionado, las religiones del libro, el budismo, el yoga, los ritos hindús, todos partían de la misma base.

Entre cafés calientes y mañanas soleadas sobre el césped, L sacó sus propias conclusiones. La base de todo, el cimiento del universo era el dualismo. Todo lo material resultaba impuro y estaba corrupto mientras que lo espiritual era lo verdadero. Por lo tanto, el cuerpo carecía de importancia y lo mejor era liberarlo a toda clase de goces mientras se trabajaba el conocimiento del espíritu, la gnosis, que era lo único que permitía evolucionar a la persona para volver a reunirse con la fuente original. La Mónada consistía en un ente puro, el único que existía en el mundo espiritual y del que se desprendían pequeñas chispas que caían al mundo material. Estos espíritus se corrompían al contacto con la materia y tenían que evolucionar a lo largo de muchas vidas, de sucesivas reencarnaciones, hasta que se convertían en un espíritu elevado y volvían a ser puros para reunirse con la Mónada. Claros ejemplos habían sido Jesús, Buda, Saint Germain o *Madame Blavatsky*. Para convertirse en uno de ellos era necesario alcanzar el conocimiento, la gnosis, y el único camino para conseguirlo lo trazaba la meditación y la reflexión interior.

Los expertos en metafísica hacían mucho hincapié en la importancia de pensar

con amor, de pensar en positivo y dar las gracias a Dios por todo lo que concedía, en lugar de proclamar quejas por las carencias. L creía en la influencia que el pensamiento positivo podía tener en la vida de una persona; sin embargo, se negaba a aceptar que pudiera cambiar el mundo, que se consiguieran cosas materiales, que fuera posible cumplir cualquier aspiración con solo desearla, como si agitaras una varita mágica, tal y como afirmaban algunos gurús.

Y de repente, su mente hizo un click y se dio cuenta de que el pensamiento positivo encajaba a la perfección con el oxímoron, con la forma irónica de enfrentarse a la vida que le había enseñado Don Isidoro. Al ver el mundo con ironía, al pensar y hablar con ironía, la vida se convertía en una cosa muy poco seria, todo dejaba de tener importancia, hasta los problemas que parecían insalvables. Así que lo incorporó a su forma de ser, esforzándose por cambiar sus estructuras mentales y sus frases hechas, y aprendió a recitar sus fórmulas mágicas, a evitar la negatividad en cualquier reflexión. *Qué suplicio tan placentero*, decía cuando se levantaba con dolor de cabeza, *Qué insípido manjar*, cuando la comida no le gustaba o *Qué bien sienta una mugrienta ducha caliente*, cuando un viejo, gordo y feo se corría sobre sus tetas.

Había pasado casi un año desde que llegó a Pamplona. Había sido un invierno muy frío en Navarra, uno de los más fríos que ella recordaba. Ahora llegaba el verano y con él la fiesta grande. L se levantaba más temprano para desayunar y ver los encierros desde el balcón. Le encantaba el bullicio de la gente, las carreras de los mozos que esquivaban las embestidas como auténticos héroes. Durante esa semana había mucho trabajo, así que modificó sus horarios para ocupar las mañanas y dejarse las noches libres para salir a divertirse. De vez en cuando quedaba con sus compañeras de yoga para tomar unos chiquitos y unos pinchos y con ellas compartía sus reflexiones y discutía sobre el estilo de vida de un verdadero yogui. Otras hablaban simplemente del tiempo o de los hombres, y en una de esas L comenzó a explicar algunas de sus experiencias con clientes. Sus amigas se quedaron muy sorprendidas, aún más cuando confesó que se prostituía. Las risillas y la curiosidad se despertaron en ellas, que le hicieron toda clase de preguntas morbosas. Sin embargo, al día siguiente L descubrió con asombro que la habían borrado del grupo de *Whatsapp* del yoga, en las clases apenas le hablaban y cuando las llamaba para quedar siempre estaban ocupadas. Así que se vio obligada a cambiar de centro y de compañeras y aprendió una buena lección. Aquello era el mundo real, el mundo a medida del circo había desaparecido para siempre. En este nuevo mundo había cosas que no se podían hacer o al menos que no se podían contar. Por abierta que pareciera la gente, los prejuicios y la presión social pesaban mucho más que cualquier otra cosa, incluida la amistad.

En el nuevo grupo de yoga solo dijo que se dedicaba a la moda y si alguien mostraba mayor interés explicaba que era modelo en una agencia. Mientras cuajaban las nuevas amistades, L hizo muy buenas migas con Leire, la bibliotecaria, con quien le encantaba discutir sobre sus lecturas. Aquella noche habían quedado para cenar y L

atravesaba la plaza del Castillo en dirección al Café Iruña cuando observó un grupo de gente que se agolpaba en corro alrededor de lo que parecía un espectáculo. Vio las llamas saltar por encima de las cabezas y una punzada de nostalgia le recordó al circo. No pudo evitar acercarse y pegando algunos empujones consiguió situarse en segunda fila. Observó a un hombre alto y corpulento, con la cara oculta por el pelo largo de tono cobrizo que se desplomaba sobre sus hombros y su torso desnudo. Junto a él estaba una mujer de cuerpo escultural, enfundada en un vestido de cuero, partido por un escote que le llegaba hasta el ombligo. L los miró otra vez. No se lo podía creer, eran Festo y Gaya, los amos del fuego. Manejaban dos cadenas cada uno, con una bola en llamas en los extremos con las que hacían espectaculares piruetas. Festo se agachaba y hacía rodar su cadena por el suelo, obligando a Gaya a saltar cada vez que iba a golpearle las piernas. De repente un círculo de fuego prendió alrededor de ellos y el público dio un paso atrás, con sorpresa y emoción. Cogieron sendas espadas y las acercaron a las llamas para que ardieran. Comenzaron a pelear, con movimientos armoniosos y precisos que hacían saltar las chispas con cada golpe. Las armas chocaron una y otra vez, dando brincos, haciendo piruetas, hasta que Gaya corrió hacia Festo y apoyándose en su rodilla y en su pecho, se encaramó sobre sus hombros y le plantó la punta de la espada en llamas en la coronilla. Él echó la cabeza hacia atrás, descubriendo al fin un rostro aterrador, marcado por cientos de cicatrices que lo asemejaban a un monstruo. Abrió la boca de par en par y en ese momento, Gaya bajó su espada, que le atravesó la garganta y el esófago hasta las mismísimas entrañas. Cuando acto seguido volvió a sacarla, las llamas se habían extinguido. Los espectadores aplaudieron satisfechos y ellos saludaron con una reverencia. Entonces mostraron la mano izquierda, en la que portaban una pequeña llama azul sin que les quemara. Se acercaron con una caja en la otra mano, en la que la gente iba depositando monedas. Gaya se detuvo ante L y la miró como si le sonara de algo, sin llegar a reconocerla. L echó un billete.

—Hacéis un espectáculo muy bueno, ¿dónde habéis aprendido?

—L, ¿eres tú? —Al oír su voz la identificó. Se acercó a ella y se abrazaron—. Estás muy cambiada, mucho más guapa, pareces... más mujer.

—Gracias, aunque no pensaba que el concepto de mujer tuviera grados. —L sonrió, bromeando—. Tú también pareces mujer.

—Calla, tonta. —Gaya la cogió de la mano y la arrastró hasta donde tenían sus cosas. Comenzó a recoger—. ¿Cómo te ha ido todo este tiempo?

—No me puedo quejar. No he pasado hambre, ni frío, que no es poco por estas tierras.

—Nosotros no podemos decir lo mismo, aunque un poco de frío tampoco sienta mal. Mira qué carnes más prietas tengo. —Gaya se golpeó el trasero y se apretó el muslo. L sonrió.

—¿Qué pasó al final con la Guardia Civil?

—Doris y Damián siguen en la cárcel, lo tienen crudo porque encontraron sus

huellas en un colgante de la víctima y un cuchillo con restos de sangre en su caravana. A los demás nos acusaron de encubrimiento y nos ficharon, pero como ninguno constamos en ningún registro les dimos un nombre falso. Nos dejaron en libertad hasta que se celebrara el juicio y como comprenderás nadie se quedó esperando. Tuvimos que disolver el circo y cada uno siguió su camino.

En ese momento se acercó Festo, mientras le gente se disipaba alrededor.

—L, me alegro mucho de verte. —Se dieron un beso.

—Yo también.

—¿Te ha contado Gaya lo de tu tío?

—No, ¿qué le sucede?

—Cuando salimos de la cárcel fuimos a recoger nuestras cosas del circo y lo encontramos tirado en el suelo de su caravana. Nos pegamos un buen susto, llevaba toda la cara ensangrentada y no se movía. Entonces vimos que respiraba, aunque le faltaban las cuatro paletas superiores, que después encontramos esparcidas por el suelo. Por lo visto se había desplomado de la borrachera y se había saltado los dientes contra la encimera de la cocina. Le quitamos el alcohol, le dimos una buena ducha y le obligamos a tomar una tonelada de café y comer algo. Cuando recuperó el conocimiento le dijimos que nos teníamos que ir, que allí no se podía quedar nadie si no queríamos ir a la cárcel. Él ya lo sabía, pero se sentía un fracasado porque tú le habías dado la espalda. —Hizo una pausa para observar a L, ella se mostró impasible. Si le había dado la espalda era porque todos ellos, incluido su tío, habían hecho lo mismo con su madre veinte años atrás, cuando ella más los necesitaba—. Nos dijo que habíais estado en el pueblo y que permanecía abandonado, dijo que iba a volver allí, a su antigua casa, la casa de tu madre, que estaba cansado de dar tumbos sin ningún rumbo, sin ningún sentido.

—En el pueblo estará bien, el Viejo y él se harán compañía.

—Conociéndolo llevará un año borracho, si no se ha muerto ya. Tu tío se quedó destrozado cuando le abandonaste. Tienes que ir a verlo, si no encuentra una motivación para vivir, no durará mucho.

L observó a Festo y a Gaya. Ambos habían pasado ya los cuarenta, por lo tanto ellos también habrían votado en la asamblea para dar la espalda a su madre. Sin embargo, no sentía hacia ellos la misma rabia, el mismo rencor que había sentido hacia su tío al descubrir lo que había sucedido. Quizás porque su tío era la única persona en la que había depositado toda su confianza, la única persona a la que no le podía perdonar que la traicionara. Y si lo miraba fríamente, la verdad era que no la había traicionado a ella, sino a su madre. De hecho, después de eso su tío se había encargado de cuidarla, de educarla, de darle una vida, dentro de sus posibilidades y sus conocimientos. ¿Qué derecho tenía ella a odiarlo? La metafísica, la teosofía, el budismo, todas las leyes espirituales repetían por activa y por pasiva que el rencor es lo peor que le puede pasar a una persona. El rencor corrompe por dentro, se come las entrañas, las fuerzas, las ideas, no permite pensar con claridad, mientras envenena el

alma. Sin embargo, no tiene ningún efecto negativo sobre la persona que lo ha provocado, solo corroe al que lo padece. Por eso es tan importante perdonar y olvidar a los que nos han ofendido, perdonar de corazón para borrar todo rastro de rencor, limpiando la mente y el alma y volviendo al pensamiento positivo, que es el único camino hacia la felicidad.

—Está bien, iré a verle.

—Espera. —Festo revolvió en una bolsa de cuero y le entregó un recorte de periódico—. Si quieres ayudar a tu tío, tendrás que encontrar algo que le motive.

L lo leyó. *Toma de posesión del nuevo obispo de la diócesis de Cartagena, Francisco Javier Santos Pena, en la Catedral de Murcia.*

—¿Qué es esto? —No entendía nada, ¿por qué le daba la noticia de la investidura de un obispo?

—Es tu padre. —L se quedó de piedra. Volvió a observar la foto, con asombro y con mucho detenimiento. Un tipo de cara afable, alrededor de los cincuenta, con el pelo castaño claro, apuntando a que alguna vez había tirado a rubio o cobrizo—. Siempre me había imaginado a mi padre como un monstruo. Este obispo tiene cara simpática.

—¿Por qué crees que consiguió engañarnos a todos?

VIII. LA JUSTICIA



(INVERTIDA)

En cuanto abandonó el pueblo llamó a L. Necesitaba hablar con ella, comentar lo que había descubierto, contrastar opiniones. Dio señal pero nadie lo cogió. Le envió un mensaje sujetando el móvil sobre el volante, mientras conducía por aquellas carreteras de curvas sinuosas. *Voy de vuelta. Me gustaría verte.* Puso verte y no hablar contigo, pues en realidad necesitaba estar con ella, más allá de las averiguaciones que había hecho. El doble *check* apareció rápidamente indicando que lo había recibido. Hacía frío y al poco comenzó a nevar. Encendió la calefacción para que le ayudara a entrar en calor, no estaba acostumbrado a las bajas temperaturas del norte. La noche se le echaba encima y comenzaba a sentirse cansado como consecuencia del viaje de ida, la visita al pueblo, el enfrentamiento con el viejo loco y la cantidad de información recopilada. Tenía que descansar, así que paró en el primer hotel de carretera que encontró. Los pequeños copos de nieve se deshacían sobre su sombrero y gabardina, mientras los últimos rayos de sol desaparecían tras las montañas, tintando las nubes de un color sangriento. La recepción lo acogió con un calor seco y agradable que procedía de los radiadores diseminados por puntos estratégicos de la pared, adornada con un grueso gotelé y varios bodegones de caza menor. *Ha hecho bien en parar*, le advirtió el recepcionista, un tipo grande y calvo que le observó con cierta suspicacia, quizás por los hematomas y los cortes que aún adornaban su rostro. *Las carreteras no tardarán en helarse.* No le gustaba el sitio, pero sabía que tenía razón. *Si para de nevar estarán despejadas antes de las cinco de la madrugada. ¿En serio?* Se sorprendió Elías. *Aquí el trabajo es comunitario, lo hacen los propios vecinos de los pueblos, por eso funciona tan bien.* Tomó la llave de la habitación, que resultó ser un cuartucho sobrio con moqueta y anticuados muebles oscuros. Tenía una cama, que era lo importante. Tras asearse bajó a cenar y lo sentaron en una mesa cubierta por un hule pegajoso y olor a grasa rancia, sobre el que le sirvieron un exquisito venado asado. En las vitrinas de la barra aún se exhibían algunos adornos de Navidad junto a las últimas botellas de pacharán Ordoki, que según le explicó la camarera era la marca típica del Valle de Baztán. La fábrica ya había cerrado y ahora aquellas botellas constituían casi un tesoro muy buscado por gente local y turistas. Elías pidió una y, ya que estaban solos, invitó a la camarera a sentarse con él. La mujer no tendría más de cuarenta años pero por sus ojos y por su cuerpo parecían haber pasado muchos más. El pelo entrecano le caía rizado sobre los hombros, el maquillaje resultaba excesivo, con un colorete oscuro y marcado y una raya sobre el ojo que parecía no tener fin. Su sonrisa, sin embargo, resultaba fresca y sincera, compuesta por unos dientes blancos y unos labios carnosos. Elías le preguntó por los agotes. Le interesaba mucho tener una opinión local al respecto, sin embargo, las historias que le contó no distaban mucho de las que ya conocía. Gente marginada,

tachada de leprosos y cosas peores con quienes nadie quería mezclarse años atrás. Pero ahora las cosas habían cambiado y había gente que escarbaba en su árbol genealógico buscando un origen agote. Parecía que estaban de moda.

Le preguntó también por el pueblo en el que había estado.

—No sé qué pueblo es ese, ¿de por aquí? No sé. Lo de las inmatriculaciones es una vergüenza. En estos pueblos todas las tierras son comunales, ha sido siempre así y por eso no están registradas en ningún sitio. La Iglesia se ha aprovechado de eso para apropiarse fincas, casas y edificios enteros, que en muchos casos volvían a vender al ayuntamiento por el precio que ellos convenían. Robaban, literalmente, para volver a vendérselo a sus legítimos dueños. Y todo amparado por la ley.

Entre los dos se bebieron más de media botella y con el sabor anisado de la endrina aún en el paladar se fue a dormir confiando en que le ayudaría a conciliar el sueño. Miró el móvil. Parecía que L aún no había leído su mensaje, pues los *checks* del Whatsapp no habían cambiado a azul. Le envió otro a su mujer. *Duermo en un hotel. Mañana temprano salgo de vuelta.* Esta sí le contestó en seguida. *Ok. Lleva cuidado. Te echo de menos.* Le sorprendió que se mostrara tan cariñosa después de lo dura que había sido la despedida. Se vio obligado a responder. *Y yo a ti.* Puso el móvil en modo avión y se acostó.

Se despertó antes de las cinco de la mañana, llamó a recepción para interesarse por el estado de las carreteras y cuando le confirmaron que era bueno preguntó si le podían preparar un café que se tomó junto a una magdalena. La camarera de la noche anterior había sido reemplazada por un chico alto y muy delgado. Volvió a conectar el móvil mientras desayunaba y al poco le entró un mensaje. Era de L. Se lo había enviado sobre las diez de la noche del día anterior, cuando él ya estaba dormido. *He llegado a un acuerdo con el obispo a cambio de una suma de dinero. Siento haberte utilizado y hacerte creer cosas que no son ciertas. No me busques, no me llames, ya he obtenido de ti todo lo que necesitaba. Gracias.* Y terminaba con el emoticono de un beso.

Elías se quedó de piedra, era lo último que esperaba. El café se quedó frío mientras leía y releía, incrédulo, el mensaje. Cogió el móvil y la llamó, pero estaba apagado o fuera de cobertura. Que L lo había utilizado era evidente, sin embargo, no se podía creer que solo le interesara el dinero, que todo lo hubiera hecho por dinero. ¿Qué pasaba con su tío, asesinado por Midas? ¿No era su objetivo sacar a la luz lo que había sucedido con él, hacer pagar a los culpables, entre los que quizás se encontraba el obispo? Sí, por lo visto su propio tío había estado en ese pueblo de Navarra, seguramente habría sido él quien inmatriculó las tierras y acabó con el pueblo. L y su tío eran de allí, y era probable que quisieran vengarse por lo que les hizo, pero Midas, al servicio del obispo, acabó primero con el tío de L. Y ahora, sin más, ella lo abandonaba todo por una suma de dinero. Si era así es que no tenía principios, ni escrúpulos. Pero, ¿qué esperaba? ¿Qué podía esperar de una puta? Dejó unas monedas de propina sobre el hule pegajoso, junto al café helado y el envoltorio

de la magdalena. Salió al frío de la calle y se montó en el coche. Se frotó las manos con fuerza antes de tomar el volante, intentando entrar en calor. Arrancó y comenzó el viaje de regreso. Bajo la luz de los faros observó los restos de sal que brillaban sobre la carretera. De vez en cuando llamaba a L y siempre encontraba el móvil apagado. Cada vez estaba más convencido de que lo había engañado, de que le había tomado el pelo, de que se había vendido por cuatro miserables euros. Pero necesitaba oírlo de su propia boca.

El trayecto discurrió como en un sueño. Atravesó las zonas boscosas del norte para llegar pronto a las agrícolas de la parte central de la Península. Conforme descendía por el mapa, el paisaje se tornaba más desértico y la temperatura más suave. El viaje duró ocho horas y solo paró una vez para echar gasolina.

Apenas se dio cuenta de que llegaba a Cartagena y se sorprendió a sí mismo aparcando el BMW en un hueco que encontró en la plaza de España. En la esquina con Tolosa Latour se encontraba el edificio donde vivían su madre y su hermana, donde él mismo había vivido hasta el día de su boda. Necesitaba hablar con alguien, contrastar algunas cosas y puesto que L no estaba disponible, quizás su madre podría darle alguna pista. Saludó al portero, custodio de una recepción repleta de espejos y revestimientos de madera que le otorgaban un aire burgués trasnochado. Tomó el ascensor hasta la séptima planta, llamó al timbre un par de veces y sacó la llave de su bolsillo para abrir la puerta. La casa olía a guiso y aquel aroma le transportó al pasado, a aquellos años en los que solo tenía que preocuparse de sacar buenas notas y de ajustar cuentas con los matones del colegio, como Miguel, aquel niño grande y de hablar torpe, que daba unos manotazos capaces de hacer devolver hasta el desayuno. Él, que no era tan grande ni tan fuerte, lo tumbó un par de veces.

—¿Elías?

Su madre apareció en el pasillo, junto a la cocina. Llevaba un delantal blanco impoluto sobre un suéter violeta y un pantalón vaquero de talle alto. No le faltaban llamativos pendientes y un maquillaje estudiado. Siempre impecable. Se acercó a su hijo y le sujetó la cabeza para besarle. Ambos se dirigieron al salón, donde su hermana terminaba de comer.

—Podrías haber dicho que llegabas pronto, te habríamos esperado —le recriminó su madre.

—¿Cómo sabías que estaba de viaje?

—Me lo dijo Caridad —se encogió de hombros.

La complicidad entre su madre y su mujer, lejos de agradarle, le parecía enfermiza.

—¿Quieres comer algo? Es un guiso sin carne de estos que le gustan a tu hermana, pero no está malo.

—No te preocupes, mamá, no tengo hambre.

—¿Has comido?

—Sí —mintió.

—No te creo pero no voy a discutir. Siéntate.

Elías obedeció. El comedor era elegante, en tonos claros y acogedores. Su madre iba introduciendo cambios cuando se sentía inspirada. Los sillones y el sofá eran lo único que permanecía igual, cada cuatro o cinco años les cambiaba la tapicería. Pero aquel tresillo tan cómodo, que debió de costar una pequeña fortuna en su momento, permanecía incólume ante el paso de las décadas.

—Está muy bueno, nene —su hermana comía con apetito—. ¿Seguro que no quieres?

Elías negó con la cabeza. La cuchara de su hermana sonaba contra el plato, mientras miraba absorta las noticias de la tele.

—¿Qué sabes de nuestro tío?

—¿Qué tío? ¿Francisco Javier? —Su madre parecía sorprendida.

—Sí, el obispo.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Me preocupas, Elías, nunca te había visto tan descentrado —su madre lo miraba fijamente.

—Cierto —la apoyó su hermana sin apartar la vista de la televisión—, tu cara está mejor pero llevas la camisa arrugada.

—¿Tú sabes quién es el tío? —Se dirigió a Delia—. ¿Crees que le conoces?

—Últimamente estás obsesionado con él. —Ahora sí que le miró—. Sin duda le conoces tú mucho mejor que yo.

—Eso creía, pero ahora no estoy tan seguro.

—¿Alguien te ha hablado mal de él? —Preguntó su madre con precaución—. No te fíes de lo que te digan los demás, hay que tener fe en las personas y más en tu tío.

—Hay que tener fe en las ideas pero no en las personas. Las personas siempre acaban fallando.

—Hijo, me estás asustando —su madre parecía preocupada—. Si hay algún problema será mejor que hables con él.

—Él no me va a contar la verdad.

—Tu tío es un buen hombre, siempre se ha ocupado de nosotros cuando nadie lo habría hecho. ¿Me quieres decir qué sucede de una vez?

—¿Qué relación tiene con Navarra?

—¿Con Navarra? Vivía allí antes de pedir el traslado a Murcia.

—¿Y?

—Pues no sé, hijo, sé que colaboraba en el obispado, que estaba bien relacionado y que hizo un buen trabajo. A él no le gusta hablar de esa época, fueron años muy duros.

—¿Y confías en él, mamá?

—Desde luego.

—¿Por qué?

—Pues, porque sí, porque con nosotros siempre se ha portado bien, porque él es una persona caritativa que no piensa en sí mismo como hacen otros. Él vive para los demás, para llevar las palabras del Señor allí donde las necesitan. Ay, Elías, ¿tienes algún problema con el tío?

—No, mamá, no es eso —sus palabras sonaron más torpes que tranquilizadoras—. No te preocupes. Tengo que irme.

—Acuérdate de que mañana es la misa de Su Santidad en Caravaca. Dice tu tío que van a dar una noticia importante, que va a ser un momento histórico.

—Yo no pienso ir, ya se lo dije al tío cuando me llamó —su hermana se puso en pie sin hacer caso al gesto de desaprobación de su madre—. Eh, nene, espera, nos tomamos un café y hablamos.

—No puedo. Tengo prisa.

Se dirigió hacia la puerta sin darle el beso de despedida a su madre. Salió del edificio y mientras echaba a caminar por la calle del Carmen hizo una llamada que nadie respondió. Se apoderó de él una sensación angustiosa. Ya no sabía qué pensar. Por mucho que su madre lo defendiera era evidente que su tío estaba mezclado en asuntos turbios, asuntos poco apropiados para alguien que se supone que ha dedicado su vida a la espiritualidad. L lo había conducido por un sendero para que descubriera quién era realmente su tío, la clase de gente con la que se mezclaba, capaz de torturar y asesinar para conseguir sus objetivos. Y ahora L se echaba para atrás y lo abandonaba todo por un pequeño soborno. *Hay que tener fe en las ideas, pero no en las personas. Las personas siempre acaban fallando.* Recordó las palabras que él mismo le había dicho a su madre, más cargadas que nunca de significado. Su tío le había fallado, L le había fallado. No podía confiar en nadie.

Con todas aquellas ideas en la cabeza, con la sensación de desorientación, de pérdida absoluta, con la necesidad palpitante de volver a ver a L, llegó a la puerta de su propia casa. Dudó antes de entrar. Volvió a marcar el número de teléfono que permanecía desconectado. Necesitaba hablar con ella, comentar lo que había descubierto, convencerla de que debían continuar con la investigación, los dos juntos. Pero sobre todo, quería verla una vez más, tocarla, besarla, dejarse atrapar por aquella pulsión que le trastornaba la mente y los sentidos.

Entró en su casa resignado. Dejó en la entrada la gabardina y el sombrero antes de acceder al salón. Caridad trabajaba en silencio en un nuevo puzle, iluminada por un sol rabioso que atravesaba la ventana. Había algo distinto. Entonces reparó en que la mesita de centro descansaba ahora sobre una alfombra que ocupaba todo el suelo desde el sofá al mueble de la televisión.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Ha sido una paliza, pero bien. —Señaló la alfombra—. ¿Y eso?

—Hay que ir preparando la casa, ya sabes, para los niños.

—¿Estás embarazada? —Elías hizo la pregunta sin pensar y los segundos que su mujer tardó en contestar se le hicieron eternos. Si la respuesta era afirmativa no sabía

cómo iba a reaccionar.

—Siento que mi cuerpo está diferente. Es solo una intuición, pero es emocionante, ¿verdad?

—Sí, claro —miró el rompecabezas para cambiar de tema—. ¿Qué ha pasado con Van Gogh?

—¿Nunca te he contado mi teoría sobre los puzzles? —Elías negó con la cabeza, inquieto—. Cada pieza que coloco atrapa la emoción que siento en ese instante. Si soy dichosa, el puzzle es dichoso, cada una de sus piezas emana alegría. Si por el contrario está lleno de tristeza, de rabia o de incertidumbre, debe ser abortado, reemplazado por otro que comience con mejor pie, que me traiga buenos recuerdos cada vez que me siente a completarlo.

—¿Y ahora te sientes mejor?

—Sí —se tocó la barriga—, estoy segura de que va a ir todo bien. —Lo miró a la cara—. Mañana voy al ginecólogo. Me gustaría que vinieras conmigo.

—Es la misa del Papa —Elías dudó—. ¿No lo puedes cambiar?

—Claro —ella sonrió, gozosa—, se me había olvidado. Qué tonta, estoy tan emocionada. —Se puso de pie—. ¿Quieres que te prepare la bañera?

—Voy a darme una ducha.

Se acercó a él y le abrazó.

—¿Quieres compañía? —Le miraba a los ojos con deseo, como una gata en celo. Elías se sentía muy extraño, no sabía qué pensar de todo aquello, de repente nada era como habría esperado. Su mujer, de la que se había despedido con una humillación que él creía difícilmente superable, se mostraba ahora amable y receptiva, como si no hubiera sucedido nada. ¿Era la esperanza de un hijo la que lo había cambiado todo? Ella le besó en la boca y él se mantuvo impasible, sin decidir aún cómo reaccionar—. Te quiero y quiero hacer las paces. Me importas mucho, Elías, solo quiero que volvamos a estar bien. —Le puso la mano en el paquete—. Si quieres te puedes correr fuera, no me importa. La verdad es que me gustó sentir tu semen derramarse sobre mi espalda. —Le cogió la mano—. Vamos a la bañera.

—Ahora no. —Por muchas proposiciones obscenas que le hiciera, en ese momento solo podía pensar en L, acostarse con su mujer era lo último que le apetecía.

—¿Qué te sucede? —Comenzó ella a gritar de repente, como si hubiera estado reprimiendo toda la rabia que sentía en realidad—. ¿Qué diablos quieres de mí? ¿Tengo que vestirme como una puta para que me hagas caso?

Elías se quedó de piedra ante aquellas palabras. Caridad volvió a recuperar el control, giró la cabeza, observó su móvil sobre la mesa, se dio la vuelta, lo cogió y se marchó al dormitorio. Él permaneció quieto unos instantes. ¿Lo había dicho por decir o es que realmente conocía su relación con L? ¿Se le había escapado algo que no quería? ¿Por qué había mirado el teléfono de esa forma y se había preocupado de llevárselo con ella? La siguió hasta la habitación. Se encontraba tumbada en la cama,

con el móvil en una mano. De la llave del armario colgaba una percha con un vestido negro, el que Caridad llevaría en la misa del Papa al día siguiente. Negro riguroso y mantilla. ¿No le había dicho que se había olvidado del Papa, que tenía cita con el ginecólogo? ¿De qué iba todo aquello? ¿También se había inventado lo del supuesto embarazo?

—Déjame tu teléfono —le pidió.

—¿Para qué? —Caridad lo apretó con fuerza.

—Tengo que hacer una llamada.

—Pues usa el tuyo.

—No sé dónde está.

—Pues búscalo. Si sigues así no vamos a ganar para teléfonos. —Y se giró en la cama custodiando el móvil en su regazo.

—He dicho que me des el puto móvil. —Elías se acercó a ella, la cogió por el brazo y la obligó a girarse.

—¡Déjame en paz! —Caridad intentó zafarse, sujetando el móvil con todas sus fuerzas—. ¡Te has vuelto un psicópata! ¡Vete de aquí!

Levantó el teléfono para lanzarlo contra la pared, pero Elías le sujetó el brazo y se lo arrebató. Caridad saltó sobre él, hecha una furia.

—¡Dámelo, es mío, no tienes derecho!

Elías le empujó con fuerza y ella se desplomó sobre la cama. Comenzó a sollozar mientras él abría el Whatsapp. Lo primero que descubrió fue una foto de L en lo que parecía la habitación de un hotel. Era una conversación con Alfredo, el vicario. Subió hacia arriba para leerla desde el principio. Comenzaba el día anterior, al poco de irse él de viaje en dirección a Navarra, con una foto del papel que le había dado L con su teléfono y el nombre del pueblo. Así que le había registrado los pantalones antes de irse, seguramente mientras se duchaba. Supuso que habría habido una conversación previa donde ella le explicaba sus sospechas de que la estuviera engañando y él le habría pedido que le enviara el teléfono por Whatsapp. A los pocos minutos contestaba él. *¿Estás segura de que el teléfono es correcto? Te he enviado una foto, confirmaba ella. Tenemos que hablar, voy para tu casa.* Y ya no había nada más hasta que a las nueve de la noche el vicario le enviaba la foto de L. Elías miró a su mujer con el móvil en la mano.

—¿Ahora te dedicas a espiarme?

Ella no contestó. Se mantenía acurrucada en la cama, abrazándose las piernas en posición fetal.

—¡Contéstame! —Gritó y le lanzó el móvil, que rebotó sobre la cama y se estampó contra el suelo. Elías escupió las palabras con rabia contenida—. ¿Por qué te ha enviado Alfredo una foto de L? ¿Se la pediste tú?

—Sí —Caridad habló sin moverse, con la misma rabia que él le dispensaba—. Quería ver qué cara tenía esa zorra.

Elías se echó sobre la cama, la cogió por los brazos y la obligó a levantarse.

—¿Qué le habéis hecho? —Gritó él, fuera de sí—. ¿Dónde está?

—Alfredo le dio dinero para que se marchara y nos dejara en paz.

—Eso es mentira.

—Es una puta, ¿qué esperabas? Nunca pensé que caerías tan bajo —con todo su desprecio en la mirada, su mujer mantenía una frialdad que daba miedo—. Habría entendido que te volvieras a liar con la Sandra, que tuvieras un escarceo con Lola, pero ¿con una fulana, con una simple y vulgar puta? Qué vergüenza.

—L no es una vulgar puta, no tienes ni idea. Es cien veces más culta que tú, más inteligente, más atractiva, más mujer.

—Es tan mujer como tú hombre. Sí, un hombre a medias, incapaz de cumplir con tus obligaciones conyugales. Ahora lo entiendo, claro, es que no se te pone dura si no pagas por ello. —Utilizando todas sus fuerzas Caridad consiguió liberar su brazo derecho y le pegó un bofetón que le giró la cara hasta la espalda. Aprovechando la sorpresa echó a correr por el pasillo. Elías la persiguió, la cogió por un hombro y la obligó a girarse para sujetarle los brazos de nuevo. Ella comenzó a forcejear otra vez, intentando asestarle puñetazos y patadas.

—¡Déjame en paz! ¡Suéltame!

—¿Dónde está? —Elías la zarandeaba como a un muñeco, mientras ambos gritaban—. Dime dónde está. ¿Qué habéis hecho con ella, zorra?

Ese insulto fue demasiado. Caridad se zafó y le pegó un tremendo rodillazo en los testículos. Elías se dobló sobre sí mismo, pero no la soltó y utilizó toda su rabia para incorporarse de nuevo. Su cabeza golpeó en la barbilla de su mujer con tanta fuerza que saltó despedida hacia atrás y cayó de espaldas sobre la mesita de centro, donde rebotó para caer al suelo. Él retrocedió varios pasos, tambaleándose, mareado. Se desplomó, apretándose la barriga con una mano y la cabeza con la otra, mientras escuchaba los gimoteos de su mujer como en un sueño, unos sonidos agónicos, como si le costara respirar, como si se estuviera ahogando.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando al fin recuperó las fuerzas necesarias para levantarse. Caridad ya no emitía sonido alguno. Se encontraba tumbada sobre la alfombra, con un brazo estirado hacia él, como pidiendo ayuda. Tenía la boca abierta y llena de sangre, que le caía a raudales por ambas mejillas. Se había cortado la lengua con los dientes y según parecía se había ahogado con su propia sangre. Sus ojos miraban al infinito, sin brillo, sin luz, sin vida. Elías retrocedió asustado. ¿Qué había hecho? Dios Santo, ¿qué era lo que había hecho?

Había matado a su mujer.

A pesar de la luz suave del local su dentadura brillaba intensamente y llamaba la atención de todo el mundo cada vez que abría la boca para cantar. Su tío se había gastado todos sus ahorros en cuatro dientes de oro, cada uno grabado con una letra para componer la palabra SCOT. *Si voy a trabajar tengo que cuidar mi imagen*, le explicó, *Y no quiero olvidar el circo.*

*And the piano sounds like a carnival,
And the microphone smells like a beer,
And they sit at the bar and put bread in my jar,
And say "Man, what are you doin' here?"*

L se situó junto a su tío, dejándose cautivar por la mezcla de tristeza y felicidad que le producía aquella canción. Él se metía dentro cada vez que la cantaba, la vivía como si la hubiera escrito él mismo, como si la canción contara su propia historia. Y nadie quedaba indiferente.

El bar estaba abarrotado de gente que se agolpaba en su mayoría alrededor de la barra en forma de signo de interrogación, decorada con enormes teclas blancas y negras, que albergaba en su interior al piano y al pianista que en ese momento cantaba.

*Sing us a song, you're the piano man,
Sing us a song tonight.
Well, we're all in the mood for a melody,
And you've got us feelin' alright.*

Los aplausos explotaron alrededor, aquella canción era un éxito seguro. Ahora le tocaba el turno a L, así que se preparó para un tema mucho más triste, más duro, todo un himno en contra del racismo exacerbado que había consumido al sur de EE.UU. Tomó aire e intentó contener las lágrimas, aquellos versos le quemaban por dentro, cada vez que los interpretaba pensaba que se le iba a quebrar la voz.

*Southern trees bear strange fruit,
Blood on the leaves and blood at the root,
Black bodies swinging in the southern breeze,
Strange fruit hanging from the poplar trees.*

Se hizo un silencio absoluto. Hombres y mujeres la observaron de reojo, refugiando sus ojos en las copas para no mirarla directamente, para no enfrentarse al dolor que transmitía su rostro desencajado. Cualquiera habría pensado que el espíritu de Billie Holliday la había poseído.

En ese momento llegó Midas. Un par de hombres se apartaron de la barra, dejando libre un taburete para que se sentara. Él no apartó la mirada, clavó los ojos en su rostro, en su escote, en cada curva de su cuerpo ceñido por un vestido verde oliva que realizaba su prominente pecho.

*Pastoral scene of the gallant south,
The bulging eyes and the twisted mouth,
Scent of magnolias, sweet and fresh,
Then the sudden smell of burning flesh.*

Midas sonrió mostrando un rostro duro y seductor, un rostro seguro de sí mismo, un rostro sin la más mínima empatía con el sentimiento que ella derrochaba, con la historia que contaba. Había sido calificada como la canción más importante del S. xx, como una auténtica obra de arte, era un canto a los derechos humanos que denunciaba los linchamientos de los negros, los asesinatos despiadados que hacían habitual encontrar árboles decorados con sangre, cargados con cuerpos que se balanceaban con la brisa, con los ojos abultados, la boca retorcida, como extraños frutos que apestaban a carne quemada, que se pudrían al sol sin importar a nadie, producto de una cosecha amarga.

*Here is fruit for the crows to pluck,
For the rain to gather, for the wind to suck,
For the sun to rot, for the trees to drop,
Here is a strange and bitter crop.*

Alargó la vocal de la última palabra hasta quedarse sin aire y tres notas de piano pusieron el punto y final, mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla. El silencio dominó el ambiente durante unos segundos hasta que Midas comenzó a aplaudir e inmediatamente lo imitaron todos. Su tío rompió el pesimismo que se había apoderado de la estancia aporreando el piano con un *rock and roll* de Jerry Lee Lewis. L se apartó de su lado para pedir una copa. Varios hombres se acercaron a ella para felicitarla y uno se adelantó para invitarla. Ella aceptó encantada y cuando le sirvieron su *Gin Tonic* apareció Midas.

—¿Nos disculpa?

Su acompañante se giró con el ceño fruncido para despachar al que había osado interrumpirlos, pero se tragó las palabras y el mal humor al descubrir de quién se

trataba. Cogió su bebida y se alejó con las orejas gachas y el rabo entre las piernas.

—Ha sido una interpretación excelente.

—La canción es excelente.

—No sé cuánto te pago, pero me has convencido de que es una buena inversión.

—¿He pasado a formar parte de tu colección de arte?

Midas la observó con tal intensidad que L pudo sentir sus manos recorriendo todo su cuerpo. Notó cómo pintaba sus ojos verdes con trazos suaves y precisos, cómo difuminaba el maquillaje de sus pómulos con una caricia y cómo borraba con un beso el carmín de sus labios. Notó cómo apretaba su pelo cobrizo, sujetándola con fuerza mientras soltaba los tirantes del vestido que se desplomaba rápidamente hasta las curvas de sus caderas, liberando su escote, deslizándose despacio a lo largo de sus interminables piernas para caer sobre sus zapatos de tacón negro.

—Eres una auténtica escultura. Lo único que siento es no haberte modelado yo.

L le regaló una sonrisa, se giró hacia él y le cogió las manos, obligándole a abrirlas. Las recorrió con suavidad, acariciando con su índice todo el contorno, para continuar por las líneas que atravesaban sus palmas y las durezas de las que partían sus dedos largos, gruesos, preparados indistintamente para crear arte, dar placer o arrebatarse la vida.

—Estoy segura de que estas manos podrían hacerme alguna mejora.

Midas la estudió, valorando si hablaba en serio o no. Entonces se puso en pie.

—Creo que será mejor continuar esta conversación en privado.

Ella le siguió y ambos subieron las escaleras que conducían a su despacho. Era una estancia bastante amplia, que derrochaba el mismo gusto barroco que el resto del bar. Las esculturas, también doradas, representaban a distintos animales. L se acomodó en un sofá morado que había frente a la mesa y él se acercó al mueble bar. Al poco volvió con dos vasos y se sentó junto a ella, que aceptó la copa y bebió un sorbo.

—Limón, Ginger Ale, Ginebra y... —volvió a beber—. ¿Pepino?

—La ginebra Hendrick's se elabora con una infusión de pétalos de rosa y pepino. —Hizo un brindis—. Tienes un paladar excelente.

—Tengo mejor sabor que paladar —se echó el pelo hacia atrás despejando su cara y su cuello, observándolo con mezcla de deseo y desconfianza. Midas se acercó a ella, alargando el brazo sobre el respaldo del sofá, por detrás de su cabeza.

—Ya había oído que no te andas con rodeos y que utilizas tu elocuencia para ganarte un sobresueldo en mi bar.

L echó la cabeza hacia atrás, sobre el brazo de él. Acercó lentamente su dedo índice a su boca y lo lamió con suavidad. Después descendió por su cuello, conquistando su escote, recorriendo las montañas que dominaban su pecho.

—No me pagan precisamente por mi elocuencia.

Midas la apretó entre sus brazos y la besó con pasión, mientras ella cerraba los ojos y dejaba escapar suspiros de excitación. Una mano se perdió debajo de su

vestido y apartó las bragas.

—Espera —L lo detuvo, le empujó el brazo y se apartó a un lado del sofá—. No quiero malentendidos. Aún no hemos hablado del precio.

—¿El precio? —Midas se mostró un poco ofendido—. ¿No te pago suficiente?

—Por cantar, sí.

—¿Y cuánto cobras por follar?

—Mi tarifa se adapta al bolsillo de cada cliente. En tu caso no será barato.

—Me parece bien —volvió a besarla y a meter la mano entre sus piernas. Esta vez sus dedos llegaron mucho más allá de su ropa interior. L gimió mientras devolvía los besos con la misma pasión, la misma intensidad. Midas le arrancó las bragas y la puso de rodillas en el sofá, de cara a la pared. Se colocó detrás, se desabrochó los pantalones y sujetándola por el cuello la penetró salvajemente, como un auténtico animal. L gimió con cada embestida, dejándose llevar por el placer, disfrutando con aquello en lo que realmente era una experta. Midas estaba muy excitado y se corrió enseguida. Al poco se apartó a un lado—. Me han dicho que comercias con otra cosa distinta al sexo.

—Te han informado mal.

—No lo creo. Tengo amigos artistas y he visto sus trabajos antes y después de probar esa droga. No sé si se trata de una droga, un ungüento mágico o qué, pero la calidad de sus obras ha crecido exponencialmente después de consumirla.

—No sé de qué me hablas.

—Quiero probarla. ¿V se llama?

L dudó.

—W. Está bien, pero eso es aún más caro.

—No hay problema. Y otra cosa. Mientras estés conmigo, estarás solo conmigo. ¿Has entendido?

—¿Y quién ha dicho que estoy contigo?

Midas sonrió y se apretó la polla que rápidamente volvió a coger consistencia.

—Hasta que yo diga lo contrario, estás conmigo.

Se acercó a ella, la obligó a girarse y se la metió por el culo.

—Esta vez no será tan rápido.

L comenzó a masturbarse, dispuesta a disfrutar del momento. Esta vez también se correría ella.

Abandonó el cuarto de baño envuelta en una toalla. Midas descansaba sobre la cama de dos por dos, totalmente desnudo, sobre las sábanas doradas, adornadas ahora con restos de semen y flujos vaginales. Había sido un polvo increíble, el mejor que habían echado hasta el momento. Había mucha química entre ellos y poco a poco el sexo iba mejorando, sin prejuicios, sin tabús, dejándose llevar en cada momento por lo primero que les apetecía.

—Quiero más —Midas mantenía la vista fija en el techo.

L observó su polla flácida, desplomada sobre su pierna derecha, encogida.

—Creo que ella no está de acuerdo.

—No me refiero a eso —Midas se incorporó en la cama y la miró—. Quiero más W.

—Sabes que no puedo, es peligroso. —L se quitó la toalla y comenzó a vestirse. Primero las medias, después el liguero y las bragas, a continuación el sujetador.

—Ya, ya me lo has dicho. Solo una dosis al día. —Midas se puso en pie, enfadado—. Esa droga es increíble, desde que la tomo ha cambiado por completo mi forma de crear, ha sacado mi verdadero instinto, lo que de verdad me caracteriza, y lo ha liberado de todos los conocimientos previos, de toda la presión y la influencia que ejercen sobre mí el trabajo de otros artistas, para desarrollar mi propio arte en el estado más puro. Me siento libre, me siento seguro, y no es una percepción subjetiva, los críticos se han volcado entusiasmados con mis últimas obras.

—Entonces, ¿para qué necesitas más?

—No paro de preguntarme qué efecto tendría una dosis mayor de esa maravilla. Si con un poco consigo explotar todo mi potencial artístico, ¿con una dosis mayor no sería capaz de alcanzar otro plano, de vivir el arte, de convertirme en arte?

—No funciona así, ya te lo he dicho. Una dosis es lo que necesitas, con más no obtendrías ningún beneficio adicional y sería peligroso.

Midas se acercó a ella y la cogió por el cuello.

—Eso lo decidiré yo. He dicho que quiero probarlo.

—Está bien —L estaba a punto de ahogarse. Apenas pudo pronunciar las palabras.

—Lo siento. —Midas la soltó y se sentó en la cama.

Ella se acarició el cuello dolorido y sacó de su bolso un frasco de plástico estrecho y alargado, que contenía un líquido de color oscuro. Se lo entregó. Él lo destapó con ansia y lo engulló de un trago.

—Sí, ya noto cómo recorre todo mi cuerpo, noto su poder. —Midas lanzó el bote contra la pared y se puso en pie—. Es una maravilla y tú no querías dejarme probarlo.

Se detuvo y se miró las manos, apretando los puños con fuerza, abriendo y cerrando, abriendo y cerrando, como si estuviera amasando algo. Entonces se dirigió a la puerta y, sin más, le asestó un puñetazo. Su brazo atravesó la madera maciza de lado a lado, sin inmutarse. Midas observó su mano, colorada por el impacto, aunque sin ningún daño. Se giró hacia ella.

—Con que era peligroso y no iba a obtener ningún beneficio adicional, ¿eh?

—No para tu arte, no en el sentido que tú esperabas.

—Esto es aún mejor, me siento bien, me siento vivo, fuerte, como un superhombre.

Se acercó a ella.

—Dame otra.

Esta vez L no esperó a que la tocara. Le entregó otro bote de plástico sin rechistar y él lo sorbió con ansia. Dejó caer el frasco al suelo y se tambaleó. Retrocedió unos pasos hasta sentarse en la cama.

—¿Qué me has dado?

—Lo que me has pedido, W.

—Eso... eso... es mentira —su voz se había vuelto gangosa y se le trababa la lengua—. ¿Qué *m'has dao*, zo... zorra? Me *enquentro* fatal.

Se desplomó sobre la cama, con los ojos entornados, moviendo la cabeza en círculos, sin comprender lo que le sucedía. L se acercó a él y se sentó a su lado.

—Te dije que era peligroso —Le acarició el pelo cariñosamente—. Otra dosis más y dudo mucho que lo cuentes. Pero lo que me tienes que contar ahora es otra cosa. Quiero que me hables del obispo.

—¿Qué?

—Sé que trabajas para él. Quiero saber qué planes tiene. Dónde podemos encontrarnos con él. Dónde podemos matarlo.

XIII. LA MUERTE



Había matado a su mujer.

NO MATARÁS.

Se quedó sin aire, se apretó el pecho, creía que le estaba dando un infarto. Se golpeó varias veces con el puño hasta que volvió a recuperar el aliento. Respiraba entrecortadamente, con dificultad, entre lágrimas y sollozos. Entonces, de repente, se pegó un tortazo. Y luego otro y otro, como si su mano hubiera tomado vida propia, como si no le perteneciera. Al quinto consiguió tranquilizarse y poco a poco fue alargando la duración de las inhalaciones.

Intentó pensar con claridad.

L fue lo primero que ocupó su mente. Estaba seguro de que no se había ido, de que Alfredo le había hecho algo. La foto que le había enviado a su mujer era la prueba. Y ahora Caridad estaba muerta y probablemente L también.

Esto último solo tenía una forma de comprobarlo. Se dirigió al dormitorio, recogió del suelo el móvil de su mujer y envió un Whatsapp. *Elías está a punto de llegar. Estoy preocupada, ¿se ha solucionado?* Se sentó sobre la cama y esperó. Una larga espera de dos minutos. Doble *check*. Doble *check* azul. Alfredo estaba escribiendo. Finalmente llegó el mensaje. *Todo ok. No te preocupes. No la encontrará ni aunque la busque cien años. Mis hombres se han encargado de todo.* Y después un emoticono guiñando un ojo. Lanzó el móvil contra la pared, rompiéndose en cien pedazos.

Mis hombres se han encargado de todo.

¿Significaba que L estaba muerta? Sus hombres eran los Camareros, los hombres de Midas.

No la encontrará ni aunque la busque cien años.

Y él sabía el método que utilizaban para deshacerse de la gente.

Se levantó de la cama y se dirigió al salón. Ya no sentía pena por su mujer. Solo rabia. Y la rabia le dio fuerzas para hacer lo que tenía que hacer.

Detuvo su BMW junto a un todoterreno negro aparcado a la entrada de la mina. Había violado el mandamiento más importante de todos, condenado tanto por las leyes divinas como humanas. *No matarás*. Si existía la justicia celestial se acababa de ganar, sin duda, el castigo eterno. Las llamas del infierno devorarían su carne una y otra vez, mientras esta se regeneraba para prolongar la agonía hasta el infinito. Se dobló sobre sí mismo y vomitó hasta la primera papilla. Se limpió la boca en la manga de la gabardina y entró en la mina. Ahora no podía pensar, no debía pensar. Tenía que centrarse en buscar a L, aunque si la encontraba allí, seguramente ya

estaría... Se le saltaron las lágrimas y rezó en silencio para que L no flotara muerta y descompuesta sobre aquellas aguas ácidas.

El candado estaba abierto. Si había un coche en la puerta era porque había alguien dentro, lo que por otra parte podía ser buena señal. Así que caminó a tientas, intentando recordar el recorrido de la otra vez. Al poco observó una luz al fondo, que perfilaba los colores y las formas de la estancia más grande, donde se encontraba el lago ácido. Elías se acercó despacio, con mucho cuidado de no hacer ruido. Desde detrás de una roca observó a uno de los Camareros sentado en una silla. Frente a él se encontraba L, colgada del techo mediante una cuerda atada a las manos que dejaba fuera del agua rojiza solo su cabeza y sus brazos. El corazón se le encogió al verla. Habían dejado a un cretino vigilándola, ¿esperando que confesara algo o es que querían verla morir despacio? Daba igual, lo único importante era que estaba viva. Tomó una piedra y se acercó sigilosamente al guardia. Cuando estuvo a su lado arrastró un pie y este se giró sobresaltado. Elías le estampó la piedra en la cara y el tipo se levantó, aturdido, y desenfundó la pistola. Se la tiró al suelo de una patada y rápidamente volvió a golpearle en la cara. La sangre saltó de su boca acompañada de un par de dientes. Los ataques se repitieron una y otra vez, mientras el tipo retrocedía, tambaleándose, manteniéndose en pie gracias al nuevo golpe que le impulsaba hacia atrás, obligándole a recuperar el equilibrio, impidiéndole desplomarse, respirando entrecortadamente a través de un amasijo de carne. Una nueva pedrada le arrancó la mandíbula de cuajo, que quedó descolgada, sin dientes, sujeta solo por la piel y la carne de los labios. El tipo parecía inconsciente, aunque milagrosamente aún se mantenía en pie. El último golpe le clavó los huesos de su propia nariz en el cerebro y lo lanzó de espaldas dentro del lago ácido. Elías cogió la pistola del suelo y se la guardó en el bolsillo, podría hacerle falta. Rápidamente, soltó la cuerda que mantenía a L colgada y la acercó a la orilla. Tenía todo el cuerpo quemado y la piel había desaparecido en varios puntos de su pecho, su espalda y sus piernas, dejando zonas en carne viva. La cubrió con su gabardina y la cogió en brazos. Ella abrió los ojos.

—Gracias —acertó a pronunciar. Y volvió a cerrarlos.

—Lo siento, ha sido culpa mía. Iremos al hospital —le prometió él.

—No, a un hospital, no. Vamos al campo de golf, allí estaremos a salvo —hablaba con mucho esfuerzo.

—¿Al campo de golf?

—Puedo usar la casa de un cliente. Sé dónde guarda las llaves.

—Pero tienes que curarte las quemaduras, pueden infectarse.

—Allí hay aloe. No me van a dar nada mejor en el hospital.

Ella se acurrucó en sus brazos y volvió a cerrar los ojos. Elías atravesó los túneles de la mina hacia la salida, apretándola contra su pecho, sintiendo su calor, la única sensación agradable de todo el día. La acostó en el asiento de atrás. Aún tenía que hacer algo. Abrió el maletero del coche, de donde sacó la alfombra enrollada que se cargó al hombro. Pesaba bastante, debido al paquete que llevaba dentro, y le costó

atravesar los túneles oscuros hasta alcanzar el lago ácido. La tiró dentro y en ese momento se dio cuenta de que ya no había vuelta atrás. Estaba hecho. *¿En qué me estoy convirtiendo?* Pensó con amargura.

Salió corriendo de aquel maldito cementerio y se metió en el coche. L apenas se movía en el asiento trasero, su respiración se había pausado. Elías condujo con cuidado por la carretera de Portmán, ganando con calma las sinuosas curvas que conducían hasta el campo de golf. En unos minutos comenzaron a ver los adosados y los chalets que formaban parte de un amplio poblado de segundas residencias de alemanes, ingleses y rusos, que podían disfrutar de playa privada y campo de golf, además de hoteles, restaurantes y cafeterías de lujo. Toda una isla de vegetación y despropósito en medio del Campo de Cartagena.

L se incorporó con esfuerzo para indicarle cuál era la casa. Aparcaron frente a la puerta y entraron tras recuperar las llaves de debajo de una maceta. Se trataba de un apartamento pequeño con tapicería de colores claros y mobiliario de madera de pino. Disponía únicamente de dos dormitorios pero estaba nuevo y bien acondicionado. Elías buscó el baño y metió a L en la ducha para quitarle todos los posibles restos de ácido y sin secarla entró en el dormitorio principal y la tumbó en la cama.

—Aquí hace frío —observó el cuerpo desnudo de L—. Encenderé la chimenea.

—Hay troncos en la leñera del salón.

Al poco, un fuego juguetón caldeaba el cuarto. Después salió al jardín con un cuchillo en la mano para cortar una hoja de aloe, volvió dentro y se sentó junto a ella en la cama. Apretó la planta para que soltara su jugo sobre aquel cuerpo perfecto, ahora enrojecido y desfigurado por las quemaduras. L soltó un pequeño gemido al contacto con el frío líquido, mientras Elías, despacio, comenzaba a extenderlo. Sus manos le acariciaron el cuello y bajaron suavemente sobre sus pechos, su vientre y sus piernas. Se le encogió el estómago al ver algunas heridas sobre su abdomen que parecían realizadas con un cuchillo. A pesar de todo, no pudo evitar la excitación producida por el contacto de aquella carne desnuda, suave y atractiva. Ella se giró y él le embadurnó la espalda, pasando por las nalgas, donde se recreó inconscientemente antes de continuar hasta los pies. Una vez que hubo terminado, ella separó las piernas. *Aún te falta una parte*, le susurró. Elías cogió la hoja de aloe y la apretó sobre su trasero. Acercó una mano, pero ella se la apartó. *Espero que tengas algo mejor para usar ahí*. Elías se quedó de piedra ante aquella sugerencia, lo último que esperaba era que tuviera ganas de mantener relaciones. *Estás hecha polvo, el dolor debe de ser insoportable. Buscaré un analgésico*. Se puso en pie, pero ella lo sujetó. *Me gusta el dolor, me recuerda que sigo viva. Fóllame, no me obligues a suplicarte*. Elías pensó en Caridad muerta. Pensó en que todo había sido culpa de aquella mujer que se encontraba ahora a su lado, aquella que se había convertido en una obsesión para él, aquella que le había conducido a descubrir los oscuros secretos de su tío, aquella que le había hecho perder la cabeza con su cuerpo perfecto, su cara de ángel y sus planificadas artimañas. Después de todo lo que había pasado se había

ganado el premio, así que se desnudó y se colocó encima de ella. La penetró despacio y ella soltó un gemido provocado por el dolor o la excitación. Daba lo mismo, ella lo había querido, él se lo había ganado, tenía que follársela. Comenzó a moverse más rápido. *Fóllame por el culo*, le pidió ella y él obedeció. *Más fuerte, quiero que me duela, quiero que tu polla me haga sentirme viva*. Elías la sujetó por el pelo y le apretó la cabeza contra la almohada, mientras se movía cada vez más rápido, con embestidas que iban ganando en intensidad, animadas por los gemidos entrecortados con los que ambos las acompañaban. *Más rápido, más fuerte*. Elías estaba fuera de sí, se había convertido en un auténtico animal, apretando con todas sus fuerzas la cabeza de ella para silenciar sus gemidos contra la almohada. Se sentía eufórico, liberado, se había convertido en un auténtico monstruo capaz de matarla si eso podía aumentar su placer. En ese momento no le importaba nada más que su propio placer. Al fin se corrió y se dejó caer sobre ella, notando el calor de su cuerpo y la textura viscosa de la aloe mezclada con la sangre de las heridas. Le soltó el pelo, sin embargo, ella se mantuvo completamente quieta, ni movió la cabeza para respirar, ni el cuerpo para quitárselo de encima.

La había matado.

Se levantó rápidamente, la cogió por los hombros y le dio la vuelta. L sonreía con los ojos cerrados. De repente, los abrió y le miró a la cara. *Gracias*, susurró. Y él se echó a llorar como un niño pequeño. Ella lo abrazó sin decir nada y él se dejó acoger entre sus brazos. Ambos se quedaron dormidos.

Cuando se despertaron a la mañana siguiente aún seguían abrazados.

—¿Cómo te encuentras? —Se interesó él.

—Bueno, sigo viva —declaró ella en tono irónico.

—Buscaré un analgésico.

—No, ya te dije que no quiero —ella se sentó en la cama, intentando disimular una mueca de dolor—. Preferiría tomarme un trago. Creo que Holger tiene un mueble bar bien surtido. Tú tampoco tienes buen aspecto.

Elías se tocó levemente la cara, notando los bultos de cada uno de los golpes que había recibido. En silencio se dirigió al salón en busca de alguna botella para L y de nuevos troncos con los que avivar las brasas de la chimenea del dormitorio.

—¿Quieres vaso? —Le preguntó mientras le tendía el vodka. Ella negó con la cabeza—. No aparecerá ahora el dueño, ¿verdad?

—Quién sabe —ella se encogió de hombros y dio un trago.

—¿Y si aparece?

—Pues nos montamos un trío —bromeó y Elías soltó una carcajada.

Él se acercó a la chimenea, donde dejó los troncos. Pronto el fuego comenzó a danzar. Después se sentó en la cama junto a L. Acorde con el estilo nórdico de toda la casa, en la habitación no había persianas, solo unas finas cortinas blancas, que permitían el paso de la luz de la mañana, creando un ambiente cálido y acogedor, apoyado por el fuego de la chimenea. Aunque era consciente de que aquel lugar no le

pertenecía, sentía que allí estaba su hogar. No lo eran aquellas paredes, ni aquella luz que entraba por la ventana, ni aquellos muebles, ni aquel sofá, ni aquella cama. Su hogar estaba allí, justo al lado de L, un pequeño hueco que él quería ocupar siempre.

Se dirigió a la cocina y buscó algún recipiente con café pero en aquella casa solo se tomaban infusiones de té. Hacía frío fuera de la habitación pero no se vistió. Recordó que no había comido nada desde el espartano desayuno en el hotel de Navarra y rebuscó en los aparadores. Solo halló unos botes de pepinillos caducados y un paquete de pan tostado. Maldijo la poca previsión de aquel sueco o noruego, que no había tenido una madre como la suya, siempre con comida de más en la despensa por si recibían invitados.

Volvió al dormitorio y cerró la puerta para que no se escapara el calor. Le entregó una taza humeante a L, que tomó con cuidado. La botella de vodka, bastante mermada, descansaba junto a la cama.

—Me gusta el olor del té.

—Mi mujer encontró el papel que me entregaste —explicó Elías, ajeno—. Fue culpa mía que te encontrarán.

—No te preocupes, las cosas suceden por alguna razón. —Pensó en su mujer muerta. Se le revolvieron las entrañas. ¿Era esa la razón?—. ¿Cómo te fue en Navarra?

Elías observaba, a través de los amplios ventanales, las palmeras del cuidado jardín que se balanceaban con el lebeche. Fuera debía de hacer frío.

—Estuve en el pueblo. Había una cooperativa de vino en la que trabajaba todo el mundo. Por lo visto, debía de funcionar bien, porque contrataban a pintores famosos para ilustrar las etiquetas de las botellas de cada cosecha.

—Entonces ya sabes de dónde proceden los cuadros.

—Sí, pero aún no entiendo qué tienen que ver con mi tío. ¿Por qué tiene tanto interés en conseguirlos? —El té caliente le recompuso un poco el estómago. Le ofreció a L una de las tostadas. La rehusó.

—¿Sabes por qué se abandonó el pueblo?

—Encontré una carta. Por lo visto, el obispado inmatriculó todas las propiedades y obligó a la gente a marcharse.

—¿Y sabes quién fue el representante del obispado que consiguió tal hazaña?

Lo intuía dolorosamente.

—Me tropecé con un viejo loco que aún vivía allí. Me acusó de ser yo el que había robado las tierras e incluso intentó matarme.

—No está tan loco como crees.

—¿Qué quieres decir?

—Que tienes un parecido real con la persona que lo hizo. Aunque era cura se acercó a una chica del pueblo vestido de calle y comenzaron a salir. Ella creía que la quería, pero él la utilizó para descubrir el punto débil del pueblo, que las tierras no estaban registradas.

—¿Qué interés tenía ese cura? Tan solo se trataba de un pueblucho destartalado, con un puñado de habitantes —sentía cómo nacía en él una rabia incipiente.

—El obispado... la Iglesia, más bien, quería acabar con aquel pueblo, con sus gentes, sus ritos y sus costumbres. Y ese cura, consciente de todo ello, aprovechó las circunstancias para prosperar en la institución. Y lo consiguió.

—Mi tío.

—No. Tu padre.

—¿Qué? —Aquello sí que no se lo esperaba—. Mi padre...

—Olvídate de todo lo que te hayan contado. Es todo mentira. Tu padre es el que se ha hecho pasar por tu tío durante todo este tiempo.

—Mi padre era su hermano. Murió en un accidente...

—Su hermano vive en Pamplona y nunca ha estado en Murcia. Lo he investigado. Está vivo y no se hablan.

—Pero vi el certificado de defunción...

—¿Qué te dio quién?

Elías se quedó bloqueado. Tardó varios segundos en contestar.

—Mi tío —admitió con rabia.

—No, tu tío, no. —Hizo una pausa dramática—. Nuestro padre.

—¿Qué?

—Que somos hermanos.

—Qué estupidez.

—La muchacha a la que engañó en aquel pueblo era mi madre.

Elías se puso de pie, intentando encontrar argumentos para desmontar las tonterías que L acababa de contarle. Ella lo observaba atentamente y él se sentía más confuso por momentos. No podía ser cierto lo que le acababa de decir, ¿o sí? Pensó en la atracción que había sentido por ella desde el primer momento en que la vio y entonces recordó lo que había leído sobre la atracción sexual genética, una atracción muy fuerte que aparecía entre familiares, hermanos, incluso padres e hijos que no se habían conocido hasta la edad adulta. No se habían desarrollado los lazos familiares que prohibían las relaciones sexuales. Sin embargo, la genética hacía evidentes los parecidos físicos y de carácter entre las dos personas, que producían una atracción irresistible.

Los huecos de su pasado se llenaban ahora con un miasma podrido. Si era así, si Francisco Javier era realmente su padre y L lo sabía, ¿cómo había podido mantener relaciones sexuales con él? ¡Era su hermano! ¿Qué tipo de ser sin moral tenía delante?

—¡No tenías ningún derecho! —Gritó. Todo lo que había imaginado se rompía en pedazos. Ella era su hermana, jamás podría ser su mujer ni su amante—. Has destrozado mi vida, lo has destruido todo. Todo. No me queda absolutamente nada.

—Te queda la verdad —convino L.

—¡Me importa una mierda la verdad!

En ese momento sonó su teléfono, que descansaba en el interior del bolsillo de su chaqueta, sobre la silla del dormitorio. Dudó un momento pero al final decidió cogerlo. Era su tío.

—¿Dónde estáis? —Le gritó—. ¿Te has vuelto loco?

—Ahora estoy ocupado, tío. —Pensó en preguntarle si realmente era su padre, si les había tenido engañados a él y a Delia durante tantos años, si su afán por ganar poder le había llevado a destruir un pueblo.

—Elías, escúchame. Entrega a la mujer o ya no podré protegerte.

—Cuando pueda te llamaré —era la primera vez que lo tuteaba.

—Elías...

Colgó el teléfono y lo apagó, devolviéndolo al bolsillo de la chaqueta. Después, como si una rabia incontrolable subiera por su cuerpo, agarró con fuerza la taza de té y la estampó contra la pared, observando cómo el líquido se deslizaba rápidamente hasta el suelo, formando algo similar a una mancha de sangre. ¿Sería cierto que su tío era en realidad su padre? Era indiscutible que había estado siempre muy unido a su madre y se había preocupado por él, de su educación, de que consiguiera un buen trabajo, como si de un hijo se tratara.

—No puede ser. Es todo mentira. —De repente vio tan claro como la luz que entraba por la ventana que era cierto. Su propia madre le había engañado desde que era un niño. Su padre era un obispo que además de no cumplir con sus votos, había destruido un pueblo entero para escalar peldaños en la jerarquía de la Iglesia. Un obispo que ahora estaba metido en asuntos turbios, que mantenía relaciones y negocios con uno de los mafiosos más peligrosos de la zona. Su padre era un ser depravado y él, sin saberlo, sin quererlo, había comenzado a seguir sus pasos. Había matado a su mujer y a un tipo del que no sabía ni su nombre. Su vida se había ido al traste de repente, todo en lo que siempre había creído se derrumbaba. Y la persona por la que lo había hecho todo, aquella de la que se había enamorado locamente, descubriría ahora que era su hermana. Su hermana, su propia hermana. Un amor imposible empañado por el incesto y la culpa.

Desnudo como estaba, se agachó y sacó la pistola del bolsillo de su pantalón, que se encontraba tirado a los pies de la cama. Toda su vida, toda una vida de mentiras, pasó por delante de sus ojos en un momento. ¿Qué había pasado, cómo había llegado a aquel punto, cuándo comenzó a torcerse todo? Había cometido una serie completa e imperdonable de pecados mortales: adulterio, ira extrema, odio, incesto, asesinato, robo. Su alma estaba condenada al infierno, no tenía salvación posible. Su única esperanza era que todas sus creencias fueran falsas, que no hubiera un cielo y un infierno, que no hubiera un Dios capaz de juzgar los actos de las personas, que la muerte fuera el final de todo.

Se giró hacia L y la encañonó. Ella lo miraba impasible. La mano comenzó a temblarle. Solo le quedaba un pecado mortal por cometer, el peor de todos, el que te enviaba directamente al infierno. Con la mano izquierda se santiguó y rezó para que

Dios no existiera. Se puso la pistola en la sien y apretó el gatillo.

XV. EL DIABLO



Su caballo bebía agua en un abrevadero, un ejemplar blanco de la raza *burguete*, de cuello grueso, cuerpo arqueado y patas peludas y poderosas. Salomé esperaba sentada en un banco de madera que había justo al lado de la puerta del Restaurante Eskisaroi. Era un típico edificio de Elizondo, con una fachada de piedra presidida por grandes balcones de madera. Al poco observó cómo se acercaba él, caminando con su porte altivo, su pelo rubio y su rostro perfecto. Ella se puso en pie, nerviosa. Se estiró el pantalón y la blusa y permaneció mirando al suelo, con timidez, con miedo. Él sonreía con amabilidad, se le veía feliz. Se besaron y entraron. El ambiente era rústico y agradable. Ocuparon una mesa con un mantel blanco junto a una ventana y enseguida trajeron las cartas. Él pidió sin mirarlas: tabla de ibéricos, ensalada de chipirones y dos chuletones de ternera.

—Y vino, mucho vino —añadió—. Hay que celebrarlo.

—¿Qué hay que celebrar? —Preguntó ella, sorprendida, cuando se retiró el camarero. ¿Acaso habría intuido lo que ella quería decirle?

—Pues ¿qué va a ser, mujer? Que el trabajo me va bien, seguramente me van a ascender.

—¿Has terminado ya el diseño de la vía? —Él le había contado que era ingeniero de caminos, que estaba diseñando una nueva línea de tren a través del Pirineo. Ahora ella no estaba tan segura de que fuera verdad.

El camarero trajo la ensalada, los ibéricos y una jarra de vino de la casa.

—He terminado el estudio de campo —él llenó las dos copas—. Ya está todo definido —levantó la suya para brindar. Ella lo imitó—. Por mi ascenso.

Brindaron y bebieron, ella un trago, él la copa entera. Volvió a rellenarla y comenzó a comer con ansiedad. Parecía eufórico. Ella cogió un trozo de chorizo.

—Ahora tendré que volver a Pamplona —el chorizo se detuvo ante sus labios, abrió los dedos y lo dejó caer sobre la mesa. Eso sí que no se lo esperaba—. Pero no te preocupes, nos seguiremos viendo.

La cosa iba de mal en peor, tenía que decírselo ya.

—Estoy embarazada. —Lo soltó a bocajarro y esperó, estudiando su reacción. Él también la miró, entrecerrando un ojo, sin perder la sonrisa.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Ni mucho menos.

—Bueno, eso es fantástico —y volvió a rellenar su copa de vino y la elevó—. Hagamos un brindis por nuestro futuro hijo.

—O hija —continuó ella con suspicacia.

—Sí, claro, o hija.

Brindaron.

—Quiero que vengas a vivir al pueblo, que formemos allí nuestra familia.

—Sabes que no puedo —él seguía comiendo con ansiedad. La noticia no parecía haberle afectado mucho.

—Entonces iré yo a Pamplona contigo.

—Eso tampoco es posible —sonreía con condescendencia, como si le estuviera hablando a una niña—. El pueblo es tu vida, no creo que sobrevivieras lejos de él.

—En eso tienes razón —aceptó ella con resignación—. El problema es que voy a tener que abandonarlo, quiera o no.

Él se quedó mirándola fijamente, mientras se llevaba la ensalada a la boca. Ella supuso que estaría valorando hasta qué punto sabía. El camarero trajo los dos chuletones, ella seguía sin probar bocado.

—No digas tonterías...

—No es ninguna tontería, parece ser que la Iglesia ha registrado todas las propiedades del pueblo, tierras incluidas. —Él atacó el chuletón, impasible—. Aún no es oficial. El alcalde se enteró por casualidad, sin posibilidad de recurrir. Y por lo visto es legal.

—Eso es muy extraño. ¿Cómo...?

—No creo que haga falta que te lo explique —cortó ella secamente y esta vez sí que se le heló la sonrisa en los labios.

—Yo... —Él cogió la copa de vino—. En fin, supongo que no tiene sentido seguir con la farsa.

—Cuando me lo dijeron no me lo creía. Por eso acepté tu invitación. Tenía que oírlo de tus propios labios.

—Lo siento. —Bebió un buen trago—. No soy ingeniero, es verdad. Soy cura y tan solo hago mi trabajo.

—¿Tu trabajo consiste en engañar, robar y abandonar a mujeres a las que has dejado embarazadas?

—Te voy a contar algo que nunca le he contado a nadie —volvió a beber—, algo que me hizo entender muy pronto cuál era mi verdadera vocación. Yo tenía ocho años por entonces y en aquella mañana de enero hacía tal frío que los sabañones de los pies no me dejaban caminar con normalidad. Mi hermano era dos años menor y cuando salimos a la calle me dio la mano y caminó a mi lado sin quejarse. Me miró con complicidad y yo asentí con la cabeza. Sabíamos a dónde íbamos y nos habíamos preparado. Lo habíamos ensayado muchas veces durante los cuatro últimos días, desde que mi madre nos comunicó que había concertado la entrevista. Llegamos hasta la casa de los González de Aripuzcueta, donde hasta entonces había trabajado mi madre como criada. La fachada era gigantesca, de piedra y con una puerta de madera labrada y un enorme escudo sobre ella. Mi madre llamó varias veces, estaba nerviosa y no paraba de arreglarnos el traje mientras esperábamos. Al poco apareció la que debía de ser la dueña. Sonreía con cierta crueldad. Yo era solo un niño, pero ya empezaba a entender cómo funcionaba el mundo. *¿Tenéis hambre?* Aunque nos

moríamos por un trozo de pan, permanecemos en silencio. Mi hermano estuvo a punto de contestar y yo le apreté la mano para que no lo hiciera. *Son tímidos*, se disculpó mi madre. *Ahora mismo viene el señor cura*. La casa olía a guiso y a pan recién hecho. A ambos se nos revolvía el estómago, nos crujieron las tripas, pero no nos movimos. Teníamos que ser fuertes. Así se lo había explicado a mi hermano. Teníamos que ser fuertes y seguir el plan si queríamos permanecer juntos. El cura apareció entonces por la puerta. Me sorprendí mucho al verlo. Era un señor muy gordo con cara simpática. *¿Es este el niño?* Preguntó en referencia a mi hermano. Mi madre asintió. Ella era viuda y para mantener su empleo se había tenido que someter a los deseos del amo de la casa. El amo acababa de morir y su mujer no estaba dispuesta a seguir manteniéndola como criada. Sin embargo, había aceptado ayudar a mi hermano, el bastardo de su marido. Sabía que el cura buscaba un ayudante. *A ver, niño, ¿crees en Dios?* Mi hermano asintió. *¿Sabes rezar?* Asintió de nuevo y comenzó a recitar la oración que tantas veces habíamos ensayado. *Diablo nuestro, que estás en el infierno, maldito sea tu nombre, venga a nosotros tu feudo*. El cura se quedó perplejo. *Niño, ¿qué estás diciendo?* Y él continuó. *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el infierno. Danos hoy nuestro mal de cada día...* El cura miró a mi madre y al ver que no reaccionaba se acercó con la mano levantada. Sin embargo, yo fui más rápido. Le asesté una bofetada a mi hermano que lo tiró al suelo y le hizo llorar. Me miró con sorpresa y temor, sin entender nada. El señor cura, por el contrario, me miró con aprecio. *¿Y tú cómo te llamas? Francisco Javier, Señor. ¿Crees en Dios? Sí, Señor. La gente dice que somos pobres, pero yo siempre contesto que no es cierto, pues no hay mayor pobreza que la de no conocer a Dios*. El señor cura se mostró satisfecho. *¿Sabes rezar? Sí*. Y recité el Padre Nuestro bajo el asombro de mi madre y las lágrimas de mi hermano.

—Eres despreciable. —Salomé apartó la vista, no soportaba mirarlo.

—No digas tonterías. —Sonreía como si nada—. No lo había planeado. Fue el hambre, ¿entiendes? El hambre agudiza el ingenio y al ver a aquel cura tan gordo comprendí que a su lado nunca volvería a pasar hambre.

—¿Y qué fue de tu hermano? —Cuanto más sabía de aquel monstruo más repulsión le daba. Ahora le resultaba imposible comprender cómo se había enamorado de él.

—Por desgracia no he vuelto a verlo. Un mal menor por encontrar el camino hacia Dios.

—Ya. —Sintió una arcada.

—En fin —continuó él—, es una pena. Supongo que la cena termina aquí. Nos tendremos que marchar sin probar la tarta de queso.

—Sí, es una lástima. —Confirmó ella. Estaba a punto de llorar—. ¿Te importa pagar en la barra? Quiero irme lo antes posible.

Él se puso en pie y fue a pagar. Ella sacó tres tubos de plástico del bolsillo. Los vació en la copa de él y rellenó ambas hasta la mitad. Al poco regresó. Ella le entregó

su copa y cogió la suya.

—Por nuestra hija —dijo ella, por alguna razón sabía que era una niña—. Símbolo de la barbarie y el sinsentido de este mundo.

Brindaron y esta vez ambos apuraron la bebida. Salieron fuera. Él se tambaleó, tropezó, estuvo a punto de caer.

—No me encuentro bien.

—¿Qué te ocurre? —Ella le tendió una mano. Lo ayudó a mantenerse en pie.

—Creo que he bebido demasiado. —Se desplomó en el suelo, sentado, y comenzó a reírse a carcajada limpia.

—No te preocupes, se te pasará enseguida.

Él seguía despierto, aunque no consciente, ya no sabía lo que hacía. Ella acercó su caballo a la entrada, le ayudó a él a ponerse en pie y subirse al banco para saltar al lomo del caballo. Estuvo a punto de caer, pero lo consiguió con su ayuda. Ella se montó detrás para sujetarlo entre sus brazos. Salió al galope en dirección a su pueblo.

Cuando él se despertó ya habían realizado la asamblea en la que lo habían juzgado y le habían impuesto un castigo. Salomé aún se preguntaba qué pasaría con ella. Sabía que habría otra asamblea posterior donde celebrarían su juicio y tendría su propia condena. La verdad era que le daba igual, ya no le importaba nada. Había perdido toda ilusión, toda esperanza. Estaba embarazada de un monstruo. Nada podría hacer que se sintiera peor.

Se encontraban dentro de la iglesia, decorada con vides secas, hojas de parra y un fresco cubista que hacía honor a la vendimia. El pueblo se había creado varios siglos atrás, entre tierras sin roturar, salvajes y aisladas. Un lugar perdido donde escapar del desprecio de sus semejantes. Allí construyeron su propia iglesia, a la que por supuesto no acudió ningún párroco. Sin guía espiritual canónico, los ritos y las costumbres fueron derivando a lo largo de los años hacia lo más importante para ellos, su sustento, su forma de vida: la vid. La uva y el vino se convirtieron en moneda de cambio en las ventas de la zona, hasta que poco a poco fue ganando fama, sobre todo a finales del diecinueve, cuando algún avisado artesano consiguió dar con la fórmula de W.

Él se encontraba sobre el altar, con las manos y los pies atados, el pecho descubierto. Al lado había una pequeña hoguera que Festo había hecho directamente sobre el suelo de piedra. Todo el pueblo se había congregado para la asamblea y para presenciar el posterior espectáculo. Salomé sacó del fuego un hierro incandescente y se acercó a él.

—¿Qué vas a hacer?

Ella se sentía destrozada, toda su vida y sus ilusiones se habían derrumbado de repente. Se había enamorado de aquel hombre, había soñado con vivir juntos, con formar una familia, con cuidar entre los dos de sus hijos, compartiendo los ratos

buenos y los malos, las alegrías y los problemas. Ahora sabía que realmente no se había enamorado de él, sino de la ilusión que él había creado de sí mismo. Todo era mentira, era una persona sucia, despreciable, capaz de todo por conseguir sus objetivos. Se sintió un poco mejor, un poco aliviada al menos, al ver que por fin se le había borrado aquella maldita sonrisa de la cara.

—Asegurarme de que no puedas engañar a otra.

—No, espera, Salomé, espera —Hércules lo sujetó por los hombros y las piernas mientras ella acercaba el hierro al rojo—, te equivocas, yo... ¡Aaahhhh!

Dibujó en su pecho dos trazos rectos, perpendiculares, el horizontal más bajo de lo que a él le hubiera gustado.

—La marca del diablo. —Ella se mostraba triste, ausente, aquello le resultaba muy desagradable. Tenía una sensación irreal, como si todo fuera un sueño, como si el monstruo que tenía delante hubiera matado a la persona que ella quería, lo hubiera anulado para apropiarse de su cuerpo, de sus rasgos, de su vida. Aún le costaba mirarlo a la cara y no pensar en los buenos ratos que habían pasado juntos—. Ahora ya no podrás ocultar tu verdadera naturaleza.

—¿Te has vuelto loca? ¡Soltadme! El obispado tomará represalias contra todos vosotros, ¡soltadme o lo pagaréis muy caro!

Sifo se acercó con otro hierro incandescente. Lo cogió con un guante, porque este era más fino y más corto.

—No te preocupes, te vamos a soltar. Pero primero nos aseguraremos de que nunca nos olvides y de que nadie vuelva a confundirte con una buena persona. Dale la vuelta —le ordenó a Hércules y él lo volteó sobre el altar como si fuera un muñeco. A continuación le bajó los pantalones.

—No debemos olvidar el rasgo más característico del diablo.

—¿Qué vas a hacer? —Intentó forcejear y soltarse, pero no pudo ni moverse bajo las zarpas de Hércules—. ¿Qué vais a hacer, malditos dementes?

—¿Qué sería el demonio sin su rabo?

Sifo acercó el hierro al rojo y se lo metió por el ano. El grito fue aterrador. Salomé llenó una copa con vino en la pila bautismal. Se acercó a él y el olor a carne quemada le dio una arcada. Consiguió reprimirla y, lentamente, derramó el líquido sagrado junto a toda su rabia. El vapor se elevó en el aire al enfriar el metal que atravesaba el trasero de la bestia, al fusionarlo con su carne, al conseguir que el nuevo rabo pasara a formar parte inseparable de su cuerpo.

L le mostró las balas que debía de haber sacado mientras él dormía. Elías se desplomó en el suelo de rodillas y rompió a llorar como un niño pequeño. Se sentía ridículo y roto, completamente desvalido. L se acercó a él y lo abrazó. Cuando Elías se calmó un poco ella le entregó un pequeño tubo de plástico que contenía un líquido negro.

—Tómatelo, te ayudará a sentirte mejor.

Él la miró, sorprendido. Era uno de esos tubos que había encontrado en la casa del tío de ella, en la cooperativa e incluso tirados por el suelo de la iglesia del pueblo.

—¿Qué es?

—Es W.

—¿W, como el vino?

—Digamos que es un vino más elaborado.

Elías recordó el laboratorio de química que había encontrado en la bodega, junto a la cinta de envasado y etiquetado. ¿Sería eso lo que fabricaban allí?

—¿Es una droga?

—Se podría llamar así.

Elías dudó. Se hicieron patentes las enseñanzas de su madre, que le había inculcado el miedo a los estupefacientes desde que era un niño. *Mira la cantidad de gente que se ha muerto o lo ha perdido todo por las drogas, y le enseñaba fotos de drogadictos consumidos, demacrados e incluso muertos. No se te ocurra probarlas, te engancharás para siempre. Además, tienen efectos devastadores en el cerebro, una única dosis puede producir daños irreversibles. Mira el hijo de la Marifé, un amigo le dio una pastilla y se volvió esquizofrénico.* Elías estuvo a punto de apartar el tubo que le ofrecía L, pero ¿qué tenía que perder? Solo quería morir, terminar con todo, acabar con el infierno en que se había convertido su vida. Quizás hubiera otro peor esperando, pero al menos siempre le quedaba la duda. ¿Y si L tenía razón y aquella sustancia le ayudaba a sentirse mejor y alejar de su mente el deseo de la muerte?

—¿De dónde la has sacado?

—Siempre guardo algunas dosis en mis refugios.

—¿Tus refugios?

—Las casas de mis clientes de confianza.

Elías la miró incrédulo. ¿Sería posible que no tuviera casa propia, que fuera ocupando un piso vacío u otro aprovechando la ausencia y el permiso de sus dueños?

Cogió el tubo y lo descargó en su boca. Sabía a vino añejo. Se lo tragó. Se sintió un poco mareado, así que se acostó en la cama. L se tumbó a su lado y le acarició el pecho. Entonces le dio por reírse compulsivamente, como si la risa fuera la de otra persona, porque él se sentía profundamente triste. Poco a poco fue haciendo suya la

risa y se sintió mejor, como si lo hubiesen liberado de una pesada carga. Ya no le parecía tan traumático el haberse enamorado de su propia hermana, ni el haber mantenido relaciones sexuales con ella, ni siquiera haberla sodomizado. El incesto era un acto natural que se producía entre los animales, ¿por qué entonces iba a ser malo entre personas, porque la Iglesia lo decía? De pronto, todas las convenciones que le habían inculcado desde niño, todas las normas morales, todas las leyes humanas dejaron de tener sentido e importancia. Lo único real era lo que él sentía, las únicas normas verdaderas las que dictaban su corazón y su propia lógica. Ya no tenía remordimientos por haber matado a su mujer. En primer lugar había sido un accidente. En segundo lugar ella se lo había ganado, lo había traicionado, delatando a L al vicario. Y este la había entregado a Midas para que la torturaran y la asesinaran. ¿Entonces no se merecía ella lo mismo? Probablemente. Más aún ahora que había descubierto que no era simple atracción lo que sentía hacia ella, era su hermana, su hermana mayor, y por eso se había enamorado perdidamente de ella, por eso, inconscientemente, le había permitido que lo manejara a su antojo. Y había merecido la pena. Gracias a ella había descubierto el mundo de mentiras en el que había vivido. Ella lo había liberado, lo había rescatado, tenía que estarle eternamente agradecido.

—¿Te sientes mejor?

—Sí. Al principio estaba mareado y triste, después, eufórico. Ahora, simplemente, me siento liberado, como si me hubiera quitado unas cadenas.

—Ese es el efecto de la W —explicó L—. Ayuda a apartar todos los prejuicios, todas las enseñanzas que te han inculcado desde niño. Abre tu mente a un nuevo mundo al que sería imposible acceder de otra manera. ¿Entiendes ahora por qué la Iglesia tenía tanto interés en destruir el pueblo?

—Creo que sí. —Elías acababa de experimentar el efecto en sí mismo. De repente, todos los dogmas, todas las enseñanzas religiosas le parecían una soberana tontería. ¿Cómo había podido asumir durante tanto tiempo el cuento de la existencia de un Dios todopoderoso, un Dios omnipotente que velaba por el bienestar de sus criaturas? ¿Cuándo velaba por ellas? La realidad era que durante toda su vida Elías nunca había percibido el más mínimo indicio de su existencia, de su intervención divina para contrarrestar el Mal. Algunos achacaban esto al libre albedrío, pero ¿qué sucedía entonces con los retrasados o los dementes? Había asesinos esquizofrénicos o paranoicos que no actuaban así por propia voluntad, sino como víctimas de su enfermedad. Otros que se habían vuelto psicópatas debido a la falta de afecto y a los traumas de su infancia. ¿No eran ellos mismos víctimas de la maldad que dominaba el mundo? No tenían libre albedrío, no se les había dado la oportunidad de elegir entre el Bien o el Mal, la decisión les había sido impuesta. Y si Dios era capaz de imponer esa maldad, desde luego no podía ser un Dios bondadoso. Y si no las imponía él, entonces es que no era todopoderoso. Luego Dios no podía existir, no al menos el Dios del que hablaban las religiones del libro.

—Esta droga es muy peligrosa, si se distribuyera a gran escala sería el fin de la

Iglesia y de muchas otras religiones tal y como las conocemos.

Entonces Elías recordó el día que era. Se acercó a la mesilla y cogió el mando para encender el enorme plasma estampado como un cuadro en una pared frente a la cama. L le miraba sin comprender. Cambió de canal, en muchos hablaban en un idioma que no comprendía, hasta llegar a uno donde las noticias internacionales, en inglés, ocupaban toda la programación. En seguida apareció la que a él le interesaba. El Papa, junto al Obispo de Cartagena, mostraba en el altar mayor del Santuario la milagrosamente hallada Cruz de Caravaca. Tras casi cien años desaparecida, la visita papal había obrado el milagro. Su padre podía estar contento.

—Al final lo han conseguido. —L se sentó en la cama—. Enhorabuena.

Se sintió decepcionado y triste al mismo tiempo por el papel que él mismo había desempeñado en aquel engaño. Apagó el televisor.

—Yo formaba parte de eso. Ahora me avergüenzo de solo pensarlo.

—No te preocupes. Hay otra cosa que buscan y no conseguirán.

—¿Qué? —Se interesó Elías.

—Acércate al armario y coge lo que hay encima, por favor.

Elías obedeció. Trajo un tubo de cartón que le entregó a ella.

—¿Recuerdas los cuadros? —L lo abrió y sacó un lienzo enrollado.

—Sí —Elías se acomodó a su lado. La ayudó a desplegarlo—. ¡El cuadro de Bacon! Lo guardabas aquí.

—Nadie contrató a aquellos pintores para hacerlos. —L se lo entregó para que lo examinara—. Todos ellos habían oído hablar de la W y se acercaron al pueblo para probarla. De una forma u otra esta droga les ayudó a abrir su mente, a innovar en el campo de la pintura, adquiriendo fama internacional. Cada uno de los cuadros fue un regalo que hicieron al pueblo en agradecimiento a la W.

—¿Me estás diciendo que esta droga dio origen a las Vanguardias?

—Bueno, eso sería mucho decir. De lo que no cabe duda es de que contribuyó a que se produjera un cambio radical en la forma de concebir el arte.

—Ese cambio se achaca a diversas causas políticas, científicas y filosóficas. Entre ellas la aparición de la fotografía, como tú misma dijiste.

—¿De verdad lo crees? —L sonrió, parecía disfrutar con estas conversaciones—. ¿De verdad crees que la aparición de la fotografía, en blanco y negro y con muy poca calidad, podía competir con el colorido, el tamaño, la luz o las perspectivas que se habían conseguido en los cuadros?

—No, supongo que no. En el momento en que se originaron las Vanguardias la fotografía aún estaba en pañales, no podía ser una amenaza para la pintura, ni siquiera hoy lo es. Son técnicas distintas.

—Las Vanguardias solo pudieron surgir a partir de un cambio de concepto en lo que a la pintura se refiere, en lo que se entiende como arte. Y un cambio así, producido simultáneamente en artistas de distintas disciplinas que no tenían nada que ver, debe tener una explicación. Es evidente que todos los artistas de las Vanguardias

no estuvieron en la bodega y no probaron la W. Sin embargo, es posible que esta creara una pequeña semilla que germinó con fuerza en aquellas mentes privilegiadas, dando lugar al nuevo concepto que se propagó después en los círculos en los que se movían, dando lugar también a nuevas corrientes filosóficas, psicológicas y científicas.

—Me parece muy pretencioso.

—Si piensas eso es que no has entendido nada. No estoy diciendo que la W les diera nuevas ideas, al contrario, esas ideas ya estaban ahí. Lo único que hizo la W fue abrir las puertas para que pudieran encontrarlas. ¿Entiendes? La mente es infinita, como el mundo. Sin embargo, nos han enseñado a vivir en un pequeño corral cercado por las convenciones y las normas de la sociedad. La W derriba las vallas y te permite campar a tus anchas por el prado, por el monte entero.

—¿Midas también probó la droga?

—Sí. Y está desesperado por volver a tomarla. Piensa que le ayudará a innovar de nuevo, pero se equivoca. La W ya destruyó las barreras en su mente. Su problema es que ya ha agotado todo su potencial, su monte está vacío. Por muchas puertas que abra no hay nada que encontrar.

Elías no se terminaba de creer toda aquella historia. Sin embargo, él mismo acababa de experimentar los efectos de la droga. ¿Y si era verdad?

—Desde luego parece mucha casualidad que tantos artistas importantes accedieran a ilustrar las botellas de una pequeña bodega si no hay un buen motivo detrás —concedió.

—Aquellos artistas iniciaron una línea que se alejaba de lo mundano para acercarse a lo ideal —continuó L—, abrieron un camino que se dirigía directamente a la perfección artística. Se abandonó la representación de objetos e imágenes reales, alejándose de lo percibido a través de los sentidos, para centrarse únicamente en los sentimientos.

Elías se sorprendió al descubrir que aquella frase venía cargada de una verdad indiscutible. Unas horas antes habría sido incapaz de entenderla, sin embargo, ahora lo veía tan claro como si lo hubiera pensado él mismo, lo veía, aunque no con sus ojos.

—El verdadero arte no va dirigido a estimular los sentidos, sino los sentimientos —respondió, asintiendo con la cabeza.

L se puso en pie, cogió el cuadro y lo extendió sobre la cama para poder examinarlo.

—Este cuadro no es estéticamente bonito, no cuenta una anécdota ni una historia, su único objetivo es despertar sentimientos de temor, rabia o simple rechazo al observar la imagen del obispo.

—Estoy de acuerdo.

—Sin embargo, este cuadro para mí es un primer paso en la evolución del arte, no llega a ser arte de verdad.

—¿Y qué es para ti el verdadero arte?

L se agachó y cogió el cinturón del pantalón de él. Se puso en pie sujetándolo por la punta opuesta a la hebilla. Miró a Elías a los ojos, se giró hacia el cuadro que aún descansaba sobre la cama y lanzó la correa sobre él con todas sus fuerzas, como si de un látigo se tratara. La hebilla se clavó en el centro del cuadro, abriendo un buen agujero sobre la botella de vino.

—¿Qué haces? —Elías no se podía creer lo que acababa de ver—. ¿Te has vuelto loca? Es una obra de arte.

—Para mí no lo es. —L volvió a descargar el cinturón una y otra vez. Elías contemplaba la escena sin poder reaccionar, incrédulo ante los estímulos de sus propios ojos. Ella se detuvo cuando el cuadro estuvo completamente destrozado, hecho jirones, irreconocible—. Ahora sí es una verdadera obra de arte.

—¿De qué estás hablando? —Elías pensó que le estaba tomando el pelo.

—¿No te ha hecho sentir rabia, no has tenido el impulso de saltar sobre mí y abofetearme?

—Pues sí, la verdad. Ese cuadro podía valer millones de euros.

—El arte no debería valorarse por lo que alguien está dispuesto a pagar por él, sino por lo que es capaz de transmitir, por lo que es capaz de hacerte sentir. En mi opinión, la perfección se ha alcanzado hace relativamente poco, con el arte conceptual.

Aunque el arte moderno, arte conceptual incluido, nunca había sido su favorito, de repente Elías entendía lo que ella quería decir y estaba completamente de acuerdo. Ninguna obra de arte que hubiera contemplado antes le había hecho vivir una escena con tanta intensidad como la que acababa de presenciar. Había sido impactante, inverosímil e inquietante ver a una persona destrozarse un cuadro tan valioso. El arte conceptual no era crear una obra y ponerla en un museo para que cualquiera pudiera verla. El arte conceptual consistía en realizar una intervención o *performance* para transmitir una idea. L había transmitido muy bien la suya: el arte material no tiene valor y para demostrarlo había destrozado el cuadro de Bacon. En el arte conceptual lo único importante era la idea y la obra no era más que una puesta en escena cuyo objetivo debía ser el de crear el mayor impacto posible para que la idea llegara a un número importante de personas y no se quedara en una mera anécdota. Elías recordó el cuadro *El Origen del Mundo*, que representaba un detalle frontal del coño de una mujer. Este había sido un auténtico escándalo en su momento, sin embargo, hoy en día se encontraba en el Museo de Orsay como una obra más, habiendo perdido ya el impacto que le había dado la fama mundial. Recordó la *performance* llevada a cabo por una artista que entró en el museo, se desnudó y se tumbó en el suelo con las piernas abiertas, mostrando su sexo tal y como lo hacía el cuadro. La gente se ruborizó de inmediato al verla, llamaron a seguridad y los guardias la sacaron a rastras y llamaron a la policía abochornados por el escándalo, como si fuera una delincuente. Las críticas habían sido muy duras por esta acción. La mayor parte de la

gente no había entendido el verdadero objetivo de la intervención, que no era otro que el de recuperar la provocación que el cuadro original había perdido hacía ya mucho tiempo. La *performance* de la artista le había devuelto la vida al cuadro, había despertado su verdadera esencia, muerta hacía años entre las paredes de aquel museo.

—Supongo que tienes razón —confirmó Elías—. He de rendirme ante las evidencias. Ninguna obra me había removido las entrañas como lo has hecho tú ahora. Podría aceptar que el arte conceptual es el arte en estado puro.

—Me alegro de que estés de acuerdo. Ahora necesito que consigas pruebas que relacionen al obispo, nuestro padre, con Midas.

—¿Para qué?

—Voy a realizar mi propia *performance*. Y te aseguro que no dejaré a nadie indiferente.

0. EL LOCO



Después de volver a embadurnar de aloe todo el cuerpo de L, utilizando sus manos y otras partes menos dignas de su cuerpo, Elías se duchó pero no se afeitó. Ella le había dicho que le quedaba bien la barba de días y creía que tenía razón. Las circunstancias requerían un cambio de aspecto. En el armario de Holger encontró unas camisetas de manga corta y unos pantalones vaqueros limpios. Por suerte aquel sueco o noruego era alto y corpulento como él. Sin embargo, no pudo encontrar nada de abrigo, era evidente que el frío español no suponía ninguna amenaza para una piel curtida en los países nórdicos. Así que limpió su gabardina con agua y gel de baño y dejó que se secara colgada en una percha. Encendió el móvil. Varias llamadas perdidas entraron: de su hermana, de su madre, de la oficina, de su tío y algunos números que no conocía. Hizo caso omiso y se dirigió al dormitorio. Revisó en el buzón de voz las llamadas del micrófono espía que tenía instalado en el despacho de Midas. Escuchó una conversación que el mafioso mantenía con uno de sus hombres.

—Hemos hecho pruebas con diversos ácidos y hemos destilado varias sustancias a partir del vino de Jumilla, pero creo que no es exactamente lo que tú esperas. Lo más que hemos conseguido son efectos de euforia y alucinógenos. También de desinhibición, aunque siempre va asociada a una pérdida de las facultades conscientes. Es imposible conseguir la desinhibición sin afectar a la consciencia.

—No me digas que es imposible, paleta de mierda. Yo lo he probado en mis propias carnes.

—Bueno, pues va a ser imposible... —hizo una pausa para rectificar— quiero decir, muy difícil, sin la fórmula.

—Todos mis hombres están buscando a la zorra. Mientras tanto ni se os ocurra dejar de trabajar. Esta noche me pasaré por el laboratorio para ver cómo van las cosas.

—De acuerdo, jefe.

Sobre las ocho de la tarde el Mercedes en el que había instalado el localizador de GPS se puso en marcha. Elías se montó en su BMW y se dirigió a Murcia. No había trazado un plan pero confió en su intuición, en que sabría qué hacer llegado el momento. El tiempo se les agotaba porque había mucha gente buscándoles. Observó en la pantalla cómo el Mercedes atravesaba los pocos campos que quedaban de la huerta murciana para detenerse en una finca. Tardó poco más de media hora en llegar allí. Era un terreno bastante grande, rodeado por un muro de piedra que remataba un alambre de espino. A través de la puerta enrejada Elías pudo ver que dentro había un chalet rodeado por un amplio jardín en el que descansaban diversos contenedores del

puerto, de los que usan los cargueros para transportar mercancías.

Sacó del bolsillo dos tubos de W que le había entregado L junto a una historia, una leyenda oriental, según la cual el dios Baco, siendo aún joven, se detuvo en una campiña en la que observó una ramita que sobresalía de la tierra. Por alguna razón le llamó la atención y la arrancó para llevársela. Sin embargo, hacía muchísimo calor y temiendo que se secase buscó algo para protegerla. Encontró un hueso de ave y la metió dentro. El tallo comenzó a crecer y salió por los extremos de su escondrijo, volviendo a quedar expuesto al sol impetuoso. Por suerte se tropezó con un hueso de león que utilizó para volver a cubrirlo. Pero la rama continuó creciendo hasta convertirse en una planta que volvía a sobresalir, así que volvió a recoger un hueso más grande, esta vez de asno, y metió dentro el hueso de león que contenía el de ave y la planta a su vez. Cuando llegó a su destino intentó sacarla de los huesos, pero sus raíces habían crecido tanto que se habían fusionado, haciendo imposible extraerla sin romperla. Así que Baco se vio obligado a plantarla tal cual estaba y gracias a su intuición divina supo lo que tenía que hacer. Cuando aparecieron los racimos de uvas blancas, los vendimió, los aplastó bajo sus poderosos pies y los dejó fermentar hasta obtener un néctar similar al que tomaban los dioses del Olimpo. Después enseñó la técnica a los hombres y se sorprendió mucho al descubrir los efectos que el vino tenía en ellos. Si bebían con moderación se ponían alegres como pájaros y comenzaban a cantar y bailar. Con una dosis mayor se volvían fuertes como leones. Sin embargo, si seguían bebiendo, al final perdían el juicio y se comportaban como asnos.

Dos dosis es lo que necesitas ahora, le explicó L. Te dará la fuerza y los reflejos de un león.

Elías destapó los dos tubos y se los bebió de un trago. Sus músculos se tensaron y se mantuvo a la espera, dispuesto a actuar. Abrió la caja de los fusibles, quitó el del airbag y se puso el cinturón. Después arrancó el coche, aceleró y lo estrelló contra la reja metálica a toda velocidad. El golpe fue tremendo, el morro se chafó y el parabrisas se resquebrajó, pero se llevó la puerta por delante, arrancándola de sus goznes y arrastrándola hasta la mitad del jardín, donde se detuvo. Observó por la ventanilla que dos tipos uniformados de negro se dirigían rápidamente hacia él, así que giró el volante hacia la derecha, metió la marcha atrás y le pisó a fondo para librarse de la pesada puerta que aún descansaba sobre el capó. Intentó arrollar a los dos matones que se acercaban, pero saltaron a un lado y comenzaron a disparar. Se estrelló contra la casa y quitó el parabrisas de una patada. Derribó a los dos tipos con sendos disparos y abandonó el coche en dirección a la casa. Otro matón saltó sobre él nada más entrar, Elías le asestó un puñetazo que le aplastó la cabeza contra la pared. Él mismo se sorprendió de su fuerza al ver cómo le salían los sesos por las orejas. Una ametralladora comenzó a dispararle. Rodó por el suelo y se escondió en la entrada de una habitación amueblada con un par de camas desnudas, compuestas tan solo por somier y colchón. Saltó contra la pared y la atravesó haciendo un gran agujero a través del ladrillo. Hizo lo mismo con la siguiente y la siguiente, hasta que

llegó a un pasillo donde los dos tipos que empuñaban las ametralladoras se quedaron mirándolo atónitos. Les metió un tiro en la cabeza a cada uno y se hizo con una de las armas. Continuó caminando por el pasillo hasta alcanzar una habitación bastante grande que parecía un laboratorio. Había cinco o seis personas acurrucadas, ataviadas con batas blancas. Elías les hizo un gesto con la cabeza para que se marcharan de allí y salieron todos corriendo. Entonces vio a Midas, que le apuntaba con una pistola desde un rincón. Saltó a un lado justo en el momento en que apretaba el gatillo. Una chica con la bata blanca se desplomó en el suelo, con un tiro en la espalda. Elías cogió un frasco de cristal que ponía *Ácido Sulfúrico* y lo lanzó contra la pared, justo encima de donde se había escondido Midas. En seguida escuchó los gritos del mafioso que se puso en pie de un salto para quitarse la ropa. Elías lo encañonó con la ametralladora y esperó a que se detuviera, con el torso desnudo.

—Necesito pruebas de tus relaciones con la Iglesia, con el obispo.

—Tú eres su protegido. ¿Por qué haces esto?

—Hago lo que creo que es justo.

—La zorra te ha comido la cabeza. Está jugando contigo. La has cagado. Cuando todo haya terminado te dejaré tirado como la mierda que eres.

—Eso es cosa mía. Tu problema ahora es mantenerme contento dándome esas bonitas pruebas.

—¿Y si me niego?

Elías dejó la ametralladora sobre la mesa y se acercó a él. Midas levantó los puños dispuesto a enfrentarse en combate y cuando estuvo lo suficientemente cerca le lanzó un derechazo a la cara. Elías retrocedió un paso que le sirvió para tomar impulso y responder con un puñetazo que le acertó en el hombro izquierdo. Los huesos crujieron y el brazo quedó colgando sobre su costado, sin poder moverlo. Midas retrocedió, gritando de dolor, con lágrimas en los ojos, soltando baba por la boca. Entonces, cogió un *cutter* de una de las mesas y saltó sobre él. Elías lo esquivó sin dificultad gracias a su entrenamiento en esgrima. Midas volvió a intentar rajarlo, pero él era mucho más rápido. Jugó un rato, Midas tambaleándose, con la mirada perdida a ratos por el dolor. Le lanzó otra estocada al cuello y esta vez Elías le sujetó el brazo, le arrebató el *cutter* y le cortó el bíceps de lado a lado. Midas cayó al suelo sangrando, gritando como un poseso. Elías cogió un rollo de cinta americana y le hizo un torniquete en el brazo para que no se desangrara. Después le ató ambos brazos a las patas de la mesa y por último la cabeza, inmovilizándolo por completo de cintura para arriba.

—¿Qué vas a hacer?

—Espera y verás, no sea que te arrepientas de ser tan impaciente.

Elías cogió una botella de ácido sulfúrico y la echó dentro de un embudo de decantación. Lo colocó en un soporte sobre la cabeza de Midas y abrió un poco la llave para que comenzaran a caer las gotas lentamente. La primera se desplomó más o menos sobre el centro de su cabeza y se deslizó hacia la derecha, arrasando todo el

pelo que encontraba a su paso, con un desagradable olor a piel quemada. Midas comenzó a gritar y a mover la cabeza y los brazos, intentando soltarse, pero las patas de la mesa estaban ancladas al suelo. A los dos segundos más o menos, cayó la siguiente gota, que se fue hacia la frente y le bajó por toda la mejilla muy cerca del ojo, dejando la piel enrojecida y cuarteada a su paso. Midas continuó gritando, mientras Elías esperaba con calma, observándolo impasible.

—¡Está bien! —Gritó al fin—. ¡Suéltame! ¡Te daré lo que quieres!

—Dámelo y después te soltaré.

Otra gota y otro grito. Agitó la cabeza para sacudírsela, pero apenas podía moverla. Lo único que consiguió fue que bajara más rápida, arrasando todo el pelo hasta su oreja izquierda.

—¡Hay una caja fuerte en el contenedor que hay junto a la entrada!

—¿En un contenedor?

—¡Aaaahhhh! —Las gotas de ácido estaban acabando con todo su pelo y la piel de su cabeza. Algunas le habían quemado ya parte de una ceja, en cualquier momento le entraría una en el ojo—. Es mucho más seguro que una casa.

—¿Y las llaves?

—¡En la guantera de mi coche!

—¿Y las de tu coche?

—¡En mi bolsillo! —A Midas se le saltaban las lágrimas del dolor—. ¡Ahora suéltame de una puta vez!

Elías se agachó y sacó las llaves del coche de su pantalón. Midas le intentó pegar una patada, pero él le sujetó la pierna.

—¿Cuál es la combinación de la caja fuerte?

—¡Suéltame! ¡Suéltame y te lo diré!

Elías se apoyó en la pared observándolo con media sonrisa en la cara.

—Tómame tu tiempo, yo no tengo prisa.

La siguiente gota volvió a hacer el recorrido hasta la ceja y como ya no había pelo continuó descendiendo y entró en su ojo. Midas comenzó a gritar y pegar patadas como si estuviera poseído, se zarandeó con tanta fuerza que consiguió liberar la cabeza de la cinta americana y con el violento forcejeo se golpeó contra la pata de la mesa y perdió el sentido. Elías cerró el gotero de ácido, se agachó, volvió a sujetarle la cabeza y el cuello con la cinta y le echó un vaso de agua en la cara para espabilarlo. Midas se despertó casi sin fuerzas, abriendo a duras penas el único ojo que le quedaba.

—La combinación de la caja fuerte —repitió. Midas no contestó, así que se acercó a él para abrir el gotero de ácido.

—¡Espera! —Gritó Midas y recitó los números con dificultad—. Ahora suéltame.

—Primero tengo que comprobar que en esa caja haya algo que me interese.

Elías se acercó a él y alargó la mano hacia el gotero.

—¿Qué vas a hacer?

—Alguien que tortura para conseguir lo que quiere debería estar preparado para que hagan lo mismo con él, ¿no crees?

Abrió de nuevo el gotero, esta vez al doble de velocidad que antes. Midas comenzó a gritar de nuevo como un poseso. Elías lo observó durante unos segundos, como un auténtico psicópata.

—Das vergüenza ajena. Un tipo tan duro y gritando como una mujer. Supongo que sabrás que L no suplicó, no gritó ni una sola vez.

Salió por la puerta, dejando tras de sí los gritos, los gemidos y los sollozos. Abrió el coche, sacó las llaves de la guantera y abrió el candado del contenedor de barcos. Dentro había estanterías, libros y, al fondo, una caja fuerte. Usó la combinación que le había dado Midas y se abrió sin problemas. Dentro encontró fotos y contratos privados que relacionaban al obispo, a banqueros importantes de la ciudad e incluso a políticos con sus asuntos ilegales. También había varias tarjetas de memoria y lápices USB. Se lo llevó todo.

Cuando se subió a su coche para abandonar la finca, los gritos de Midas aún retumbaban en el interior de la casa.

Elías regresó a mediodía a casa de Holger con cara de cansado, tras una mañana de preparativos.

—Has tardado mucho —L estaba haciendo yoga. Se levantó y se dirigió a la cocina. Se había vestido con unos vaqueros y un jersey negro de cuello vuelto que Elías no sabía de dónde había sacado.

—No ha sido fácil, está toda Murcia patas arriba: calles cortadas, coches de policía, ambulancias... un infierno. Por suerte tengo un pase especial del obispado —le ofreció una sonrisa que murió enseguida en sus labios.

El día anterior había comprado todo el material, siguiendo las indicaciones de L. Delia le dejó su coche, ya que el suyo no se encontraba presentable después del encuentro con Midas. Su hermana intentó chantajearlo para que le contara lo que pasaba, pero Elías, por primera vez en su vida, se mantuvo impasible ante ella.

—¿Lo has organizado todo?

—Sí. La gente del obispado me conoce, por suerte, mi tío... nuestro padre no les había puesto en guardia contra mí. Supongo que en el fondo aún espera que vuelva a su lado.

—¿Y has hablado con él?

—Sí, ha aceptado entrevistarse contigo.

—¿Le has dicho que quiero que el Papa esté presente?

—Al principio ha puesto algunas excusas, pero ha aceptado. No habrá problema, por lo que he entendido el Papa es el que más interés tiene en verte.

—Genial. Ahora me toca a mí actuar. —L se agachó para abrir el horno, donde había una bandeja llena de sal—. Las doradas estarán listas en un par de minutos.

—¿Me vas a contar tu plan? Porque si es lo que estoy pensando creo que te has vuelto loca.

Ella se puso en pie.

—Supongo que nunca he estado demasiado cuerda.

—Lo mejor es que vayamos a la policía.

—¿Y qué vamos a conseguir con eso? —Cogió una copa de vino y le entregó otra a él—. ¿Es que aún no has entendido que todo el poder está relacionado? El poder religioso, el poder político, el poder económico, todos están unidos con un único fin: dominar al pueblo, someterlo para que trabaje para ellos. Seguimos siendo esclavos. A cambio, si te portas bien, te dejan elegir el destino de tus vacaciones o el colegio de tus hijos. Lo único que les importa es que trabajemos y paguemos impuestos. Vivimos en una Edad Media moderna. Los políticos son los actuales reyes y los grandes empresarios los señores feudales.

—¿Y con un asesinato vas a arreglar el mundo? Como mucho conseguirás que te

maten o pudrirte en la cárcel.

—Tenemos la oportunidad de dar un buen golpe a uno de los grandes poderes que someten al pueblo y no la voy a desaprovechar, esta vez no.

—Asesinar al Papa es un magnicidio. Eso no quedará impune y además no servirá de nada. Pondrán a otro en su lugar y todo seguirá igual. Peor, porque tú estarás en la cárcel.

—Quizás me equivoque y no sirva de nada. Sin embargo, me siento moralmente obligada a intentarlo.

—Ninguna moral aceptaría el asesinato como un medio para conseguir sus objetivos.

—La mía sí.

—Ninguna moral verdadera.

—¿Y cuál es la verdadera moral, la cristiana? Religiones y gobiernos promulgan el amor por una cara mientras por la otra utilizan la guerra y el sufrimiento para conseguir sus fines. ¿Cómo justificas la Santa Inquisición, las cruzadas, el terrorismo islámico o la invasión de países más débiles por otros poderosos? Yo tengo mi propia moral, forjada por mi propia experiencia. Y pienso firmemente que Maquiavelo tenía razón, el fin justifica los medios. La libertad no se consigue con diálogo y buenas palabras, ¿es que no lo entiendes? El opresor nunca cederá *motu proprio*. Es el oprimido el que tiene que revelarse, el que tiene que luchar y matar para exigir sus derechos. Nos han vendido la ilusión de que las leyes morales y civiles son necesarias para la convivencia, pero no es cierto. Su único objetivo es proteger a los poderosos. El robo y el asesinato son buenos si se roba a los ricos para dar a los pobres o se mata al opresor para liberar al pueblo.

Elías pensó en el cuadro de Judith y en el relato de la Biblia.

—Yo... —Se acercó a ella y la abrazó—. No quiero perderte. —Permanecieron en silencio, inmóviles, durante un buen rato. Al poco, Elías continuó—. El obispo me ha dicho que han recuperado otro cuadro de tu pueblo, el de una pareja relacionada con el fuego.

—Festo y Gaya. —La cara de L cambió, parecía afectada—. ¿Están muertos?

—Me temo que sí. Dijo que eres la última que queda, que contigo se cerrará el círculo y la droga desaparecerá para siempre.

—Perfecto —L se recompuso.

—¿Es que no lo entiendes? —Elías estaba a punto de llorar—. Si vas allí no saldrás con vida, quieren verte muerta. Tú misma lo dijiste, esa droga es demasiado peligrosa para la Iglesia. No te dejarán escapar, déjame acompañarte.

—Ya sabes que no puedes, tienes que seguir el plan.

—Un plan descabellado que no servirá de nada —Elías giró la cabeza.

Ella se acercó y le obligó a mirarla.

—Por favor, Elías, prométeme que seguirás el plan. —Él observó sus preciosos ojos verdes. Al fin asintió y volvió a abrazarla.

—Y tú prométeme que volverás a mi lado.
L le besó en la boca, pero no contestó.

V. EL PAPA



El taxi la dejó en la Gran Vía.

—Lo siento, señora, pero no podemos arrimarnos más, por las medidas de seguridad con lo del Papa, ya sabe. Mañana se va y todo volverá a su orden.

L pagó al hombre y bajó del taxi con una carpeta bajo el brazo. En diez minutos alcanzó la plaza del Cardenal Belluga. Pasó por delante de la Catedral de Murcia y reparó en la cadena que rodeaba la capilla de los Vélez. Era famosa porque estaba tallada en piedra y según la leyenda en un único bloque, pues nadie había podido adivinar cuál era el eslabón de cierre que marcaba su principio y su final. Además, aunque se desconocía el nombre del autor, el rumor popular aseguraba que cuando concluyó la obra le sacaron los ojos para que no pudiera repetirla en ninguna otra parte. Para L simplemente representaba la sumisión de las personas, la esclavitud a los estamentos de poder a través de las leyes, el dinero y la religión. Quizás ahora ella fuera capaz de romper un eslabón de una de esas tres cadenas, quizás fuera el primer paso para que el pueblo se rebelara y se despojara por sí mismo de las otras dos. Esta idea le insufló cierto optimismo.

Había policías uniformados por todas partes, intuía a algunos de paisano. Aquello no la intimidó. Se detuvo enfrente del palacio episcopal, un edificio rococó del siglo XVIII de color asalmonado, salpicado de escudos y ventanas de marcos azules aguamarina. Hacía frío y ella solo llevaba un jersey fino y vaqueros. Cuando lo planeó todo no calculó que en Murcia pudiera haber casi diez grados menos que en Cartagena. Un hombre de complexión fuerte se acercó a ella antes de que alcanzara la puerta.

—Disculpe, señora —la saludó fríamente—, no puede estar aquí.

—Me están esperando —señaló con el índice la entrada del obispado.

El hombre la miró incrédulo. Se apartó un poco e hizo la consulta a través de un pinganillo. Se acercó de nuevo.

—¿Su nombre?

—L.

Su rostro seguía mostrando desconfianza, debía de ser bueno en su trabajo, pensó ella.

—Sígame.

Se acercaron a la entrada que se abrió desde dentro. L cruzó la puerta que él cerró a su espalda. Habían instalado un arco de seguridad, custodiado por dos gorilas. Se tomaban muchas molestias para proteger a alguien que hablaba a diario con Dios y que se uniría directamente a su Gloria. Atravesó el arco sin que se produjera ningún pitido. El hombre se quedó en ese punto y otro, vestido con traje negro y alzacuello,

se convirtió en su nuevo anfitrión.

—Señorita, acompáñeme por favor.

Lo siguió a través del claustro, frente a la majestuosa escalera que daba acceso a la primera planta. Atravesaron otra puerta más pequeña y descendieron por un pasadizo estrecho hasta el sótano. Ya le había advertido Elías que lo más probable era que la reunión se produjera allí, en lo que el obispo había convertido en su museo privado. Recorrieron un largo pasillo decorado con cuadros religiosos de artistas muy importantes. Entre ellos descubrió algunos de Murillo, Caravaggio, Goya o Rembrandt. Al fin, el cura se detuvo ante una puerta y le pidió que entrara. La sala resultaba sobria en contraste con lo anterior. Sintió un helor que le llegaba hasta los huesos y estuvo a punto de correr y huir de allí. Entonces pensó en todos los muertos e injusticias que se habían cometido en nombre de la Iglesia y encontró de nuevo la fuerza que necesitaba.

En el centro de la estancia varias mesas largas exponían diferentes objetos de oro, plata y piedras preciosas. Al fondo se encontraba el obispo sentado en una silla que parecía un trono. A su lado se situaba un sacerdote joven y fuerte con mirada ausente. El que la había acompañado a ella también se quedó custodiando la puerta. A pesar de la distancia que los separaba, L pudo aspirar el aroma agrio del obispo.

—La hija pródiga ha vuelto a casa.

—Y el padre misericordioso la espera con los brazos abiertos.

—Siempre y cuando te hayas arrepentido de todos tus pecados.

—Creo que te has equivocado de parábola. No fui yo quien se marchó de casa, papá.

—Alvarez de ojos, orgullo de corazón y pensamiento impío. No, no estás arrepentida, eres la representación viviente del pecado.

—¿Tú hablas de pecado, tú que vives en la opulencia, entre lujos y riquezas?

—Si desnudo se nace, desnudo se renace. Jesús dejó muy claro que todos entraremos sin nada en el Reino de los Cielos. Sin embargo, también dijo que todos los bienes materiales son regalos de Dios Padre. Nuestra obligación es usarlos con rectitud y moderación, pues nos deben servir para llevar una vida digna y ayudar a los necesitados —su voz ofrecía un soniquete evidentemente elaborado y perfeccionado a través de sus homilías dominicales.

—En eso tienes razón. Lo que Jesús recrimina no es la riqueza en sí, sino el apego a ella. En tu caso es evidente que la riqueza no es un medio para ayudar a nadie, excepto a ti mismo.

—Te equivocas, hija mía, la Iglesia necesita riqueza para llegar a todos los confines del planeta, para ayudar a aquellos que lo necesitan por lejos que se encuentren, para poderles llevar la palabra de Cristo y hacerles entenderla.

—Jesús dijo: *No podéis servir a Dios y a Mamón*. Y esa es la única verdad, aquel que se somete al yugo de las posesiones materiales se olvida de la palabra de Dios. Jesús lo dejó bien claro: *Más fácil es que pase un camello por el ojo de una*

aguja, que un rico entre en el Reino de los Cielos.

—Todo son interpretaciones. La Iglesia necesita riqueza no solo para ayudar al necesitado, sino también para combatir el Mal. ¿Crees que sin dinero habría conseguido reunir esta colección de Arte Degenerado? —Señaló el montón de tubos de cartón que se arrumbaban en el rincón de su derecha—. Estos cuadros son un escándalo, dieron origen a algo que se hace llamar arte, pero que no lo es en absoluto. Deben ser destruidos, al menos custodiados por alguien capaz de mantener su mente alejada del vicio y la corrupción. Es nuestra obligación velar por el bienestar del pueblo. —Se recostó en su trono con hastío—. Pero basta ya de disertaciones. ¿Has traído el cuadro? —Su voz dejó a un lado la melodía almibarada para tornarse dura.

—Por supuesto. Pero dejé bien claro que solo se lo entregaría al Papa en persona.

—Llegas tarde. Su Santidad está preparándose para la misa que tiene que officiar en breve. —Ella dio un paso atrás, como si quisiera marcharse, y él continuó—. No te preocupes, de todas formas vendrá, te lo aseguro. Tiene un interés especial en conocerte —percibió la malicia en su voz—. Yo también lo tenía. Quería ponerle cara al gran error de mi vida.

—En eso estoy de acuerdo. Es un gran error que alguien como tú se dedique a procrear.

—Aún me pregunto cómo pudiste sobrevivir al suicidio de tu madre.

—Seguramente gracias a la intervención del diablo.

—Me alegra que al menos lo reconozcas.

—¿Es ella?

El silencio se hizo en la sala y L se volvió hacia la voz grave que provenía de la puerta. El Papa estaba allí, de pie, con la solemnidad que le daban sus ropajes y su gesto. Tendría más de ochenta años y a pesar de estar muy gordo se movía con una seguridad y una firmeza impropia de su edad. Avanzó haciendo repicar los tacones sobre el suelo. L sintió más frío, el final estaba cerca y aún quedaban muchos cabos sueltos a los que el azar daría respuesta.

—¿Has traído el cuadro? —Volvió a preguntar el obispo. El Papa se había detenido junto a uno de los guardaespaldas y se limitaba a observarla.

—He traído el cuadro, por supuesto. —L sacó una pequeña bolsa de plástico y la vació en el suelo. Cayó el lienzo hecho pedazos.

—¿Nos quieres hacer creer que lo has roto? —El obispo le ofreció media sonrisa que mostraba su incredulidad—. No me lo creo.

—Al contrario que vosotros, yo no siento ningún apego por las cosas. El cuadro en sí no tiene ningún valor para mí, lo único valioso es lo que representa y eso perdurará para siempre. Esos cuadros propiciaron una nueva forma de arte y eso no lo podréis cambiar jamás.

Hizo un gesto al guardaespaldas que tenía a su lado para que se acercara y le entregara los restos del cuadro. Los examinó con rabia.

—Estás loca.

—¿No queríais destruir el Arte Degenerado? He hecho el trabajo por vosotros.

Debía tensar lo máximo posible la situación. Las manos le sudaban, estaba muy cerca.

—Tenías razón —el Papa intervino con una sonrisa en la cara. Su rostro redondo y su tono amable le conferían aspecto de bonachón—. Es un diablo, un monstruo, una bruja salida de los infiernos —exclamó con ironía y complacencia.

—Siento que al final no podáis tener la colección completa, padre. —El obispo dejó los retazos del cuadro en el suelo—. Sé que para ti suponía la culminación de una venganza. Sí, necesitabas aplacar tu rabia y tu dolor por la despedida que te hicieron en mi pueblo. Supongo que aún te acordarás de nosotros cada vez que vayas a cagar. —El obispo apretó los puños y la miró con odio. Era evidente que no le hacía ninguna gracia que ella conociera esa historia. L se dirigió al Papa—. Imagino que lo tendríais todo perfectamente organizado. Los cuadros preparados en sus embalajes, un avión privado rumbo al Vaticano, sin cortapisas, sin aduanas, ¿quién iba a pensar en el Papa como el mayor traficante de arte del mundo?

—El Arte Degenerado debe estar a buen recaudo. —El Papa hablaba con alegría, parecía que no le afectaba nada de lo que pudiera hacer o decir—. Solo aquellos de espíritu elevado pueden tener acceso a él, para transmitir al resto el conocimiento de lo que no se debe hacer.

—¿Espíritus elevados? —Preguntó L con ironía—. ¿Dónde? —Dio un paso hacia él, pero el sacerdote joven se adelantó con aspecto amenazante y ella retrocedió—. El concepto de Arte Degenerado lo crearon los nazis, supongo que al menos no negáis que tenéis mucho en común con ellos.

—Dejemos de divagar y vayamos al grano. —Intervino el obispo—. ¿Dónde están esas supuestas pruebas que me implican en asuntos, digamos, incómodos aunque necesarios para mi trabajo?

—Las tengo aquí —respondió ella.

—Enséñamelas.

—Claro —L se acercó y bajo la atenta mirada del sacerdote guardaespaldas le entregó papeles y fotos. Él la sujetó por la muñeca y se quedó mirándola fijamente a los ojos.

—Es increíble, el diablo es capaz de tentar con un talento arrollador.

—Mis rasgos fueron dibujados por el pincel que tú tienes entre las piernas —L se soltó de su garra y retrocedió unos pasos. El obispo comenzó a hojear las pruebas sin mucho interés.

—¿Has hecho copia de este material?

—Por supuesto.

—¿Y qué quieres? —Levantó la mirada.

—Que dimitas de tu puesto y confieses públicamente todos tus delitos.

—Sabes que no voy a hacerlo.

—Entonces enviaré esa información a todos los medios.

—Eso será si sales de aquí.

—La información tiene patas. Si yo no salgo de aquí irá corriendo ella solita hasta su destino.

—¿De verdad crees que Elías me traicionará hasta ese punto? Es evidente que se ha enchochado contigo, pero volverá al redil en cuanto hayas desaparecido.

—Yo no he dicho que sea Elías y si lo fuera dudo mucho que quiera volver al mundo terrenal después de probar el néctar de los dioses —intentó mantener la calma, todo dependía de ello—. Por cierto, se nota que es mi hermano; folla de puta madre.

—¡Calla, malnacida! —El obispo intentó mantener la calma mientras el Papa se echaba a reír—. De todas formas, las opciones que tengo son dejarte marchar y que envíes estos documentos a los medios o no dejarte marchar y correr el riesgo de que alguien los envíe por ti. —Hizo el gesto de pensar—. Creo que correré el riesgo. Además, estoy seguro de que podré persuadirte para que me cuentes dónde se encuentran esas copias.

Miró a los sacerdotes guardaespaldas y los dos se abalanzaron sobre L. Ella no opuso resistencia.

—Haces bien en no hablar —el Papa le susurró al oído y le guiñó un ojo. L lo observó con curiosidad, sin saber cómo tomarse aquellas palabras—. Hagas lo que hagas y digas lo que digas, no saldrás de aquí con vida.

La sujetaron por los brazos, le pusieron unas esposas y la condujeron a otra habitación, cuya puerta abrió con llave el obispo. Comenzó a tiritar de miedo.

La nueva sala era más pequeña y estaba bastante sucia. Lo primero que le llamó la atención fue un cuadro de Goya, *El Aquelarre*, colgado en una de las paredes principales. ¿Sería una réplica? Creía que el cuadro se encontraba en un museo de Madrid.

—A esta colección —señaló los elementos que se diseminaban por la estancia de suelo ajedrezado— también le tengo especial cariño. Aquí podrás encontrar la mayor parte de los instrumentos diseñados por nuestra queridísima Santa Inquisición.

Estaban clasificados en tres categorías, los destinados a la humillación pública, entre los que había máscaras de hierro con formas difamatorias, collares de pinchos, el Sambenito o barriles tremendamente pesados de los que solo se podía sacar la cabeza y los pies. El segundo grupo estaba destinado al interrogatorio, como la silla con púas, la Cuna de Judas (una pirámide puntiaguda sobre la que se sentaba a la víctima para desgarrarla por el ano o la vagina), el brasero, el gota a gota, la jaula para la rata que se ponía sobre el abdomen, y todo tipo de utensilios para aplastar, mutilar o destrozar cualquier parte del cuerpo, como la pera vaginal o el desgarrador de senos. Por último, se encontraban los destinados a la ejecución, como el garrote, la guillotina, embudos para reventar el estómago echando agua, sierras, horcas, cruces, ruedas para desencajar y arrancar los miembros o el Toro de Falaris, de metal y hueco, en el que se metía a los herejes y se los horneaba haciendo un fuego debajo.

—Claro, me olvidaba de que has perdido a tu perrito Midas y ahora te toca mancharte las manos —le desafió L, haciendo gala de una seguridad que no sentía—. Lo que me ha sorprendido es no ver por aquí a tu otro perrito.

—Si te refieres a Alfredo, ha preferido no estar presente —el obispo sonrió—. Digamos que es muy sensible y el procedimiento que vamos a aplicar le resulta desagradable.

—Debes agradecer a la gente de tu pueblo mi interés por este tipo de aperos. Cuando me recuperé de la despedida que me organizaron, después de un año de hospitales y cuatro operaciones, se despertó en mí una curiosidad irresistible hacia el sufrimiento, hacia el dolor físico. Necesitaba aprender más, conocer hasta qué punto el cuerpo es capaz de soportarlo. Así que comencé mi pequeña colección. Y hoy, por fin, me vas a hacer feliz. Hasta ahora nunca había tenido la oportunidad de ponerlos en funcionamiento. No te preocupes, empezaremos por algo sencillito. Creo que el potro suele ser muy efectivo.

La subieron encima de lo que parecía un banco de madera y le ataron manos y piernas. L comenzó a practicar la respiración abdominal, a relajarse, a intentar evadirse de la realidad que estaba a punto de convertirse en una pesadilla. En ese momento entró el Papa también en la sala y se sentó junto al obispo para no perder detalle.

—Hoy culminamos, al fin, una cruzada que se inició hace muchos años —el Papa sonreía con mezcla de ironía y añoranza—. Yo he probado la W. —L lo miró con curiosidad girando la cabeza entre sus brazos inmovilizados. Aquel hombre no dejaba de sorprenderla—. Había oído contar maravillas de un vino que se hacía en un pequeño pueblo perdido en los Pirineos, así que un día decidí acercarme para probarlo. La sangre de Cristo se puede materializar con muchos sabores distintos, pero hay algunos que se acercan más a las propiedades divinas del original. En aquel pueblo descubrí que lo más importante no era el vino, sino una sustancia que se derivaba de él y a la que todo el mundo elogiaba. Y para mi desgracia, la probé —hizo una breve pausa para tomar aire—. Yo me crié en una familia acomodada de Zaragoza. Quedé huérfano de padre con tan solo tres años y el mayor deseo de mi madre era que su único hijo consagrara su vida a Dios. Y así lo hice. Me convertí en un cura joven y activo. Recorría los barrios más pobres de la ciudad con el único objetivo de llevar alimentos y consuelo a aquellas familias que carecían de casi todo. No anhelaba más que la sonrisa de los niños cuando llenaban su estómago. Yo estaba convencido de que aquel era el camino correcto, el camino de nuestro Señor. Pero un día tomé aquel brebaje. Y me destrozó la vida. Tú nunca has tenido una crisis de fe, ni él tampoco —se giró hacia el obispo—. No sabéis cuánta suerte tenéis. Es como si un velo cayera y te dejara ver el truco del mago. Mi existencia se había basado en un sinsentido. Pasé un año deseando morir, la vida había perdido para mí toda su luz. No salía a la calle, no dejaba que nadie me viera, apenas comía. Odiaba a mi madre, que murió de pena al verme así. Entonces, cuando mi mejor opción pasaba por volarme la

cabeza, recordé las palabras de un niño, un discípulo que había acogido hacía unos años. —Miró al obispo con cariño—. *La gente dice que somos pobres, pero yo siempre contesto que no es cierto, pues no hay mayor pobreza que la de no conocer a Dios.* —Volvió a mirar a L—. Y esas palabras me enseñaron el verdadero camino.

Hizo un gesto al sacerdote joven para que comenzara a girar la rueda del potro. Se detuvo cuando las cuerdas estuvieron bien tensas.

—¿Dónde se encuentran las pruebas? —Intervino el obispo.

—¿Y cuál era el verdadero camino? —L se dirigió al Papa, haciendo caso omiso del obispo.

—La gente necesita creer en Dios. Por estúpida que sea la idea de un ser superior que nos ha creado y que vela por nosotros, esa idea es tranquilizadora, permite vivir sin sufrir, con la esperanza de ir al Paraíso después de la muerte. Gracias a ese niño comprendí que mi misión debía ser velar por la felicidad de la gente, transmitir la palabra de Cristo para que nadie sufriera lo que yo había sufrido al comprender que la muerte era el final de todo. Si no existía Dios, si no había un ser superior capaz de protegernos, entonces yo mismo ocuparía su lugar, yo velaría por mis semejantes. Y así me planteé mi nuevo objetivo, que pasaba, en primer lugar, por llegar a lo más alto de la cúpula de la Iglesia.

—Le diría que está completamente loco, pero no es cierto —L lo miró con desprecio—. En realidad, es un ser ambicioso y depravado.

—En eso te equivocas. Me puedes acusar de haber hecho todo lo necesario para avanzar en mi camino, sin embargo, todo lo he hecho por los demás. Para protegerlos. Para evitarles el sufrimiento que yo mismo había padecido al conocer la verdad.

—Supongo que es cierto que mató usted al anterior Papa para ocupar su lugar.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? —Sonrió—. Y aunque fuera cierto, no sería lo peor que habría hecho a lo largo de mi carrera.

—¿Y qué es lo peor?

—Lo peor fue no haber acabado antes con W —su sonrisa brilló con vehemencia ante su elocuente respuesta. Hizo un gesto al sacerdote, que dio media vuelta a la rueda.

—¿Tiene Elías esas pruebas? —Volvió a insistir el obispo—. ¿Dónde está? —Le concedió un par de segundos—. Sigue.

L notó cómo se estiraban sus brazos y sus piernas, los músculos de su espalda, notó el dolor recorrer todo su cuerpo e intentó relajarse y eliminarlo, pero no lo consiguió. Ya no era capaz de mantener la respiración. Se olvidó de respirar, pero intentó dejar la mente en blanco, bloquear el dolor. Al final no era más que una sensación física que se podía apartar, se podía encerrar en una cajita para que no alcanzara la superficie del cerebro.

—Y te aseguro que lo intentamos. —El Papa se acercó a ella y le acarició la cara. L abrió los ojos para observarlo con rabia, apretando los dientes para soportar el dolor

—. Yo mismo había probado sus efectos devastadores y por ello era una prioridad para mí acabar con aquella droga, con el pueblo donde se fabricaba y con la gente que sabía cómo elaborarla. Cuando me nombraron Arzobispo de Pamplona le encargué la misión a mi mejor hombre e hizo un trabajo excelente. Sin embargo, aquellos pordioseros continuaron produciendo su veneno y repartiéndolo por doquier. Cuando por fin alcancé mi trono dentro de la Iglesia y puse a mi alfil en su posición correspondiente decidimos iniciar una caza de brujas. Teníamos que terminar con aquella droga y la mejor forma de llegar a ella era a través de los cuadros. —El Papa volvió a acariciarle la cara—. Tú eres la última que queda. Contigo morirá el veneno del Diablo para siempre.

Hizo otro gesto al sacerdote que giró media vuelta más. Los músculos y los huesos se tensaron tanto que estaban a punto de desencajarse. El dolor era espantoso. Cerró los ojos y se concentró en bloquearlo. Consiguió encerrarlo en su cajita, apartarlo de su mente, que quedó en blanco, como si no fuera a ella a quien torturaban.

—Última oportunidad —insistió el obispo—. ¿Vas a decirme dónde se encuentran esas pruebas? —L no contestó—. ¡La garra!

El otro sacerdote se acercó a ella con un cuchillo y una garra de gato en la mano. Era una especie de rastrillo de hierro con cuatro puntas oxidadas y afiladas. Con el cuchillo le cortó la ropa y la dejó desnuda. Después colocó la garra sobre su pecho y la arrastró hacia el abdomen arañando su piel, dejando cuatro profundos cortes que comenzaron a sangrar.

—¡Más profundo! —Gruñó el obispo.

El sacerdote volvió a repetir la operación y esta vez le arrancó la carne y le destrozó los pechos. L no pudo evitar que surgiera de su interior un grito terrorífico. El dolor había sido tan intenso que era imposible bloquearlo. Volvió a concentrarse, intentó recuperar el control, dejó su mente en blanco, enjauló el dolor y lo lanzó a las profundidades de su inconsciente.

—¡Otra vez! —Parecía que el obispo había perdido las formas.

—¡Para! —Intervino el Papa—. Si la desgarras más se desangrará y morirá. —Hizo un gesto al otro sacerdote—. Una vuelta más a la rueda, por favor.

El sacerdote obedeció y los brazos de L se estiraron tanto que se desencajaron de los hombros. De nuevo el dolor fue insoportable, su grito fue tan espantoso que hasta el obispo se sorprendió de su crudeza. Entonces L perdió el conocimiento.

XVII. LA ESTRELLA



Cuando escapó del puticlub con forma de barco, L llegó al centro de Cartagena y abandonó el coche robado en mitad de la calle de la Caridad. Tenía que esconderse, nadie podía saber dónde, así que se dirigió a la Muralla del Mar, al piso de uno de sus clientes de confianza, un ruso que se dedicaba, según le había dicho, a la crianza y exportación de atún. La cuesta que subía hasta la muralla se le hizo interminable, la ganó mirando atrás continuamente, sin conseguir despojarse de la sensación de que alguien la seguía. Alcanzó al fin el moderno y caro edificio y cerró la puerta a su espalda con gran alivio. Tomó el ascensor hasta el ático y al entrar y abrir las persianas se deleitó con las impresionantes vistas del puerto.

Dejó sobre la mesa el libro que había recibido dos disparos por ella y se metió directamente en la bañera. Mientras el agua subía poco a poco, cubriendo todo su cuerpo y relajando sus músculos, solo podía pensar en vengarse. La cara de Midas se había grabado a fuego en su mente, su sonrisa sádica, la frialdad con la que había asesinado a su tío, con la que la había puesto a ella a disposición de cualquiera que quisiera usarla, como un simple y vulgar trozo de carne. Tenía que pensar un plan, tenía que ponerlo en práctica pronto, no podía esperar, necesitaba apagar el fuego, el malestar que la consumía por dentro. Abandonó el aseo enfundada en un albornoz y observó el libro agujereado encima de la mesa. Lo abrió y descubrió que las dos balas habían quedado atrapadas en su interior. Las sacó con los dedos y se dirigió a los cajones del aparador. Buscó rápidamente hasta que dio con un rollo de celo. Volvió a la mesa, se sentó y hojeó el libro hacia atrás, hasta la primera página. Lentamente empujó los trozos de papel que se habían abierto alrededor del agujero de bala para recomponer la hoja y pegarla. Así lo hizo con todas las demás, una a una, hasta concluir al cabo de una hora. Entonces se levantó, sacó del congelador una tabla de *susi* que se hizo comestible tras un par de minutos en el microondas y volvió al salón acompañada de una copa y una botella de vino. Se sentó en el sofá y comenzó a leer el libro mientras cenaba. Nunca le había interesado el Marqués de Sade lo más mínimo, pero ahora, de repente, era como si se sintiera en deuda con él y necesitaba urgentemente adentrarse en aquellas páginas.

L había oído hablar del Marqués, de las perversiones que relataba en su obra y que habían dado origen a los términos sadismo y sádico. Cuando comenzó a leer esperaba encontrarse con un relato burdo, pornográfico, poco más que un catálogo de conductas sexuales depravadas. Sin embargo, enseguida se sintió atrapada por el estilo y los personajes, libertinos declarados que trataban de educar a una joven Eugéne a través del vicio para destruir su alma virtuosa.

Cerró el libro cuando los primeros rayos de sol comenzaban a entrar por el balcón, mostrando un cielo anaranjado, encendido por las llamas que surgían del mar.

Se veía envuelta en una serie de sentimientos contradictorios. Sentía rechazo hacia muchas de las ideas expuestas en aquel texto y, sin embargo, se sentía identificada con la mayoría de ellas. Aquella obra, su filosofía, sus situaciones, sus reflexiones constituían un oxímoron en sí mismo.

L dio varias vueltas en la cama mientras ordenaba en su cabeza toda aquella información. Le sorprendió mucho la similitud de la filosofía de Sade con la implantada en el circo de donde ella procedía. Su tío y los demás se regían básicamente por la búsqueda de placer, dejando aparte todo tipo de restricción moral. Los únicos límites venían impuestos por el grupo y se basaban en respetar la igualdad y la lealtad de todos ellos. Sin embargo, la ética de L había evolucionado desde la base que había mamado de pequeña y aunque los cimientos no se habían derrumbado, se habían fortalecido con argumentos más sólidos.

L no estaba de acuerdo con Sade respecto a la búsqueda sin límites del propio placer. Desde el punto de vista espiritual, desde el punto de vista cántaro, todo lo material carece de importancia y, por lo tanto, el cuerpo también. Lo único que importa es el desarrollo del espíritu y esto solo se puede conseguir mediante el conocimiento interior y haciendo el bien a los demás. El conocimiento interior solo es posible a través de la meditación. Y hacer el bien a los demás consiste en ayudarles a ser más felices durante su existencia terrenal, ayudarles a librarse de sus problemas, a disfrutar de la vida, del sexo, de todos los placeres posibles, para que ellos hagan lo mismo con otras personas, y entre todos conseguir que la cárcel que supone la vida material sea menos penosa. Esos destellos de bienestar deberían permitir abrir la mente y el espíritu para adentrarse en el mundo de la meditación, que llevará a una consciencia más elevada, alejada del cuerpo, de la materia, que una vez alcanzada conducirá a su vez a despojar de interés los placeres terrenales. De ahí la importancia de liberarse de las ataduras morales destinadas a limitar el placer y fomentar el sufrimiento. Sade tenía razón respecto a que ninguna imposición moral debería limitar el placer, pero no el propio, sino el ajeno.

L recordaba perfectamente lo que había sucedido en el circo con Doris y Damián, que en su búsqueda de placer sin límites se habían atrevido a secuestrar a una persona, violarla, torturarla y, por último, asesinarla. El apoyo del resto hacia esta acción injustificada en defensa de una lealtad que se debían los unos a los otros por encima de la justicia y cualquier otro valor primordial, les había llevado a estar a punto de perder su libertad. Y aunque finalmente solo Damián y Doris habían sido encarcelados, el resto se había visto obligado a cambiar radicalmente su forma de vida. Era un ejemplo práctico y claro de que la búsqueda sin límites del propio placer no podía conducir a nada bueno.

Cogió el móvil y buscó información sobre el Marqués de Sade. Después de leer su biografía se encontró con un enlace para descargar otra novela, *Historia de Aline y Valcour*. En unos segundos se abrió en su pantalla y leyó el prólogo. Aunque tenía los ojos cansados, volvió atrás para degustar una reflexión de Sade que encajó en su

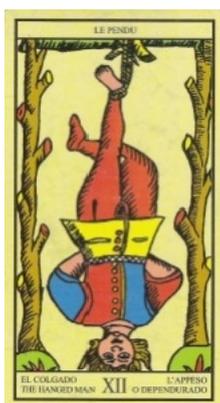
mente como la pieza del rompecabezas que le faltaba. *Mis pinceles son demasiado fuertes, cubro el vicio con trazos demasiado odiosos, ¿quiere saberse por qué? No quiero que se le ame. Siempre lo pintaré con los colores del infierno: quiero que se le conozca al desnudo, que se le tema, que se le deteste, y no conozco otro medio para conseguirlo que mostrarlo con todo el horror que le caracteriza.*

L apagó el teléfono con una sonrisa en la cara y se giró en la cama, notando cómo al fin su mente encontraba un poco de paz, dejándose arrastrar hacia las profundidades del sueño. Ahora había descubierto el camino a seguir, había hallado, de repente, su objetivo en la vida, alejado del odio, dejando a un lado sus deseos de venganza.

Ella no quería acabar con la religión, ni siquiera con la Iglesia. Lo único que deseaba era una renovación. Que la Iglesia volviera a sus orígenes, que se acercara a la verdadera palabra de Cristo. Ya lo había intentado un Papa hacía unos años y no había durado mucho en el cargo.

Ahora tenía que encontrar una nueva vía para acercarse al obispo, una ruta que pasaba sin duda por su círculo más cercano y que en su mente se materializó con la imagen del vicario. Un hombre de aspecto afable y gustos pervertidos a los que Midas se había referido entre risas y ella misma había olido cada vez que se había cruzado con él en el bar. Un olor putrefacto que se escapaba por cada poro de su piel, delatando sus deseos mitigados, sus instintos reprimidos, liberados muy de vez en cuando, solo cuando ya no era capaz de controlar las pulsiones de su cuerpo, cuando ya no soportaba el olor de su carne podrida, almacenada en el envoltorio que suponía su hábito, agusanada por el influjo lacerante de su religión. De vez en cuando, muy de vez en cuando, necesitaba aliviar su malestar y L sabía que ella podría ayudarlo, sabía que podría redimirlo, sabía que podría ganarse su confianza. Y mientras su mente racional se desconectaba para dar paso a su consciente imaginario, se adentró en un sueño donde coincidía con el vicario en una cafetería, donde entablaban conversación de manera casual, donde ella manifestaba su necesidad de ser confesada. Y una vez solos, en privado, por primera vez, él se sentía completamente libre de sus cadenas y sin ningún tipo de remordimiento satisfacía sus fantasías.

XII. EL AHORCADO



L notó el agua en la cara. Otra vez agua en la cara y después dolor, mucho dolor por todo el cuerpo. Se concentró para encadenarlo de nuevo, para enmudecerlo en su mente. No podía mover los brazos, era como si no existieran, daba la orden pero nadie respondía. Tampoco podía mover el cuerpo ni la cabeza, la habían sujetado con algo. Abrió los ojos con dificultad.

—Al fin de vuelta —sonrió el obispo.

Su gesto le daba náuseas pero poco importaba ya. Tenía frío, mucho frío. Olía a sangre, a orina y a heces.

—Hemos dado su última misa en la catedral mientras dormías, pero ya estamos aquí de nuevo. Su Santidad no ha podido resistir la tentación de probar un instrumento más, el Aplastacabezas. —Se agachó delante de ella para mirarla a la cara—. Sin embargo, yo me he apiadado, he conseguido convencerlo de que te deje en libertad si me dices dónde puedo encontrar esas pruebas.

L era cátara y como tal creía en la reencarnación. El cuerpo carecía de todo valor, lo único verdadero era el espíritu que debía purificarse a lo largo de sucesivas vidas hasta volver a estar preparado para reunirse con la Mónada. No sabía si ya se habría convertido en un espíritu superior, si ya estaría preparada para volver al Origen. Pero eso era lo de menos. En el peor de los casos se reencarnaría de nuevo, dispondría de otra oportunidad para conseguirlo.

El obispo la miraba de cerca, esperando una respuesta. Ella le escupió a la cara y se la llenó de sangre. Se puso de pie sin limpiarse. Ahora sí que parecía salido del mismísimo infierno.

—Tu mandíbula descansa sobre una barra de hierro —continuó—, mientras que el casquete se mueve hacia abajo mediante un tornillo que vamos a girar poco a poco. Es como una prensa, ni más ni menos. Pero no te preocupes, no morirás rápidamente. Primero se te saltarán todos los dientes, después se te partirá la mandíbula y por último, muy despacio, comenzará a agrietarse tu cráneo hasta que el cerebro te salga por los ojos y las orejas.

L ya hacía rato que había dejado de escuchar sus palabras. Solamente se concentraba en practicar la respiración abdominal, lentamente, cada vez más despacio, aislándose del dolor, de los sonidos, de cualquier estímulo interno o externo.

—No te esfuerces —intervino el Papa—. Creo que ya es hora de terminar con esto.

Cuando el obispo dio la orden de girar el tornillo, L ni siquiera la oyó. Sus constantes vitales se habían reducido al máximo y cuando la presión del casquete comenzó a ser lo suficientemente fuerte como para inmovilizar su barbilla su

respiración se detuvo y a continuación lo hizo su corazón. Su mente permaneció completamente en blanco y no sintió absolutamente nada, mientras abandonaba la vida voluntariamente.

Había veintidós cartas sobre la mesa, dispuestas en tres filas de siete más una carta solitaria, situada a los pies de las otras, que era la única que permanecía boca abajo. Las había dispuesto en ese orden siguiendo las indicaciones de su amiga Deli. La tirada gitana, le había explicado, y una a una las había ido girando para destapar con acierto los secretos de su pasado, presente y futuro. Solo quedaba una carta por revelar, la número veintidós, la más importante de todas, la que debía matizar la interpretación de todas las anteriores, aclarando qué debía hacer el consultante para cumplir su objetivo. Lentamente Deli le dio la vuelta.

II. LA SECERDOTISA



—La Sacerdotisa. —Observó a L con aprecio y felicidad antes de devolver la vista a la carta para explicar su significado—. Representa la sabiduría, la meditación y la reflexión interior. Esta carta simboliza a una persona práctica y sabia que comprende a la perfección las leyes del universo.

—Creo que me queda mucho para llegar a eso —L se mostró un poco desconcertada—. Y después de lo que me has dicho, parece que mi camino no será muy largo.

—No has entendido la esencia de la tirada. No vas a morir porque sufras un accidente o una enfermedad incurable. Únicamente tú podrás tomar la decisión de dar tu vida por una causa mayor. Ese es tu destino, pero para alcanzarlo y, sobre todo, para comprenderlo, como tú dices, te queda mucho camino que recorrer, muchas vivencias que disfrutar, muchos conocimientos que adquirir. Estoy segura de que cuando llegue el momento tomarás la decisión acertada, porque no importa lo que pienses ahora, entonces serás otra persona completamente distinta.

—¿Y qué ocurre si me sacrifico para nada? Jesús dio su vida para salvar a la humanidad y todo lo que consiguió fue que se crearan en su nombre religiones baratas gestionadas por organizaciones corruptas. Puedo ofrecer mi vida por una causa justa y lo más probable es que el mundo siga funcionando tal y como lo ha hecho hasta ahora, que siga dirigido por la codicia y la maldad.

—Eso no lo sabes. Quizás tu sacrificio promueva una conciencia social que haga cambiar la mentalidad egoísta y materialista predominante hoy en día; quizás solo sirva para que la gente abra los ojos ante lo que realmente es la institución de la Iglesia y le dé la espalda; o quizás se cree una nueva Iglesia, más afín a las enseñanzas de Jesús, más preocupada por ayudar a los demás que por amasar fortuna y poder.

—Siempre me he preguntado qué quería hacer con mi vida, pero nunca me había planteado lo que quería hacer con mi muerte.

—Como todo el mundo. Y es un error. Lo único seguro de esta vida es que vamos a morir y la mayor parte de la gente muere por alguna enfermedad o un accidente. ¿No es más sensato dar tu vida por algo útil, por una causa justa?

—¿Y si se salen con la suya? ¿Y si muero y nadie se entera?

—Ahora no debes preocuparte por eso. Esas dudas desaparecerán con el conocimiento, no tendrán importancia cuando te conviertas en la Sacerdotisa.

L asintió sin llegar a comprender las palabras de su amiga.

Elías terminó de redactar el *e-mail*. Después de irse L, había regresado a su casa, tal y como habían acordado. Copió y pegó la dirección de los destinatarios, que eran todos los periodistas que tenía en su agenda, incluyendo, además de los medios tradicionales, a todos los blogueros de Internet relacionados con el arte, la Iglesia o los misterios en general. Tardó casi todo el día en elaborar aquella lista. Después pegó un enlace de Youtube y no pudo evitar que se le revolvieran las tripas al recordar el contenido de aquel vídeo. Lo había montado en Premiere, simplemente uniendo la imagen de las cuatro cámaras de forma secuencial, sin cortes que marcaran un ritmo. Lo había dejado tal y como se había grabado, para que nadie pudiera dudar de su autenticidad. Lo único que se había permitido era retocar el sonido, eliminando el ruido y subiendo el nivel de las voces para que se entendiera perfectamente lo que hablaban. Después lo exportó en formato flv. Tardó casi media hora en subirse, que se le hizo eterna, pensando que en cualquier momento se estropearía el ordenador, fallaría la conexión o caería un rayo encima de su casa que haría que perdiera todo el trabajo, el suyo y el de L, que todo hubiera sido en vano. Recordó cuando ella le pidió que colocara las cámaras y él le preguntó sorprendido qué pretendía conseguir con aquello. En ese momento no entendía su plan, aún pensaba que ella quería asesinarlos, ¿para qué quería grabarlo, para qué quería que quedara constancia de su crimen? Nada más lejos de la realidad. Elías no había comprendido nada hasta que se sentó delante de la pantalla y observó el espectáculo en directo a través de las cuatro cámaras. Vomitó todo lo que había comido en una semana, vomitó hasta que el estómago y los intestinos le salieron por la garganta. Cuando L perdió el conocimiento no pudo resistirlo más. No sabía si se había desmayado o si estaba muerta, pero ya había visto suficiente. Cogió el teléfono y llamó a su amigo de la Guardia Civil. Sabía que solo él le creería y sería capaz de hacer algo. *El Papa y el obispo están torturando a una mujer en el Palacio Episcopal, la van a matar. Tengo varias cámaras y lo estoy viendo en directo. Te he enviado varias fotos por Whatsapp. Envía a alguien, rápido. ¡No es una broma!* Le gritó.

Notó una descarga que tensó todos los músculos de su cuerpo.

Notó los latidos de su corazón al volver a la vida.

Notó la máscara de oxígeno en la cara, las manos fuertes que la manipulaban, una aguja que se clavaba en su brazo.

Tardó un buen rato en comenzar a oír las voces e inmediatamente después la sirena de la ambulancia que la transportaba.

¿Qué había sucedido?

No podía ser.

Si estaba viva, su plan había fallado.

Elías observó a través de las cámaras cómo la policía entraba en la sala de tortura, cómo sacaban a L en una camilla, cómo esposaban a los dos sacerdotes y se quedaban allí, vigilando, sin atreverse a hacer lo mismo con el obispo y el Papa hasta que llegara un superior que decidiera cómo actuar.

Volvió a leer detenidamente el *e-mail* que tenía preparado para enviar a todos sus contactos de prensa, radio, televisión e Internet. Pinchó en el enlace de Youtube para comprobar de nuevo que era correcto, que el vídeo funcionaba perfectamente y que estaba en abierto, para que pudiera verlo todo el mundo. Releyó el título del *e-mail* y con la mano trémula movió el ratón hasta la pestaña de enviar. Dudó durante unos segundos, con la sensación de que algo fallaría en el último instante, se le caería la casa encima o le daría un infarto, pero estaba seguro de que algo impediría que pudiera enviarlo. Apretó el botón y el *mail* desapareció de la pantalla. Ya estaba, seguro que se había borrado, se había desintegrado, se había perdido entre millones de bits de información. Comprobó con miedo la bandeja de enviados, aguantando la respiración. Lo encontró en primer lugar. Había salido correctamente, estaba hecho, ya nadie podía pararlo.

Cerró el programa de correo y ante él quedó la ventana de Youtube que reproducía el vídeo en el que se veía a L en el interior del obispado, hablando con el obispo y el Papa. Desplazó la vista hasta el título y pensó que quizás debería habérselo trabajado un poco más, al fin y al cabo lo iba a ver todo el mundo que tuviera Internet o televisión alrededor del planeta, iba a ser un auténtico bombazo. Volvió a releerlo y esta vez le pareció que tampoco estaba tan mal, al menos era claro, preciso y contundente.

El Obispo de Murcia tortura a su propia hija con la colaboración del Papa.

Estaba bien, era el título que a L le hubiera gustado. Si el obispo no puede casarse, si no puede tener hijos, ¿cómo puede torturar a su propia hija? El título era perfecto, un oxímoron ni más ni menos.

Sacó el cubo de los espejos y comenzó a moverlo. Bajo su sorpresa las piezas comenzaron a encajar rápidamente, como por arte de magia. Se detuvo antes de hacer el último movimiento, observándolo sin ninguna satisfacción. Entonces entendió que si colocaba aquella pieza perdería todo su sentido, se convertiría en una forma anodina, compuesta por doce aristas rectas y seis caras lisas, un cubo más entre cientos de millones. Esa no podía ser la verdadera solución de aquel rompecabezas. Al menos no para él. Ya no. Lo lanzó contra la pared, donde rebotó y cayó al suelo, partido en dos pedazos. Lo pisó, lo aplastó, lo machacó hasta dejar cada pieza por su lado. Después se puso encima para reflejar su propia cara sobre cada uno de los pequeños cuadrados en los que se había descompuesto. Hizo una foto y la subió a

Instagram. La admiró con cierta emoción. Su solución del cubo de los espejos no era geométrica, ni estética, era un simple medio para representar sus sentimientos. A L le gustaría. Era su primera obra de arte contemporáneo.

Volvió al ordenador y observó el número de visitas del vídeo. 1. A los cinco minutos, 10. A los diez minutos, 100. A la hora, más de 1 000 000.